

SILVIA GRIJALBA

Contigo aprendí



PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2011

AE
& I
✻

Datos del libro

©2011, Silvia Grijalba

©2011, Planeta

Colección: Autores españoles e iberoamericanos

ISBN: 9788408102908

Generado con: QualityEbook v0.35, Notepad++

Generado por: LTC, Abril 2012

Contigo aprendí
Premio de Novela Fernando Lara 2011

*Para mi abuela Mori, mi abuelo Pepe y
mi padre, el Antillano.
Y también a P. F., el primer abuelo
al que conocí, y que fue más
valiente de lo que aparece aquí.*

I

José Rodríguez tenía un don natural para el espectáculo. Jamás había ido al cine; al teatro, sólo una vez. Pero José Rodríguez siempre había sabido cómo dejar una huella indeleble en los demás, y su vuelta a Malleza era uno de esos momentos en los que podía y tenía que lucirse. El haiga, ese Hispano-Suiza blanco cabriolet, hubiera sido suficiente artillería para cualquiera. Pero José Rodríguez no era un hombre que se conformara con aprobar. Así que contrató a un chófer, le uniformó como un coronel y él se atavió con su mejor traje de hilo blanco y un panamá que decidió quitarse a la altura de Muros porque, aunque le daba un aire señorial, corría el riesgo de resultar ridículo teniendo en cuenta el cielo encapotado de aquel 2 de marzo de 1930.

La entrada en Malleza fue exactamente como había planificado, porque, como siempre decía, él «no soñaba, planeaba». Los niños saltaban alrededor del coche, las mujeres salían a la puerta de sus casas, los hombres mayores le saludaban con la esperanza de que se acordara de ellos y los jóvenes le observaban con la misma admiración con la que él, veinte años atrás, se había fijado en don Jorge Alonso, aquel indiano que había vuelto triunfante para construirse la mejor casa de la comarca y disfrutar los años que le quedaban en la tierra donde habían muerto todos sus antepasados.

Jorge Alonso inspiró al adolescente José. Estaba claro, si quería un Hispano y dinero suficiente para comprar tierras y vivir como un millonario, tenía que marcharse a Cuba; no sabía cómo, pero ya se las ingeniaría. Pero aquel quinceañero que vivía en la miseria y admiraba a don Jorge no le idolatraba ciegamente. Decidió entonces que cuando volviera de hacer las Américas, jamás llevaría un traje raído como el del austero don Jorge y que no quería acabar sus días forrado de dólares y solo, sin una mujer y unos hijos con los que compartir su éxito.

Mientras entraban en la plaza de Malleza, José Rodríguez se acordaba de aquel día y, entre el gentío que impedía el paso al haiga, creyó reconocerle en un campesino consumido, mucho más bajo de lo que recordaba y vestido casi con harapos, pero no podía ser... La mirada sonriente y cínica de don Sabino desvió su atención. Don Sabino había sido para él como el padre que no había tenido. Él fue quien le regaló un atlas cuando, en una de las visitas casi diarias que hacía a su madre para aliviar su asma, oyó cómo preguntaba a su hermano mayor que si África estaba más allá de Oviedo. Don Sabino le había cogido cariño desde pequeño. Pepín se había convertido en una misión para él. Intentó convencer a su madre de que ese niño tan inteligente, curioso, vivaz, tenía que ir a la escuela, pero no podía ser, las tierras necesitaban la mano de obra de sus tres hijos y si Pepín iba al colegio, se quedaban sin comer. Don Sabino fue el que le

enseñó a leer y a escribir, y el que le regalaba libros sobre geografía, que era lo que más le interesaba a ese Pepín que ahora era don José.

Desde pequeño había sido un hombre práctico, de los que van al grano. Y esa pasión por la geografía tenía una explicación evidente: Malleza se le quedaba estrecho, quería conocer otros sitios y no se conformaba con lo que tenía.

Don Sabino sabía cómo funcionaba la cabeza de José Rodríguez. Así que, aunque no habían tenido contacto desde aquel día que fue a su consulta para despedirse antes de meterse de polizón en el barco de carga que le llevaría a La Habana, el médico estaba orgulloso porque sabía que José había conseguido lo que quería. Pero también intuía que se había convertido en un hombre con el que, si no fuera porque le consideraba casi como a un hijo, jamás se hubiera querido relacionar. La petulancia era un rasgo del que don Sabino había huido toda su vida y el José Rodríguez que tenía delante no era, precisamente, un hombre modesto ni discreto.

El doctor se quedó donde estaba, esperando a que aquel indiano terminara de saludar a los parientes lejanos, que le trataban con una cercanía impostada, y al resto de la gente, que aprovechaba para escrutar de cerca el Hispano-Suiza T49 cabriolet.

José no perdía de vista al médico y, en cuanto pudo, se acercó a donde estaba. Dudó un instante, le ofreció la mano... Don Sabino se echó a reír y le abrazó. Así estuvieron unos segundos, hasta que José pegó un respingo, se separó y fue hacia el coche para sacar de la oreja a un niño que, en un descuido del chófer (que estaba coqueteando con una de las mozas del pueblo), se había sentado al volante, con el motor en marcha.

Después de meter el auto en el garaje del galeno, José invitó a todos a sidra en el bar de Nachón. Don Sabino y José se sentaron en una mesa apartada del resto, en silencio, hasta que el anciano rompió el hielo.

—Entonces, ¿vienes a quedarte?

—¿Quedarme? No, no, vengo unos días nada más, tengo mucho que hacer y no puedo dejar el negocio solo.

—¿Y a qué has venido, entonces?

José miró suspicaz a don Sabino. No estaba acostumbrado a que le hicieran preguntas tan directas. En Cuba sólo se relacionaba con subalternos, con sus empleados, con los sirvientes de la casa de Miramar o con los braceros de la finca de Pinar del Río. Tenía pocos amigos. Muchos conocidos, gente de la alta sociedad habanera, pero nadie que, si intuía que él no quería ahondar en un tema, se atreviera a indagar más de la cuenta.

—A..., a ver a mi familia, claro.

Don Sabino le sostuvo la mirada, tranquilo y burlón...

—Pepín...

—No me llame Pepín, don Sabino, por favor... —replicó José, con un tono que a don Sabino le recordó al adolescente que le reprendía cuando le llamaba así delante de las chicas.

—Sí, perdona, se me había olvidado, José... Hombre, José, que llevas veinte años sin ver a tus primos, que tu madre murió y no pudiste ir al entierro... ¿Tú a qué has venido? ¿A comprar una tierra, entonces?

—No... He venido a casarme.

—¡Pep... José! ¿Qué me dices? ¿Has encontrado a una mujer allí? ¿Dónde está? Pero bueno, ¿cómo no la has traído?

—No, a casarme pero no exactamente, a buscar una mujer para casarme. Allí la mujeres son guapas, unas hembras espléndidas... pero no para casarse.

—Ya...

—Estuve a punto: tuve una novia, una muchacha buena, guapísima, de una de las mejores familias de La Habana. Pero ellos piensan distinto, no tienen respeto a algunas cosas..., y no, no la veía como madre de mis hijos.

—Pero, José, si vienes a buscar novia, si quieres casarte, tendrás que estar una buena temporada, eso no es como encontrar la corbata adecuada, necesita su tiempo.

—Si tienes claro lo que quieres, no, no tanto.

Don Sabino estaba a punto de reprenderle pero no, Pepín ya era don José.

—Y supongo que tú lo tienes muy claro, ¿no?

—Tampoco busco nada extraordinario... A la más guapa.

Don Sabino tuvo que reprimir una mueca de ternura. Ésa era exactamente la respuesta que hubiera esperado del Pepín de hacía veinte años, del adolescente al que no se le ponía nada por delante y que ni se planteaba que a lo mejor «la más guapa» no le querría a él como pareja. Las cosas habían cambiado; ahora, sí, Pepín era don José, un triunfador, un hombre de complexión fuerte, aunque fuera más bien bajo, inteligente y con un arrojo varonil que podía hacer pasar por alto sus modales más bien toscos. Don Sabino sabía por experiencia (porque era algo de lo que él carecía) que había muchas mujeres a las que la rudeza les parecía atractiva.

José era un buen partido pero don Sabino titubeó un instante antes de decirle la verdad, de desvelarle quién era la «más guapa». No había duda, la gran belleza de la zona y podría decirse casi del país era María Luisa, la de Villa Radis. Pero don Sabino tenía la certeza de que ella jamás se podría enamorar de Pepín. Aquella jovencita educada en las Damas Negras de Madrid, de una de las mejores familias de la zona, que había heredado el metro setenta de estatura y los ojos verdes de su padre, la cintura de reloj de arena y el pelo rubio de su abuela irlandesa y la inteligencia y el carácter de su madre, jamás se casaría con un hombre sin cultura, que no supiera usar la paleta de pescado, ignorara quién era Flaubert y que no pudiera acompañarla y hacer una crítica detallada sobre el último estreno de ópera.

Pensó en Piedita, la hija de Nachón, el del bar. Era guapísima, dulce y dócil, y estaba claro que caería rendida ante el encanto, el mundo, de aquel indiano. Era la esposa perfecta para él. Pero no, estaba claro: José terminaría enterándose de que María Luisa existía y, al final, Piedita acabaría con el corazón roto. No debía engañarle.

—La más guapa, la más guapa..., hombre, José, la más guapa es María Luisa, la hija de Radis, de Somao... No la conoces porque es muy joven, tendría tres o cuatro años cuando te fuiste...

—¿La hija de don Gabino, el de los Fierro?

—Sí, les ha salido una hija muy bella, de eso no hay duda. Pero... no es para ti.

—¿Por qué? ¿Tiene novio? Si tiene novio, eso no es un problema, con todos mis respetos, don Sabino.

—No, no tiene novio, algo se habló, pero no. Ella vive en Madrid, en otro ambiente, se relaciona con la aristocracia, con la alta sociedad. Vivís en mundos muy distintos y no va a hacerte feliz. Mira, precisamente salía en el periódico de ayer, en un estreno en el Campoamor. A ver si Nachón lo ha guardado.

—Ya voy yo a pedírselo.

José atravesó el bar, bajo la mirada de todos los lugareños. Se acercó a Nachón, le pidió el periódico del día anterior y el tabernero, nervioso, empezó a revolver entre los papeles viejos y los cascos de sidra, como si le fuera la vida en ello. Decepcionar a don José era lo último que quería. José, consciente de ello, esperaba con media sonrisa, hasta que por fin lo encontró. Volvió a la mesa y don Sabino abrió el diario por los ecos de sociedad.

—Ésta es, aquí está, con Florián Rey, que dicen que la ha pretendido...

—¡Es una belleza! Es como una actriz de cine.

—Sí, ya te lo dije, pero la belleza no es todo, José. Créeme, no es una mujer para ti, no va a saber hacerte feliz.

José miró enfurecido a don Sabino. ¿Quién era él para saber quién podía hacerle feliz? Pero no dijo nada, le respetaba demasiado.

—A lo mejor lo que usted piensa es que yo no voy a saber cuidar de una mujer así. He cambiado mucho. Sepa usted que en La Habana me codeo con lo mejor. El presidente, Gerardo Machado, se sienta a mi mesa y...

Don Sabino le interrumpió. No quería escuchar un relato de lo bien relacionado que estaba aquel joven al que era evidente que nadie le había llevado la contraria en mucho tiempo.

—Mira, José, te voy a dar un consejo porque te considero como un hijo: si te interesa que la gente sepa lo influyente que eres, esfuérzate en que lo noten. Si tienes que explicar quién se sienta a tu mesa, cuántos millones tienes o la cantidad de sirvientes que has empleado, es que no eres tan importante. Respecto a María Luisa, no te preocupes. Esta misma tarde tengo partida de cartas con su madre, en el bar de Tinín.

—¿En el bar de Tinín? ¿Su madre juega con ustedes allí?

—Sí, Radis es así, le gusta mucho el juego y las partidas de sociedad con sus amigas le aburren, ya la conocerás... Pero, como te decía, voy a verla y le comentaré lo que pretendes.

—Le agradecería mucho que me recomendara.

—No, recomendar no, le hablaré de ti y le hablaré bien, le diré lo que sé y lo haré con cariño. Pero si me pide mi opinión (que no creo) le contaré la verdad: que no pienso que vayáis a ser felices. Y no lo digo por María Luisa, lo digo por ti.

—Bueno, pues si puede pedirle una cita por mí, se lo agradezco.

—Lo haré, no te preocupes. Por mí no quedará, ya eres mayor para saber lo que quieres; tú verás.

II

Don Sabino conocía bien esa casa. Había pasado casi toda su infancia jugando con Radis y su hermano Alfonso en aquella galería acristalada con vidrieras modernistas. Había quedado con ella a las seis en punto y eran ya casi las siete, pero estaba acostumbrado; jamás llegaba a su hora, y aunque nunca la había oído dar una disculpa por sus retrasos, tenía el don de que todo el mundo olvidara que les había tenido esperando mucho más de lo aceptable. Don Sabino estaba a gusto, se había llevado los *Versos humanos* de Gerardo Diego para matar el rato de espera. Un sol tenue, de media tarde, entraba por la cristalera.

Un «¡Sabino! ¡Queridísimo!», un saludo cálido, excesivo, como de un viejo amigo al que uno se encuentra por casualidad en la calle después de varios años sin verle, le sacó de su abstracción. Hacía una semana exactamente que habían estado juntos. Todos los lunes quedaban para su partida de tute semanal. Pero Radis era así, arrolladora, expresiva, cariñosa con quien quería; eso sí, letal si alguien no le gustaba.

Don Sabino se levantó sin hacer caso a su gesto de que no se molestara y se abrazaron fraternalmente, como hacían siempre que no estuvieran en público, donde ya habían tenido que aguantar bastantes rumores sobre su relación. Pocos entendían que Gabino, el marido de Radis, aceptara esa camaradería entre ella y el que había sido el primer novio de su esposa. Pero su amistad era sincera. Don Sabino quería a Radis, pero sabía que no hubiera podido aguantar sus cambios de humor, su despotismo y sus excentricidades, y Radis adoraba a don Sabino. Era su «mejor amiga», como ella le llamaba a veces en broma, su confidente... Su orden, su rectitud y ese carácter absorbente no le molestaban en un amigo, pero le parecían el peor de los defectos en un esposo.

Nada que ver con Gabino. De él, además de su apostura, lo que más le había atraído era su carácter introvertido y su desprecio absoluto por el qué dirán. Él era feliz en su biblioteca y lo demás le importaba poco. Mantenía las normas básicas de sociabilidad y convivencia, y como abogado de la familia Fierro, de vez en cuando tenía que acudir a cenas de sociedad o a presentaciones. Pero las habladurías sobre la afición al juego de su mujer o su amistad con don Sabino no le preocupaban. Era un hombre seguro de sí mismo, que no tenía que defender su estatus. Él sabía cómo era Radis. Huérfana de madre, siempre había sido una consentida y estaba acostumbrada a mandar desde muy pequeña. Se había convertido en la señora de la casa y Gabino sabía que llevarle la contraria era un esfuerzo vano que conducía a la melancolía.

Sabino y Radis siempre se sentaban en el mismo sitio, podía decirse que eran sus sillones. Un

silio con una vista perfecta, con la playa de Aguilar al fondo, el monte de eucaliptos detrás de la carretera y al alcance de la mano, el enorme jardín, cuidado, de estilo inglés, con setos redondeados y centenares de hortensias azules y rosas.

—Por lo que me dices no parece mal hombre... Mira, Sabino, te voy a ser sincera, no hace falta que te diga que confío en tu discreción: me da miedo que María Luisa haga una locura, hay que casarla cuanto antes.

—Pero ¿has tenido en cuenta lo que te he dicho? Tú conoces a tu hija... y, bueno, perdona si me meto donde no me llaman, pero José no tiene nada que ver con Fernando, que será lo que quieras, pero tenía los mismos intereses y la misma educación que María Luisa.

—Sí, también estaba en la bancarrota, como nosotros. A Fernando ni me lo nombres; ella está destrozada, pero ha hecho lo mejor. Mucho título, pero a ver de qué iban a vivir.

—Pero vosotros...

—Nosotros nada, Sabino, nosotros nada. Gabino había invertido todos nuestros ahorros en bolsa y con el crack lo hemos perdido todo. Y es culpa mía, además, porque yo fui la que insistió, que él no quería... Bueno, de hecho, él no sabe el alcance que ha tenido todo esto porque es Álvaro, mi hijo, el que lo ha llevado todo, así que te pido que seas discretísimo, por favor. Estamos arruinados, más que arruinados: llenos de deudas.

Sabino miró a Radis con dureza, y antes de que pudiera decir nada, ella le interrumpió.

—Sí, ya sé lo que me vas a decir, que si quiero vender a mi hija. Pero no, si tú me dices que José es un buen hombre, lo de la educación y la cultura se puede arreglar. La cuestión es que la quiera y a María Luisa es fácil quererla... Y sí, un yerno millonario sería la solución perfecta para nosotros, pero también para ella; no puede estar con un hombre sin dinero. Es muy joven, pero el amor no lo hace todo. Y mira, Fernando ha sido más inteligente, más maduro, ha hecho caso a sus hermanas y va a poder vivir a todo tren, como está acostumbrado.

—Yo creo que hay otras soluciones, Radis, y no es por ser ave de mal agüero, pero ¿tú crees que María Luisa va a querer casarse?

—Eso es más complicado. Las mujeres somos tontas y ella sigue enamorada del conde, pero tiene que olvidarse de él, por su bien. Una mujer despechada es capaz de hacer cosas muy extrañas. Y ahora deja de mirarme con esa cara y vámonos donde Tinín, que a lo mejor gano todas las manos y nos recuperamos del crack. Y acábate el oporto, anda, que es muy bueno para la tensión y te veo muy pálido.

—No, no me apetece, no me encuentro bien. —Sabino estaba preocupado, no le gustaba el cariz que estaba tomando el asunto y se sentía culpable por haberle hablado a José de María Luisa, pero veía que aquello no tenía solución.

—Pero si no lo has probado. Anda, trae. —Radis jamás había concebido que se desperdiciara ni una gota de su oporto favorito.

A la mañana siguiente, María Luisa descansaba ajena a todo en su banco de piedra, debajo de su haya favorita. Como una heroína de un cuadro de Waterhouse, con su cepillo de plata peinaba su ondulada melena rubia. Las hojas del árbol dejaban pasar los rayos de un sol balbuceante. Con un elegante vestido beis, se cubría los hombros con un echarpe de *cashmere*.

José no sabía quién era Waterhouse y *La dama del lago* le hubiera sonado a cuento para niños, pero aquella imagen le tenía obnubilado. Aún no había podido hablar con don Sabino. Cuando, la noche anterior, se acercó a su casa para ver qué le había dicho Radis, todavía no

había vuelto de la partida. José no podía esperar más porque había quedado en ir a cenar a casa de sus primos, en Muros, pero se pasó toda la noche en vela, pensando en aquella reunión entre don Sabino y Radis. Aún era de noche cuando decidió coger el asturcón de su primo. Estaba cerca de Somoa, así que podía acercarse a Villa Radis a echar un vistazo. Al llegar a la colina desde donde veía aquella casa de azulejos amarillos con su palmera en la puerta, estuvo a punto de darse la vuelta. No quería que le encontraran fisgando. Pero la imagen de aquella diosa pálida, pensativa, tan triste, peinándose y recogiendo el pelo en una trenza le dejó paralizado. Jamás había visto algo parecido. Las mujeres que le habían rodeado en su infancia no tenían nada que ver con aquella y las jóvenes de la alta sociedad habanera, tampoco. Las había muy guapas, pero de una belleza más carnal, más terrenal. La delicadeza de la mujer que estaba viendo le resultaba mucho más turbadora. Por primera vez en su vida se sentía intimidado, empezaba a dudar de que ella pudiera acceder a casarse con él; a lo mejor don Sabino tenía razón.

Esa placidez casi mágica se interrumpió de golpe. María Luisa saltó como una gata. José, en la distancia, se sobresaltó, y el asturcón empezó a relinchar. Le dio el tiempo suficiente de ver que la puerta de entrada de la casa se abría para dejar pasar un coche.

María Luisa salió corriendo y abrió la puerta casi sin dejar que el chófer parara. Era su hermano Álvaro.

—¿Qué haces? Te vas a hacer daño. ¿Estás loca o qué? —Álvaro, el primogénito de los Álvarez Bohem, venía de mal humor y no tenía fuerzas para seguir los juegos de su hermana.

María Luisa se abrazó a él, pero se apartó angustiada en cuanto vio cómo evitaba mirarla. Estaba claro que no traía buenas noticias.

—¿Le has visto? ¿Qué te ha dicho? —María Luisa tenía un nudo en la garganta. Llevaba semanas esperando que, a su vuelta de Madrid, Álvaro, su confidente y además el mejor amigo de Fernando, el hombre con el que había imaginado que iba a envejecer, le traería la noticia que llevaba esperando desde hacía meses: que se había dado cuenta de que su matrimonio con Marta Gómez de Gaspar había sido un error, que estaba arrepentido de haber hecho caso a sus hermanas al prometerse con la hija de los dueños del periódico más importante del país, y que lo dejaba todo para volver con ella.

—Sí, sí le he visto, pero...

—Pero ¿qué? ¿Te ha pedido que me digas algo, te ha dado una carta, te ha contado algo?

—No, no hemos... Mira, María Luisa, Marta está embarazada. —Álvaro abrazó a su hermana, sabía que aquello la iba a destrozar. Ella, en su inocencia, le había contado que estaba segura de que no habrían consumado el matrimonio y que la Iglesia lo podría anular. Álvaro había intentado convencerla de que aquello era una tontería, pero se le partía el corazón. El embarazo de la esposa de su amor, de Fernando Aguirre, el conde de Montemar, era lo peor que podía ocurrirle.

—Tienes que olvidarle. Ya está, no hay más que hacer. Y tu dignidad está por encima de todo. Nadie ha sabido de lo vuestro y nadie tiene que saberlo. Guárdalo como algo precioso, vuestro secreto. Se te pasará, ya verás, en unos meses te reirás de todo esto. Anda, disimula, que ahí viene mamá.

Radis llevaba varias horas levantada, dibujando en la galería. Pintar la relajaba y no se le ocurría mejor forma de esperar la llegada de su hijo mayor, que había ido a Madrid a intentar solucionar sus problemas financieros. En cuanto oyó el coche, salió a la puerta de servicio, donde

estaba la entrada de carruajes, pero no quiso interrumpir el encuentro entre Álvaro y María Luisa. Sabía que su hija esperaba con la misma ansiedad que ella la llegada de Álvaro, porque también tenía la esperanza de que trajera buenas noticias, de esas que arreglan la vida, aunque fueran de otra naturaleza. Bajó la escalera lentamente e hizo un gesto al chófer para que se retirara a su casa, el anexo cercano al hórreo y a los establos. Le dio un beso a María Luisa mientras le retiraba el pelo de la cara, y abrazó a su hijo.

—Vendrás cansado. Entra y hablamos mientras desayunamos, Mercedes preparó ayer mermelada de ciruela para cuando llegaras... Luisa, hija, qué mala cara tienes. ¿Has desayunado ya?

—No, no tengo hambre, voy a mi cuarto.

—Vale, pero un momento, porque a las diez viene la modista para la prueba del vestido, ¿no te lo dije? Debió olvidárseme: el mes que viene se casa Mariana, Mariana Aguirre, con Pedro Grueso, y necesitas un vestido... Luisa, hija, ¿qué te pasa? ¿Me has oído? Que estás todo el día en las nubes.

—No voy a ir a esa boda. —María Luisa parecía enfurecida.

Radis estaba a punto de responderle con la severidad que solía emplear cuando alguien se atrevía a contradecirla. Pero Álvaro le apretó la mano y le hizo un gesto pidiéndole que no fuera muy dura.

—Que yo sepa no hay ninguna razón por la que puedas decir que no quieres ir a esa boda, ¿o hay alguna? Si hay alguna, explícamela.

María Luisa observó a su hermano, que con sus miradas intentaba poner paz. Oficialmente, su madre no sabía nada de los amores de Fernando y María Luisa, ya que desde los trece años habían llevado su romance en secreto. Pero ella estaba al tanto de todo, entre otras cosas porque Álvaro se lo había contado, consciente de que esa relación no era precisamente la más conveniente para su hermana, que en su opinión —y por supuesto en la de su madre— podía aspirar a un partido mejor. A ellos la situación social y los títulos no les deslumbraban, y cargar con un conde guapísimo, aficionado a las fiestas, frívolo y arruinado, sin oficio ni beneficio, no era precisamente el plan que ambos tenían para la joven.

María Luisa no tenía escapatoria, no iba ahora a explicar todo lo que había ocultado.

—No, no hay nada. Bueno, que no me cae bien Mariana.

—Si no fuéramos a las bodas ni a las fiestas de la gente que nos cae mal, te aseguro que no saldríamos de casa. Mira, no me vengas con chiquilladas. Te vas a hacer un vestido precioso, te voy a dejar mi collar de esmeraldas para esa boda y vas a estar sonriente y encantadora con todo el mundo. Si no te cae bien, es lo mejor que puedes hacer: eclipsara la novia y fastidiarle la boda.

—Mamá, Luisa no necesita un collar de esmeraldas para eclipsar a la novia.

—No, claro, eso ya lo sabemos, pero ayuda. Y en esa boda, Luisa tiene que estar como nunca. Lo has oído, ¿no? Como nunca. —Radis se dirigió a María Luisa, cariñosa pero firme—. Y ponte manzanilla en los ojos porque los tienes muy rojos. Venga, sube a descansar un rato, que tengo que hablar con tu hermano.

Radis y Álvaro permanecían en silencio mientras Mercedes, la cocinera y guardesa, la que había criado a los chicos, les servía el pan recién horneado, las mermeladas caseras de ciruela, de moras, de manzana y de frambuesa, la mantequilla y la leche de las vacas que su marido, Pelayo, cuidaba, y un tazón de arroz con leche, con el azúcar quemado con los hierros de la cocina de

carbón.

—Tome, señorito Álvaro, que viene usted muy pálido. Recién hecho, en cuanto me avisó la señora de que venía me puse a la labor...

—Gracias, Mercedes, ¿no sabes lo que he echado de menos este arroz con leche en Madrid! Sí, me va a venir bien, que vengo muy cansado.

Mercedes miró con cariño a Álvaro; era su favorito. Aquel hombre se había pasado la infancia en su casa, la de los guardeses, y para ella era más que un hijo. Más, porque sabía que tenía que medir sus gestos, que no podía expresarle su cariño como a ella le hubiera gustado o como hubiera hecho con un vástago de verdad. Cuando Álvaro tenía siete años, poco antes de que naciera María Luisa, Radis había estado a punto de despedirlos el día que el niño cogió una rabieta porque decía que no quería dormir en su cuarto, que quería pasar la noche en casa de Mercedes y Pelayo. Tampoco era raro teniendo en cuenta que la mayor parte de los tres meses de verano dormía en esa casa. Radis volvía tarde de sus partidas de cartas y Gabino se acostaba con la luna para levantarse con el sol, como siempre explicaba a quien no entendía que se fuera a la cama a las nueve de la noche. Pero Radis se enfureció y acusó a Mercedes de querer robarle a su hijo. Afortunadamente, Gabino intervino y consiguió que Radis se tranquilizara, pero a partir de ese momento, la guardesa, haciendo de tripas corazón, tuvo que medir sus gestos, sus palabras, y hacer un esfuerzo sobrehumano para que Álvaro, ese niño que se veía que estaba falto de cariño y que era evidente que en esos tres meses en Villa Radis era más feliz que nunca, la quisiera un poco menos. De hecho, con María Luisa, Mercedes fue mucho más despegada, no quería volver a pasar por aquello. Así que veinte años después seguía siendo cauta con su forma de comportarse con Álvaro delante de su madre, con la que no era fácil llevarse bien.

—Gracias, Mercedes. Está delicioso todo, pero, por favor, ve a limpiar bien el cuarto de costura, que en un rato vienen de Oviedo a hacer una prueba a la señorita.

—¿Les traigo más café?

—No, no hace falta, ya vamos nosotros, déjanos, por favor, que no nos molesten en un rato, que tenemos que hablar. Ah, y no te olvides de decirle a la planchadora que planche de nuevo la camisa del esmoquin del señor; dile tú cómo hacerlo, porque vaya desastre hizo ayer...

Radis comprobó que Mercedes estaba a una distancia suficiente para que no la oyera y miró hacia uno de los balcones de la casa.

—No te preocupes, ya he subido al cuarto de papín a saludarle y no está. Ha debido de ir a misa de nueve, al Noceu.

—Bueno, pues démonos prisa, porque estará al llegar. ¿Qué solución tenemos?

—Solución, ninguna.

—¿Cómo que ninguna? Pero ¿has hablado con esos que te dije?

—Sí, he hablado con ellos, pero es un disparate. Yo, de verdad, creo que lo mejor es decírselo a papín, que hable con don Ildefonso y que ellos le adelanten un dinero.

—Pero ¿tú estás loco? No, no, los Fierro no pueden enterarse de esto, vamos, de esto no se puede enterar nadie. En cuanto te ven débil, te destrozan. Álvaro, que acabas de terminar la carrera y en octubre empiezas a trabajar en la Fosforera. Vas a tener un puesto de confianza; si se enteran de que estamos arruinados, es el fin. Te juegas tu futuro, hijo, esto tenemos que llevarlo en secreto y el último que puede enterarse es Ildefonso Fierro.

—Bueno, pues entonces a ver qué hacemos. La única solución es vender Villa Radis...

porque la casa de Monte Esquinza no podemos, pero, claro, hay que hablar con papín.

—No, tu padre no se va a enterar de esto. Nunca. Júrame, que, pase lo que pase, no va a saberlo. Yo le he metido en esto y yo voy a sacarle.

—Mamá, que esto es muy grave, que es una debacle mundial, que la gente en Nueva York lleva tirándose por los balcones desde octubre. Esto no se soluciona así como así.

—Creo que podemos tener una solución. Ayer estuve hablando con Sabino, vino a verme...

—Ya, ayer era lunes, y venía a la partida de tute. Si vas a decirme que vas a ir al casino a ver si tienes un golpe de suerte, ya sabes que...

—No digas tonterías, Álvaro, no voy a discutir más ese asunto. Yo creo que nos hubiera ahorrado muchos dolores de cabeza, pero si no quieres ayudarme por ese camino, tú verás. Pero no, es otra cuestión. Vino a hablarme de un joven de Malleza, un multimillonario, que acaba de venir de Cuba y que está perdidamente enamorado de tu hermana y quiere pedir su mano.

Álvaro estaba acostumbrado a que su madre le saliera con algún disparate, como el de que le dejara jugarse sus ahorros en el casino para reponer el dinero que habían perdido con el crack de la bolsa. Pero esto que le contaba sobrepasaba cualquier expectativa. Álvaro tardó en contestar; primero quería corroborar que su madre no estaba bromeando. Radis era muy aficionada a jugar con el margen que le daba su carácter atípico para desconcertar a la gente con comentarios que después, con una carcajada, desmentía y remataba con un «pero ¿cómo te has podido creer que yo pensara eso?», a lo que la mayoría, por educación, no contestaba con «pues porque me has dicho (o has hecho) cosas peores que sí eran verdad». Pero no, su madre estaba seria, incluso preocupada. Aquello tenía que ser cierto y, por el rictus de Radis, debía de tener algo más grave que contar.

—Pero, eso es un... Pero si no se conocen. No sabemos nada de él.

—No, perdona, sí sabemos, me he estado informando.

—Bueno, pues cuéntame. ¿De qué familia es? ¿De los Munárriz? ¿De los Cienfuegos? Pero no, porque ¿quién se ha ido a Cuba de esas familias? Porque en Malleza no hay más.

—Bueno, es de una familia humilde, pero Sabino dice que le conoce desde pequeño y que es un hombre muy trabajador, honrado, muy inteligente y, bueno, creo que ha hecho una auténtica fortuna en Cuba, que es amigo del presidente, que tiene una finca que se tarda tres días en recorrer a caballo...

—Sí, todo eso está muy bien, si será muy buen hombre. Pero ¿te has dado cuenta de que lo que quieres es casarlo con María Luisa?

—Sí, ése es el problema, porque ella sigue enamorada de Fernando. ¡En qué hora se lo presentaste! Pero le va a venir bien, tiene que olvidarse de Fernando y vivir en Cuba le va a hacer salir de este ambiente.

Ahí, a su pesar, Álvaro tenía que darle la razón a su madre. Él adoraba a su hermana y sabía lo doloroso que iba a ser para ella ir a Madrid, coincidir con Fernando y con su mujer, oír comentarios sobre lo felices que eran, disimular si Marta Gómez de Gaspar la invitaba a tomar café... Pensó que a lo mejor su madre no iba tan desencaminada; desde luego, estar en Cuba era la solución perfecta. Habría que conocer a ese indiano, ver si don Sabino había sido objetivo o se había dejado llevar por ese carácter rousseauniano que le hacía pensar bien de todo el mundo. Pero tenía que reconocer que esa apertura mental de su madre, que le hacía considerar cualquier posibilidad por peregrina que pareciera, era una virtud, y en este caso, él también estaba

dispuesto a darle una oportunidad.

—¡Álvaro! ¡Álvaro, despierta! ¿Qué opinas, qué me dices?

—Perdona. A lo mejor tienes razón, irse a Cuba sería una buena solución.

—Pues claro, es la única solución. Porque si se queda aquí y tiene que estar encontrándose con ése y con la otra, no sé si va a poder soportarlo. Me preocupa mucho, la verdad. Por cierto, ¿qué era eso relacionado con Fernando tan importante que tenías que decirme y que no podías contarme por teléfono?

—Ah, sí, bueno... —Álvaro se había arrepentido de su impulsividad, de haber llamado a su madre en cuanto salió de su casa el chófer de Fernando, después de dejarle la carta. Esa información en manos de Radis podía ser una bomba de relojería y ya no servía de nada decírselo—. Me he enterado de que están esperando un hijo.

Radis escrutó a Álvaro. Conocía a su hijo y, aunque era buen actor y sabía cómo engañarla, ésa no era la manera de actuar de Álvaro Álvarez Bohem.

—¿Y eso no podías decírmelo por teléfono? ¿Qué pasa, que es un alto secreto de Estado? ¿Es un hijo ilegítimo del rey?

Álvaro notaba que le habían pillado en el renuncio, así que recurrió al truco que solía usar su madre: soltó una carcajada, miró el reloj, farfulló una disculpa, le dio un beso en la frente y salió trotando, como si tuviera algo muy importante que hacer. En el camino se cruzó con María Luisa, a la que no se atrevió a mirar a los ojos. En el fondo se sentía como si la estuviera vendiendo: cuarto y mitad de hermana por kilo y medio de su futuro. Balbuceó una excusa para explicar su prisa y María Luisa, que seguía con los ojos enrojecidos, hizo amago de sonreír. Estaba claro que su hermano huía de su madre, pero imaginó que era por algo relacionarlo con Felisa Herrero, la famosísima tiple de la que Álvaro estaba enamorado y que su madre intentaba quitarle de la cabeza a toda costa, horrorizada ante la idea de que su primogénito, un abogado recién licenciado en Deusto, hubiera heredado su pasión por la farándula, las fiestas y el juego.

—Este hermano tuyo, ¡qué arrebatos le dan! Me ha dejado con la palabra en la boca. ¿Adónde va? Le he entendido algo de membrillo, ¿te ha dicho a ti algo? ¡Qué hombre, igual que su padre! Ay, ven, déjame ver...

Radis cogió de la barbilla a su hija para verificar que, como sospechaba, su miopía no la engañaba; seguía con los párpados hinchados y la nariz enrojecida. Miró el reloj y vio que la modista estaba a punto de llegar, y no podía permitir que Julia Alcázar, la misma que vestía a las Aguirre o a las Grueso, viera a María Luisa así. No hacía falta ser muy avispada para saber por qué tenía ese berrinche, y Radis no quería que nadie pudiera ratificar el rumor de los amores entre Fernando y su hija, ni el despecho de ésta, algo que ella sabía que era la comidilla en las meriendas de la alta sociedad ovetense.

—Dile a Mercedes que te haga una infusión de manzanilla y te la pones ahora mismo. Estás fatal de la alergia y no quiero que la modista te vea así. A ver si se va a creer que estás disgustada y piensa lo que no es. —Radis interrumpió la conversación con su hija para llamar a Mercedes, que iba con un fardo de ropa que acababa de recoger del tendedero.

—¡Mercedes! Anda, hazle una manzanilla a la señorita, a ver si le hace bien en los ojos, que le ha vuelto a dar la alergia. Y dale una tila también. —Radis se volvió hacia su hija, sin ver la sonrisa de asentimiento de la guardesa.

La orden ya estaba dada y no había más que hablar. En un tono más bajo, se dirigió a su hija

—: Te veo un poco nerviosa, ¿has desayunado?

—No, no tengo hambre.

—Bueno, mejor, que no conviene probarse después de desayunar.

—Le he estado dando vueltas y tienes razón, mamá, voy a ir a la boda. El traje ya lo tengo pensado.

—¿Ves? Ya sabía yo que te iba a hacer ilusión. Yo ya te había escogido un par de telas, pero ¿qué habías pensado?

—Se me había ocurrido algo como en la película que vi con Álvaro en Madrid, *Metrópolis*, ésa del robot. La protagonista lleva un vestido como de gasas y lamé plateado... Ese es muy escotado, habrá que buscar algo para la parte de arriba, pero era precioso.

Radis tragó saliva. En circunstancias normales le habría echado una bronca descomunal a su hija. Ella no había visto la película de Fritz Lang, ni tenía idea de a qué se refería, pero se lo podía imaginar. Se había empeñado en que su única hija tuviera una educación cultural correa. Estudiaba piano, daba clases de canto, conocía a los clásicos..., pero esa pasión por lo extravagante y por el cine, que compartía Álvaro, no acababa de convencerla. Y de eso no tenía ella la culpa, de eso no. Era algo que venía desde que era pequeña. En las funciones de Navidad del colegio siempre la elegían para hacer de Virgen María. Era imposible escoger a otra niña, la belleza perfecta de María Luisa no dejaba lugar a discusiones. Pero cada año era una lucha. Ella se emperraba en ponerse un zapato en la cabeza o la combinación de su madre a modo de vestido. Daba igual, porque cualquier cosa le quedaba bien, parecía que estaba hecha para ella, pero Radis no podía soportar esa vena creativa de su hija y, como le ocurría a menudo con Álvaro, se preguntaba por qué sus hijos no se parecerían más a su padre que a ella. Pero Radis era inteligente y sabía que María Luisa estaba en un tris de decir que se negaba a ir a la boda de la que podría haber sido su cuñada con uno de los Grueso. El enlace del año, sin duda, que se celebraría en el Palacio del Pito y en el que se jugaban el honor de su hija. Si faltaba, todo el mundo confirmaría las habladurías. Así que fue todo lo suave y convincente que pudo, aunque sabía que hacer cambiar de idea a esa sangre de su sangre iba ser tan difícil como hacerle torcer el rumbo a ella misma.

—El lamé no es una tela adecuada para una boda de día. Eso que me cuentas es precioso, pero a lo mejor para la inauguración esa a la que quieres ir con tu hermano, del edificio ese de Madrid...

—Del Palacio de la Prensa.

—Bueno, ése. Ahí sí puedes llevar un vestido de fiesta. Ya lo hablamos con la modista cuando venga, pero...

—Pero queda menos de un mes, no va a darle tiempo de hacerlo.

Radis empezaba a impacientarse. Por supuesto, no tenía la más mínima intención de dejar que su hija fuera a ningún sitio vestida como una *vedette* de Hollywood, y en ese instante lo esencial era llegar a un acuerdo con ella sobre cómo sería el vestido de la boda de la futura señora Grueso.

—Eso ya lo iremos viendo, pero vamos a pensar en lo urgente.

—La boda es en septiembre, hay tiempo. Lo urgente es la inauguración. Tengo un dibujo del vestido en mi cuarto, ¿quieres que lo baje? Así la modista se puede hacer una idea mejor.

—María Luisa, hija, hoy tengo un día complicado, así que, por favor, no me pongas más

nerviosa. Julia Alcázar nos ha hecho el favor de venir hasta aquí y Julia Alcázar no se mueve de su taller por nadie. Como empieces a hablarle de lamés y de películas, te dejo aquí toda la primavera cuidando de la casa, así que olvídate de estrenos y de cines.

—Pero, mamá...

—No hay más que hablar. ¿De qué color prefieres ir a la boda, de gris o de rosa palo?

—Me da igual, ninguno de los dos me gusta.

—Bueno, pues entonces irás de gris perla, que combina mejor con el verde del collar. Ahora te vas a poner una cataplasma de manzanilla bien fría, te vas vestir y a las diez en punto te quiero en la sala de costura, sonriente y callada. Ah, y tómate la tila, que estás muy nerviosa.

María Luisa se levantó con el ceño fruncido, iba a refunfuñar algo pero se contuvo. Cuando su madre estaba enfadada era mejor no llamar la atención. Septiembre le parecía lejanísimo y no quería pensar demasiado en el futuro. Pero el 7 de abril estaba ahí al lado y sabía que Fernando no se perdería la inauguración del Palacio de la Prensa, donde iban a estar los reyes y toda la sociedad madrileña. Esa era su oportunidad. No le veía desde antes de Navidad y tenía que estar deslumbrante. Hasta esa misma mañana había albergado alguna esperanza. Pensaba que el silencio de su amor era por prudencia. Pero no, lo tenía claro, no había cumplido su promesa. No le había escrito ni una sola línea, él que decía que se casaba obligado por sus hermanas y que le escribiría una carta todos los días. Hasta esa mañana había imaginado que Fernando habría guardado las cartas para dárselas todas juntas a Álvaro porque no podía enviarlas por correo, pero esta vez no había excusas. A la vuelta de su viaje, hacía dos meses, su hermano le dijo que no le había podido ver, así que María Luisa esperaba con ansiedad el regreso de esa segunda visita. Esta vez sí se habían visto y Álvaro le había dicho que no le había dado nada para ella, que ni siquiera la había mencionado, pero eso era lo de menos. Ya no había marcha atrás; la nulidad, que era lo que los dos habían planeado que podía salvarlos, ya era imposible. La idea había sido suya, pero Fernando estuvo de acuerdo. Le prometió que no consumaría el matrimonio y que volvería a por ella.

III

José se alojaba en el Gran Hotel España de Oviedo. Por una parte, porque sabía que a todos los del pueblo y a sus parientes aquello les parecía el colmo del lujo, pero también por una cuestión práctica. Se había dado cuenta de que cuando uno se acostumbra a las comodidades es casi imposible volver atrás. Esa idea, en abstracto, era la que durante toda su vida le había hecho seguir adelante, arriesgarse en los negocios cuando los que le rodeaban le preguntaban para qué trabajar doce horas diarias, cuando muchos en sus circunstancias habrían delegado para dedicarse a la *dolce vita* pero José estaba convencido de que, si paraba, todo se derrumbaría, y que la única forma de mantener su imperio era ampliándolo; si no crecía, disminuía. Aquella era una idea casi supersticiosa, que no se atrevía a contar a nadie. Pero igual que en el suelo de damero de su chalet de Miramar jamás pisaba los cuadros blancos, en los negocios no se daba un respiro, porque el descanso le sonaba a debacle. Llegar a casa de su primo Juan y darse cuenta de que no soportaba no tener agua caliente o que era incapaz de dormir en un jergón que olía a estiércol porque comunicaba directamente con el establo, le hizo constatar físicamente esa intuición, y aquello le produjo auténtico terror. Hasta entonces siempre había tenido la tranquilidad de que, si se arruinaba, no había problema; él no era un señorito al que le asustara mancharse las manos o dormir a la intemperie, siempre podía empezar de cero sin problema. Pero no. Ya no había marcha atrás. Se había habituado a las sábanas de hilo y las de percal le producían urticaria.

Don Sabino y José llevaban un buen rato sin hablar. Escuchando en el gramófono del salón de la suite un disco de Lecuona, al que había conocido gracias a una de sus conquistas, la cantante Rosita Clavería, que había tenido un éxito enorme en el Teatro Martí con *Domingo de piñata*, compuesto por el músico. Sabía que a don Sabino le iba a sorprender y la anécdota de sus amoríos con la actriz cubana era un dato que su vanidad no le dejó omitir. Pero más que de sus devaneos con una de las actrices más populares de Cuba, lo que le hacía sentirse más orgulloso era tener algo que descubrir a su mentor. El le había enseñado a apreciar de pequeño los tangos de Ángel Villoldo y la ópera, y no olvidaba que de ahí le venía su afición a la música.

Don Sabino estaba preocupado. En parte tenía la conciencia tranquila porque no se había andado con paños calientes a la hora de explicarle la situación a José. El ya había visto de lejos a María Luisa, y eso había sido suficiente. La belleza había ejercido su poder de adicción y José estaba cegado, la razón la tenía en otra parte.

—José, perdona que insista, pero ¿tú eres consciente de que el motivo por el que Radis y me

temo que María Luisa te pueden aceptar es tu dinero? Es un poco brusco decirlo así, pero podría decirse que la estás comprando.

—Bueno, don Sabino. Yo, de momento, por lo que quiero estar con ella es por su belleza. A lo mejor lo mío es peor. Al menos usted le ha dicho a Radis (por lo que me ha contado) que yo soy un buen hombre. Pero, seamos sinceros, usted de ella no es que me haya dicho que no sea buena, no, no puedo decir eso. Pero me ha dado a entender que tiene un carácter complicado y más bien frívolo y caprichoso. No sé por qué va a ser peor ir buscando el dinero de alguien que la belleza de otro.

—Veo que en Cuba te has vuelto un filósofo, José. Visto así, voy a tener que darte la razón. No quiero que te lleves a engaño. Siento hablar así de la que puede convertirse en tu esposa, y te aseguro que en cuanto pase por el altar, esto que te digo ahora quedará olvidado...

—Don Sabino, me está preocupando. ¿No estará embarazada?

—No, no es eso. Por esa parte puedes estar tranquilo, es un mujer religiosa. Pero sí debes saber que ha tenido un amor muy fuerte, infantil, casi platónico, con un hombre, el conde de Montemar.

—Mi madre trabajó en esa casa un tiempo. Su madre murió en el parto, ¿no?, y el padre poco después.

—Sí, cuando tenía cuatro años. Siempre le han cuidado sus hermanas. Bueno, pero ése no es el caso. La cuestión es que él se casó hace unos meses con una mujer muy rica, dicen que obligado por sus hermanas, y desde entonces María Luisa está destrozada y despechada. Si te casas con ella, lo harás con una mujer que está enamorada de otro hombre.

José se quedó en silencio un instante. Con aquello no contaba. Don Sabino pensó que había dado en la diana. Pero no.

—De un hombre que la ha abandonado. Don Sabino, yo sabré cómo hacer que me quiera. No se preocupe, sé lo que hago. Me he enfrentado a cosas más complicadas.

Don Sabino torció la boca hacia la derecha, con su habitual sonrisa forzada, y susurró: «Tu no conoces a las Bohem.»

José hizo como que no le oía y pensó: «Ni tú a José Rodríguez.»

Hacerle un vestido a María Luisa Álvarez era una tortura. Cuando aparecía en el taller, envuelta en una estola de marta cibelina y ese porte arrebatador que ella sabía acentuar con tacones que la elevaban al metro ochenta y faldas lápiz que la hacían parecer aún más estilizada y sofisticada, las modistas y los diseñadores no se lanzaban a besarle los pies de milagro. Acostumbrados a tener que hacer parecer diosas a mujeres con aspecto de hienas, les hacía inmensamente felices la idea de poder vestir a aquella mujer que estaría elegante con un saco de patatas (como bien pudo comprobarse en una función escolar en la que se empeñó en ir vestida de pastorcilla de esa guisa). Pero hacer un traje a María Luisa Álvarez era más complicado de lo que parecía.

En un viaje a París con su madre, María Luisa la convenció para que fueran al taller de Paul Poiret, uno de sus diseñadores favoritos. La idea era encargarle un vestido para la fiesta del diecisiete cumpleaños de María Luisa, que ella se había empeñado en que fuera de ambientación

oriental, básicamente para poder llevar uno de los famosos diseños de aquel revolucionario de la moda. A Radis no le hacía mucha gracia por el escándalo que se había montado unos años atrás, cuando creó la falda pantalón, que el propio Pío X tuvo que condenar, pero debía reconocer que algunos de los diseños que había visto en *Vogue* eran preciosos y que aquellos caftanes podían ayudarla a disimular los kilos de más que se habían acumulado en la cintura y que los corsés no lograban esconder. Cuando entraron, Poiret lanzó un gritito y se tapó la boca como si hubiera visto un fantasma. María Luisa había escogido para esa cita un traje de chaqueta negro, de falda lápiz y mangas globo de Balenciaga, que se había hecho a espaldas de su madre, durante una de las visitas a Cestona en las que acompañaba a su padre, que era incapaz de negarle nada. Para sus dieciséis años, aquel vestido era inapropiado, lo cierto es que le hacía aparentar cuatro o cinco más, pero a María Luisa eso no le importaba. Adoraba al diseñador vasco, igual que a Elsa Schiaparelli o a Lanvin, pero su ídolo era Poiret, porque para ella los vestidos eran disfraces, no entendía ese sentido social, representativo, que les daban su madre y la mayoría de las mujeres. Le encantaba indagar, investigar cuáles eran los diseñadores más interesantes del momento. De hecho, uno de sus grandes orgullos era haber sido la primera española que había tenido un vestido de Schiaparelli cuando casi nadie la conocía.

Después de recuperarse del *shock* y de pedir a sus colaboradores que la dejaran a solas con aquella mujer y su madre y que no le molestaran, Poiret les dedicó toda la tarde. Se quedó maravillado del buen gusto y los conocimientos de moda de María Luisa (Radis no hablaba francés con la fluidez de su hija) y después de escoger la tela y pensar en el diseño, muy similar a alguno de los trajes que había hecho años atrás para los ballets rusos de París y que María Luisa conocía como las ondas de su pelo, se puso manos a la obra para tomar medidas, probar sobre el cuerpo de María Luisa algunas telas y empezar a trabajar. Después de una hora, pronunció la frase que todos los modistos que se lanzaban entusiasmados a hacerle un vestido pensaban, pero no se atrevían a decir: «Coser para ti es el peor de los castigos. La materia prima es la que cualquiera soñaría, pero eres como una lagartija. Serías la modelo perfecta si estuvieras anestesiada.» Efectivamente, María Luisa se entusiasmaba tanto en las pruebas de ropa que no podía parar. Cuando intentaban medirle la cadera para hacer el patrón, no dejaba de levantar y bajar las piernas, y si se trataba de ajustar el talle con alfileres, la tarea de no clavárselos era titánica.

Julia Alcázar ignoraba esa particularidad. Así que se presentó con sus dos ayudantes en Villa Radis dispuesta a dar rienda suelta a su creatividad. La idea de poder vestir a esa mujer tan lúcida era ya por sí sola una buena justificación para desplazarse desde su taller de Oviedo. Pero es que además sabía por algunas de las actrices a las que vestía que María Luisa Álvarez no era la típica burguesa que pensaba que la elegancia estaba en pasar inadvertida. Sabía que la hermana de Álvaro Álvarez, uno de los solteros más cotizados de la sociedad asturiana, tenía un gusto exquisito y no se iba a arredrar ante un volante desmesurado, un corte al bias radical o un escote un poco pronunciado. Julia Alcázar adoraba a Fortuny, pero en Oviedo tenía que limitarse a hacer vestidos de boda clásicos y trajes de cóctel que disimularan la falta de cintura o una tripita más que incipiente.

Cuando entró en el cuarto de costura, María Luisa estaba sentada en una esquina, a la luz del ventanal, mirando hacia el jardín, con un *Vogue* en el regazo. Julia Alcázar pensó que era mucho más guapa en persona y que la melancolía, esa que nunca se reflejaba en las fotos que había visto

de ella en los ecos de sociedad, le sentaba de maravilla. Estuvo a punto de decirle: «Debería estar triste más a menudo», pero lógicamente se calló y carraspeó para anunciar su presencia.

María Luisa pegó un respingo y cambió la expresión como la mejor de las actrices. Sus labios rojísimos dejaron entrever una sonrisa perfecta y se acercó con una calidez impostada, lo justo como para parecer cercana manteniendo las distancias de clase. Julia Alcázar sería una modista estupenda, pero era, al fin y al cabo, una costurera, una empleada. Les ofreció un refrigerio que ella y sus dos fascinadas ayudantes rechazaron con un «no, gracias, hemos desayunado en Muros hace un rato». Sin hacerles caso, pidió a Agapita, la doncella, que les trajera unas pastas y un servicio de té, y que avisara a su madre, que debía de estar contestando la correspondencia en su gabinete.

Después de hablar de asuntos intrascendentes, Julia, aprovechando la ausencia de Radis, quiso ir tomando terreno.

—Me ha contado su madre que el vestido que vamos a hacerle es para la boda de Mariana Aguirre.

—Sí, creo que es en septiembre.

—Sí, lo sé, porque yo le estoy haciendo el traje de novia precisamente.

—¡Qué casualidad! Vaya..., ¿y cómo es?

—Disculpe —Julia estaba azorada, la estaban poniendo en un compromiso—, pero esos detalles no puedo revelarlos sin su permiso. Si quiere, en la próxima prueba le puedo...

—No, no. —María Luisa estaba horrorizada, no quería bajo ningún concepto que Mariana, la mayor instigadora de la boda entre Fernando y la Gómez de Gaspar, se enterara de que ella estaba indagando sobre su vestido. Entre otras cosas porque sus intenciones no eran honestas; quería saber cómo iba a ir porque era el enemigo y cuanta más información tuviera, más podría epatar a los asistentes—. Si era por preguntar, seguro que es precioso, pero no, no es nada importante.

—Entonces, ¿qué idea tiene para el vestido? Su madre me pidió que trajera muestras de dos telas, una gris y otra rosa. Tengo entendido que usted conoce el trabajo de Elsa Schiaparelli y es una agradable sorpresa, porque es difícil encontrar a alguien que sepa quién es y que le guste. Así que he traído un rosa Schiaparelli que...

En ese momento entró Radis como un huracán.

—¿Schiaparelli? De eso nada, excentricidades no. ¿Ya le has estado hablando de tus ideas raras, María Luisa?

Radis estaba enfurecida y Julia Alcázar no sabía qué hacer, tampoco le parecía para tanto, pero estaba claro: iba a tener que diseñar de nuevo un traje normal.

—No, no ha sido cosa suya —salió en su defensa Julia, intentando apaciguar los ánimos—. Le estaba comentando que una de las telas que he traído es rosa Schiaparelli, que es un tono especial, pero no.

Radis se tranquilizó, se dio cuenta de que se había excedido. Sonrió y, sin dar más explicaciones, pasó a indicar cómo iba a ser el vestido. Julia callaba y asentía, mientras una de sus ayudantes tomaba nota. Sólo interrumpía para hacer alguna pregunta del tipo: «¿Con botones de nácar?» Radis sabía exactamente lo que quería para su hija, que miraba por la ventana, sin atender sus explicaciones. Cuando acabó, Julia le pidió a María Luisa que se acercara para tomarle medidas. Si hasta el momento aquello había sido mucho peor de lo que podía haber

imaginado jamás, el baile de San Vito de María Luisa y sus cosquillas, le parecieron una especie de prueba infernal. Cuando salió de allí tenía los nervios destrozados. El viaje de vuelta lo hizo anestesiada con láudano.

El mismo que tuvo que tomar Radis a fin de reunir fuerzas para explicarle a Gabino y a la propia María Luisa que al día siguiente iban a conocer a su futuro yerno y marido, respectivamente. En cuanto Julia se fue, Radis se retiró a su habitación un rato a pensar y a relajarse. Poco antes del almuerzo, fue al despacho de su marido a explicarle la situación. Ella lo enfocó desde el punto de vista de la ventaja que suponía que María Luisa se fuera a Cuba y la cantidad de sufrimiento que iba a ahorrarles. El asunto del dinero de José lo mencionó muy de pasada. Conocía a Gabino y sabía que aquello iba a ser un dato en contra más que a favor. Su marido la escuchó en silencio, sin decir nada, y cuando terminó se quedó un rato callado, algo que a Radis le sacaba de quicio. Se puso de pie, empezó a pasear de una punta a otra de la habitación y se volvió a sentar.

—¿Qué edad tiene ese muchacho?

Radis no se esperaba esa pregunta. Ella le había dicho que tenía un exhaustivo informe del pretendiente y ahí la había pillado; no tenía la más mínima idea. Empezó a hacer cálculos según lo que le había contado Sabino y respondió, rauda.

—Treinta y cinco años. Pero ¿por qué lo preguntas, qué más da eso?

—No, por saber... Entonces, si nuestra hija decide irse a Cuba con ese señor, nuestros problemas económicos se habrán acabado, ¿no?

Radis intentó disimular su rabia. Pero antes muerta que admitir que la había calado, como siempre solía ocurrir.

—Pero ¿cómo puedes pensar en eso? Ni se me había pasado por la cabeza algo así. Me parece horrible lo que estás diciendo.

Gabino la interrumpió.

—Sí, es horrible, efectivamente. Bueno, entonces, ¿cuándo viene ese señor a pedir la mano de nuestra hija?

—No, todavía no, hasta hablar contigo no...

—Radegundis..., ¿Para cuándo le has dado cita? Yo tengo un viaje a Madrid la semana que viene y me gustaría, al menos, conocerle.

—No te preocupes, viene mañana. Le he citado a las cinco en punto. ¿Te parece bien?

—No, me parece muy mal, pero la hora de la cita me viene bien. ¿Tu hija sabe algo de todo esto? Creo que debería enterarse de que va a casarse con un señor que viene mañana a tomar el té o café, que será lo que beben en Cuba.

Radis no podía soportar la ironía de su marido. Pero ése era el pequeño precio que tenía que pagar por hacer siempre lo que se le antojaba.

—Voy a hablar con ella ahora. De todas formas, ella tiene la última palabra y lo de mañana no es una petición de mano, sólo viene a que le conozcamos.

—Ya... Por favor, cuando bajes, encarga a Agapita que me suba aquí la comida, estoy muy liado y no voy a bajar a Comer.

Radis pensó en hablar con su hija durante la comida, pero no tuvo fuerzas suficientes. Después de almorzar se sentaron, como todas las tardes, a coser en la galería. A veces, María Luisa tocaba un rato el piano, pero desde que habían llegado a Somao, un par de meses atrás, no se había acercado al instrumento. Normalmente cosían en silencio, no tenían demasiado que contarse. Así que, cuando Radis le dijo a su hija, por introducir el tema, que Sabino había estado el otro día en la casa y que le había traído un mensaje que le iba a interesar, María Luisa dejó la labor, que se cayó al suelo, y palideció. Pensaba que iba a hablarle de algo relacionado con Fernando. Que había llamado a don Sabino (que había sido el que le había traído al mundo) para pedirle que hiciera de intermediario.

Radis la miró extrañada. Pensó que a lo mejor sabía algo.

—Hija, ¿estás bien? —La ayudó a levantarse.

—Sí, sí. ¿Qué te ha dicho, mamá? ¿Qué te ha dicho?

—Nada. Bueno, que hay un chico que ha venido hace poco de Cuba y que... María Luisa, ¿estás bien? No te viene el color.

María Luisa, después de saber que no tenía nada que ver con Fernando, no pudo reprimir las lágrimas. Pensaba que todo se había arreglado, pero no, volvía a la realidad y no podía soportarlo. Radis ignoró las lágrimas y siguió. Había empezado y ya no podía parar.

—Como te decía, es un joven estupendo, que ha hecho una fortuna en Cuba y te quiere conocer. Don Sabino me ha dicho que es el hombre perfecto para ti y, no sé, creo que deberías conocerle.

María Luisa no decía nada, de hecho, no había oído muy bien lo que le estaba diciendo su madre.

—Sí, me parece bien.

Radis la miró extrañada, pero no iba a desaprovechar aquella oportunidad.

—Pues viene mañana a las cinco. Así que para entonces ponte guapa. ¡Hija! Ay, eres igual que tu padre y que tu hermano. ¡Qué cruz! ¿Me oyes?

—Sí, sí, que viene mañana a las cinco y que me ponga guapa. ¿Me pongo el vestido de la comunión de Luisito? ¿El de los lazos?

—¿El de los lazos? Pero si odias ese vestido.

—Ya, pero a ti te gusta.

—No, ponte algo más, no sé, un poco menos... El del cumpleaños de papá.

—¿El que decías que era tan escotado?

—Sí, bueno, tampoco es para tanto. Sí, ése, ponte ése.

—Lo que tú digas, mamá, como veas.

IV

El espejo del dormitorio de su madre no era lo suficientemente grande. Mientras intentaba coger perspectiva para poder verse de cuerpo entero, pensaba en lo tozuda que había sido siempre su madre, que por mucho dinero que tuviera en el banco, siempre compraba lo más barato y lo más pequeño. José nunca había olvidado el porqué de haberse ido a Cuba. Lo primero era su familia. Así que, al principio con mucho esfuerzo, quedándose con lo justo para comer casi todos los días y pagar la pensión, y con el tiempo sin tanto sacrificio pero con la misma generosidad, José convirtió a su madre en millonaria.

En el banco de Pravia, adonde iba de vez en cuando a sacar cantidades mínimas de dinero, no entendían cómo aquella aldeana tan humildemente vestida no se había convertido en la típica nueva rica. Doña Elvira era la mejor cliente del banco. Es decir, la que tenía más dinero en la cuenta, con mucha diferencia. Pero se comportaba como si no fuera suyo, algo así como si el banco fuera el propietario del dinero y le hiciera el favor de prestárselo. Don Fabrilo, el director de la sucursal, la trataba con el mismo respeto servil que al resto de los buenos clientes (en su mayoría indios y sus esposas que habían asimilado mal su repentino cambio de estatus económico y por tanto social), pero doña Elvira, en vez de mirarle por encima del hombro como la mayoría y regocijarse con sus reverencias, se sentía realmente incómoda.

Don Eugenio, el cajero del banco, un hombre leído, muy observador y socarrón, adoraba las visitas de doña Elvira porque las situaciones eran propias de una película cómica. Él siempre estuvo convencido de que la mujer se había ido a la tumba sin entender cómo funcionaba aquello de los bancos. El hecho de que cada vez que sacaba veinte o treinta pesetas tuvieran la misma conversación le hacía pensar que la modestia de doña Elvira no era retórica como aquellos «a sus pies» de don Fabrilo (al que nunca había visto lanzarse a besar el suelo en presencia de nadie), sino que realmente ella pensaba que ese dinero no era del todo suyo. La conversación era siempre el mismo tira y afloja. Doña Elvira le decía a don Eugenio, titubeante: «Pues mire, don Eugenio, yo había pensado a ver si podían darme ustedes treinta pesetas. Hombre, si piensa que va a ser mucho, podría arreglarme con veinte, pero es que no sabe usted lo caras que están las medicinas que me ha mandado don Sabino y, hombre, en comer ya sabe que no gasto casi, pero siempre hay azúcar o aceite que comprar...» Llegados a este punto, don Eugenio solía interrumpirla porque sabía que si no le podía contar toda la lista de la compra del último mes, así que, con una sonrisa, le respondía: «Pero, Doña Elvira, usted ya sabe que puede sacar el dinero que quiera, como si quiere que le dé doscientas pesetas»; entonces doña Elvira solía reírse como

diciendo que don Eugenio era un bromista incorregible. Él, al principio, le decía que no se riera, que lo decía en serio. Vamos, que tenía muchísimo más que ese dinero en su cuenta, pero al final ya la dejó por imposible y le seguía la corriente. Le daba las treinta pesetas, entre frases como «si no les viene bien, puede darme ahora la mitad y vengo otro día» o «ya lo siento, dirá usted a lo mejor que soy una manirrota, pero de verdad que las cosas han subido muchísimo».

Así que José fue incapaz de que su madre cambiara de mentalidad y fuera consciente de que era mucho más rica que las señoras para las que había limpiado durante toda su vida. Lo del espejo de cuerpo entero, por ejemplo, había sido algo que a José le hacía una ilusión especial regalarle. Recordaba que cada vez que su madre estrenaba algún vestido que se había hecho (con una sábana vieja o algún retal que le regalaba alguna de sus «señoras») para alguna boda o un bautizo, decía la misma frase, subida al retrete para verse mejor en el espejo del baño: «El día que tenga dinero, lo primero que voy a hacer es comprarme un espejo de cuerpo entero. ¡Ay, qué ganas tengo!» Cuando las cosas empezaron a irle mejor y ya estaban cubiertas todas las necesidades básicas de doña Elvira y el resto de sus hermanos, José escribió a su madre diciéndole que había encargado en una tienda de Oviedo un espejo de cuerpo entero y que irían a llevárselo y colocárselo. Pero no hubo manera. Nada más llegar los operarios, ella les preguntó que cuánto costaba aquello. Ellos dijeron que no se preocupara, que ya estaba pagado, pero doña Elvira insistió. Le dijeron el precio y ella montó en cólera y se negó en redondo a que montaran el espejo. Los empleados no sabían qué hacer, pero ante los gritos de la mujer huyeron. Ahí acabó la historia del espejo y la madre de José sólo accedió a que le comprara uno un poco más grande que el del baño para la cómoda de su habitación. Decía que con algo tan caro en su casa no se iba a encontrar tranquila. Le parecía, lo primero, una estafa, y lo segundo, una indecencia.

José sonrió al recordar aquella anécdota, pero la mueca fue breve. La imagen de su madre le llevaba persiguiendo varios días. Ella jamás hubiera estado de acuerdo con esa boda que él pretendía y, si era sincero consigo mismo, tampoco le hubiera gustado aquella entrada triunfal, tan llamativa. La discreción había sido para su madre casi una obsesión y en eso, desde luego, José no se parecía a ella. Sabía exactamente las palabras que le habría dicho: «Pepín, hay que saber siempre cuál es el sitio de uno», algo que desde niño le había repetido, muy especialmente cuando, en contadísimas ocasiones, lo llevaba con ella a alguna de las casas donde planchaba. Esas veces Pepín, a sus seis o siete años, le pedía permiso para jugar con los niños de la familia donde ella servía y siempre se negaba. El, como era lógico, se enfadaba con la prohibición de su madre y no entendía aquella críptica frase del «sitio de uno».

En aquel momento frente al espejo, José se intentaba convencer, como si estuviera manteniendo una conversación con su madre. Ahora aquél sí era su sitio. Era un señor. Era millonario. Tenía el mejor coche de la zona, mejor que el del hermano de María Luisa. Pero si era un señor, si estaba tan convencido (le decía una voz interior con el color de la de su madre), ¿por qué se había cambiado cinco veces de traje? ¿Por qué no estaba seguro de si debía llevar tirantes o no? ¿Por qué estaba tan nervioso?

Por primera vez en toda su vida se sentía inseguro. En La Habana daba igual cómo vistiera porque todo el mundo le conocía y su estatus era innegable. La sociedad cubana, donde la inmigración había sido constante, no se fijaba tanto en el linaje, pero ser «gallego», millonario y ya no digamos soltero, era suficiente para que te recibieran con los brazos abiertos. Lo de soltero no era un matiz gratuito. La burguesía habanera, como todas, estaba regida por las mujeres, y

José era un magnífico partido que casi todas las madres querían para sus hijas, y las pocas que no le veían como yerno era porque le querían como amante. Por otra parte, las normas del buen vestir en el Caribe no tenían las sutiles trampas de la alta sociedad europea. Allí, con una buena guayabera de hilo era suficiente; eso sí, tenía que ser de un tejido excelente. Y si no, el traje de lino blanco, siempre impecable, era un valor seguro.

José era consciente de que en España era distinto, y aunque había ido al mejor sastre de Oviedo y el camisero se había esmerado y le había aconsejado sobre gemelos, corbata, zapatos e incluso calcetines, de repente le entraban dudas. No tenía claro si el traje gris era adecuado para una cita vespertina o si era mejor uno azul marino. Y una vez elegido, ¿los zapatos debían ser del mismo color o podía combinar el azul con calzado marrón? Lo más fácil hubiera sido llamar a don Sabino, pero no quería. No porque le diera vergüenza reconocer su ignorancia sobre la etiqueta. El tampoco pretendía engañar a nadie y no se avergonzaba de su origen humilde. Lo que no le apetecía era que el médico se diera cuenta de lo nervioso que estaba. Después de casi una hora poniéndose y quitándose ropa, decidió que lo mejor era ponerse lo primero que había pensado. Remató todo con una buena cantidad de Álvarez Gómez y, por primera vez en veinte años, se santiguó.

Durante el camino hacia Somao, José repasaba el discurso que había preparado. Intentaba concentrarse sólo en eso y en secarse las manos, que no paraban de sudar, pero no podía. La imagen de María Luisa peinándose en el jardín no se le había borrado durante todos esos días. Timoteo, el capataz de su finca de Pinar del Río, le había dicho un día que «el amor es una cuestión de voluntad, si uno se empeña, termina enamorándose». José le había respondido que no, que eso no era así, que él no conseguía sentir amor por ninguna de las chicas con las que salía. Y el viejo mulato, que era su mejor amigo, le explicó que tenía los tiempos equivocados. «Señor —le dijo—, cuando ya está la mujer ya no hay nada que hacer. El asunto está en que usted piense que ya es el momento, que llegó la hora de enamorarse. Entonces, sólo entonces, es cuando ve a una hembra y sabe que tiene que conseguirla.» José en aquel momento no acabó de entenderlo, pero tres años después, camino de Villa Radis, lo entendía perfectamente.

V

Radis llevaba desde las cinco menos cuarto esperando que el haiga de José apareciera por el camino que llevaba a su casa. No había corrido los visillos de encaje por un miedo absurdo a que su futuro yerno la descubriera. Cuando faltaban tres minutos para las cinco, empezó a impacientarse, pero un segundo antes de que el desasosiego de la espera se convirtiera en indignación («Qué se ha creído este que se va a casar con María Luisa Alvarez, tendría que estar en la puerta, haciendo guardia desde ayer», pensó fugazmente, en un atisbo de dignidad), el coche apareció derrapando a una velocidad totalmente impropia para aquel camino de gravilla. Al llegar a la entrada de la finca frenó en seco y recorrió el sendero del jardín lentamente, como el que tiene todo el tiempo del mundo. Antes de salir, miró instintivamente hacia las ventanas de la casa; Radis dio un respingo y se retiró de la ventana, pero siguió observando desde el marco, semiescondida; quería ver qué hacía José en ese momento. Desde fuera podría parecer que lo que quería era pillarle en falta, captar un signo de debilidad, de ruindad, pero no, lo que Radis deseaba en lo más profundo de su corazón era lo contrario. Que el rudo José, en un instante crucial como ése, se creciera. Demostrara su aplomo, su dignidad, que era un hombre templado, con una clase intrínseca que no tenía que ver con su linaje. En el fondo, lo que pretendía Radis era que José demostrara durante esos segundos previos a recibir la mano de su hija que era digno de ella, que no era lo que parecía.

La visión de José golpeándose la cabeza al salir del haiga, poniéndose torpemente el sombrero y limpiándose el sudor de las palmas de las manos en la pechera de la chaqueta no ayudó precisamente a forjar esa imagen que Radis anhelaba. Se alejó de la ventana mientras suspiraba y movía a derecha e izquierda la cabeza. En ese momento, Gabino entró en la galería con semblante muy serio.

—¿Estás segura?

Radis se recompuso y sonrió; mientras se agarraba al brazo de su marido, le musitó al oído.

—Pues claro que sí, hazme caso. ¿Te ha ido mal alguna vez que hayamos seguido nuestros instintos?

Gabino la miró condescendiente y estuvo a punto de decir algo. Pero se lo pensó un instante y, acariciándole la mano, le respondió.

—No, cariño, no, claro que no.

Radis intentó descifrar si lo decía con ironía o sinceramente. Prefirió pensar que lo hacía con total seriedad; le arregló el nudo de la corbata y bajó la escalera.

En el salón esperaba sentado José. Radis había pedido que le pasaran allí cuando llegara. Aunque era consciente de la falta de cortesía que aquello suponía, no quería que fueran ellos los que le esperaran. José se levantó, les dio la mano. Radis farfulló una disculpa por la espera, aduciendo que estaban despachando con su abogado, y pidió a Mercedes que avisara a Álvaro.

—José, ¿qué le apetece? ¿Un oporto, un café, un té? —preguntó Radis—. A mí, tráeme un oporto, Mercedes, y el té del señor. ¡Ah!, y la tarta de manzana. Mercedes hace el mejor arroz con leche del mundo y la tarta de manzana, que yo sepa, también, tiene usted que probarla. Entonces, ¿me acompaña con el oporto? O a lo mejor quiere un ron, en Cuba es lo que se toma, ¿no?

—Sí, pero es un poco pronto para mí, la acompaño con el oporto y me encantará probar la tarta, por supuesto. Pero le advierto que tendrá que competir con la de mi madre, que la hacía deliciosa —respondió José, intentando ser lo más jovial posible.

—¿Su madre cocinaba? Qué fantástico. Cómo envidio a la gente que es capaz de cocinar, yo soy incapaz de meterme en los fogones. —Radis intentaba ser lo más simpática posible, pero no podía decirse que fuera demasiado delicada.

Gabino, en cambio, era un hombre sensible que se pasaba la vida intentando cubrir los entuertos de su mujer.

—Radis tiene muchas virtudes, pero la repostería nunca ha sido su fuerte. En Cuba echará usted de menos todo esto, supongo que no es fácil amoldarse a un nuevo país, tan distinto.

—Pero José tendrá servicio y le habrá dado algunas recetas españolas, ¿no es así? —interrumpió Radis, que tenía miedo de que aquel hombre fuera uno de esos hechos a sí mismos que se niegan a tener doncella o a gastar más de la cuenta. «Puestos a elegir —le había dicho a su hermana, al comentar el asunto del pretendiente de María Luisa—, prefiero un nuevo rico derrochón, de los de aparentar, que uno de esos podridos de dinero que siguen viviendo como si no lo tuvieran. Hombre, éste parece que no, pero la tacañería es el peor defecto de un hombre. Si es agarrado con el dinero, lo es con todo lo demás.»

—Sí, claro, tengo servicio —contestó José—. Pero como siempre he vivido solo no me he preocupado mucho de la cocina. La cocinera es cubana y me hace platos de allí; tienen que probarlos, al principio extrañan, pero son muy sabrosos. En esa casa hace falta una mujer que sepa dirigir el...

—Pero ¿cuánta gente trabaja en la casa? —interrumpió Radis, bajo la mirada asesina de Álvaro, que entraba en ese momento.

José dudó entre responder a Radis o saludar a Álvaro, así que mientras se levantaba para dar la mano a su futuro cuñado, musitó «diez personas».

—Entonces la casa es grande, ¿no? —continuó escrutando Radis.

—La finca de Pinar del Río, sí, tiene ocho alcobas y tres salones. Bueno, me refiero a diez personas entre el personal de la casa y el de la finca, sin contar el eventual para cuidar los caballos o las labores del campo.

—Claro, claro. ¿Y usted vive allí todo el año, en el campo? Tenía entendido que vivía en La Habana.

—No, al campo voy los fines de semana y siempre que puedo, pero mi casa está en La Habana, en Miramar, el mejor barrio de la ciudad. Es un chalet de una planta, muy bonito, hecho por Esteban Rodríguez Castell...

—Bueno, para un hombre soltero es suficiente, pero, claro, si entra una mujer en la casa, va a necesitar una doncella y un mayordomo, por lo menos. Supongo que tendrá una vida social más intensa y empezará a recibir más —apuntó Radis como el que está negociando la compra de un caballo y da por hecho que la montura está incluida.

—Sí, sí, claro... El servicio que haga falta —balbuceó José—. La verdad es que hasta ahora he vivido austeramente, a mí el lujo nunca me ha importado, pero entiendo que a una mujer... Seamos claros, no nos andemos con rodeos —dijo, mirando a Gabino y a Álvaro—, quiero decir que a una mujer como María Luisa le hacen falta una serie de cosas en las que yo no he pensado hasta el momento. Pero ella tendría absoluta libertad para hacer y deshacer. Les doy mi palabra de que mientras yo viva a ella jamás le faltará nada. Bueno, y, obviamente, si muriera, tampoco. Soy un hombre de palabra.

—Me alegra entender que al menos a usted no le ha afectado la crisis —dijo Álvaro, en un tono que quería ser casual, como el que habla de la suerte que hemos tenido este año que el calor no ha apretado demasiado en verano, pero José era un hombre de negocios y no se andaba con rodeos.

—Si le soy sincero, tal y como tengo invertido ini dinero, si quisiera podría dejar de trabajar ahora mismo y habría suficiente capital para que mis hijos y mis nietos vivieran holgadamente. Pero no se preocupen —añadió José más relajado, sonriendo—, que no voy a dejar de trabajar.

—La gente siempre confía en la suerte —añadió Gabino.

—Yo no —dijo Radis, molesta. Odiaba cuando Gabino soltaba una de sus frases filosóficas.

—Si me disculpa, don Gabino, en la suerte confían los pobres. Cuando uno tiene la vida solucionada y viene de una familia que no ha tenido que pensar en el dinero durante varias generaciones, la suerte no existe. Pero los pobres sí piensan en que el azar puede cambiar su vida. Se lo digo por experiencia.

Gabino miró a José sorprendido y casi contento. No, aquel hombre no era un patán. Pero estaba claro que tampoco era el hombre para su hija ni, desde luego, María Luisa la mujer que iba a hacerle feliz.

—Bueno, nunca está de más confiar en la suerte. Hay veces que uno intuye que va a necesitarla —respondió Gabino, casi haciendo un sortilegio para que aquel hombre tuviera la fortuna de su parte. Su hija no sería una esposa fácil, él lo sabía, y mucho menos si no estaba enamorada. El amor podía apaciguarla, hacerla ser la que no era, al menos momentáneamente, pero María Luisa podía ser tan feroz como su madre y José no parecía un hombre que pudiera soportar un ataque como ése.

—Bueno, Gabino, no nos pongamos filosóficos, ya tendréis tiempo de hablar de vuestras cosas, pero hace un poco de calor, a lo mejor podríamos ir al porche. Álvaro, ve a avisar a María Luisa.

Radis lo había planeado todo milimétricamente. Sabía que a esa hora, si María Luisa entraba desde el jardín, le daría el sol a contraluz y la entrada en la habitación sería perfecta. Radis tenía un gusto exquisito y una sensibilidad especial para la puesta en escena y ya había comprobado, por casualidad, un día que estaba reunida con sus amigos, el efecto que podía producir una entrada de ese tipo. Sabía que José estaba entregado, decidido a casarse con su hija, y era consciente de que no hacían falta contraluces ni trucos para que fuera consciente de que María Luisa era una mujer bellísima, pero Radis siempre decía que una dosis extra nunca está de más.

Y en este caso lo tenía claro, una imagen como ésa era un seguro perfecto. Algo que, en un momento de crisis, después de la primera bronca o del tercer desplante de María Luisa, podía hacer que José le quitara importancia. El poder de la belleza era enorme y Radis, que no era precisamente guapa, lo sabía y quería que su hija lo aprovechara adecuadamente.

Efectivamente, José se quedó anonadado. La perturbación que le había producido la escena del peinado en el jardín no era nada comparado con aquella entrada. María Luisa había elegido el vestido que tanto había criticado su madre meses atrás y que ella había copiado de una escena de *Una mujer de París*, de Chaplin. El escote que tanto había escandalizado a Radis en su momento y que tan adecuado le había parecido para ese encuentro con su futuro esposo fue lo de menos. El turquesa era idéntico al color de sus ojos y el sol hacía que el pelo pareciera una especie de corona dorada. Su casi metro ochenta con tacones y su manera de moverse ayudaban a que estuviera aún más espectacular.

María Luisa se acercó parsimoniosamente. José se adelantó para saludarla y ella sonrió con esa media sonrisa un poco melancólica que era parte de su encanto. Un gesto como de quien es incapaz de estar plenamente feliz nunca. Se sentó frente a él y Radis se encargó de hablar de banalidades, de preguntarle a José por el clima cubano, por los paisajes, como el que recaba información de alguien que conoce bien un país para ir de vacaciones. José tenía un cuidado extremo en no decir nada que pudiera hacer que María Luisa considerara que Cuba no era un paraíso. Pero daba igual, cada vez que comentaba algo sobre el clima tropical o sobre las fiestas veraniegas en la residencia presidencial, tenía la impresión de que María Luisa pensaba que aquélla no era la vida que quería, que no tenía nada que ver el mundo de casada con el que ella había soñado siempre. Su mirada ausente, su manera de asentir a destiempo eran, para José, clarísimos indicativos. Pero se equivocaba; María Luisa no le oía. Hubiera dado igual que dijera que en verano llegaban a los cincuenta grados y tenían un noventa por ciento de humedad, o que las fiestas de la sociedad habanera eran las más aburridas del mundo, porque ella no estaba allí, estaba dándole vueltas a la mejor manera de que Fernando se enterara de su inminente boda con aquel multimillonario del que ya se encargaría ella de hacer creer que estaba locamente enamorada. José intentaba explicar a Álvaro, con la mayor precisión posible, cómo era su finca de Pinar del Río y los detalles de su cuadra, en la que tenía una yeguada de veinte caballos que estaba seguro que le encantaría tanto a él como a su hermana, que le constaba que era una gran amazona. Pero María Luisa le interrumpió; necesitaba el dato para poder seguir con su discurso interno, el de la planificación de la ofensiva a Fernando que se iniciaba con la notificación del compromiso, con el encuentro con él en algún acto social madrileño (al que lógicamente debería ir, además de esplendorosa, acompañada por su prometido), y con las notas de sociedad sobre la boda, con fotos incluidas. Para poder preparar la estrategia adecuadamente debía tener claras las fechas.

—José, entonces, ¿para cuándo crees que deberíamos celebrar la boda?

Si Radis no hubiera estado levemente anestesiada por los efectos del oporto, habría abofeteado a su hija. Tanta puesta en escena, tanto preparativo para eso, para que ella, a bocajarro, preguntara por la fecha de la boda como si estuviera desesperada. Definitivamente, María Luisa estaba trastornada, pensó, y se convenció de que lo mejor era que se fuera a Cuba cuanto antes. Si hacía algo así, era peligroso que anduviera por España.

—Bueno —carraspeó Gabino, que intuía lo que su hija tenía en la cabeza—, José, va siendo

hora de que te des cuenta de lo impulsiva que puede ser María Luisa. A ella las normas sociales a veces no le interesan demasiado. En fin, creo que ambos tenéis ese rasgo en común.

—Tiene toda la razón —respondió José sin atreverse a mirar a María Luisa—. Estamos hablando de una cosa y otra, y no sé si ella..., quiero decir, tú, María Luisa, querías que nos conociéramos mejor antes de tomar una decisión o si podemos hablar ya de boda. No quería precipitarme, pero, ya que somos sinceros, por mi parte sería un honor que quisieras casarte conmigo. Yo me casaría mañana mismo.

María Luisa dio un respingo. No, eso rompía sus planes. Estaba tan ensimismada en su estrategia que no cayó en la cuenta de lo inapropiada que había sido su pregunta.

—No, mañana no podría ser, por supuesto que...

Radis la interrumpió, ya preocupada.

—Hija, José lo dice de una manera figurada, es una forma de hablar. —Guardó un momento de silencio y, dirigiéndose a José, le preguntó—: Es así, ¿no?

—Entiendo que sería precipitado, pero yo no tendría ningún inconveniente.

—Sí, claro —contestó Radis, impaciente, a punto de enfadarse—. Esta boda hay que prepararla bien. Lo lógico sería esperar al menos un año.

María Luisa la interrumpió. Ya estaba más tranquila y se había dado cuenta de que tenía que disimular, tampoco era cuestión de que el tal José pensara que estaba locamente enamorada de él a primera vista y, lo que era peor (y además cierto), desesperada.

—Eso sería perfecto, pero no sé, mamá, quizá ir allí en verano no es la mejor idea, a lo mejor con seis meses sería suficiente, lo necesario para encargarse del traje, organizarlo todo...

—No sé. —Radis dudaba. Desde luego lo mejor era que se casaran cuanto antes, básicamente por si alguno de los dos se echaba atrás. Dudaba que José lo hiciera, era consciente del efecto que producía en los hombres la belleza de su hija y también su encanto interno, pero también sabía lo cruel que María Luisa podía ser y no se fiaba de que José, que se veía que era un hombre duro y muy orgulloso, aguantara uno de sus desplantes. Pero lo que realmente le preocupaba era su hija. Ahora estaba despechada y tenía en la cabeza la idea fija de casarse, pero pasados unos meses podría echarse atrás—. Quizá tienes razón, pero ya sabes cómo es la gente, pueden pensar mal.

—Ay, mamá, cómo eres. Bueno, yo no tengo ninguna prisa.

Álvaro, que era consciente de la situación de las finanzas de la familia, echó un capote a su hermana.

—Tiene razón María Luisa, seis meses me parece un tiempo más que razonable. ¿Pensar mal? Mamá, no seas antigua, a veces pasan estas cosas, el amor es así, impredecible.

—Impredecible —susurró Radis pensando en la tiple con la que Álvaro se relacionaba últimamente—. Bueno, tenéis razón, quizá exagero. Tendremos que hablar con el deán de Covadonga, pero seis meses lo veo razonable.

VI

Sabino estaba tentado de ser sincero, pero la vida le había enseñado que, a veces, precipitarse, compartir toda la información con la persona a la que podía afectarle ese conocimiento, no era lo más adecuado. ¿De qué iba a servirle que le recordara a José que María Luisa se casaba con él por despecho hacia Fernando? Básicamente para acrecentar esa inseguridad que atenazaba a su amigo y que le parecía enternecedora. José siempre había estado seguro de sí mismo, desde pequeño, y no hacía falta ser un lince para intuir que, desde que era millonario, esa seguridad se había acrecentado, parecía inexpugnable. Pero no. Allí estaba José, como el chiquillo que nunca había sido, ilusionado, entusiasmado, obviando todo lo que evidentemente un hombre de negocios como él no habría pasado por alto, todos esos detalles que hacen pensar que la «compra» tiene fisuras.

Sabino le miraba sonriente, con cierta condescendencia, y pensaba que quizá todos los malos augurios que rondaban su cabeza y que habrían atenazado a cualquiera que tuviera toda esa información, podían ser fruto de sus prejuicios, que la lógica no siempre tenía que regir la realidad. Le gustaba ver a José tan feliz. La expresión «como un niño con zapatos nuevos» no podía ser más adecuada en este caso. José había sido un chaval serio, responsable, el hombre de la casa desde que había tenido uso de razón, y no se había permitido ningún juego, ninguna alegría. Tampoco había tenido muchas oportunidades; desde luego, el calzado que había usado durante toda la infancia había sido heredado de los niños de las casonas de los alrededores, que les daban lo que ya no se ponían. Así que ver a José sonriente, ilusionado, esperando con emoción el día de su boda y contando los detalles de aquella extraña pedida, hacía feliz a Sabino y no sería él quien le hiciera bajar a la tierra. Imaginar, ilusionarse, era algo que José debía practicar más y él no iba a quitárselo.

—Sí, no ponga esa cara —le decía José, recostado en el sillón de su consulta—, que ya sé lo que está pensando. No me llamo a engaño. Ya sé que María Luisa no quiere casarse conmigo de repente porque se ha enamorado de mí a primera vista.

Sabino dio un respingo. Le miró muy serio. En una conversación muy breve en el bar, donde no habían podido profundizar porque todas las miradas y los oídos estaban pendientes de ellos, Radis le había dicho, medio en clave, que su hija estaba muy rara, que en la reunión no podía haberse comportado de manera más impropia. ¿No se le habría ocurrido mencionar el asunto de Fernando? Conociendo a las Bohem no le extrañaba, pero le parecía demasiado.

—Sigue, sigue —dijo Sabino, que había palidecido y eso había hecho callar a José.

—Pero eso dice mucho de ella. Yo sé que lo hace por su familia, para que salgan de la ruina y esa incondicionalidad, esa entrega de acceder a casarse conmigo e irse a vivir a Cuba, sin preguntar, sin querer conocerme mejor. Esa es la mujer que estoy buscando.

Sabino sonrió y asintió con la cabeza. Era curioso cómo cambiaba el concepto de las cosas la belleza arrebatadora y más si iba acompañada de esa puesta en escena que Sabino era consciente que había preparado minuciosamente Radis y que José le había contado entusiasmado, como producto de un azar casi mágico. Ese pelo que, con el sol, se había convertido en una bola de fuego y esos ojos transparentes, en palabras de José, le hacían alabar la bondad de esa chica a la que Sabino tanto cariño tenía y que en el fondo no distaba demasiado de la que imaginaba José. Sabino siempre había dicho que María Luisa era una buena mujer, sensible y generosa, pero que necesitaba alejarse de su madre, que quería convertirla en una especie de depredadora, en todo lo que su falta de belleza le había impedido ser durante su juventud.

Radis le había dicho un día, medio en broma —Sabino era consciente de que no lo era tanto—, que la belleza de su hija y su inteligencia podían ser un arma letal. Y él no lo dudaba. Por eso estaba convencido de que a María Luisa no iba a irle mal poner mar por medio. Radis era una influencia nefasta para su hija.

—Sí, María Luisa es una buena mujer. Pero es complicada, no te dejes cegar por su aparente dulzura. José, ve con cuidado, no te lances, que no me gustaría que te hicieras daño. —Sabino intentaba ser lo más cauto posible, pero sabía que sus palabras no iban a servir de nada. Su amigo había caído bajo el encantamiento de una Bohem y no había mucho que hacer.

José le miró ofendido, como cuando de pequeño don Sabino le corregía en algo que él pensaba que había hecho bien. Sacó todo el orgullo que había dejado a un lado durante su narración y volvió a ser don José.

—No se preocupe por mí, Sabino, sé cuidarme bien. Por lances más duros he pasado y he salido vivo.

—Lo sé, José, pero esto no tiene nada que ver ni con los negocios, ni con las riñas, ni con nada de lo que hayas vivido antes. Yo sólo digo que deberías andar con todos tus sentidos alerta. Sólo eso.

—Yo le garantizo que de aquí a dos meses María Luisa no querrá casarse conmigo sólo por el dinero. La voy a enamorar, y nunca he estado tan seguro de algo en toda mi vida.

—Y no dudo que puedas conseguirlo. Y te aseguro que eso me hará muy feliz, no sabes cuánto.

Cuando José salió de su consulta, Sabino se vio en la obligación de hacer una visita a Villa Radis. El intentaba implicarse lo menos posible en todo aquel asunto, pero no, no podía, en el fondo era responsable de todo aquello y lo que había empezado como una conversación inocente se había convertido en una boda por todo lo alto, en un proyecto de vida para dos personas que él quería y que probablemente conocía mejor que nadie.

Radis le estaba esperando en la galería, haciendo como que atendía a una labor que Sabino llevaba viendo por allí desde hacía años. Radis odiaba cualquier actividad relacionada con el hogar, pero sabía que la imagen de una mujer madura, en la galería, bordando, daba buena impresión, como de sosiego, así que tenía aquel bordado de atrezo para momentos en los que pensaba que debía transmitir sosiego, responsabilidad, que era una mujer de su casa. Sabino esbozó una media sonrisa y carraspeó para anunciar su presencia, aunque sabía que Radis había

ordenado a Mercedes que la avisara cuando él atravesara la verja del jardín. Como era casi de la casa, la guardesa no le anunciaba, pero Radis quería tener todo siempre bajo control y no permitía que la presencia de Sabino le pillara por sorpresa, por supuesto.

—Ay, me has asustado —fingió Radis—. ¿Ya son las seis? Me había despistado, esta labor me roba todo el tiempo.

—¿Qué tal la llevas? Está bastante avanzada, ¿no?

Radis le miró para ver si lo decía con ironía, pero Sabino no mostraba el menor signo de hablar con doble intención. Radis, un poco desconcertada, balbuceó un «sí, bueno, no tanto» y la guardó, casi escondiéndola.

—¿A qué vienes, a advertirme? —dijo Radis mirándole a los ojos. Los rodeos nunca le habían gustado.

—¿Advertirte? —preguntó Sabino para ver si se refería a advertirle del peligro o advertirle de que ella podía serlo.

—Sí, a advertirme de que nos estamos precipitando y que los chicos deberían conocerse mejor.

—Quizá «advertir» no es la palabra más adecuada. Yo diría más bien a cerciorarme.

—¿Cerciorarte? ¿De qué?

—De si estás segura de estar haciendo lo correcto. Ayer estuve hablando con José y no tienes por qué preocuparte. Está totalmente entregado, enamorado o como se le quiera llamar. Se casaría mañana mismo con...

—Qué manía tiene ese hombre con casarse mañana mismo, por Dios.

Sabino sonrió. Radis sabía cómo desviar con ingenio las conversaciones complicadas.

—Bueno, no insisto. Pero quiero que sepas que no sólo me preocupa José, que está claro que no es el hombre que puede ser feliz con tu hija: él se lo ha buscado, venía buscando algo muy concreto y lo ha encontrado. También me preocupa, y mucho, María Luisa. ¿Tú estás segura de que no deberían, al menos, conocerse un poco más antes de anunciar el compromiso? Porque con esto sí que no hay marcha atrás; en estas circunstancias, no. Si se anuncia, tienen que casarse.

—Sabino, no hay más que hablar. No le des más vueltas, que me aburres. —Radis se levantó y cogió del brazo a su amigo—. Vamos a echar una partida, que necesitas relajarte. Y habrá que hablar de tu traje para la boda, que vas a ser testigo. Ay, tú sí que necesitas una mujer. Mira la corbata que llevas.

VII

Que el portero del Ritz le saludara por su nombre o que en cuanto se sentaba en el bar le trajeran su Martini sin que tuviera que pedirlo nunca le había hecho especial ilusión. José era un hombre pragmático; no se dejaba deslumbrar ni mucho menos engañar, y era consciente de que esos pequeños gestos no tenían que ver con su encanto personal, sino con algo tan sencillo como que dejaba magníficas propinas y que era un cliente muy habitual, con línea directa con sus jefes. Pero la tarde que invitó a María Luisa y a Álvaro a tomar el té en su hotel, se dio cuenta de que esos detalles tenían más importancia de la que parecía y que ambos apreciaban aquellos gestos. Una simple presión por parte de María Luisa sobre el brazo en el que se apoyaba le hizo darse cuenta de que eso que él llamaba «tonterías» y que durante años casi había despreciado era algo que ayudaba a que ella sintiera una cierta admiración por él que ni su *savoir faire* ni su falta de belleza provocaban.

José llevaba varios años alojándose en el Ritz cada vez que iba a Madrid. Como sus visitas solían ser regulares, tenía reservada una suite y los empleados le trataban como si estuviera en casa. Cuando se lo contaba a su madre, ella comentaba que era lo normal, que de toda la vida en la pension Alonso así había sido. Cuando ella servía allí, se preocupaba de que los viajeros tuvieran lo que les gustaba. Entonces contaba la anécdota de don Octavio, que no podía dormir si no se tomaba su infusión de manzanilla, o de don Alejandro, que había prometido no comer jamás unos frisuelos si no los había hecho ella. José pensaba que, salvando las distancias del precio, en el fondo era algo parecido. En cuanto entraba en el salón del desayuno le tenían preparado su zumo de limón y el café con un vaso de agua fría que siempre tomaba al levantarse, y le planchaban los pantalones de lino sin raya, como a él le gustaba.

Así que aquel día, cuando le vieron aparecer con María Luisa y con Álvaro, y sentarse a esa hora en el jardín, al que durante todos aquellos años él no había ido jamás, los camareros le saludaron especialmente amables, como el que se alegra de que alguien a quien tiene cariño se haya recuperado de una grave enfermedad. Esa vida monacal de don José, *el Cubano*, les parecía muy extraña, y verle con esa belleza que estaba claro que era el motor de ese cambio, de esa actitud que le llevaba a descubrir el jardín, les parecía estupendo. Al fin y cabo, don José *el Cubano* era una especie de tío lejano serio, pero cordial, al que se alegraban de ver cada primavera, cuando iba a hacer sus negocios.

Aunque ya llevaban una semana viéndose casi todos los días y acudiendo al teatro, a los mejores restaurantes y paseando por El Retiro o perdiéndose en el Jardín Botánico, José no

acababa de acostumbrarse a lo que significaba llevar del brazo a María Luisa Álvarez. Su entrada en cualquier recinto hacía que se produjera un instante de silencio y pasear con ella consistía en provocar que tanto hombres como mujeres se volvieran a su paso. Para José todo aquello era nuevo, y lo achacaba a su falta de experiencia con las mujeres, dentro de una relación estable. Él era consciente, muy consciente, de la belleza arrebatadora de María Luisa, pero tenía la impresión de que eso de que alguien se volviera al paso de una mujer tampoco era tan extraño. En Cuba era casi una descortesía no hacerlo, y en España, pese a ser consciente de que el carácter era menos expansivo, que ante un piropo las chicas no sonreían pícaramente como en La Habana, sino que se hacían las ofendidas, no le parecía lo excepcional que, sin duda, era.

Casi le llamaba más la atención esa costumbre de María Luisa de cambiarse de ropa varias veces al día. Cuando en la terraza del Ritz le pidió a José que avisara al chófer para que la llevara a su casa, que necesitaba ir a arreglarse, José no pudo evitar un comentario al respecto.

—¿Arreglarte? ¿Arreglarte qué? Pero si ya es la tercera vez que te cambias de ropa hoy, estás guapísima, ¿qué vas a arreglar?

María Luisa le lanzó una de sus miradas incendiarias, de desprecio, pero fue sólo un segundo. Se recompuso y, todo lo amablemente que pudo, respondió como la profesora que explica por undécima vez una lección a un alumno torpe.

—¿No querrás que vaya así a la inauguración de esta noche? —Sonrió dulcemente—. Es una recepción de etiqueta y, bueno, vosotros no os liéis demasiado aquí, que también tendréis que cambiaros.

—Pero si son las cinco y media y la recepción es a las nueve, no te preocupes. Y tú, ¿necesitas tanto tiempo?

Eso de arreglarse es un trabajo en toda regla —bromeó José mirando a Álvaro con complicidad, pero éste sonrió levemente; conocía a su hermana y sabía que los comentarios de José no le estaban haciendo ninguna gracia. Ella no contestó y se dio la vuelta.

—Por favor, avisa a Miguel que me espere en la puerta, nos vemos luego —dijo dándose la vuelta, a una distancia suficiente como para que la oyeran el resto de las mesas, que no perdían detalle de la conversación de esa jovencita que estaban seguros de que tenía que ser alguna actriz famosa, por su físico y por su actitud.

Álvaro, intentando suavizar el asunto, musitó sonriendo a José un «mujeres..., no hay que hacerles caso». Pero María Luisa le oyó perfectamente y esa vez José pudo ver en qué consistía una de esas miradas asesinas de las que Sabino tanto le había hablado.

Cuando, unas horas después, José pasó a recoger a María Luisa, entendió lo que quería decir con *arreglarse*. Aquel vestido plateado, la piel blanquísima acentuada por los polvos de Maderas de Oriente y el pelo rubio recogido en varias ondas le hacían parecer otra, una distinta a la del traje de chaqueta marrón que se había puesto por la mañana para ir a comer, diferente de la del cóctel verde esmeralda con el que había ido al Ritz. Don Sabino se lo había dicho: «Con María Luisa —explicó— no te vas a aburrir, es como si te casaras con varias mujeres a la vez.» Don Sabino lo decía refiriéndose a su carácter y José ya lo había intuido, pero es que físicamente también era así. Y no paraba de sorprenderle. En el camino hacia el Palacio de la Prensa, José empezó a intuir que María Luisa era algo más que una mujer guapa con un gusto exquisito que siempre sabía qué vestido era el adecuado para no desentonar pero tampoco pasar inadvertida. Mientras se miraba en el espejo de su bolso para retocarse la pintura de labios, le preguntó de

pasada:

—Entonces, a esta inauguración del Palacio de la Prensa van a venir algunos de los directores de los periódicos más importantes de Latinoamérica, ¿no?

José la miró sorprendido, no daba crédito a lo que estaba oyendo, no se le podía ocurrir que María Luisa supiera algo sobre los entresijos profesionales de esa fiesta. Como José, por la sorpresa, tardaba en contestar, continuó.

—Bueno, imagino que a ti te invitan por eso, en parte al menos, ¿no? Por tu vinculación con Cuba.

—Sí, claro, yo ya soy una especie de inmigrante, me invitan por la parte cubana. De todas formas, en este caso es por partida doble, porque Muguruza es amigo mío desde hace años y he seguido muy de cerca la construcción del edificio.

—¿Y tú tienes intereses especiales en alguno de esos periódicos?

—¿Intereses?

—Sí, me refiero a si eres accionista o si te conviene estar a bien con alguno por asuntos de negocios.

—Mantengo buena relación con el director de *El Curioso Americano*. A veces, a cambio de algún favor, saca alguna noticia sobre los edificios en los que invierto. —José no daba crédito a la conversación que estaba manteniendo. Jamás había hablado de algo así con una mujer y, desde luego, sin menospreciar la inteligencia de su futura esposa, que estaba claro que le sobraba, no pensaba que estuviera tan pendiente de esos asuntos, y aquello no le desagradaba.

—¡Mira! Toda esa gente debe de estar esperando para ver a los invitados —dijo María Luisa a la altura de Almacenes Madrid-París.

—¿Les dejo aquí? —preguntó el chófer.

—Sí, no hace falta que te metas en el... —respondió José, bajo la mirada feroz de María Luisa, que le interrumpió, ya suavizando el gesto.

—No, mejor déjanos lo más cerca posible de la puerta. Es más cómodo, atravesar esa muchedumbre no va a ser fácil —apuntó ella.

María Luisa tenía pensada una entrada triunfal y, desde luego, no iba a permitir que aquella multitud se la estropeará. La bajada del coche era esencial y su traje plateado, ese que por fin su madre le había permitido hacerse porque, al fin y al cabo, ya era casi una mujer casada, no podía ser más adecuado para una inauguración como ésta. María Luisa estaba nerviosa y José lo notó y le sorprendió. Cariñoso, se lo dijo. Ella, mientras miraba al frente y se concentraba en andar lo más recta posible, se afanaba por parecer la más feliz de las allí presentes y, por encima de todo, por encontrar a Fernando y a su esposa, Marta Gómez de Gaspar. Tratándose de una recepción en la que iba a estar el rey y de la inauguración de la sede de la Asociación de la Prensa, estaba claro que estarían allí.

María Luisa perdió la compostura un instante, fugaz, pero lo suficiente para que José se alarmara y la sujetara más fuerte del codo. Parecía que iba a caerse. Ella se agarró el estómago con fuerza y se dobló como si acabara de recibir un puñetazo. Musitó un «estoy bien, ha debido de sentarme algo mal» y levantó la mirada para cerciorarse de que aquello que le había producido esa reacción física era realmente la nuca perfectamente recortada de Fernando, esa que tantas veces había acariciado, mientras charlaban y miraban el atardecer en la playa de Aguilar. Cuando corroboró sus sospechas, retiró la vista, pero en el barrido tuvo que volver a detenerse en

el perfil de Marta Gómez de Gaspar, que llevaba un vestido que, claramente, dejaba ver su incipiente embarazo. María Luisa sintió una punzada en el corazón y, de repente, experimentó algo completamente nuevo. Le pareció que Marta tenía un atractivo oculto, arrebatador, un qué sé yo que nada tenía que ver con la belleza, algo contra lo que ella jamás podría luchar.

Hasta ese instante estuvo convencida de que Fernando se había casado con ella por su dinero, obligado por las arpías de sus hermanas, que le tenían totalmente dominado, pero no. Al verla allí, con aquel vestido turquesa, el color de sus ojos y ese pelo negro ondulado, la nariz larga, el exceso de peso o sus labios casi inexistentes le parecieron virtudes. Le dio la impresión de que tenía un halo mágico. Marta notó la mirada inquisidora de María Luisa y se volvió hacia ella instintivamente. Sonrió y agarró del brazo a su marido con el cariño y la confianza de las parejas afianzadas, para decirle algo al oído. María Luisa desvió la vista e instintivamente se aferró a José, le acarició el antebrazo y notó cómo él lo retiraba. Le miró y vio que estaba observando a Fernando y a Marta y, por su rictus, estaba claro que algo le habían contado y que su futuro marido no tenía ni un pelo de tonto.

Pero María Luisa no tenía tiempo en ese instante para reflexionar sobre si José sabía su historia secreta o no. Lo esencial en ese instante era recomponerse y ser encantadora. Le resultó difícil porque mientras sonreía y los veía acercarse como una pareja de lo que eran, recién casados a punto de ser padres, pensó que ella jamás había podido ir ni de la mano, ni del brazo, ni rozar en público a Fernando. Que no se le había permitido demostrar que eran el uno para el otro. Cada vez que él le había cogido la mano, antes se había visto obligado a realizar una inspección ocular para comprobar que nadie los estaba mirando. Una ráfaga de odio le subió hasta las sienes, que no paraban de palpar.

—María Luisa, ¡qué sorpresa! No sabía que ibas a estar aquí, ¡qué alegría! El otro día le dije a Fernando que teníamos que invitarte a venir a casa, que no la conoces y eso no puede ser, ya le decía que era imperdonable, si sois como hermanos. —Marta soltó la parrafada sin puntos ni comas, mirando de soslayo a José, que no quitaba ojo de Fernando, mientras éste no podía quitar la vista de María Luisa, que ponía toda su atención en Marta, como si le fuera la vida en clavar sus ojos en los suyos. No quería desviar ni un instante la mirada, no fuera a ser que se cruzara con la de Fernando.

—José, mi prometido, no sé si le conocéis —dijo María Luisa mientras los tres se daban la mano—, es uno de los principales accionistas de un periódico cubano.

—Bueno, no exactame... —intentó interrumpir José.

—Cariño, no seas modesto —dijo María Luisa, dándole un beso en la mejilla—. Ay, este hombre, si es que siempre está quitándose mérito. ¿Y vosotros? Te veo guapísima, te ha sentado muy bien el embarazo.

Esta última frase María Luisa la pronunció mirando a Fernando que, a su vez, cogió por los hombros a Marta (que le miró extrañada, era la primera vez que lo hacía) y le dio un beso en el pelo.

—Sí, lo está llevando de maravilla y todo el mundo le dice lo guapa que está. Entonces usted vive en Cuba, qué interesante. Tienen que venir un día a cenar a casa y nos cuenta sus aventuras por allí. ¿Dónde vive, en La Habana? —preguntó Fernando, desplegando todo su aire de seducción.

—Tengo casa en La Habana, pero la mayor parte del tiempo estoy en una finca que tengo en

el campo, una plantación —respondió José bastante seco, él ya conocía lo que consideraba trucos de la aristocracia, esa falta de moral que llevaba al amante de su futura esposa a invitarlos a cenar con su mujer. Pensó que si Fernando pretendía estar más cerca de María Luisa por medio de ese tipo de subterfugios, haciendo como si fueran simples amigos, estaba muy equivocado, él no era de esos.

—¿En una plantación? —dijo Fernando sonriendo y mirando de soslayo a María Luisa—. Eso es fantástico, será algo muy agreste y con ese clima tropical estará lleno de animales exóticos y..., bueno, supongo que también algunos insectos molestos.

—Sí, bueno, eso es el campo, claro, la fauna local es abundante. En Cuba todo es a lo grande. —José intentaba ser lo más ingenioso posible.

—María Luisa, hay que ver lo que has cambiado, me acuerdo de cómo te ponías en Asturias si había una araña diminuta en la galería de Villa Radis y ahora te vas a enfrentar a tarántulas.

Marta soltó una carcajada afable y los demás la acompañaron por compromiso. Le dio a Fernando un leve cachete en la mejilla y reprochó con un coqueto: «No seas malo, no asustes a María Luisa, mira qué cara se le ha quedado.» María Luisa estaba furibunda, pero intentaba disimular, así que sonrió y lo hizo con su mejor sonrisa, iba a contestar con una respuesta sarcástica, pero afortunadamente José se adelantó. El no intentó ocultar su enfado. No iba a pasar por alto el ataque de Fernando.

—No hay peligro, en Cuba las arañas no son venenosas; no es como en España, que hay animales que parecen mucho más inofensivos y están llenos de veneno.

María Luisa miró a José sorprendida. Esa respuesta era digna de ella. Pero tenía que reconocer que esa impulsividad no le acababa de atraer, prefería la flema británica, la capacidad para no inmutarse de Fernando, que en aquel momento sonreía atendiendo literalmente a la respuesta, sin dar el menor síntoma de haber captado la ironía.

—Me deja usted mucho más tranquilo y supongo que a María Luisa también. De hecho, quizá deberíamos ir a visitarlos cuando ya estén allí, ¿no, cariño? Podía ser una segunda luna de miel, más exótica. Venecia es muy romántica, pero te prometí un viaje más largo y puede ser éste.

—Claro, en cuanto nazca el niño podéis venir los tres, estaremos encantados, aunque debéis avisarnos con tiempo, porque José vive prácticamente la mitad del año en Nueva York, en el Waldorf. Aunque, Fernando, tu ilusión siempre ha sido conocer Nueva York, podíamos encontrarnos allí, ¿no? —María Luisa conocía bien al conde y sabía que la mención a Nueva York y al Waldorf Astoria era un golpe bajo, pero se limitaba a responder a lo de Venecia. Que hubiera estado allí de luna de miel le parecía la peor traición posible. Era un viaje que habían planeado mil veces, incluso sabían el hotel donde iban a alojarse, el Danieli. A partir de ese momento decidió que Fernando era el enemigo y que la mejor manera de atacarle era siendo encantadora y restregándole la vida cosmopolita que le esperaba con José. Sí, en la finca habría tarántulas, pero ella, desde luego, no pensaba pisar demasiado aquel sitio y tenía claro que el Waldorf iba a ser su segunda residencia, mientras que Fernando pasaría los veranos en Cestona. Era cierto que ella hubiera preferido estar con él y no veranear si hubiera sido necesario, pero las cosas estaban como estaban, así que iba a aprovechar al máximo la oportunidad que su boda con José le daba y el papel de víctima, de derrotada, no le iba en absoluto.

El comentario de María Luisa hizo que el aplomo de Marta se tambaleara y ella se dio

cuenta. Estaba claro, intentaba jugar el papel de la esposa comprensiva que no sólo aprobaba, sino que alentaba esa amistad de juventud de su marido. Pero no, Marta estaba al tanto de todo y la idea de pasar una segunda luna de miel compartiendo a su marido con la que estaba claro que había sido (y en la cabeza de Marta seguía siendo) el amor de su vida no era precisamente lo que más le apetecía. Pero ella era una mujer inteligente y sabía que si se oponía saldría perdiendo, así que se recompuso, intentó no hacer caso a las sienes palpitantes y el corazón desbocado y pronunció unas palabras que hasta a María Luisa, que era experta en estrategias femeninas, le sorprendieron e hicieron dudar sobre lo que Marta sabía.

—Claro, eso sería estupendo, me hace tanta ilusión conocer Nueva York. Y, desde luego, qué mejor compañía que tu amiga del alma, casi tu hermana... Qué generoso de tu parte, querida —dijo cogiendo la mano a María Luisa, que la tenía helada y sudorosa—, compartir tus primeros meses de matrimonio con una familia, con un niño pequeño. Pero sí, tenemos que organizarlo. Por cierto, ¿cuándo es la boda? Creo que no habéis perdido el tiempo, ¿no?

—Sí, nos casamos en seis meses. Perdonad, tenemos que ir entrando, acabo de ver a un amigo que quiero saludar. Encantado de haberos conocido —se despidió José, seco. Pensaba que se habían vuelto todos locos y que le iba a costar acostumbrarse a esa hipocresía de las clases altas. De momento consideró que lo mejor era callarse, pero se conocía y sabía que ese silencio no iba a durar mucho. Había cosas que, en su opinión, un hombre no podía tolerar y, desde luego, ir de viaje con el que había sido el novio secreto de su mujer y la esposa y el hijo de éste era una de ellas.

VIII

María Luisa pensaba que tenía que haber hecho caso a su instinto cuando en la pedida de mano José apareció, tan orgulloso, con aquel anillo enorme de esmeraldas. Ella disimuló, se convenció de que en el fondo esa salida de tono era una excentricidad y se hizo la ofendida cuando su madre lo definió como «una ordinariez». Esa fue la primera y última vez que Radis manifestó sus dudas sobre si se estarían equivocando con eso de casar a la niña con aquel hombre que no sabía distinguir entre «un anillo de pedida de un regalo para una querida». Estaba claro, en los pequeños detalles es donde se conoce a las personas y María Luisa, mientras colocaba sus frascos de perfumes, sus ungüentos y su cepillo de plata en el tocador del Gran Hotel, pensaba que no había duda de que José era un buen hombre: generoso, atento, paciente..., pero esa esmeralda había sido el primer aviso, un indicio del desastre que estaba claro iba a ser su vida social, y para ella las relaciones, las apariencias, eran mucho más importantes de lo que quería reconocer.

Una diferencia de planteamiento vital que esa misma mañana, en la basílica de Covadonga, en la que la prensa local había calificado como la boda del año, se había manifestado con una claridad que estuvo a punto de hacer que María Luisa saliera corriendo Covadonga abajo.

Ella había intentado hacer como si esas cosas no le importaran. Pero no pudo engañarse más. Hasta entonces todo había sido un juego, una huida hacia delante en la que ella había asumido un papel que pensaba que era el más adecuado para que su madre no sufriera demasiado. No era tonta y veía cómo Radis estaba cada día más arrepentida de haber «entregado» a su hija a ese hombre que había definido como «honrado, pero patán». Para verse como una mujer a la que las convenciones no le importaban. Pero no, una cosa era que se atreviera a lucir en un acto social un vestido plateado que ninguna chica de la sociedad madrileña hubiera osado ponerse y otra muy distinta que no le importara que su marido se llevara a la boca el cuchillo o que su cuñada dijera a los comensales de la boda «¡que aproveche!» cada vez que, en el banquete, abandonaba la mesa presidencial para ir al baño. Y no una o dos veces, sino una media de tres veces por hora porque, según explicó con todo detalle, tenía problemas de incontinencia urinaria.

María Luisa había jugado a ser poco convencional. Ella decía que había que disculparle por el anillo, que en el Caribe todo era a lo grande. Y para afianzar su posición, María Luisa dedicó las semanas antes a la boda a acentuar su natural tendencia a la extravagancia.

Unos días atrás, en un acto de generosidad o de rebeldía, se había empeñado en que José asistiera a las pruebas del vestido de novia, para terror de su madre y del propio Balenciaga, que

llegó incluso a amenazar con negarse a hacerlo porque aquello era «contra natura», aunque lo que el modisto temía realmente era que José boicoteara el diseño que había pensado para esa boda. Un traje que sólo María Luisa Álvarez podría lucir, en primer lugar por su belleza, y en segundo lugar por su atrevimiento, porque ninguna novia que pudiera pagar sus honorarios aceptaría algo tan arriesgado para llevar en el día más feliz de su vida. Claro que después de pensar esa frase y de haber visto a los novios juntos, se dio cuenta de que, sin restarle mérito a María Luisa, la contrayente tenía quizá un ápice menos de mérito porque estaba claro que ella no veía aquella boda en Covadonga como su gran día. Al final Radis y Balenciaga tuvieron que claudicar y José asistió encantado a las pruebas; tampoco le parecía tan descabellado presenciar la elaboración de un traje que iba a costar el equivalente a cien de los que él se hacía en el mejor sastre de La Habana. Pero después de salir del primer día de prueba tuvo claro que su presencia era meramente testimonial. Se había convertido en el instrumento de María Luisa para fastidiar a su madre porque cualquier cosa que dijera no iba a constar en acta, y sospechaba que, en un futuro, podría ser utilizado en su contra.

María Luisa se cepillaba el pelo concienzudamente, al fin y al cabo era su noche de bodas. Mientras oía cómo José chapoteaba en la bañera, de repente se dio cuenta de que a partir de ese momento se habían acabado sus sesiones de bombones en la cama mientras leía a Jane Austen hasta las tantas; que tendría que cambiar su horario para escribir, que ya no podría disfrutar leyendo poesía si se despertaba a media noche. La angustia le agarró el estómago, aunque quizá hubiera sido más exacto decir que lo que tenía era miedo. Ella, si hubiera tenido la suerte de que alguien le preguntara qué sentía, habría dicho que terror a perder su independencia, a no poder hacer lo que hacía hasta el momento y a estar casi todo el tiempo acompañada. Pero no, en ese instante, y aunque ella jamás lo podría reconocer, estaba horrorizada ante lo que en unos minutos debía ocurrir en esa habitación. Era su noche de bodas y tendría que suceder lo que alguna vez había intuido que debe pasar entre los recién casados, y que su madre, unas semanas antes, le había intentado explicar sin demasiado éxito, en una conversación de la que sacó en claro dos cosas: que si alguna vez quería conseguir algo, el mejor momento para pedirlo era después de..., y que, aunque con el tiempo terminara gustándole, que no estuviera siempre disponible, que se dejara querer porque «perdiz todos los días cansa» y si su marido echaba un poco de menos aquello, lo valoraría más. Lo de que podía gustarle lo había entendido.

Con Fernando no había pasado de los besos y alguna caricia en la pierna. Pero aquellas veces se había sentido flotando, en otra dimensión, así que hasta hacía algunos meses había pensado que si «eso» era aún más intenso, estaba claro que iba a encantarle, aunque al principio pudiera dolerle, como también le había advertido su madre. Pero no hacía falta ser demasiado sensible para saber que con José iba a ser diferente. A lo largo de su noviazgo, por supuesto después de la pedida de mano, José había hecho tres intentos de besarla en los labios. Al primero accedió sin saber muy bien por qué, pero al segundo y al tercero no. Aquel primer beso la había dejado fría, pero no con el escalofrío que le producía cualquier contacto físico con Fernando. Era como si se lo hubiera dado su hermano y María Luisa decidió que debía aprovechar la baza de la moralidad e impedirle que volviera a intentarlo poniendo como meta el instante en el que la Iglesia los

uniera para siempre. Pues bien, ese momento había llegado y allí estaba ella, con su camisón de piel de ángel, esperando a que su marido hiciera lo que debía. El ruido del agua indicaba que José estaba saliendo del baño. María Luisa pensó que tendría la decencia de no salir desnudo, pero reflexionó un segundo y rectificó; ya le había hablado él de que en Cuba el pudor no era algo demasiado extendido.

—;Has visto el albornoz, José? Está detrás de la puerta.

—Sí, mi amor, ya lo he visto —dijo José mientras abría la puerta sin nada que le cubriera.

María Luisa pensó que tenía un buen cuerpo, musculado, y, aunque no era alto, estaba bien proporcionado. Le miró de arriba abajo con la extraña habilidad de evitar su sexo. Era la primera vez que veía a un hombre desnudo, pero su pudor venció a la curiosidad. José se acercó a ella, le cogió la mano y la levantó. La fue a besar y ella se echó hacia atrás, pero la atrajo suavemente, agarrándola por la nuca, y ella no se resistió. Pensó que, aunque no sentía escalofríos ni se le erizaba el vello cuando se aproximaba, debía darle una oportunidad. Mientras cerraba los ojos, pensó que debía ser justa. Por lo que sabía por las conversaciones que había conseguido descifrar entre Mercedes y sus cuñadas, la primera vez no solía salir demasiado bien. Como decía la mujer del hermano menor de Mercedes, «la primera es para abrir el camino» pero, al parecer, alrededor de la cuarta vez la vía estaba ya transitable y aquello era una maravilla.

José avanzaba lo más delicadamente que podía, con bastante torpeza porque sus desahogos sexuales no habían tenido nunca que ver con el amor, sino con algo más salvaje, puramente físico. Y María Luisa pensaba que lo ideal sería que esa primera vez pasara lo más rápido posible. Total, si se trataba de una especie de trámite, de algo casi quirúrgico, como las inyecciones, cuanto antes, mejor. Pero tampoco quería parecer brusca y menos aún ansiosa, así que dejó hacer a José, que la acariciaba de una manera que a María Luisa le recordó a cómo trataba a su caballo, con cariño, con cierta firmeza, pero, desde luego, sin demasiada habilidad. Después de alrededor de un cuarto de hora que a María Luisa se le hizo interminable y en el que ella no movió un pelo, José por fin se decidió a explorar la vía. María Luisa tuvo la imagen de un enorme tren que entraba en un túnel estrechísimo y sintió un dolor punzante que, desde luego, nada tenía que ver con ese placer del que algunos hablaban. Pensó que la cuñada de Mercedes que había hablado de esas proverbiales cuatro veces no era del todo de fiar; era la misma que, cuando cumplió los doce años, le recomendó que se aplicara todos los días en la cara una mascarilla de manteca, que aquello era lo mejor para su incipiente acné y, desde luego, no podía decir que se hubieran incrementado las espinillas, pero disminuir, ni un ápice. Todo esto le dio tiempo a pensar a María Luisa mientras José se agitaba sobre ella. Un gemido largo y un mordisco en el cuello interrumpieron su discurso interno y no pudo reprimir, un «pero ¿qué haces? Me has mordido», lo cual no le parecía muy romántico. José, aún jadeante, balbuceó algo así como que lo sentía, que no se había dado cuenta. La abrazó, la besó en el pelo y cayó rendido, como si le hubieran disparado con un dardo somnífero. María Luisa se asustó, pensó que podía haberle dado un infarto, pero no, estaba vivo, sus ronquidos lo delataban. Apartó el brazo que le rodeaba el cuello, fue al baño y se miró el hombro para ver si el mordisco de su esposo le había hecho alguna marca. Agitó la cabeza contrariada al ver que sí, que en ese momento su piel se estaba tornando rosa y al día siguiente estaría morada, y, mientras llenaba la bañera para darse un segundo baño, pensó que eso del débito conyugal era peor de lo que suponía. Pero ella era fiel a sus promesas, aunque fueran con ella misma, y lo intentaría al menos cuatro veces.

Al día siguiente José se levantó con una energía exultante (María Luisa, al hablar con su madre, la calificó de insultante). Era de esos hombres que, cuando un rayo de luz entra por la ventana, se despierta feliz, cantarín, hablador, bromista. María Luisa, en cambio, consideraba que las siete de la mañana era la mitad del sueño. Normalmente no se levantaba antes de las diez y tardaba al menos una hora en poder pronunciar una palabra. Se bañaba, desayunaba, se acicalaba y entonces, una vez vestida y maquillada, podía relacionarse con el mundo. Dormir era esencial para ella. Podía no comer, pero necesitaba descansar. Así que esa mañana, después de no haber pegado ojo por los ronquidos de José, María Luisa no respondía, precisamente, a la imagen idílica de la recién casada en su primer día de luna de miel.

—José, por favor, ¿puedes cerrar las cortinas y dejar de cantar? —dijo con voz cansina, agotada.

José la miró. Estaba acurrucada, con la almohada sobre la cabeza y la sábana ciñéndose a su cadera. Tenía un cuerpo perfecto. Se acercó, fue a besarla en la cadera, pero cuando fue a destaparla para hacerlo, María Luisa se revolvió como una pantera y lanzó un nada dulce: «Por Dios, José, ¿qué hora es? ¿Vas a dejarme dormir un rato al menos?»

—Cariño, ¿estás enferma?, ¿te ha sentado algo mal? A lo mejor ha sido la langosta, ya le dije a tu madre que no debía haberla encargado, que hay que tener mucho cuidado con esas cosas, pero ella es así y no hay quien le lleve la contraria. —José estaba de un humor excelente y no era capaz de percibir la tormenta que podía descargar sobre él como siguiera hablando.

—No, no estoy mala. Bueno, sí, pero no por la langosta sino por ti, que no me has dejado dormir con tus ronquidos. Por Dios, déjame descansar, ve a darte una vuelta, a desayunar, no sé, a lo que hagas a estas horas, y luego hablaremos, pero creo que debemos dormir en habitaciones separadas. Me niego a pasar otra noche como ésta.

José era un hombre inteligente y orgulloso. No necesitaba que le dijeran las cosas dos veces y no podía soportar el rechazo. Mientras salía de la habitación dando un portazo, pensaba que nadie le había dicho que roncara; claro que, si era sincero, debía reconocer que tampoco había dormido nunca con nadie. Pero sí, tendrían habitaciones separadas. Porque él quería, no iba a compartir su lecho con una mujer que se despertaba de ese humor. Claro que la dejaría descansar, todo lo que quisiera.

IX

Aquella mañana, posterior a la noche de bodas, José no podía imaginar que esa seguridad que siempre había tenido en sí mismo iba a irse al traste de un plumazo. Y todo por culpa de esa jovencita que, como él había escrito a don Sabino, era una yegua imposible de domar. María Luisa siempre conseguía ir por el camino que elegía. Pues bien, allí estaba, en su magnífico camarote del *Mauritania*, exactamente el mismo que había ocupado tantas veces antes y que pensaba que, después de su boda, no volvería a visitar. Pero no, se equivocaba. El camarote de primera exterior, el que había reservado para compartir con su esposa, lo ocupaban María Luisa y su doncella.

José lanzó, con poco convencimiento, toda su batería de argumentos para evitar quedar relegado a alojarse en el camarote que habían destinado a Augusta. Comenzó con que si los esposos tienen que compartir alcoba, que si era un escándalo que dos recién casados no durmieran juntos, que qué iban a pensar en el barco, donde todo el mundo le conocía... Pero María Luisa tenía respuestas para todo: sus padres (que no le iba a negar José que eran una pareja ejemplar) dormían en habitaciones separadas, y los rumores quedarían atajados en el momento en el que quedara claro que su doncella ocupaba el otro camarote. Un habitáculo, apuntó José, que era el segundo más caro del barco y que no podía considerarse, desde luego, de servicio, a lo que María Luisa adujo que entonces reservara uno más económico, pero José, que no era de esos hombres que se engañan a sí mismos pensando que han ganado la discusión a una mujer, se imaginó todo el viaje en un camarote de segunda clase. ¿Para qué iba a mentirse? Estaba claro que María Luisa iba a poner mil excusas para no estar sola con él. Así que dejó las cosas como estaban y decidió que debía ser paciente, era la única manera de llevar a su terreno a esa yegua.

Por otra parte, tenía que reconocer que tampoco le importaba demasiado tener su espacio propio. Llevaba mucho tiempo viviendo solo y sabía que le iba a costar estar durante varias semanas conviviendo en un espacio tan pequeño con aquella preciosidad. José estaba obnubilado, arrebatado, pero no llegaba a ese punto del enamoramiento casi caníbal en el que sólo se piensa en estar con la persona amada, sin importar su desorden, sus manías, sus protestas, sus malos humores o su tendencia a ocupar el espacio ajeno. No, José se quedaba embobado viendo cómo María Luisa se maquillaba o cómo se iba poniendo parsimoniosamente la enagua y luego el ligero y más tarde las medias de seda que él le había comprado por docenas. Pero no estaba ciego, sabía que no estaba enamorada y cada vez dudaba más de aquel primer empeño por conseguir que lo estuviera. Eso a él le hacía protegerse; necesitaba, para querer, que le adoraran,

y de hecho se había acercado bastante a lo que podría considerarse estar enamorado. Lo que había sentido por Marga Lúa, una de las cantantes del Astoria, había sido muy parecido al amor y, desde luego, correspondido. Pero la razón había vencido al corazón y José sabía que no podía ascender socialmente como él quería llevando del brazo a esa belleza mulata que le había vuelto loco de pasión. Así que los desplantes de María Luisa no le afectaban demasiado; simplemente le herían en su orgullo, como el que no consigue cerrar un negocio en los términos que tenía pensados, pero eso era todo, y esa tranquilidad tenía desconcertada a María Luisa.

Ella estaba acostumbrada a que los hombres en general imploraran su compañía y a que Fernando en particular —el que había tenido más cerca— fingiera que la idolatraba y que no podía vivir ni un segundo sin verla. En el caso de Fernando, como constataría más tarde, ella sabía que su adoración no era para tanto, pero le gustaba oírle decir «amor mío de mi vida» o recibir una nota pidiéndole que se vieran la mañana siguiente porque si no se encontraban «la vida no merece la pena ser vivida». Ese amor romántico, tan alemán, le encantaba a María Luisa, y se sentía entre confusa y ofendida cuando José, antes de retirarse a su camarote, después de la cena, no sólo no insistiera en dormir con ella o no se quejara por tener que acostarse solo, sino que era el primero en decir que quería irse a dormir, sin ni siquiera quedarse a charlar un rato en cubierta.

Una noche se lo echó en cara con un «parece mentira, llevamos tres noches en el barco y terminamos de cenar y te vas como alma que lleva el diablo, nadie diría que somos recién casados». A lo que José, sonriente, respondió: «Desde luego, querida, nadie lo diría a juzgar por el número de camarotes que hemos reservado. Que duermas bien, mi amor, y no te demores que mañana tenemos tenis a las ocho y tú necesitas descansar nueve horas.» María Luisa empezaba a alarmarse. Ese desapego la tenía inquieta. No era que le preocupara demasiado que ese matrimonio se fuera a pique, pero tenía que reconocer que José le gustaba más de lo que pensaba y que una vez superada la cuarta vez de cumplir con el débito conyugal, no le importaría repetir una quinta. No, no era ésa la cuestión. No podía permitirse el lujo de que José decidiera pedir el divorcio nada más llegar a La Habana. Su madre, que la conocía bien, se lo advirtió: «No tenses demasiado la cuerda, que José no se anda con tonterías. Eres muy guapa y muy lista, pero como le hartes, lo mismo que ha hecho lo que fuera para casarse contigo, te manda de nuevo a España, y eso sería tu fin socialmente, acuérdate de lo que te digo.» A ella la sociedad le daba igual; nunca se había dejado llevar por los convencionalismos, pero lo que no podía permitirse bajo ningún concepto era que Fernando se enterara de que el suyo no era un matrimonio ejemplar ni ella una esposa perfecta.

Así que esa noche, en la que cenaban en la mesa del capitán, María Luisa decidió que tenía que ejercer de buena esposa, por su bien y también como una especie de experimento para ver cómo reaccionaba José. Estaba convencida de que un poco de su amabilidad destruiría su armazón y, si era sincera consigo misma, en el fondo lo estaba deseando. La cuarta vez que habían estado juntos había sentido algo mucho más fuerte de lo que jamás había experimentado. Lo del vello de punta era una nimiedad al lado de aquello.

El capitán conocía de sobra a José. Era uno de los mejores clientes del *Mauritania*, y él y su mujer habían comentado en alguna ocasión lo extraño que era que aquel millonario fuera siempre solo y que no hiciera ningún caso a las insinuaciones de algunas de las jóvenes casaderas que viajaban con sus padres. Así que cuando se enteró de que había reservado la suite nupcial se lo

comunicó inmediatamente a su mujer, que en menos de una hora estaba al tanto de quién era la esposa y de toda la historia del noviazgo. Habían visto fotos de la afortunada, así que estaban advertidos: María Luisa Álvarez, la señora de Rodríguez, era una mujer impresionantemente guapa. Pero eso no evitó que el primer día de crucero, la noche en la que entraron en el restaurante para la cena, se quedaran atónitos, como el resto de los pasajeros de primera clase, ante la aparición de esa mujer.

Habían pasado ya cinco días desde entonces y las entradas de María Luisa ya no eran tan espectaculares, pero aquella noche, con ese vestido de Schiaparelli blanco que hacía resaltar el collar de esmeraldas y diamantes que le había regalado su marido, los cubiertos volvieron a sonar sobre los platos y el silencio se hizo en el comedor durante un par de segundos, los inevitables para que no resultara maleducado pero tampoco inhumano. José ya se empezaba a acostumbrar a ese tipo de reacciones y lo cierto es que, aunque al principio le hacían sentir orgulloso, empezaban a resultarle un poco pesadas; él no era un hombre al que le gustara llamar la atención, pero sabía que con esa mujer al lado iba a tener que acostumbrarse. Ella se agarró bien a su brazo y cruzó el salón hasta la mesa del capitán, como si no notara que todas las mesas estaban pendientes de ella.

María Luisa era claramente un animal social. Tenía esa capacidad innata para saber qué quiere oír cada persona en cada momento, y lo cierto era que su cultura le permitía mantener una conversación interesante casi en cualquier ámbito, aunque ella, consciente de lo peligrosa que podía resultar una mujer «demasiado» inteligente según en qué ambientes, se hacía un poco la tonta. Con José, en ocasiones, se tomaba esa licencia, consciente de que era muy inteligente pero tenía lagunas que ella dominaba, y de que si le corregía podía hacerle sentir mal. Así que cuando comentó que le encantaba la orquesta y que adoraba las composiciones de Gershwin y los comensales empezaron a hablar de música, mintió cuando la señora Orwell le preguntó qué le parecía Ravel (uno de sus músicos favoritos, al que había visto actuar en Madrid) y en vez de explicarle que no se cansaba de escuchar su *Bolero*, respondió con un «me suena, pero no he oído nada suyo... Al que estoy deseando conocer es a Xavier Cugat, que es muy amigo de José y, bueno, es otro estilo, pero me parece un músico estupendo, muy divertido». María Luisa notaba cómo la conversación empezaba a tomar un tono demasiado culto, no había que olvidar que la otra pareja que los acompañaba eran Edgar Neville y Conchita Montes, así que ella, con esa habilidad innata para las relaciones públicas, hizo que la conversación se centrara en las excentricidades de Cugat, que ya había conseguido hacerse un nombre en Estados Unidos.

La cena fue fluida y llena de detalles de María Luisa hacia José. No estaba acostumbrado a que fuera atenta y cariñosa con él, lo cual, tratándose de unos recién casados, era lo más normal del mundo, pero José sabía que su relación era especial y se daba cuenta de que el hecho de que se comportara como una novia en luna de miel le exigía un cierto esfuerzo, y lo de esa noche le empezaba a extrañar. No era un hombre mal pensado, le parecía un esfuerzo vano. En principio, si no había datos objetivos, daba por descontado que el de enfrente tenía buenas intenciones. No era como su hermano, que se pasaba el día dando vueltas a todo lo bueno que le hacían y era incapaz de disfrutar de la amabilidad, la ternura o la simpatía ajenas.

El se dejaba llevar y si el otro tenía una intención oculta, prefería verlo cuando llegara. Al principio, cuando le tocó lidiar con gente de negocios, con amigos que surgieron espontáneamente al empezar a tener dinero y éxito social, y con mujeres que se le acercaban no

estaba muy claro por qué, lo hacía por instinto, pero después se dio cuenta de que eso que su cuñada llamaba «inocencia» era una manera de neutralizar la maldad ajena. La mayoría de la gente, cuando le veía tan confiado, desistía y terminaba haciéndose amigo suyo porque de verdad tenía una empatía con él o, en el caso de las mujeres, enamorándose sinceramente, muy a su pesar, porque José tenía muy claro su objetivo y ninguna chica de La Habana iba a convertirse en su esposa, lo cual le hacía, por inaccesible, más atractivo.

Así que aquella noche no quiso plantearse el porqué de esa dulzura extrema de su mujer. Bailó con ella como todas las noches y disfrutó de ese acercamiento más estrecho de lo habitual que María Luisa le brindó cuando llegó el momento de los ritmos románticos. Poco después de pasar la medianoche, a la hora en la que habitualmente María Luisa le pedía que se retiraran, José le preguntó si estaba cansada y ella le respondió que no.

—Hoy me apetece quedarme bailando contigo un rato más —le respondió con una voz melosa que José no conocía—. Creo que estaría bien decirle a Augusta que hoy duerma en su camarote; hace mucho que no dormimos juntos —le musitó al oído, acercándose más a él.

José estuvo a punto de replicar irónicamente pero se contuvo. Intuyó que no era buena idea decirle que, a efectos prácticos, el camarote de Augusta era el mismo que el de ella, pero se contuvo y puso su mejor sonrisa.

—Claro, cariño. Le digo a uno de los mozos que le lleve una nota, supongo que estará en tu camarote, ¿no? —respondió cariñoso, mientras sacaba su pluma Parker para escribir el mensaje y acariciaba la nuca de su esposa, sin que ella, por primera vez, hiciera gestos extraños para zafarse del contacto.

La noche transcurrió como José pensaba que tenía que haber sido su noche de bodas. De hecho, cuando le preguntaban por su luna de miel, José decía que había empezado aquel día, en el barco. A la mañana siguiente, mientras abrazaba a su esposa, desnuda, que se acurrucaba medio dormida en su pecho, volvió a pensar, después de varios meses, que aún era posible que ella se enamorara de él. En otras circunstancias, un año después de una noche como aquella, hubiera pensado que María Luisa estaba completamente loca por él. Pero durante esos meses atrás había aprendido a ser cauto y, en lo que tenía que ver con la relación con su mujer, se negaba a hacer predicciones demasiado optimistas. Cuando pensaba que había dado un paso adelante, de repente había algo que le indicaba que daba dos pasos hacia atrás.

María Luisa llevaba más de una hora despierta pero no quería dar señales de ello porque no sabía cómo reaccionar. Lo que había intuido, entrevisto, a partir de la tercera noche que había pasado con su marido, se había confirmado de una manera tangible, física, y no sabía cómo asimilarlo. Todo lo que no le gustaba de José cuando estaban en público, en la intimidad la volvía loca, y aquella no era una mera expresión, era totalmente cierto, la razón se esfumaba. Ella había imaginado el sexo como algo suave, sofisticado, casi coreográfico. Lo que había entrevisto con Fernando era, desde luego, así, y lo que había leído en algunas novelas al respecto no hablaba de esa vertiente ruda, casi violenta, que José había ido desarrollando poco a poco con ella y que le hacía sentir cosas que jamás había imaginado que podía experimentar. Esos minutos que llevaba sin dar señales de vigilia se debatía entre seguir los dictámenes de su cuerpo, que le decían que debería insinuarse para reanudar el cuerpo a cuerpo, o mantener esa actitud distante, de conceder el favor del sexo, pero dando a entender que lo hacía por deferencia y como deber marital. Así concebía ella que era lo correcto. Cuando José empezó a acariciarle la cintura y a

acercarse hacia su pubis estuvo a punto de dejarse llevar, pero no. Le retiró suavemente la mano y sintió la necesidad de justificar su entrega, sus gemidos y su locura del día anterior.

—Buenos días, cariño, ¿has dormido bien? No debí beber tanto champán, estoy un poco mareada todavía.

José hizo un nuevo intento de acercarse un poco más, pero María Luisa volvió a saltar hacia atrás como una gata, alejándose. Él se levantó, entró en el baño y empezó a recoger sus cosas. María Luisa se incorporó, echándose por encima el echarpe de seda gris que había llevado la noche anterior, y, por el espejo del camarote, vio lo que estaba haciendo José.

—¿Qué haces? —preguntó cuando realmente quería decir: «¿Por qué recoges tu neceser? ¿Te he dicho yo acaso que no vayamos a pasar esta noche juntos?»

—Recoger mis cosas. Mi ropa está en mi... en el otro camarote. ¿O prefieres que traiga la ropa y me instale aquí? —En el instante en el que estaba haciendo esa pregunta, José se dio cuenta de que toda la displicencia que había simulado durante aquellos días no serviría de nada. Estuvo a punto de rectificar, de decir algo así como: «Bueno, aunque tú quieras que me venga, yo no, prefiero estar a mi aire en el otro sitio», pero le pareció más patético todavía, así que calló.

María Luisa respiró bastante aliviada. La reacción de José de los días anteriores había sido tan convincente que no acababa de tenerlas todas consigo, pero sí, no cabía duda de que José, como era lógico, como imaginaba, estaba deseando dormir con ella. Podía haber seguido con el juego, saborear la venganza de su superioridad, esa sensación de triunfo que da el saber que el otro está absolutamente rendido a ti, pero no, algo en su interior le hacía ignorar ese instinto. Se acercó a José por detrás, le besó en el cuello, cogió su neceser y empezó a retirar algunas de sus cremas, sus perfumes, sus jabones, sus talcos y sus cepillos de alpaca de la estantería del baño, para colocar la brocha de afeitar y la navaja de su marido. José no pronunció una palabra. Se sentó en el sillón del camarote, extendió las piernas, encendió un habano y cogió un libro de doma de caballos que había comprado en Madrid. María Luisa asomó la cabeza por el quicio de la puerta del baño.

—¿Estás fumando? —preguntó mientras miraba el humo del puro, con gesto de desagrado.

—Sí. —José la miró, sonrió y siguió leyendo su libro.

X

Augusta sólo había visto a personas de raza negra en unas ilustraciones de unos libros que tenía el maestro de Soto de Luiña, donde se había criado. En ellas, los indígenas de algún país africano cocinaban en una enorme olla a un explorador con salacot incluido.

Así que cuando el barco empezó a acercarse al puerto y esas manchas que en la lejanía se movían de un lado a otro se hicieron más nítidas, agarró la manga de su señora y venció su timidez. La prudencia era uno de los rasgos esenciales de Augusta. Jamás hacía un comentario fuera de tono, nunca se quejaba de nada, ni hablaba mal de nadie. Eso era lo que más le había gustado a Radis de ella y por esa razón María Luisa la había elegido para que la acompañara como doncella en su nueva vida. No tenía mucha experiencia, pero contaba con lo esencial: discreción, y lo demás «ya se lo enseñarás», le dijo Radis a María Luisa, concluyendo con un «al servicio, cuanto más joven se le coja, mejor, porque así se amolda a tu forma de ser», y después de guardar un instante de silencio, por si a María Luisa —que también era muy joven— no le quedaba claro, añadió: «A tus manías.» María Luisa, a la que el ambiente portuario de La Habana también la tenía entre aterrorizada y fascinada, intentó mostrar aplomo y sonrió a aquella chica, casi de su edad, que en ese instante hubiera dado cualquier cosa por estar en Asturias, en su Soto de Luiña, rodeada de la gente que conocía desde que había nacido, y no en un lugar tan húmedo que tenía la enagua pegada, rodeada de hombres altísimos y fornidos mucho más oscuros de piel de lo que ella había podido imaginar por las ilustraciones que había visto.

El olor a pescado podrido era casi una metáfora de lo que estaban viendo. María Luisa se cubrió la nariz con un pañuelo empapado en perfume, pero daba igual, el hedor era imposible de aplacar. Las prostitutas se contoneaban y se ofrecían a los marineros que paseaban por los tugurios del puerto. María Luisa se agarró al brazo de José e intentó fijar la vista en el Castillo del Morro y el edificio magnífico de la Lonja del Comercio, pero el ruido de una arcada a pocos metros de ella le hizo volver la cabeza. Era un marinero tambaleante que había vomitado a los pies de una prostituta mulata con un cuerpo escultural, el cual era imposible no adivinar con el escote y el vestido ceñidísimo que llevaba. La chica ni se inmutó. Cogió al marinero del brazo, riéndose, y se lo llevó, moviendo sus caderas con una cadencia sensual.

—¿Qué te pasa? Hace calor, ¿eh? No te preocupes, en el campo se está más fresco. Los puertos son siempre así, pero La Habana es un sitio muy tranquilo; si uno no va por los barrios que no debe, es imposible que le pase nada. Y ahora vais conmigo y con Timoteo. Mira, ahí está. —José intentó tranquilizar a Augusta y María Luisa, con una serenidad que denotaba que, desde

luego, aquella escena no le había sorprendido en absoluto. Saludó con la mano al mulato más grande de cuantos se encontraban en el muelle. Era prácticamente el doble que José y aunque tenía una mirada limpia y sonreía afablemente, Augusta ya no podía más y, temiéndose lo peor, es decir, que aquel bárbaro debía de ser su homónimo, se dirigió por primera vez a su señor.

—Perdone, señor, ¿ese hombre trabaja para usted?

—Sí, claro, es Timoteo, mi mano derecha. Y la izquierda, sin él no sé qué sería de mí. Es el capataz de la tinca, un buen hombre; ten cuidado, que tiene fama de conquistador —remató guiñándole un ojo.

María Luisa salió a defender a su criada.

—José, no me gustan esas bromas, no asustes a Augusta. Seguro que Timoteo es un hombre excelente, pero, Augusta, no te preocupes, tú vas a vivir con nosotros, en la casa, no con el servicio del señor. —María Luisa no iba a permitir que su fiel doncella pasara por ese trago. ¡Fama de conquistador! Lo que le faltaba a la pobre niña, pensó, sin poder evitar arrepentirse de no haber preguntado más a fondo sobre la forma de vida de José en Cuba. No necesitaba mucho más para llegar a la conclusión de que aquello, por lo que veía, iba a ser más complicado de lo que había imaginado.

José miró a María Luisa con cara de no estar muy convencido de lo que acababa de oír. ¿Qué era eso de que Augusta no viviría con el servicio? Pensó que había dado demasiadas cosas por hechas y que tendría que haber discutido con su mujer algunos detalles antes de salir para La Habana. Se temía que una vez allí iba a tener poco margen de maniobra.

Timoteo se acercó a donde ellos estaban y, muy ceremonioso, se puso firme y quitándose el sombrero de paja hizo una pequeña reverencia.

—Bienvenida a La Habana, señora. Le aseguro que su estancia en este país será muy feliz. Estoy a su disposición para que así sea. Será un honor servirla en lo que usted desee. —El recibimiento no tenía motivo posible de queja, pero María Luisa no acababa de sentirse a gusto. En el fondo, si lo pensaba, era la misma fórmula que pronunciaría cualquier hombre que pretendiera conquistarla, y eso en España sería impensable. Pero, como oiría una y otra vez a partir de ese momento, aquello era Cuba y todo era distinto.

José, que se había retrasado un instante supervisando que descargaran correctamente los cincuenta y siete baúles que había llevado María Luisa, abrazó con cariño a Timoteo, como al viejo amigo que se lleva meses sin ver. Se separó un instante y, antes de volver a abrazarse para darle unos golpecitos en la espalda, le dijo: «¿Has visto, no te dije que la señora era una belleza?» Y, después de ver la cara de disgusto y estupefacción de María Luisa, que no podía dar crédito a que le estuviera haciendo ese comentario a su sirviente, se separó de Timoteo e intentó arreglarlo.

—Una belleza por dentro y por fuera. Timoteo, no sabes la suerte que hemos tenido, la mejor esposa que podría soñar y una mano dura para llevar la casa. Ahora sí que vas a poder dedicarte a la finca. Con ella en casa, todos los trabajadores van a estar firmes —añadió riéndose y dándole un beso en la mejilla a María Luisa, que esquivó levemente la cara para mirar a Augusta, que llevaba sin parpadear un cuarto de hora, horrorizada ante lo que veía y escuchaba, y también para echar un vistazo al barco, única tabla de salvación que podía sacarla de esa pesadilla. Cogió a José por el brazo, sonrió a Timoteo, hizo un gesto a Augusta de que no se preocupara, que volvía en un momento, y se llevó a su marido a unos metros de allí. Cuanto antes quedara todo claro,

mejor.

—José, yo sé que aquí tenéis unas costumbres distintas y que Timoteo es como un hermano para ti. Lo entiendo perfectamente porque yo también quiero muchísimo a Mercedes y es como mi segunda madre, pero..., no sé, no me siento cómoda con esa familiaridad. Yo te pediría, por favor, que cuando yo esté presente, y especialmente cuando lo esté Augusta, te controles un poco. Entre hombres os entendéis, pero para nosotras es un poco embarazoso que hables con el servicio sobre si soy más o menos guapa, eso no es algo que le incumba... Y, cambiando de tema, había entendido que estaríamos más bien en La Habana, no sabía que contabas conmigo para dirigir al servicio de Pinar del Río, ¿es así?

—Bueno, sí, pensaba que ahora que estás aquí, tú que tienes experiencia, podrías organizar esa casa. Tengo a algunas criaditas y a un par de hombres que cocinan, pero necesitan que les den instrucciones y pensé que...

María Luisa decidió que debía ir poco a poco. Que había tanto que cambiar que no podía exigir una revolución radical, así que sonrió y asintió.

—Claro, cariño, pero entiende que yo prefiero estar en La Habana, me había asustado pensando que tenías planeado que estuviera la mayor parte del tiempo en Pinar del Río. Claro, yo te ayudo a organizar todo eso. A algunos a lo mejor nos los podemos traer a la casa de aquí.

—Sí, claro, a quien quieras. Yo a lo mejor tengo que ir un par de días por semana a la finca, pero si tú prefieres quedarte aquí, está bien. De todas formas, te va a encantar El Fondón. Yo creo que cuando la veas cambiarás de opinión, ya verás.

—No lo creo, mi amor. Para mí Villa Radis, con sus hortensias y su jardín inglés, es la selva. Mi piel no tolera el campo —dijo con su mejor sonrisa y secándose con su pañuelo de hilo el sudor que le corría por las sienes—. ¿Hace siempre este calor aquí?

—¿Calor? Hoy no hace calor. Todo es acostumbrarse a la humedad —dijo José limpiándole, con su pañuelo, el sudor que empapaba su nuca y hacía que se le rizara el pelo que había dejado suelto en su moño.

Mientras se acercaban a donde Timoteo cuidaba su equipaje, María Luisa pensó mirando a Augusta que quizá debería embarcarla en el próximo navío que fuera a España. No podía exigirle a una chica como ella que estuviera en un sitio así, ni que tuviera esos sobresaltos. En ese instante Timoteo se reía de algo que había dicho él mismo y con la carcajada se había acercado más de lo correcto a Augusta que, con una agilidad de pantera, había pegado un salto hacia atrás que la había llevado a tropezar con un baúl y a caerse de espaldas. Timoteo intentaba sacarla de entre los dos baúles, mientras María Luisa corría hacia ella y José acudía en su auxilio sin parar de reírse. La pobre Augusta no paraba de llorar y de decir entrecortadamente que no le dolía nada, que la soltaran, que estaba bien, pero cuando intentó levantarse, el tobillo no respondió. Timoteo se ofreció a llevarla en brazos pero ella prefería morir de dolor antes que eso. Dio dos pasos y se cayó. María Luisa intentó ayudarla, pero no pudo. Timoteo la cogió en volandas.

—Pero agárrate al cuello, que te vas a volver a caer —decía él, mientras José le miraba el tobillo—. ¿Cómo está ese pie, señor? Es lo que pensamos, ¿no?

—¿Qué pensáis? —gritó María Luisa.

—Esto tiene pinta de estar roto, pero a lo mejor es sólo una torcedura. Pero vamos aquí al lado, a la consulta de mi amigo, el doctor Artiles. Es el mejor de La Habana.

—No llores, *mijita*, esto no va a ser nada, y agárrate fuerte, que no pasa nada, que si no vas a

caerte y será peor.

—Timoteo, llévala tú al doctor y mientras nosotros nos vamos acomodando en... —dijo José sin poder terminar la frase.

—No, de eso nada, si quieres ve tú para la casa, pero yo me quedo con Augusta, no va a... Bueno, yo voy con ella —le interrumpió María Luisa, que se reprimió antes de decir que no iba a quedarse a solas con Timoteo.

—Bueno, como veas, pero tenemos que llevarnos todo esto. Me acerco allí y mando a alguien a recogerlo, id a casa del doctor y yo voy en un rato.

El trayecto hasta la casa del doctor Artilles no fue precisamente como María Luisa había imaginado su entrada en La Habana. José se había llevado el coche que Timoteo había aparcado la noche anterior en el muelle para que lo encontrara nada más llegar y María Luisa, Augusta y el criado atravesaban el Malecón y las calles de La Habana subidos a una furgoneta llena de paja, de caña de azúcar y de mondas de plátanos. María Luisa iba delante, con las manos en la cabeza, en un gesto que cualquiera hubiera atribuido a que estaba horrorizada por todo lo que la rodeaba y, aunque era así, lo cierto es que se sujetaba el pelo para no despeinarse demasiado, aunque entre el viento y la humedad poco había que hacer, la labor de la peluquera del barco se había ido al traste. Mientras, intentaba animar a Augusta, que se retorció de dolor tumbada encima de unas mantas que él le había habilitado.

Tenía la sensación de estar en otro mundo. Los edificios no eran tan distintos, el aire colonial y los colores fuertes de las fachadas le resultaban familiares, al fin y al cabo, en Asturias se había imitado ese estilo. Pero era otra cosa: la manera de comportarse de la gente. Ese andar pausado y provocativo de las mujeres, esa especie de indolencia de los hombres sentados en el malecón... Era como si el tiempo se hubiera ralentizado, aunque empezaba a intuir por qué. Ese calor y esa humedad que hacían que su combinación de piel de ángel se le pegara al cuerpo no podían dar más resultado que ése. A medida que fueron avanzando por la ciudad fue descubriendo su encanto. Pasaron por el Capitolio y el Palacio presidencial y se encontraron con una construcción *art déco* magnífica. María Luisa le preguntó a Timoteo qué era aquello.

—Es el edificio de los señores Bacardi, los del ron. Lo inauguraron hace muy poco. Si quiere visitarlo, el señor es un buen amigo de ellos.

—Parece que la ciudad está muy viva, hay muchos edificios en construcción.

—Sí, señora. Después del ciclón de hace unos años, han tenido que reconstruir muchos edificios. Bueno, el señor se lo habrá explicado, muchos de sus negocios tienen que ver con esto —dijo Timoteo tímidamente.

María Luisa se dio cuenta de que no sabía exactamente en qué consistía la actividad de José. Según había contado se dedicaba a hacer de intermediario entre grandes propietarios de plantaciones y banqueros españoles, pero sabía poco más.

—Bueno, el señor no me ha contado mucho de sus negocios —respondió María Luisa intentado sonsacar a Timoteo.

—Don José es un buen hombre de negocios y después del ciclón del 26, cuando hubo que reconstruir buena parte de la ciudad, invirtió en construcción. Bueno, yo no sé mucho, señora, él se lo contará mejor —dijo Timoteo prudente.

María Luisa se dio cuenta de que ese hombre era mucho más inteligente de lo que quería aparentar y discreto. Estaba claro que no iba a contarle nada más, la lealtad a su señor era lo

primero. Después de pasar por un hotel precioso que, según explicó Timoteo, era el Nacional, del que ella había oído hablar, pasaron por el final del Malecón para entrar en la Quinta Avenida, por la que paseaban mujeres vestidas con esa elegancia un poco excesiva, tan caribeña, de la que María Luisa no estaba del todo convencida. Portaban decenas de bolsas de *boutiques* que rodeaban la zona. Entraron en un barrio residencial que tenía mucho más que ver con lo que podía verse en Europa o más concretamente con las construcciones que María Luisa había visto en las películas de Hollywood. Casas lujosas con piscinas, grandes jardines y diseños modernos. Aquella parte de La Habana era mucho más agradable, limpia, ordenada.

—¿Cómo se llama esta zona? —preguntó María Luisa.

—Miramar; es la parte más lujosa de la ciudad, señora.

—Aquí es donde tenemos la casa, ¿no?

—Sí, señora, a unas manzanas de la del doctor Artiles.

Cuando llegaron a la mansión del doctor, la enfermera les hizo pasar rápidamente. Desde el vestíbulo avisó a su jefe con un «doctor, baje, es una emergencia, hay dos heridos de un accidente». María Luisa se miró en el espejo del recibidor y entendió a qué se refería con lo de los dos heridos, pero lo aclaró.

—No, hay sólo una herida. Yo estoy relativamente bien, supongo —dijo, mesándose el cabello y mirando hacia el primer piso, desde donde el doctor Artiles saludaba, con una voz ronca, profunda, y acento gallego.

—Timoteo, pero ¿qué pasó? Sube a la jovencita a mi despacho —pronunciaba estas últimas palabras mientras bajaba la escalera parsimoniosamente, con una media sonrisa que dejaba entrever una dentadura blanca, perfecta, que destacaba con su piel bronceada.

María Luisa se quedó gratamente sorprendida. El doctor Artiles era un hombre de unos cuarenta años, atlético, impecablemente vestido con un traje de alpaca gris y unos modales que le hicieron reconciliarse con La Habana.

—Usted debe de ser la famosa María Luisa Álvarez —dijo, y mientras hablaba le besaba la mano—. La flamante recién casada. Pero ¿dónde está mi buen amigo José? ¿Cómo es posible que la haya dejado sola? Si yo hubiera tenido la suerte de encontrarla antes que él, no la dejaría ni un instante. Una diosa como ésta no puede andar sola por La Habana.

María Luisa estaba acostumbrada a todo tipo de cumplidos y se daba cuenta de que, como le habían advertido, los hombres cubanos, o casi cubanos como Artiles, eran especialmente zalameros. María Teresa Casas, una antigua novia de su hermano Álvaro, que se había convertido con el tiempo en algo parecido a su hermana mayor, se lo advirtió. Ella había vivido varios años en La Habana acompañando a su marido, que había sido el consejero de la embajada española: «Al principio te pueden parecer un poco cursis, falsos, pero después de un mes, no puedes vivir sin sus piropos. Cuando vienes a España echas de menos que te digan todo el tiempo que se van a matar si no los miras. Sí, riete, pero ya me lo contarás.» María Luisa esperó en el patio, tomando un zumo de guayaba, mientras Arturo —«¿permities que nos tuteemos?», le había preguntado él, muy ceremonioso— atendía a Augusta. Aquella casa de Miramar, como la mayoría de las cubanas, tenía una distribución perfecta para esquivar el calor. María Luisa estaba cansada, acalorada, sudorosa y aturdida, pero al menos se le había pasado esa necesidad imperiosa de huir de La Habana. Parecía que ese ambiente sofisticado del que le habían llegado algunas noticias no era un mito. Claro que Arturo Artiles podía ser la excepción que confirmaba

la regla... Pero no, decidió que no iba a ser negativa. No podía volver a España, así que lo mejor era intentar adaptarse.

Unos pasos y un tarareo de algo parecido a un chachachá la sacaron de su ensoñación.

—No consigo quitarme esa canción de la cabeza. Ayer estuvimos hasta las tantas en una pequeña fiesta; celebrábamos la llegada de una de mis sobrinas. Es endiabladamente bueno ese Obdulio Morales, tiene que oírlo. ¿Le gusta la música?

—Sí..., claro, me gusta.

—¿Y bailar?

—También.

—Perfecto, ha llegado al sitio adecuado. En La Habana, si uno conoce a la gente adecuada y le gusta bailar y la música, le aseguro que puede acudir a una fiesta cada noche.

María Luisa sonrió, aquel Artiles tenía una energía y una alegría contagiosas.

—Bueno, no sé qué opinará José, pero en principio no parece mala forma de familiarizarme con la ciudad. ¿Cómo está Augusta? ¿Era una rotura?

—No, está bien. Sólo una torcedura, la he vendado y en una semana estará bien. De momento tendrá que intentar no apoyar el pie. Y le he dado un poco de árnica para el dolor, pero ha sido más el susto: el de la caída y el de Timoteo. Esa muchacha está aterrorizada. —Artiles se rió y María Luisa, aunque intentaba no burlarse de su doncella, no pudo evitar contagiarse y soltar una carcajada.

En ese momento entró José en el patio. María Luisa se sintió un poco azorada, pensaba que José podía interpretar esas risas como una especie de coqueteo. Pero no, reaccionó con absoluta naturalidad.

—Vaya, veo que ya has caído en las redes del doctor...

—Por supuesto, mi querido José, menos mal que has llegado. Me habías dicho que tu esposa era una belleza, pero te quedaste corto. Estoy totalmente anonadado. Estaba intentando tranquilizarla. Supongo que si lo que ha visto ha sido el puerto y a mí, estaría bastante preocupada. Ya le he dicho que vas a tener que comprarle un ajuar considerable porque tendréis fiestas todos los días.

—Bueno, Arturo, no exageres, que algunos tenemos que trabajar, no como tú, que a todos los pacientes los curas con árnica y aspirina.

Arturo se rió, cogió por la cintura a María Luisa y ella hizo un gesto instintivo de zafarse del abrazo por pudor ante su marido, pero cuando vio que éste los miraba sonriendo, sin parecer que le importara, se dejó hacer. Si hubiera estado en España le habría parecido una grosería por parte de los dos. Un atrevimiento de Arturo y una falta de interés y de galantería de José. Pero intuyó que a partir de entonces las cosas ya no iban a ser como en España y que aquel gesto aparentemente inocente era sólo la punta de un iceberg lleno de costumbres distintas y de una forma de ver la vida que no tenía nada que ver con lo que había vivido hasta entonces.

—Bueno, os dejo un día de descanso, pero pasado mañana hacemos aquí una fiesta de bienvenida para María Luisa —dijo Arturo, mirándola sonriente.

—Ya veremos —intentó protestar José, que conocía a su amigo, y si cualquier excusa era buena para celebrar algo en esa casa, esta vez tenía un motivo perfecto.

—De ya veremos, nada. El jueves a las nueve os quiero aquí. Citaré a todo el mundo a las ocho y media, pero mejor llegad un poco más tarde, así podréis hacer una entrada como

merecéis, que quiero ver la cara que se le pone a las cacatúas cuando vean entrar a María Luisa —rió Arturo.

—Pero si es en nuestro honor, ¿no deberíamos recibir nosotros a la gente?

Arturo y José se rieron.

—No, querida, aquí ese tipo de protocolos no se respetan, es buena idea la de Arturo, que ya estén todos cuando nosotros entremos —dijo José, que empezaba a estar más convencido de que la fiesta podía ser divertida. Su amigo le conocía bien. Sabía que estaba deseando presentar en sociedad a la belleza con la que se había casado y esa oportunidad era perfecta.

—Bueno, yo iba a decir que me parecía mejor hacerla en nuestra casa, pero vosotros sabréis —dijo María Luisa sonriendo—. Y casi lo prefiero, porque supongo que habrá cosas que cambiar allí, no me fío mucho del sentido de la decoración de José.

Arturo miró a José, divertido. Éste tragó saliva.

—No le has hablado mucho de la casa de Pinar del Río, ¿no? —dijo Arturo, pícaro.

—No, no mucho. Bueno, se nos hace tarde. Vámonos, quiero llegar allí de día para que pueda verla bien —respondió José un poco nervioso.

—Bueno, a lo mejor es preferible que la vea de noche —soltó Arturo con ironía.

María Luisa no dijo nada, pero estaba claro que la casa hacia la que se dirigían no iba a ser como la de Arturo. Esas alfombras, esas porcelanas de Limoges, las arañas de Murano... Tampoco le sorprendía, porque estaba claro que José no era un hombre delicado y ya había pensado que de la luna de miel en Nueva York tendrían que traer varias piezas para darle un toque distinto a su hogar.

XI

Nada más subirse al coche, María Luisa quiso indagar algo más; ella era muy intuitiva y el comentario de Arturo la había alarmado. Empezaba a conocer a José y sabía que la sangre gallega que le venía por parte paterna le impedía contestar preguntas directas, así que empezó con rodeos.

—Qué casa más bonita tiene tu amigo, se nota el toque femenino, ¿es viudo? —tanteó.

—No, está casado, pero su mujer se pasa el día viajando, de compras, en Nueva York, en Miami —respondió José con un tono que dejaba entrever que la mujer de Arturo no le caía demasiado bien.

—¿Sola? —dijo María Luisa, sorprendida.

—A veces sí, pero suele ir con amigas. Ya sé que te parece raro, y a mí, por mucho tiempo que lleve aquí, también, pero los matrimonios son distintos. Bueno, y ella es cubana, de una de las mejores familias, pero no tiene nuestra mentalidad. Arturo está encantado, le gusta disfrutar de su libertad.

María Luisa se quedó pensando en el asunto, que le parecía realmente extraño. Estuvo a punto de seguir indagando, pero se dio cuenta de que no podía dejar atrás su objetivo.

—Claro, me parecía raro que estuviera tan bien decorada, los hombres no tenéis mano para esas cosas. Tengo ganas de llegar a la finca, supongo que será más sencilla.

—Sí, bueno, tiene lo imprescindible..., ya te lo dije, ¿no? —respondió José, nervioso.

—Pues no, me hablaste del campo, los caballos, las plantaciones, el estanque, pero de la casa no —respondió María Luisa un poco malhumorada y empezando a prepararse para lo peor.

El paisaje que fueron recorriendo hasta llegar a la casa era impresionante. Los árboles enormes, la vegetación exuberante, las plantaciones de café y de plátanos de extensiones que jamás había imaginado. El panorama se completaba con los trabajadores, la mayoría de ellos negros, que le daban un toque irreal, como de las plantaciones del Misisipi que Mark Twain describía en uno de sus libros favoritos, *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Era como estar en el escenario de un libro. Tenía la impresión de que todo aquello era un decorado. Esos colores tan brillantes, esa belleza extrema la sobrecogía, pero también la asustaba. Tenía la sensación de que había algo irresistible en el ambiente que le haría perder ese control tan británico del que siempre habían presumido los Böham.

La entrada a El Fondón era majestuosa. Dos verjas enormes, que abrían dos de los guardas de la finca con un enorme esfuerzo, presidían un camino rodeado de palmeras, plátanos y una

vegetación que daba la impresión de que crecía mientras la estabas mirando.

Desde la cancela principal hasta la entrada de la casa se tardaba cinco minutos en coche. José siempre decía a los que no sabían de hectáreas (y a todas las mujeres, porque daba por sentado que no entendían de medidas) que para recorrer su finca se necesitaban tres días a caballo.

El exterior de la casa era imponente. Un patio con una fuente *art déco*, vidrieras que daban al interior del edificio, flores que jamás había visto y que desprendían un olor que casi mareaba. María Luisa empezó a tranquilizarse porque, por el camino, donde no había intercambiado prácticamente ni una palabra con su esposo, comenzó a temerse que viviera en una cabaña de labriegos. Pensó que si el edificio era así, tenía arreglo, por muy mal puesto que estuviera por dentro.

Timoteo tuvo que llevar en brazos a Augusta hasta la puerta. José llamó y abrió una mulata enorme que gritó mirando hacia atrás, impidiéndoles el paso.

—¡Ha venido el señor, ha venido el señor! —miró a María Luisa y, un poco más bajito, dijo —: Y la señora.

María Luisa se quedó un poco rezagada, más bien paralizada ante el comportamiento de aquella criada. José dejó pasar a Timoteo para que posara a Augusta en el suelo. La joven no sabía si le molestaba más haberse hecho la torcedura o que aquel hombre la tuviera que llevar en volandas. Cuando María Luisa estaba a punto de entrar, oyó a Augusta que decía desde dentro: «Ay, señor, que le han robado.» María Luisa entró agitada y, efectivamente, estaba claro que en su ausencia le habían quitado todos los muebles. El enorme recibidor, del que salían dos escaleras de caoba, estaba completamente vacío y las dos estancias que se veían desde allí tenían unas sillas de madera y una mesa que ella no habría puesto ni en la habitación de servicio. Eso sí, todo estaba limpio, sin una mota de polvo. María Luisa miró a su marido entre preocupada y enfurecida. Desde luego, prefería que fuera cierto que le habían robado. La idea de pensar que eso era lo primero que veía de su hogar le ponía los pelos de punta. No hizo falta que José dijera nada. Las risas de Timoteo, Gladys y las otras dos doncellas, que habían llegado corriendo a recibir a José, dejaban claro que nadie había robado nada. Augusta y María Luisa se miraron con una complicidad desesperada.

—Creo que en Nueva York vamos a tener más trabajo del previsto, cariño. Amueblar esta casa no es tan fácil. ¿La de Miramar está igual? —dijo María Luisa, intentando sacar algo positivo de todo ello, y, desde luego, ir de compras a Nueva York aprovechando su luna de miel no le parecía mala idea.

—No, bueno... —balbuceó José.

—Sí, señora, igual que ésta. Menos mal que por fin entra una mujer en esta casa, porque el señor, con una silla, una guayaba y unos frijoles ya tiene suficiente. —Gladys rezumaba una alegría contagiosa que en otras circunstancias hubieran escandalizado a María Luisa. Pero sintió una simpatía natural hacia ella y además pensó que más valía tenerla de aliada, iba a necesitar su ayuda.

María Luisa se rió y José se relajó un poco. Augusta los miraba sin entender nada y volviendo a pensar por enésima vez aquel día que ella no tendría que haber salido nunca de su aldea.

—Querida, te presento a Gladys. Es nuestra ama de llaves —dijo ceremoniosamente José, intentando suavizar la espontaneidad de su criada.

Gladys le miró como si hubiera dicho que era el obispo de Cuenca; eso de ama de llaves no lo había oído nunca, pero prefirió no preguntar.

—Y ellas —continuó— son Elsa y Caridad. Elsa es la cocinera y a Caridad la hemos contratado como doncella, porque suponíamos que contigo aquí necesitaríamos más servicio.

—Encantada de conoceros, vamos a tener mucho trabajo aquí. Os presento a Augusta, es mi doncella particular. Podéis enseñarle, por favor, su habitación, se ha doblado un tobillo y va a tener que estar unos días de descanso.

Cuando el servicio se hubo ido, José dio un beso a su mujer en la frente.

—Sí, ya sé que esto es un desastre, pero la habitación sí la he preparado para que estemos cómodos. Espero que te guste —dijo José ilusionado.

La decoración de aquel dormitorio no podía ser más fea. Pero María Luisa no quiso desilusionar a su esposo.

—En La Habana hay tiendas de muebles, ¿no? —preguntó suave.

—Sí, claro —contestó.

—Vale, pues mañana voy a ir con Caridad a hacer algunos cambios, de momento. Todavía quedan días para que nos vayamos a Nueva York y hay cosas que debemos cambiar con urgencia. —María Luisa habló sin dar opción a réplica.

Augusta era incapaz de estar sin hacer nada, así que, aunque no pudiera mantenerse en pie, subió al vestidor de la señora para, desde una *chaise longue* que parecía sacada de un prostíbulo, deshacer parte de los baúles. Por supuesto, en la enorme casa no había suficientes armarios para su guardarropa. Cuando acabaron, y después de utilizar uno de sus mantones de Manila para tapar la tapicería roja de terciopelo de la *chaise longue*, María Luisa le pidió a José que le enseñara el jardín que rodeaba la casa. Estaba atardeciendo y las sombras de las palmeras le daban un aspecto lúgubre a la casa. María Luisa pensó que tenía más encanto que la exuberancia casi chillona de ese verde diurno. José la cogió por la cintura y la llevó al que era su rincón favorito. Un estanque rodeado de vegetación donde había dos mecedoras. Una desvencijada y otra completamente nueva, de una caoba magnífica.

—Casi todas las tardes vengo aquí después de trabajar, me siento un rato a fumar... Como ves, he usado mucho esta mecedora. Ésa la he mandado comprar para ti, pensaba que te gustaría también este sitio —dijo José, poco seguro de estar acertando, una sensación que, por otra parte, María Luisa tenía la habilidad de producir en él y en el resto de los hombres. Ésa era una de las claves de su seducción, no demostrar jamás que estaba satisfecha, que siempre pareciera que ella merecía más de lo que le estaban dando. Era algo natural, un instinto, como la que nace con una capacidad especial para distinguir a la buena gente de la mala. Obviamente lo había heredado de Radis, a quien siempre le había funcionado de maravilla. Probablemente el gran atractivo de su madre era ése: tener a los hombres en vilo, incluido Gabino, aunque él hiciera como si ya hubiera superado aquello.

María Luisa podía haber dicho que el sitio le encantaba, porque además era cierto, pero en lugar de eso comentó: «Y ¿a quién se la has mandado comprar? Es preciosa, pero no para tenerla al aire libre, podías haberla usado dentro.»

—Se lo pedi a Arturo y la eligió Gloria, ella tiene muy buen gusto, como viste —dijo José, pensando que al menos en eso había logrado acertar.

—Bueno, ya compraré mañana una para aquí y ésta nos la llevamos a nuestro cuarto, es

perfecta para... ¡Aaagh! —María Luisa se levantó como si tuviera un resorte, llevándose las manos a la cabeza. Algo repugnante había saltado sobre su pelo y lo tenía pegado.

José estuvo a punto de reírse, la situación era muy cómica, pero se dio cuenta de que su mujer estaba realmente asustada.

—No te preocupes, es una rana toro —le dijo mientras se acercaba y se la quitaba de la cabeza—. Al atardecer salen y a veces saltan.

—¿Que a veces saltan? Pero si son enormes, son como conejos —dijo María Luisa intentando recuperarse del ataque de histeria.

—Bueno, estamos en el Caribe, aquí todo es más grande de lo normal —replicó José.

—¿Hay algo más que deba saber sobre la fauna autóctona? No sé, ¿que no pasee por las mañanas porque pueden aparecer tarántulas vaca o algo así? —intentó ironizar María Luisa.

—No te preocupes, aquí las arañas no son peligrosas, pero cuando te levantes por la mañana, antes de ponerte los zapatos agítalos y mira bien dentro porque a veces se cuela algún escorpión —dijo José tímidamente, consciente de que quizá debía haber comentado estos detalles antes de que María Luisa tuviera que vivirlos in situ.

XII

La iluminación de la casa de los Artilles se veía a lo lejos. Y, según se iba acercando el coche hasta la mansión de Miramar, la música empezaba a envolverlos. María Luisa estaba nerviosa. En España conocía cuáles eran los códigos de indumentaria para epatar en una fiesta de gala, pero, por lo que había visto hasta el momento, se daba cuenta de que era posible que aquel vestido de Balenciaga que había elegido para la ocasión quizá resultara poco llamativo, como le había sugerido su amiga María Teresa, de la que no paraba de acordarse desde que había llegado a La Habana. Todas sus profecías se habían cumplido una por una, así que a lo mejor debía haberle hecho caso, se torturaba a medida que se acercaban.

El traje lo encargó poco antes de la boda como parte del ajuar que iba a llevarse para su nueva vida. Mientras se acercaban, recordó los consejos de esa amiga que, aunque le llevaba varios años, la conocía mejor que nadie. Ya le había dicho que se olvidara de las pieles, por supuesto, y que eligiera tejidos que soportaran bien el sudor. María Luisa le replicó que ella no sudaba y su amiga le respondió que ella también lo pensaba, pero cuando llegara a Cuba, si no tenía que cambiarse fie ropa cada cuatro horas, que fuera al médico porque entonces tendría alguna enfermedad. María Teresa tenía ese humor irónico que tanto le gustaba a María Luisa. Su vida como mujer de diplomático, después de haber vivido en varios países, le hacía ser especialmente abierta de mente, hasta un punto que a veces escandalizaba a María Luisa. Así que cuando, en la primera prueba, María Teresa hizo un gesto de desaprobación y agitó la mano, impaciente, como solía hacer cuando tenía algo muy claro y sabía que iba a ser difícil convencer al contrario de sus estrafalarias ideas, María Luisa sonrió e hizo parar a la modista. La primera oficiala del taller estaba casi curada de espanto y, después de lo del traje de boda, cada día se arrepentía más de haber accedido a seguir vistiendo a esa diosa llena de manías y caprichos estrafalarios.

—¿Qué pasa, Casas? —Así era como ella la llamaba cuando estaban en confianza.

—El escote. Si éste va a ser el vestido de tu presentación en sociedad, con ese escote no vas a ningún lado. Pensarán que eres una mojigata —respondió la amiga ignorando la cara de enfado del creador de la obra, que acababa de entrar en la sala.

—Bueno, ¿y qué? La mujer del César no sólo debe ser decente sino parecerlo —replicó María Luisa impostando la voz, pero convencida de lo que decía.

—María Luisa Álvarez, mi amor, lo primero, y sin ánimo de ofender, tú no vas a casarte con el César, y lo segundo, allí las cosas son distintas. Las mujeres no son como aquí. Un toque de

picardía siempre es bien aceptado, de buen gusto. Te advierto que, a pesar de que nadie va a competir contigo en elegancia ni en belleza, ese vestido no va a causar el efecto que yo sé que tú quieres que produzca. —Agitó la mano de nuevo para callar a María Luisa, que iba a replicar algo y se dirigió a Balenciaga.

—Maestro —ella sabía cómo ser convincente—, este vestido es perfecto, es una obra de arte, pero el traje hace al monje y no queremos que nuestra recién casada entre como una monja en La Habana. Va a ser la mujer de uno de los hombres más influyentes de allí, yo sé el ambiente en el que se va a empezar a mover. Cuando yo estuve no coincidimos en prácticamente ninguna fiesta, porque él siempre ha sido muy raro. Pero hágame caso, baje un poco el escote. Ese cruce puede acentuarse más... háganos ese favor.

Balenciaga, que ya no podía más con aquella pareja, le sugirió que le indicara a qué se refería. Ella, que siempre sabía exactamente lo que quería y que estaba acostumbrada a dar instrucciones a las modistas que le hacían la ropa, cogió la tela y abrió el escote hasta que mostró el final del esternón.

—Pero ¿tú estás loca? —replicó María Luisa, rotunda—. No, no, de ninguna manera. Cristóbal, no haga ni caso a mi amiga, me encanta cómo está así.

—Te arrepentirás —dijo María Teresa, aceptando la derrota—. Te acordarás de mí cuando estés allí. Bueno, no te preocupes, te daré la dirección de la mejor modista de La Habana, ella podrá arreglarte los trajes —esto último lo dijo como venganza, sabía que Balenciaga montaría en cólera.

—No, no, señora de Duarte, con todos mis respetos. Mis creaciones no se pueden alterar. Son obras únicas —respondió casi histérico y, dirigiéndose a María Luisa, continuó—: Quiero que me prometa que no alterará ninguno de los vestidos que le estoy haciendo, entonces no serían Balenciaga. Yo tengo un prestigio y es como si pretendiera cambiar los colores de un cuadro de Velázquez porque así combina mejor con la tapicería del salón —remató fuera de sí.

—Vaya, veo que comparte usted esas mismas ideas anticuadas de mi marido. ¿No habrá estado hablando usted con él? Le sugerí eso mismo con un cuadro de Madrazo que desentonaba totalmente con el color de las cortinas de nuestra alcoba y montó en cólera. Ay, estos hombres. —La anécdota era falsa, pero a María Teresa Casas, señora de Duarte, le encantaba escandalizar.

María Luisa sonrió recordando aquella anécdota de hacía unos meses. José la miró, le cogió la mano, que tenía sudorosa; él estaba más nervioso aún que ella, y le dio un beso en la mejilla.

—¿Estás contenta? —preguntó alegre de ver a su esposa aparentemente menos insegura que él.

—Sí, claro, cariño. Estoy deseando ver cómo son aquí las fiestas —contestó—. Sí estoy un poco nerviosa, porque tú sabes cómo es todo esto, pero yo ando un poco perdida.

José sonrió, lanzó un poco convincente «no te preocupes» y pensó que él tenía aún menos idea que ella. Las fiestas de sociedad nunca le habían interesado y en las contadas ocasiones en que, por un asunto de relaciones comerciales, estaba obligado a ir, se sentía totalmente fuera de sitio.

El coche paró, María Luisa se retocó el maquillaje, que se le había estropeado con el sudor, y les abrió la puerta el mayordomo. Les pidió que esperaran un instante antes de entrar porque tenía orden del señor de que le avisara cuando llegaran. Unos minutos después aparecieron Arturo y Gloria, sonrientes, abrazados. María Luisa echó un vistazo a esa belleza de tez blanca,

pero con labios carnosos y pelo moreno ondulado y un vestido que dejaba al aire sus hombros y buena parte de su escote. Pensó de nuevo en María Teresa, maldijo su cabezonería, respiró hondo y puso su mejor sonrisa.

—Queridísima, eres aún más bella de lo que me había dicho Arturo. Y, por lo que me ha contado, sé que nos vamos a adorar. Me encanta tu vestido, cómo me gusta la moda europea. Y tú, José, cómo se nota que estás feliz, nunca te he visto tan guapo —dijo Gloria mientras sonreía cariñosamente y abrazaba a ambos como si fueran hermanos a los que no veía desde hacía años.

Gloria cogió del brazo a María Luisa, y José y Arturo las siguieron. Antes de entrar, Arturo se adelantó y Gloria le cedió el brazo de María Luisa a José. Paró la música y entraron ambos.

Arturo, ceremonioso, exclamó: «Mis queridos amigos: los recién casados. Recibamos como merecen a nuestro amado José, que nos ha traído a esta belleza española, que parece una princesa inglesa, María Luisa Alvarez, señora de Rodríguez.»

Las alrededor de cien personas que ocupaban el enorme salón de baile aplaudieron. Arturo hizo un gesto y empezó a sonar de nuevo la música. Era un tipo de ritmo que María Luisa no había oído antes, pero obligaba a bailar inmediatamente. Le preguntó a José qué música era ésa. Él le respondió que se llamaba danzón y que ésa era la orquesta de Félix González.

—Cosas de Gloria... Hasta hace poco el son y esta música eran cosas de negros, pero ya sabes, Gloria tiene una abuela en el armario y todo esto le encanta. —Sonrió pícaro.

—¿Una abuela en el armario? —preguntó María Luisa sin entender nada.

—Sí, que tiene sangre mestiza. Sus padres son blancos, pero su bisabuela por parte de madre era mulata. Pero aquí nunca se habla de esos temas. Todo el mundo esconde a sus antepasados negros. Hay que tener cuidado porque eso se lleva en los genes y a la mínima te sale un hijo como el tizón —rió José, pero no pudieron continuar la conversación porque empezó a acercarse gente a darles la enhorabuena.

Todo el mundo era cálido. Los abrazaban, las mujeres hacían gestos de cariño a José y los hombres no dudaban, nada más conocerla, en cogerla por la cintura y dar unos pasos de baile con ella.

Efectivamente, esa sensualidad de la que le había hablado María Teresa, con una claridad que a ella le había sonrojado, era cierta. El calor, la música y la humedad contribuían, pero había algo más: el contacto físico y esa especie de rigidez que le habían inculcado tanto en su familia como en el colegio donde había estudiado, las Damas Negras, allí parecían ridículos. Lo de menos era que las mujeres fueran con más o menos escote, la dificultad radicaba en la actitud. María Luisa tenía la habilidad de adaptarse de inmediato a cualquier ambiente y de mimetizarse con el entorno. Pero lo cierto es que esos cambios de conducta, hasta ese momento, no habían tenido que ser excesivamente drásticos.

Su experiencia la había hecho reconocer la diferencia entre ir a una fiesta popular de algún pueblo de Asturias, esas que tanto le gustaban a su madre, pero siempre con la conciencia de clase que tenía asumida, e ir a un evento de gala en el Ritz, donde realmente se sentía en su salsa. Pero aquello era distinto, parecía no haber unas reglas concretas y, por primera vez en su vida, se dio cuenta que la gente realmente disfrutaba en una fiesta. Sí, por supuesto, había una impostura, no debían olvidar que ellos pertenecían a la élite habanera, pero se respiraba una sensación de libertad, en que la diversión estaba por encima de todo, que la tenía desconcertada.

La compañía de su marido tampoco ayudaba. Daba la impresión de que no conocía

prácticamente a ninguno de los presentes y, después de los saludos de rigor, se quedaron arrinconados en uno de los sofás del salón. De vez en cuando venía Gloria a charlar con ellos o se acercaba alguien, por cortesía, a entablar una conversación. Desde luego, José no era el animal social al que ella estaba acostumbrada con Fernando. Ya lo suponía, pero a María Luisa, que le encantaba ser el centro de la fiesta, aquella actitud de su marido la empezaba a exasperar.

En un momento en el que se acercó uno de los banqueros más poderosos de la ciudad y José y él empezaron a hablar de negocios, María Luisa se excusó para ir a retocarse el maquillaje. Había dudado, porque no le parecía correcto dar vueltas por la fiesta ella sola, pero en cuanto se levantó, Gloria se le acercó, la cogió de la mano y le susurró: «Déjales hablar de sus cosas, vamos a bailar.» María Luisa replicó con un «no, si estoy bien, iba un momento a retocarme, no quiero dejar a José solo». Gloria soltó una carcajada.

—Ay, las españolas, cómo sois. ¿Ves a ese de ahí, Alberto Lima? Es igual de soso que José, aunque te advierto que, cuando se suelta, es un gran bailarín.

—¿Alberto Lima? —preguntó María Luisa sorprendida, teniendo en cuenta que el sujeto en cuestión pesaba unos ciento cincuenta kilos.

—No, no, tu marido. Ahora debe de estar cohibido porque estás tú, pero es uno de los mejores bailarines que conozco, aunque poca gente lo sabe. A veces nos vamos los tres a sitios donde éstos jamás entrarían y allí sí que está en su ambiente. Bueno, ya te llevaremos. Lo vas a pasar bien aquí. Pero, volviendo a Lima. Ahí lo tienes, fumando y comiendo, y ¿a su mujer le importa? Pues no, mírala, cómo disfruta, es ésa de allí, la del vestido verde con la espalda al aire —explicó Gloria.

—Sí, me había fijado en ella, baila de maravilla. Pensaba que el que está con ella era su esposo —dijo María Luisa mientras pensaba que ninguna mujer casada (ni soltera) de España danzaría así con nadie, ni con su esposo, en público.

—Ya sé lo que estás pensando. Pero aquí el baile es el baile, algo natural, y tendrás que ir acostumbrándote. ¿A ti te gusta bailar? —remató Gloria.

—Mucho —dijo María Luisa, que no quitaba ojo a la señora Lima y su acompañante.

—Pues estás en el país adecuado. No te preocupes, yo te entiendo, sé cómo son los españoles: estoy casada con uno. Arturo al principio tampoco lo entendía, pero a los hombres hay que darles las cosas hechas. Poco a poco. A él sí que le encanta el danzón y el son y todo lo cubano, pero cuando empezamos no quería que bailáramos, hasta que yo le dije: «Yo no puedo ir a una fiesta sin bailar, así que o bailo contigo o bailo con otro», y fue infalible, —Gloria terminó la frase cogiendo a María Luisa por la cintura y llevándola para seguir el ritmo de la música.

María Luisa no tuvo que hacer ningún esfuerzo. Se había estado fijando en los pasos y tenía un sentido del ritmo innato. A la media hora movía las caderas casi, casi como una cubana. Después de un rato bailando, se acercó Arturo y Gloria le pidió que la sustituyera. Bailaron con la distancia prudencial que su origen español les indicaba. En cuanto acabó la pieza, José se acercó.

—Hombre, he tenido que sacar a bailar a tu mujer para que te arrancaras —dijo, cediéndole la mano de ella a José, que, después de tres o cuatro mojitos, había vencido su timidez.

—No sabía que era tan buena bailarina, pex o ya veo que has aprendido el danzón rápidamente, querida. Pero siento decirte, Arturo, que en este ritmo no puedes competir conmigo. —Y agarró a su mujer por la cintura sin respetar la distancia prudencial española.

La acercó hacia él y María Luisa pudo comprobar que su marido tenía razón y que aquel baile, como sospechaba por lo que había visto, tenía una sensualidad a la que era difícil resistirse. Estuvieron danzando sin parar. Ella sólo tenía que dejarse llevar, José la dirigía con maestría y conseguía que sus caderas se movieran a un ritmo acompasado, como si fueran uno. Por primera vez en su vida se dejó llevar, y esa sensación le gustó. Notaba cómo el sudor le empapaba el vestido y le perlaba la frente, pero en vez de preocuparse por retocarse el maquillaje, seguía bailando como poseída.

De vuelta a la finca, en el coche, José se acercó a besarla y ella se dejó hacer. Cuando llegaron a la casa, siguieron dando rienda suelta a todo lo que el baile les había hecho sentir. Al entrar en el vestíbulo, María Luisa no dejó que José fuera tan efusivo. Sabía que Augusta tenía insomnio y no quería dar un escándalo delante de ella. Subieron la escalera abrazados y, en la puerta de la alcoba, María Luisa le dio un beso largo y profundo a su marido.

—Tardo dos minutos, pero déjame que me desmaquille y me dé una ducha —dijo ella.

—A mí me gustas así, sudada —contestó José.

Ella se rió y se fue hacia su baño. Después de lavarse, perfumarse y ponerse el *déshabillé* que había elegido con María Teresa en un viaje a París, María Luisa entró en el dormitorio. José estaba en la cama, vestido, dormido y roncando. Los mojitos le habían hecho un efecto excesivo. María Luisa fue a dejar la bata de gasa rosa palo sobre la silla de su tocador y vio una carta a su nombre. La remitente era María Teresa Casas. Era un sobre abultado, seguro que su amiga tenía miles de cotilleos que contarle. Lo abrió y había una carta, pero también otro sobre más pequeño que reconoció inmediatamente. No tenía remite, pero el papel tela, ese blanco grisáceo y la M coronada de conde de Montemar le dieron un vuelco al corazón. Volvió a salir de la habitación hacia el baño, no quería que José la descubriera leyendo eso. Tardó un instante en abrirla, tenía la esperanza de que Fernando le dijera en esa misiva que la adoraba, que iba a rescatarla de Cuba y que estarían siempre juntos en algún país remoto. Pero a lo mejor era una simple carta de cortesía, para interesarse por su vida en La Habana, como un viejo amigo.

La abrió y el encabezamiento no podía ser más prometedor. El corazón se le aceleró y una sensación de felicidad absoluta recorrió su columna vertebral.

Mi queridísima Mori:

Sólo él la llamaba así, en los momentos de más intimidad y desde que habían roto no había vuelto a leer ni a escuchar ese nombre. No podía ser un mejor comienzo.

Disculpa que no te haya escrito directamente a tu dirección en La Habana pero no querría causarte problemas ni que esta carta se extraviara o fuera abierta por otra persona por error. Nuestra querida amiga María Teresa ha sido tan amable como siempre, ya la conoces, y ha aceptado hacer de intermediaria para que te llegue.

Si te soy sincero, me ha costado mucho decidirme a escribirte. Pensaba que lo mejor era dejar pasar el tiempo, abandonar el contacto y emprender cada uno nuestra nueva vida. Tengo que confesarte que me he esforzado en que fuera así, pero nunca he conseguido dejar de echarte de menos. Cada pequeño detalle me recuerda a ti y nuestro encuentro en la fiesta del Palacio de la Prensa fue un revulsivo. Desde entonces tu presencia se ha hecho más intensa y siento que

necesito verte.

Sé que estas palabras son muy atrevidas y probablemente egoístas. Entenderé que no me contestes y que quieras dedicar toda tu energía a tu esposo y a tu nueva vida.

Por María Teresa y tu hermano Álvaro sé que en breve vais a viajar a Nueva York. Yo tengo algunos negocios pendientes allí y debería viajar en los próximos meses. Sé que es una locura pero me gustaría verte; por supuesto, con tu marido. Sólo verte, charlar, oír tu risa. Me alojaré en el Waldorf Astoria. Si no han cambiado las fechas de tu viaje, llegaré cuatro días después de que hayas desembarcado allí y me iré dos días más tarde a Detroit. Si estás de acuerdo con que nos veamos, házmelo saben—, por favor. Y entonces os escribiría a ambos para convocar una cita oficial.

Con todo el amor que me dejes,

FERNANDO

María Luisa se agarró al lavabo. Las manos le sudaban y estaba mareada. Su primera reacción fue de euforia. Volvió a sentir la felicidad que le invadía cada vez que estaba con Fernando. Esa intimidad, el olor a Varón Dandy, la seguridad que sentía cuando la abrazaba... Fue a meter la carta cuidadosamente en el sobre para esconderla en algún sitio seguro y vio la de María Teresa. Con la emoción se le había olvidado que su amiga también le había escrito. El encabezamiento no podía ser más explícito: «Querida, no pierdas la cabeza.» A continuación le explicaba las dudas que había tenido a la hora de aceptar ser cómplice de ese contacto entre ella y Fernando, y cómo finalmente había accedido porque ella no era quien para impedir que el destino siguiera su curso. Le explicaba que sabía que él era el amor de su vida y que sospechaba que ella era el de Fernando, pero que las dos eran conscientes de que él era un seductor nato y que probablemente le enviaba buenas palabras para estar seguro de que no la había perdido del todo. En un párrafo era muy explícita:

Cariño. Ignoro lo que dice esa carta, pero lo sospecho, conozco a los hombres y más a Fernando. A no ser que te diga que lo deja todo por ti y que quiere emprender una nueva vida a tu lado, creo que lo mejor es que no le sigas el juego. Sí, los dos estáis casados y no podéis divorciaros, pero ya sabes que a mí me importan poco los convencionalismos y mi consejo en ese caso sería que te arriesgaras, que lo vivieras. Pero sólo si te ofrece que seáis marido y mujer (aunque no haya papeles por medio) deberías hacerle caso. Tú eres inteligente y a veces consigues mantener la cabeza fría. Si no ¿qué te espera? ¿Ser su querida? No vivir tu propia vida en Cuba pendiente de si podéis encontraros y mantener una relación casi platónica. No, queridísima, eso no es lo que tú quieres, por muy enamorada que estés. Cualquier frase que no sea «lo dejo todo por ti» no te sirve. Si no la ha escrito, rompe la carta, no le contestes y dímelo, que entonces, por mucho que insista, yo me retiraré de este juego. Intenta acostumbrarte a tu nueva vida. José es un buen hombre que te va a cuidar y que te adora. El nunca hubiera hecho lo que ha hecho Fernando.

La carta seguía con su preocupación por los cambios políticos. Con la proclamación de la República y el exilio de Alfonso XIII, según contaba, su situación era inestable y estaba preocupada por el futuro. El cambio de gobierno no favorecería precisamente a su marido. Y

continuaba con algunos cotilleos sobre la sociedad madrileña. Noviazgos, infidelidades, bodas, rumores.

A María Luisa le invadió una tristeza profunda. Empezó a sollozar. Su amiga, como casi siempre, tenía toda la razón. Ésa no era la carta que ella esperaba. ¿Para qué iban a verse en Nueva York? Ella, por supuesto, lo hubiera dejado todo esa misma noche para volver con Fernando, pero él no le estaba pidiendo eso. Simplemente una cita para volver a verse, quizá para que ella los viera juntos, a José y a él, y se diera cuenta una vez más de lo que había perdido, con qué se había tenido que conformar.

Mientras sollozaba acurrucada en el suelo del baño, oyó unos pasos en el pasillo. Aquella madera de Mamey hacía un ruido infernal. Estrujó la carta y la escondió detrás del retrete. A los pocos segundos llamaron a la puerta del baño. Era José.

—Amor, ¿qué haces? Me he quedado dormido. Perdóname pero no estoy acostumbrado a bailar así ni a beber tanto. ¿Estás bien? —José hablaba en un tono dulce, sospechando que su mujer estaría enfadada.

—Sí, no te preocupes. A mí también me ha debido sentar mal la bebida y tengo el estómago revuelto. Ahora voy, ya estoy mejor. —Mientras, María Luisa se enjuagaba la cara con agua fría, para que no se le notara la llantina.

Pocos minutos después volvió a la habitación. José la estaba esperando sobre la cama, desnudo y erecto. María Luisa se puso la mano sobre el estómago y fingió un gesto de dolor.

—No sé, yo creo que algo de lo que he comido no me ha sentado bien, me encuentro muy mal, cariño —dijo mientras se metía en la cama sin siquiera quitarse la bata de gasa y colocándose a una distancia que casi le hacía caerse del colchón.

José se acercó para abrazarla. Intentaba ser cariñoso, pero no podía evitar que su miembro siguiera como una piedra. La cogió por la espalda e intentó colocarlo entre sus muslos, pero María Luisa se zafó.

—Lo siento, José, lo he pasado de maravilla y me encantaría continuar la noche, pero me duele mucho el estómago; —susurró, más cariñosa que de costumbre, llena de culpabilidad y pensando que en un instante tendría que levantarse para coger la carta del escondite del baño. Sabía lo concienzuda que era Gladys con la limpieza, y si la dejaba allí, la descubriría—. Disculpa, tengo que volver al baño. Tú duerme, que estarás agotado.

José le hizo una caricia y la tranquilizó: «No te preocupes, cariño.»

María Luisa cogió la misiva. La mojó y la hizo trizas. Fue echándola al retrete poco a poco. Tirando de la cadena. La idea romántica de guardarla era muy novelesca. Pero no quería correr ningún riesgo y además, pensó, ¿para qué? Tampoco ese texto tenía nada que mereciera la pena conservar.

XIII

Aquella mañana, María Luisa había vuelto de hacer algunas compras con Gloria en las tiendas de muebles de La Habana. Lo esencial para que la finca de Pinar del Río pareciera algo similar a un hogar y no una casa donde aún no se había acabado una mudanza: cortinas, algunos muebles, un tocador, un par de hamacas para instalar cerca del lago... El resto lo compraría en Nueva York. Gloria le había recomendado algunas tiendas y le había dado el contacto de un amigo suyo armenio que podía aconsejarle para comprar alfombras persas y algunas piezas textiles orientales que había visto en casa de los Artiles y de las que se había enamorado. El consejero de la embajada de Turquía en España era muy amigo de su hermano Álvaro. Habían estudiado juntos y dio la casualidad de que, después de acabar la carrera diplomática, le dieron como destino España. Su casa estaba llena también de alfombras, *suzanis* y todo tipo de piezas exóticas. A María Luisa eso siempre le había fascinado y se pasaba horas y horas oyendo las historias de la fabricación de las alfombras persas, de los tintes naturales que eran más difíciles de fijar o del arte de las tribus nómadas de Asia Central. Siempre había soñado que cuando se casara tendría una casa llena de alfombras persas, *kilims* y *suzanis*.

Estaba vistiéndose en su habitación, después de ducharse por tercera vez aquel día, y se preparaba para dar a Gladys los últimos detalles para el almuerzo. José entró en el dormitorio agitado y sonriente, como un niño que enseña orgulloso a sus padres algún logro importante.

—Cariño, tengo una sorpresa para ti —le dijo mientras le acariciaba el cuello y le ayudaba a subir la cremallera del vestido, que también se había comprado aquella mañana.

María Luisa se dio la vuelta y le besó en la frente. No hacía tantos días desde que había recibido la carta de Fernando, y aunque intentaba olvidarla y pensar —como María Teresa le decía— que no era lo que ella quería leer, no paraba de recordar pequeños detalles, de hacer una lectura entre líneas que le permitía albergar esperanzas sobre la posibilidad de que Fernando fuera capaz de dejarlo todo para estar con ella. «Quizá está preparando el terreno porque tampoco sabe en qué situación estoy yo»; «lo de "todo el amor que me dejes" es una forma de darme pie a que le conteste». Pero María Luisa se había mantenido firme y no había respondido. Eso sí, no conseguía quitárselo de la cabeza y era incapaz de demostrarle a José el cariño de una recién casada.

José ya estaba acostumbrado a la frialdad de su esposa, así que ni se inmutó, seguía pletórico.

—Adelantamos el viaje de novios. Acabo de recibir una invitación de George Boldt, el gerente, para la inauguración del nuevo Waldorf.

—¿De verdad? —María Luisa no se lo podía creer. Todo el mundo hablaba de aquella fiesta tan exclusiva.

Era el acontecimiento social más impactante del mundo. Ella sabía que José era cliente habitual del antiguo hotel, pero no pensaba que tuviera esa influencia.

—Sí, conozco bien a George, aunque no puede decirse que seamos amigos. Le escribí para ver si había alguna posibilidad de que nos invitara...

—Pero ¿cómo no me dijiste nada? —le interrumpió María Luisa.

—Pues porque no estaba seguro de que pudiera ser y no quería que te hicieras falsas ilusiones. Le expliqué que era nuestro viaje de novios y que, si podíamos ir a la inauguración, cambiaríamos nuestras reservas para hacerlas coincidir. Y aquí están las entradas —contestó agitándolas al aire.

—¡Dios mío! Me lo tenías que haber dicho antes. No tengo nada que ponerme para esa fiesta —se quejó mimosa María Luisa.

José se rió y la cogió por la cintura.

—No te preocupes, iremos un par de días antes y tendrás tiempo de comprar todos los vestidos que quieras. Y esta noche, para celebrarlo, vamos a ir al Montmartre, que hoy toca Eliseo Grenet —respondió José, atrayéndola hacia sí.

—¿Ese es el cabaret del que me habló Gloria? ¿Ese que es una especie de sitio clandestino? —María Luisa preguntaba entre curiosa y precavida.

—Hombre, tampoco clandestino, pero sí, debió hablarte de él porque a ella le encanta. Ya te dije..., la abuela en el armario se nota —bromeó José.

—No seas malo —le recriminó con ternura.

—No soy malo, es la verdad, y para nosotros es una suerte, porque no creas que es fácil que le acepten bien en determinados círculos. Pero ella sabe las claves para que no nos vean como extraños, y la verdad es que son los sitios más divertidos de La Habana y Grenet es un genio, su música no te deja parar de bailar —contestó entusiasmado.

—Sí, ya imagino que para un hombre soltero debe de ser el sitio perfecto —replicó María Luisa, haciéndose la celosa.

José se sonrojó y sintió una punzada de satisfacción. Le encantaba que su mujer tuviera un poco de pelusa.

—No, no creas, tampoco —balbuceó.

—No te preocupes, no tienes que darme explicaciones. Es normal que un hombre soltero quiera divertirse y, además, entonces no me conocías —rió cariñosa.

Seis horas después, María Luisa tenía esparcidos por la cama todos los vestidos que había encargado y que, gracias a la influencia de Gloria y al recuerdo tan magnífico que tenía de María Teresa, le habían cosido en pocos días. Por supuesto, no tenían la categoría de la alta costura europea, pero había que reconocer que la confección cubana sabía sacar partido a la mujer. Los escotes a ella le parecían exageradísimos, pero después de haber paseado por la ciudad y acudido a algunas meriendas y cenas de sociedad, se dio cuenta de que ir provocativa no resultaba vulgar, como en España. Era parte de la esencia femenina y casi resultaba de mal gusto no enseñar un poco de escote o un ápice de hombro.

José entró en la habitación y no pudo reprimir una carcajada al ver aquel espectáculo de desorden y la cara de preocupación de su mujer, que paseaba con su combinación de satén de un

lado a otro de la habitación. Pensó que no podía estar más guapa, incluso cuando se dirigió a él contrariada, con una de esas miradas fulminantes que anunciaban tormenta.

—¿Cuál te...? Nada, déjalo, vosotros no sabéis de estas cosas. Si es que no tengo nada que ponerme —rezongó María Luisa, enfadada, como para sí.

José había aprendido que cuando su mujer se ponía de ese modo, lo mejor era abandonar la sala. Mientras se iba, le dijo: «Para el Montmartre, yo elegiría el turquesa con la espalda al aire.» Cerró la puerta y se fue a tomarse su mojito de la tarde junto al estanque.

Una hora después apareció María Luisa con el vestido turquesa. Era un traje de fiesta, de *chiffon*, que había comprado en La Manzana de Gómez, los grandes almacenes más famosos de La Habana, que debía reconocer que no tenían demasiado que envidiar a las Vittorio Emanuele II de Milán o el Boulevard du Régent de Bruselas. El traje mostraba la piel blanquísima de sus hombros al descubierto y dejaba la espalda al aire casi hasta la cintura. Se había recogido el pelo en un moño suelto. José la miró embelesado. Con esa luz del atardecer de fondo, parecía una especie de hada. Recordó el primer día que la había visto en Somao y sintió esa misma punzada en el estómago, pero con algo más. El aire etéreo que tenía entonces se había transformado en algo más carnal. No era sólo el vestido y el escote, era la manera de moverse. Parecía que María Luisa empezaba a contagiarse de la sensualidad de la isla.

—Estás preciosa. Ese color es perfecto, idéntico al de tus ojos —le dijo después de levantarse. La agarró por las caderas rozando la parte alta de su glúteo y se acercó para darle un beso en la boca mientras le acariciaba el cuello y el nacimiento del pelo.

María Luisa separó la cara.

—No, cariño, que estoy recién maquillada y este moño le ha costado a Augusta casi una hora hacerlo, ten cuidado —respondió zalamera, dejándose abrazar.

En ese momento llegó Gladys con un mojito. María Luisa se disculpó.

—Es muy pronto para mí, pero me apetecía.

—Claro, mi amor, aquí no hay reglas, las cosas se hacen cuando a uno le apetece. Veo que estás empezando a entender la forma de vida cubana. Tenemos media hora hasta que salgamos, así que vamos a relajarnos un poco. —José sonrió, acercándola hacia la hamaca.

Se tumbaron. La temperatura era perfecta y el silencio sólo se interrumpía por algunos cantos de tocororo y el croar de las ranas toro.

—Qué maravilla de atardecer —musitó María Luisa, mientras daba un sorbo al mojito.

José iba a responderle, pero en ese momento una enorme rana saltó sobre la cabeza de María Luisa. Ella pegó un salto, se tocó instintivamente el pelo y el tacto de ese animal viscoso la puso histérica. José tuvo que contener la risa y de un salto se la quitó de encima. Pero el moño estaba destrozado. María Luisa estaba temblando, enfurecida, y Gladys miraba la escena entre divertida y asustada por la reacción de su señora.

—Dios mío, ¡otra vez! Qué asco. Estos bichos son horribles y el peinado se me ha destrozado. María Luisa intentaba contener las lágrimas; se había pegado un susto tremendo pero no quería llorar, estaba enfurecida—. ¡Maldito trópico, aquí no hay quien viva! Entre estos salvajes y estos animales —gritó mientras se iba hacia la casa.

José la seguía y cruzó una mirada de complicidad divertida con Gladys. En ese momento María Luisa se dio la vuelta y lo vio.

—¿Qué pasa, que os hace mucha gracia? Dile a Timoteo que no vamos a salir. No quiero ir a

ningún sitio —bramó mientras se alejaba.

José dejó pasar unos minutos, avisó a Augusta y subió con ella al dormitorio. María Luisa estaba tumbada en la cama, mirando hacia el techo. Ni se inmutó cuando José entró. Él le hizo una seña a la doncella para que esperara fuera, cerró la puerta y se sentó en la cama.

—Cariño, no te preocupes, no va a volver a ocurrir, quitaremos las ranas del estanque. Pero no te pongas así. Augusta te va a recomponer el peinado en un minuto y vamos a divertirnos. Gloria y Arturo están a punto de llegar. Ella estaba ilusionadísima con que fuéramos al Montmartre —susurró José, intentando tranquilizarla.

—No, no tengo ganas. Ve tú si quieres, de verdad, yo no sé si puedo vivir aquí —dijo María Luisa, más tranquila.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Vamos al cabaret hoy, tienes que conocer mejor La Habana. Yo sé que te vas a acostumbrar, pero si a la vuelta del viaje de novios, después de un mes, no te has acostumbrado, nos vamos a vivir a donde tú quieras, a Nueva York, o a España, donde me digas —respondió José.

María Luisa se quedó callada un rato. La conmovía la devoción que José tenía por ella. Sabía lo importante que eran para él sus negocios y lo que le había costado llegar a donde estaba. No estaba acostumbrada a que la quisieran así. Con Fernando todo era distinto, siempre había existido una especie de lucha de seductores, en la que ninguno de los dos se atrevía nunca a mostrar su entrega total por el otro. Sintió una ternura y una pena por José que la vencieron.

—Sí, está bien. No es para tanto, pero es que no soporto los bichos. Dile a Augusta que entre e intentaremos arreglar este desaguisado —dijo cariñosa, cogiendo la mano de su marido.

María Luisa estaba acostumbrada a que su entrada en cualquier sitio hiciera que todo se paralizara para admirar su belleza, su altura y su elegancia. Su aparición con José y con los Artiles causó el mismo efecto entre los que estaban allí. Todo el mundo se volvió a mirarlos. No porque fueran prácticamente los únicos blancos (sus tres acompañantes eran casi de la casa y ya no llamaban la atención), sino porque venían con la esposa española de don José. Y sí, efectivamente, los hombres la escrutaban con la admiración a la que ella estaba acostumbrada, pero la mayoría de las mujeres lo hacían con una curiosidad y una especie de decepción que a María Luisa la dejó perpleja. Estaba acostumbrada a las expresiones de envidia o de cierta fascinación de las de su mismo sexo, pero no, esas mulatas, igual de altas que ella y con un porte imponente, parecían estar decepcionadas. Como si esperaran algo más para uno de los solteros de oro de La Habana, ese que había estado medio enredado con muchas de ellas. Allí la belleza sobraba y la elegancia que tanto habían alabado en Europa era algo sin importancia. En ese ambiente, la sensualidad era lo primero y María Luisa aún tenía ese aire frío, distante, que volvía locos a casi todos los hombres, pero que allí, según percibía ella, era más bien un defecto.

Gloria le preguntó, entusiasmada, qué le parecía el sitio y María Luisa musitó un «curioso» poco convincente. Jamás había estado en un lugar así, oscuro, con un olor acre y un calor asfixiante. Pero disimuló como pudo. Apreciaba mucho a su nueva amiga y no quería romper su excitación.

Les dieron la mejor mesa y les pusieron una botella de ron Bacardi. Gloria se levantó para saludar a Eliseo Grenet, que interrumpió su actuación para acercarse a saludarles efusivamente. Besó la mano de María Luisa y la miró de arriba abajo.

—Por fin conocemos a tu esposa española. Pero no parece de allí, yo pensaba que todas las

«gallegas» eran morenas con los ojos negros —bromeó dirigiéndose a José y disculpándose porque tenía que seguir dirigiendo su orquesta.

María Luisa no salía de su asombro. Era la primera vez que le presentaban a un hombre y que éste no alababa su belleza. Por supuesto, no hizo ningún comentario y empezó a beber de aquel ron que le quemaba la garganta. Gloria le cogió la mano y le sonrió.

—¿Te ha sentado mal lo que ha dicho Grenet, mi amor? —preguntó divertida.

—No, por favor, ¿por qué iba a ofenderme? Es normal que piense eso, yo también creía que todos los cubanos eran negros y no es así —contestó María Luisa con toda la amabilidad que pudo, sin poder reprimir su enfado.

Gloria pasó por alto la alusión a sus antepasados e intentó animarla.

—No debes ofenderte, aquí saben poco de España. De todas formas no hay que hacer mucho caso a Eliseo, nunca se ha llevado muy bien con José, le quitó una novia —aclaró en tono de confidencia.

Esto alivió un poco a María Luisa, que decidió no tomar en cuenta la falta de cortesía del músico. Estaban al lado del escenario y no podían hablar demasiado, así que se dedicó a observar el ambiente. La gente bailaba apiñada en la pequeña pista y se movía de una manera contagiosa. Grenet cogió el micrófono y dijo: «Esta canción va dedicada a don José y su esposa española.» Empezaron a sonar los compases de *Ay, mamá Inés* y los cuatro se lanzaron a la pista.

María Luisa se daba cuenta de que, aunque era una buena bailarina, no tenía el ritmo de las mujeres que la rodeaban. Pero José la llevaba con tal firmeza y tal seguridad que al poco tiempo consiguió olvidarse de si la juzgaban o no y empezó a disfrutar. Después de tres canciones, Arturo se acercó para ofrecer un cambio de pareja.

—Eres la más guapa de la fiesta, pero, bueno, estarás acostumbrada. Hoy estás arrebatadora —le musitó al oído, mientras la apretaba hacia su pecho.

—Tu mujer sí que está hoy impresionante, tienes mucha suerte de haber encontrado a alguien como Gloria —contestó ella separándose un poco.

Arturo sonrió mientras decía «claro que sí, lo sé, pero tú eres la más guapa de la fiesta». En ese momento empezó a sonar otra canción, María Luisa miró hacia donde estaban José y Gloria y vio cómo una especie de Joséphine Baker se acercaba a él, le agarraba por la cintura y le ofrecía a Gloria como pareja de baile a su acompañante. Mientras bailaba con Arturo no quitaba ojo a esa belleza que movía las caderas de una manera escandalosa y que no paraba de hacer confianzas a su marido. Él no parecía sentirse incómodo. Una punzada de celos se le clavó en el estómago.

—¿Quién es la que está bailando con José? —preguntó a Arturo.

—Ah, es Carmencita, fue novia de Grenet, una relación muy apasionada. Bueno, ella es muy apasionada —contestó riéndose.

En el siguiente tema, María Luisa le pidió a Arturo que hicieran un nuevo cambio de pareja, que quería bailar con su marido. Él la miró divertido, adivinando lo que pasaba por su cabeza, pero no comentó nada. Se acercaron y, diplomático, dijo: «José, me pasaría la noche bailando con tu mujer, pero uno no es de piedra y no quiero hacer una locura, así que te la devuelvo.» Carmencita no se dignó mirar a María Luisa, pero José, bastante incómodo, las presentó. Se miraron como dos animales antes de la batalla e hicieron un gesto de saludo con la barbilla, sin más. Carmencita se acercó a Arturo para empezar a bailar, pero éste se disculpó con un «me

muero de sed, no puedo bailar más, María Luisa me ha dejado agotado», y la dejó plantada en la pista, mientras se dirigía a su mesa. En ese momento María Luisa adoró a Arturo y cogió a su marido con una pasión que lo dejó paralizado por un instante, pero que José decidió aprovechar. Ella, por supuesto, no hizo ninguna alusión a Carmencita; no iba a rebajarse a demostrar que le había dado alguna importancia. Pero el ron y aquel estímulo le hicieron decidir que tenía que disfrutar.

Cuando salieron del Montmartre, de madrugada, después de haber bebido tres botellas de ron, Gloria la cogió por los hombros, le dio un beso en la mejilla, una palmadita en el trasero y le susurró al oído: «¿Tenía razón o no? ¿No es el mejor sitio en el que has estado?» María Luisa, contagiada por la efusividad de su amiga, le dio otro beso en la frente y sonrió dándole toda la razón.

XIV

María Luisa había insistido en que llegaran un par de días antes. Quería estar esplendorosa para la fiesta de inauguración del Waldorf Astoria, pero José tenía que firmar un negocio importantísimo y atracaron en el puerto de Nueva York el 29 de septiembre, un día antes de la inauguración del nuevo Waldorf.

Después del impacto de su llegada a La Habana, María Luisa empezaba a acostumbrarse a ese cambio de decorado que, durante las primeras horas, le hacía pensar que estaba en una película. Por supuesto, había visto Nueva York gracias a su afición por el cine, pero en persona, aquellos edificios enormes, esas avenidas interminables le dieron una sensación de libertad y de cierta indefensión que se le pasó al poco tiempo. En el muelle les esperaba el chófer del viejo amigo de José, Xavier Cugat, que les dejaba esa noche su apartamento. Les ofreció dar una pequeña vuelta para que la señora viera algo de Nueva York. Estaba anocheciendo y el *skyline* del que tanto le habían hablado era aún más impresionante de lo que imaginaba. Los rascacielos parecían enormes catedrales y cuando pasaron por el edificio Chrysler, que estaba recién inaugurado, María Luisa pidió que pararan un momento. Le parecía una obra de otro planeta. *Metrópolis* era una de las películas que más le habían impactado, pero lo que estaba viendo superaba cualquier expectativa. Siguieron el camino y pasaron un edificio en construcción, que según les explicó el chófer era la catedral de Saint John. No podía ser más majestuosa. María Luisa estaba fascinada por esa mezcla entre la imitación del clasicismo europeo y la modernidad rotunda de la ciudad. La gente también le llamaba la atención. Todos eran tan altos o más que ella y eso le resultaba agradable. En España era un poco incómodo sacarle una cabeza a todo el mundo. A medida que iban acercándose a la zona de la Quinta Avenida estaba claro que el paisaje humano cambiaba. Se empezaba a ver a gente elegantemente vestida, coches caros... Una de las cosas que más le chocaban a María Luisa era la mezcla de clases que había en las calles. En el barrio de Salamanca de Madrid o en Chamberí sólo se podía encontrar a un tipo de personas, a no ser que se tratara de alguien del servicio, y a ella jamás se le hubiera ocurrido ir a Lavapiés. Pero observó que en Nueva York no había tantas diferencias. Por supuesto, alguien de Park Avenue no iba a pasearse por el Bronx, pero en las arterias principales de la ciudad, la mezcla era real y a ella le pareció de lo más chocante.

El chófer les anunció que estaban llegando a su destino. A María Luisa el hecho de quedarse en la casa del músico le parecía casi tan emocionante como la fiesta.

Xavier, para José, era casi como un hermano. Le había conocido en La Habana, en su etapa

de violinista, y cada vez que iba a Nueva York le visitaba. Los dos tenían un carácter parecido, y debía reconocer que Cugat había sido el que le había convencido de que tenía que buscar una mujer. El músico era tan mujeriego como José, pero siempre decía que era importante tener una esposa, una referencia en la que apoyarse. José también había influido en la decisión de Cugat de sentar la cabeza. Habían conocido a la vez a Carmen Castillo, la actriz y cantante que ahora era su esposa. Fue en uno de los conciertos de Cugat con su orquesta de tangos y los dos cayeron rendidos ante el encanto de esa mujer llena de fuerza. José se retiró esa misma noche. Estaba claro que Cugat había sido el elegido. Pero Carmen se había convertido en una de sus mejores amigas. Mejor dicho, en su única amiga, porque él no concebía que un hombre y una mujer pudieran tener una relación de amistad. Carmen era su consejera y ciertamente José estaba un poco nervioso ante el encuentro entre María Luisa y ella. Sospechaba que Carmen, siempre tan intuitiva, iba a descubrir que la belleza con la que se había casado no le correspondía en el grado de enamoramiento.

Cuando llegaron al apartamento, que había sido la casa de soltero de Cugat, Carmen los recibió con una efusividad que a José le pareció algo impostada.

—José, qué bueno que hayas podido venir a la fiesta, tenía tantas ganas de verte. Nos tenías muy abandonados últimamente —dijo mientras le abrazaba con calidez y sonreía por encima del hombro de su amigo a María Luisa, que también intentaba resultar lo más agradable posible y disimular la emoción de encontrarse con aquella actriz.

Se acercó a María Luisa y la abrazó dándole un beso en la mejilla.

—José nos había mandado una foto tuya y ya habíamos visto que eres toda una belleza, pero no te hacía justicia. Has sido muy afortunada conociendo a este hombre. Es el mejor esposo que se puede tener... Bueno, después de Xavier. Espero que me lo cuides como debes —comentó, mientras guiñaba un ojo a José y los invitaba a pasar.

—Yo también te había visto en fotos y José me ha hablado mucho de vosotros. Es un placer conocerte por fin, muchas gracias por acogernos esta noche —respondió ella, zafándose de la alusión a la suerte que había tenido encontrando a su esposo.

—Pero ¿por qué no os quedáis aquí? Vais a estar más cómodos que en el Waldorf y tendréis más intimidad para vuestra luna de miel —dijo Carmen mientras se sentaba en uno de los sofás del enorme salón.

José miró a María Luisa antes de contestar. A él no le parecía mala idea, pero suponía que a ella le haría más ilusión estar en el hotel.

—Bueno, no sé, a mí ya sabes que esta casa me encanta, aunque yo creo que a María Luisa le hace más ilusión ir al Waldorf —contestó mientras le cogía la mano.

A ella ese comentario le había parecido que la dejaba como una pueblerina, como si no fuera una mujer de mundo, así que respondió exactamente lo contrario de lo que pensaba, no quería que aquella señora tan sofisticada pensara que era la típica que no había salido nunca de su pueblo.

—No, lo del Waldorf tampoco es para tanto, a lo mejor es cierto lo que dice Carmen, deberíamos quedarnos aquí si a ti te apetece —respondió con aplomo.

Carmen la miró, sonrió y, como tenía la impresión de que lo estaba diciendo por compromiso, dejó una puerta abierta.

—Bueno, pensadlo, que a lo mejor preferís estar más cerca de las tiendas de la Quinta

Avenida. Perdonadme, pero tengo que irme, tengo una prueba con mi amiga Hattie Carnegie, con todo el lío del Waldorf no me ha dado tiempo de terminar el vestido de la fiesta y tengo que ir a que le den los últimos retoques. Descansad y tomad lo que os apetezca, estáis en vuestra casa —dijo Carmen mientras se levantaba—. Ah, por cierto, María Luisa, ¿quieres que mañana le pida a mi peluquera que nos peine a las dos? Ella vendrá hacia las tres, la he citado aquí por si la ibas a necesitar, suponía que no conocías a ninguna en Nueva York —apostilló.

—Sí, por favor, sería estupendo. Muchas gracias por el detalle, te lo agradezco —respondió tímida.

—Bueno, os dejo, que los recién casados lo que quieren es estar solos. Nos vemos entonces mañana. Estoy tan feliz de que estéis aquí —dijo ya desde la puerta.

En cuanto cerró, María Luisa miró a José con aire de tormenta. José hizo repaso mental sobre lo que había dicho hasta el momento y no detectó nada que hubiera podido enfadarla.

—Si lo que querías era quedarte aquí, podías habérmelo dicho antes —soltó María Luisa, cortante.

—No, cariño, si esto ha surgido ahora, yo no pensaba que nos quedaríamos en esta casa, pero entonces, ¿por qué no le has dicho a Carmen que preferías quedarte en el hotel? —contestó desconcertado.

—Pues porque ¿qué es eso de que me haría más ilusión? Me has hecho parecer una paleta que no ha estado nunca en Nueva York —respondió displicente.

—Es que nunca has estado en Nueva York, pero eso no quiere decir que te haya hecho quedar como nada.

—José empleó un tono duro que ella nunca le había oído antes.

—Ya, pero no hace falta que me hagas quedar mal —Su tono ya era un poco más suave.

—Yo no te he hecho quedar de ninguna manera. ¿Quieres quedarte en el Waldorf, como habíamos planeado? Pues nos quedamos, yo encantado, pero dilo, no puedo adivinar lo que piensas —contestó levantándose, cogiendo las maletas, los baúles y las sombrereras, y llevándolos al dormitorio.

—Pues sí, quiero quedarme en el Waldorf —respondió tajante.

—Estupendo, pues nos quedamos allí, ¿ves que fácil? —contestó José—. Ahora voy a descansar un poco. Si llega María, la cocinera, dile si quieres que cocine algo para la cena o que no haga nada si prefieres que salgamos a cenar.

—Le diré que haga algo aquí, estoy cansada y no tengo ganas de salir —dijo enfurruñada.

Esa noche cenaron algo ligero y se fueron a la cama pronto. María, que conocía a José desde hacía años porque había sido sirvienta de Cugat desde poco después de que éste llegara a Nueva York, no daba crédito a lo que veía. Desde luego aquella no era la forma de actuar de unos recién casados. La pareja habló lo imprescindible. Y cuando terminaron, preguntó si querían algo más. María Luisa le respondió que no, que podía irse, pero que al día siguiente volviera pronto porque ella desayunaría a las ocho, quería ir de compras.

Durmieron en habitaciones separadas y al día siguiente, cuando María Luisa se levantó, María le dijo que el señor había madrugado y le había pedido que le dijera que volvería hacia las cuatro, que tenía negocios que atender. María Luisa no dijo nada, desayunó, se puso su mejor vestido de día, un conjunto rosa con sombrero a juego, y se encaminó a Sacks, los grandes almacenes más lujosos de la ciudad, donde quería renovar parte de su vestuario. De camino hacia

la tienda corroboró que Nueva York era la ciudad que había soñado. Las tiendas de lujo, las enormes avenidas, esa agitación en la calle... En una pequeña libreta iba apuntando direcciones de tiendas que le parecían interesantes. Pensó que ni en dos meses allí podría visitarlas todas y también se fijó en el estilo sofisticado de las mujeres que paseaban por Park Avenue. En el fondo, reconocía muchos de los modelos que llevaban; estaba claro que estaban diseñados por modistos europeos, pero ellas les daban un toque de cierta excentricidad que a María Luisa le pareció adorable.

En cuanto entró en Sacks, aquello le pareció el paraíso. Cientos de perfumes, una decoración de lujo, todo tipo de complementos que jamás había visto ni en París ni, por supuesto, en Madrid. Se lo hubiera comprado todo, pero tenía que seleccionar. Se probó un tocado de terciopelo perfecto para conjuntar con el traje que había elegido para esa noche. Siguió deambulando por las distintas plantas y pensó que aquello era perfecto. Tenían trajes de los mejores diseñadores europeos, telas magníficas que nunca había visto, ungüentos exquisitos, papeles de carta que no había imaginado que existían, lencería que sólo había visto en las películas de Hollywood. En el fondo, lo mejor de Europa estaba allí, todo concentrado en un mismo sitio. Para una compradora compulsiva como ella era ideal. En unas horas podía hacer todas las adquisiciones que en París hubiera tardado días en hacer. Después de recorrer la tienda de arriba abajo, pensó en acercarse a Macy's, pero eran casi las dos. Se le había olvidado comer y debía ir a la cita con la peluquera y descansar antes de la fiesta. Comprar era agotador.

Cuando llegó al apartamento, José y Carmen ya estaban allí. Estaban bebiendo un dry martini y parecieron sobresaltarse cuando ella llegó. Se acercó cariñosa a su marido; no quería que Carmen se diera cuenta de que estaban enfadados, aunque sospechaba que José se lo había comentado. Le dio un beso en los labios y abrazó a Carmen.

—Veo que no has desaprovechado el tiempo. El mozo acaba de traer las bolsas de Sacks; las hemos dejado en tu habitación —dijo Carmen, sonriente pero con cierta frialdad, y remarcando el «tu habitación».

—Sí, necesitaba un montón de cosas que en Cuba no encontraba, es estupenda la tienda. Quería haberme pasado por Macy's o Bloomingdale's pero no me ha dado tiempo. Voy a darme un baño antes de que llegue la peluquera, estoy agotada —respondió.

—¿No quieres tomar algo? Aprovecha, que con la ley seca sólo podemos beber en casa —bromeó José.

—No, no he comido, pero no tengo hambre, tomaré un emparedado luego —dijo ella mientras recogía las bolsas y las llevaba a la habitación.

En el cuarto empezó a vaciar sus adquisiciones sobre la cama. Era como un gran tesoro que no se cansaba de mirar. Estaba eufórica, Nueva York le parecía el mejor sitio del mundo. Cuando salió, María le dijo que le había preparado el baño. Se sumergió en el agua y vertió unas sales con olor a rosas que había comprado, puso una toalla como almohada y cerró los ojos. El baño estaba al lado del salón y desde allí le llegaba la conversación que estaban manteniendo José y Carmen. Hablaban bajo, pero no lo suficiente.

—¿Qué quieres que te diga? A mí no me parece normal que en la luna de miel durmáis en camas separadas —decía Carmen.

—Pues lo que yo no veo normal es que tengáis a alguien de servicio tan indiscreto. ¿Cómo es posible que María te haya contado eso? —respondió José, enfadado.

—Mira, no desvíes el tema. María es como de la familia y ella te aprecia mucho. Estaba preocupada, como yo. José, debes protegerte, yo te veo muy enamorado y es normal, es una mujer impresionante, y mira que yo he conocido mujeres guapísimas, y parece que además es muy inteligente, pero no quiero que sufras. Mi consejo es que no cedas a todo lo que quiera, tienes que ser duro, que no note que te tiene a sus pies —recomendó cariñosa.

—Pero ¿qué te has creído? Yo no actúo así con ella —dijo poco convencido José.

Se hizo un silencio y María Luisa, desde el baño, pensó que Carmen le estaría poniendo una expresión de incredulidad.

—Mira, José, yo te he visto actuar con las mujeres y sabes cómo conquistarlas. Debes ser con ella exactamente igual que con todas las que has estado y que, en el fondo, no te interesaban nada. Si no, estás perdido —dijo Carmen.

En ese momento se oyó el timbre. Carmen recibió a la peluquera. María Luisa salió del baño y se hidrató la piel con una crema de Elizabeth Arden que había comprado en la tienda de la Quinta Avenida. Se puso una de las batas con plumas de marabú, también nueva, y salió al salón. José le dio un beso en los labios y dijo que iba a dar una vuelta, que quería visitar un par de tiendas de telas que le interesaban.

—Volveré en un par de horas a recogeros —explicó.

Los alrededores del Waldorf Astoria estaban abarrotados de gente. Los neoyorquinos se habían acercado hasta Park Avenue para ver llegar a las celebridades que acudían a uno de los grandes acontecimientos del año. José y María Luisa se hacían hueco entre la gente. Estaba claro que eran parte de los privilegiados que habían sido invitados. María Luisa estaba elegantísima con su estola de visón, su traje de lamé y aquel tocado que se había comprado en Sacks. Le sacaba unos diez centímetros de altura a su marido y en ese momento, después de la discusión de la noche anterior y de haber oído la conversación entre Carmen y él, se acordó de Fernando. Con él, con su planta, con su elegancia innata, hubiera hecho la pareja perfecta para entrar en una fiesta como aquélla. Pero ese pensamiento se fue rápido de su cabeza. Delante de ellos estaba Fred Astaire que, en un momento, se dio la vuelta y le hizo un gesto de saludo con la cabeza, acompañado de una mirada de admiración que a María Luisa le hizo perder casi el equilibrio. Una vez dentro, José le presentó a George Boldt, que estaba recibiendo a los asistentes y que en aquel instante charlaba con Mary Astor, a quien les presentó. Ella, encantadora, le dijo a María Luisa que le encantaba su vestido. Ella sonrió sin entender nada y Carmen, que se acercaba en ese momento a saludarla, le tradujo el comentario. María Luisa dio las gracias y le respondió que adoraba sus películas y la Astor le preguntó si ella también era actriz en España. Cuando Carmen le respondió que no, ella puso cara de contrariedad.

—*You are a Hollywood Star, you're wasting your talent, darling.* —Mientras, saludaba con la mano a Jean Arthur y se dirigía hacia ella.

—Dice que eres una estrella de Hollywood y que estás desperdiciando tu talento —dijo Carmen, bastante seca.

Boldt comentó algo que Carmen tradujo. «George dice que está totalmente de acuerdo.» María Luisa puso su mejor sonrisa y respondió con un *thank you* al gerente del Waldorf.

Después del cóctel de bienvenida y de escuchar el mensaje que el presidente H. Hoover lanzó por radio a los asistentes, agradeciendo que en un momento de crisis como ése se abriera un hotel que daba tantos puestos de trabajo, pasaron al salón de la cena. María Luisa no se podía creer lo

que estaba viendo. En la mesa de al lado estaba el actor John Barrymore con la guapísima Ethel Merman...

—Mira, ése de ahí es Cole Porter —le dijo José a María Luisa, consciente de su admiración por él—. Y el que está con él es Ray Kelly, se rumorea que son algo más que amigos.

—Pero ¿él no estaba casado? —preguntó María Luisa, sorprendida.

—Sí, con Linda Thomas, pero todo el mundo sabe que es un matrimonio de conveniencia; son buenos amigos, pero nada más —contestó.

—Bueno, veo que estás al tanto de todos los ecos de sociedad neoyorquinos —rió María Luisa.

—De los de los músicos sí, porque casi todos mis amigos pertenecen al gremio, pero no te creas, yo de esas cosas sé poco —contestó.

—¿Y ése de ahí, al que todo el mundo va a saludar, quién es? —preguntó María Luisa, curiosa.

—Ah, es el gobernador del estado, Franklin Roosevelt, y el otro de la mesa de la izquierda, el alcalde, James Walker. Está todo el mundo, pero, la verdad, yo no conozco a casi nadie, soy un desastre para las caras —reconoció José.

Afortunadamente, les habían colocado en una mesa donde todos los invitados eran latinos. De hecho, el hotel tenía una planta reservada para los huéspedes de habla hispana, donde todo el personal hablaba su idioma. El antiguo Waldorf era el lugar imprescindible para toda la alta sociedad de Latinoamérica, no era casualidad que la de Cugat fuera la orquesta residente del nuevo establecimiento. María Luisa se quedó gratamente sorprendida, el idioma era algo que le preocupaba; sabía francés, perfectamente, pero no tenía ni idea de inglés. En cualquier caso, ese día se había dado cuenta de que lo que le había dicho su amiga María Teresa era cierto. «Con saber decir *how much is it?*, y tener dinero para pagar lo que cueste, no necesitas más.»

A su lado habían sentado a un anticuario argentino que, según le contó, pasaba casi la mitad del año en Nueva York comprando alfombras y textiles orientales para venderlos en su país. Alfredo García era una especie de Rodolfo Valentino. Un dandy de bigotillo finísimo, que llevaba un foulard bastante extravagante, pero que en él quedaba perfecto. María Luisa le comentó lo que le había dicho su amiga María Teresa sobre lo fácil que era sobrevivir en Nueva York sin hablar el idioma y Alfredo se rió.

—Bueno, no sé si sabe que también hay una planta en el hotel para las damas que vienen solas. Muchas señoras se acercan a Nueva York sin sus esposos simplemente para comprar y podrían sentirse incómodas, así que el Waldorf ha reservado unas habitaciones para ellas. Y le aseguro que las que vienen de fuera no saben decir mucho más que *how much*. Yo, de hecho, creo que voy a pedir que me pongan en esa planta porque comprar también es una de mis pasiones y es a lo que vengo aquí —respondió divertido.

—Bueno, y supongo que para estar rodeado de mujeres —bromeó María Luisa.

—En fin, en el sentido en el que creo que usted se refiere, a mí las mujeres no me interesan demasiado —contestó el argentino con una carcajada.

María Luisa intentó ser natural, pero no salía de su asombro ante esa declaración tan explícita de su homosexualidad. En cualquier caso, eso le hizo sentirse más cómoda, empezó a hablar con él con la confianza de una amiga.

—Claro, claro. Por cierto, quizá usted me pueda explicar algo un poco extraño que me ha

pasado esta mañana en Sacks. El director de la tienda se ha ofrecido a enseñármela planta por planta. ¿Eso es habitual con las nuevas dientas? —preguntó, intentando cambiar de conversación.

—No, claro que no, pero por su aspecto pensarían que era una actriz de Hollywood o alguien famoso, eso sólo lo hacen con los clientes importantes —contestó adulator.

—Bueno, pues creo que a partir de ahora, aunque se enteren de que no soy actriz, me van a considerar una buena diente, porque me he llevado media tienda —bromeó ella.

—No lo dude, especialmente en estos tiempos en los que la mayoría de las grandes fortunas se han arruinado por el crack... Algunos, como los Kennedy o los Rockefeller, vendieron antes de la crisis y les ha ido mejor que nunca, pero ha sido un desastre para la sociedad neoyorquina. Tenía que haber venido hace unos años, entonces sí que había fiestas lujosas y esta ciudad era realmente divertida —explicó Alfredo.

En ese momento se acercó Xavier Cugat a saludarlos. Conocía a todos los que estaban en aquella mesa, pero el abrazo con el que rodeó a José dejaba claro que le tenía un afecto muy especial. A María Luisa la saludó cálidamente y con el halago sobre su extraordinaria belleza al que estaba acostumbrada. Pero notó que algo fallaba. Cugat no la miraba a los ojos. Estaba claro que había hablado con su mujer.

Después de la cena, pasaron al salón de baile. Les habían reservado la mejor mesa, cerca de la orquesta. El sitio era fastuoso, la gente, la más elegante que jamás había visto María Luisa; sin embargo, no podía evitar sentir una tristeza infinita. En el fondo, lo que había oído de boca de Carmen era cierto. Ella nunca iba a poder querer a José como él merecía y en ese momento, rodeada de lo que siempre había soñado, en la fiesta más importante de la década, echaba de menos más que nunca su vida anterior. Era una sensación extraña. En La Habana, con el calor, el cambio de costumbres, la casa en la que vivía, parecía que lo normal era que tuviera cierta nostalgia. Pero allí, en la que debería ser una de las mejores noches de su vida, en plena luna de miel, era incapaz de desembarazarse de esa pena que se le agarraba en el pecho. Intentó disimular, bailó al ritmo de la magnífica orquesta de Cugat, una música que sólo podía contagiar alegría. La idea de que tendría que estar allí con Fernando no se le quitaba de la cabeza. Cómo hubieran disfrutado juntos y cómo le gustaría estar pasando con él su luna de miel. En ese instante se arrepintió de no haber contestado a su carta. Pero la razón se impuso y también pensó que hubiera sido una locura. Estar allí con su marido y con su amor dando vueltas cerca. Le pidió a José que se sentaran un momento y éste se disculpó para ir al baño. María Luisa se quedó sola en la mesa, observando la fiesta. En ese momento se acercó Alfredo García y se sentó a su lado.

—Pero ¿cómo es posible que esté usted, la reina de la fiesta, aquí sola? —dijo mientras se atusaba el diminuto bigote.

—Mi marido viene ahora, y es que estoy muy cansada, ya sabe, las compras agotan —intentó bromear María Luisa.

—No, usted está triste. Su expresión la delata. Pero eso no es posible, la fiesta es magnífica y está en su luna de miel, ¿a qué viene esa tristeza? —dijo Alfredo, mirándola fijamente a los ojos.

—No, estoy feliz, pero no me encuentro muy bien, sólo es eso —intentaba parecer animada.

—Esta es mi tarjeta, voy a estar alojado aquí durante los próximos cuatro meses, así que si necesita cualquier cosa, incluido alguien para acompañarla a hacer compras, será un honor para mí —dijo Alfredo mientras hacía un gesto con la mano a alguien diciéndole que se acercara.

María Luisa miró hacia dónde se dirigía y vio a Fred Astaire, que volvió a sonreírle al cruzarse sus miradas, y un poco más atrás a Cole Porter. Supuso que se dirigía a él. Pensó que, por su condición sexual, se conocerían. Pero no, el que se aproximaba era Astaire. Alfredo los presentó, él le besó la mano y dijo algo en inglés. No hacía falta que se lo tradujeran, la estaba invitando a bailar.

—¿Me está invitando a bailar? —preguntó María Luisa, asustada, a Alfredo.

—En efecto, y también ha añadido que querría tener el placer de bailar con la mujer más bella que ha visto nunca —contestó Alfredo, después de intercambiar una frase con él en inglés—. Me ha preguntado si eres europea y le he dicho que sí, española.

—Por favor, dale las gracias pero dile que jamás me atrevería a bailar con él —contestó ella sonriendo al actor.

Fred Astaire le cogió la mano y la llevó hasta la pista de baile. En ese momento, José se acercaba a la mesa. María Luisa le hizo un gesto como diciendo que no podía negarse a la invitación. José sonrió y movió la mano diciendo que siguiera a Fred.

José y Alfredo se quedaron solos en la mesa, viendo cómo danzaban. María Luisa parecía la misma Ginger Rogers.

—Cuando un hombre sabe llevar a una mujer, no hace falta que ella haga nada. Es la suerte de ser mujer —dijo Alfredo, sonriente—. En cualquier caso, ya he visto que su esposa es una estupenda bailarina y usted también. Tiene mucha suerte de haber enamorado a una mujer así.

—Sí, por supuesto. —José intentaba parecer convincente—. Supongo —remató.

Alfredo le miró fijamente. No hacía falta ser adivino para intuir que ese hombre estaba sufriendo.

—Las mujeres son en el baile como en la vida, la cuestión es saber llevarlas y que se convenzan de que son las mejores bailarinas —contestó levantándose de la mesa—. Disculpeme, voy a saludar a un conocido que llevo tiempo sin ver. Espero que disfruten de su viaje de novios.

Después de aquel baile con el mismísimo Fred Astaire, María Luisa decidió que tenía que dejar de lado la melancolía e intentar divertirse. Debía aprovechar lo que tenía, quitarse pájaros de la cabeza y gozar de ese lujo, de un marido que la adoraba y de la ciudad adonde siempre había soñado ir. Estuvieron bailando toda la noche y fueron de los últimos en irse. Cugat y Carmen se sentaron con ellos para tomar una última copa y María Luisa tuvo la sensación de que estaban más amables con ella. Al fin y al cabo se había portado como una recién casada perfecta. No se había separado de José y le había hecho algunas muestras de cariño que a ella le parecían de lo más expresivas, pero que a cualquier otro le habrían resultado más bien frías. Un par de caricias en la nuca mientras bailaban abrazados y un beso en los labios cuando le entregó una pulsera de oro blanco y diamantes que había comprado en Tiffany. Quedaron para comer al día siguiente en el Plaza y se fueron a la habitación.

La enorme cama era la más cómoda en la que había dormido jamás. En la habitación los agasajaron con un gran ramo de flores y una caja de marrón glacé. Ella se retiró al vestidor de la suite para ponerse una *négligé* que había comprado esa mañana. Era lo suficientemente atrevida para cumplir la función esperada, pero no tanto como para que resultara vulgar. José la esperaba desnudo en la cama y le hizo un gesto para que se acercara. El deseo de José era contagioso, aunque María Luisa no entendía por qué, se sentía culpable. Era como si cada vez que hicieran el amor le estuviera traicionando, pero, por otra parte, tenía que reconocer que le gustaba cómo la

trataba, con fuerza y amor a la vez, y sabía que era lo poco que podía darle, ese placer en el que conseguía olvidarse de todo, entregarse sin pensar.

Al día siguiente, María Luisa oyó a José que se levantaba, miró el reloj y eran las ocho. Habían dormido tres horas. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir se encontró a José sentado en el sofá de la habitación mirando por la ventana. Parecía el hombre más triste del mundo. A María Luisa le dio un vuelco el corazón. Ella era la culpable de ese padecimiento.

—Buenos días, cariño, ¿qué hora es? Debe de ser tardísimo —ronroneó cariñosa.

—Sí, son las doce, hemos quedado a la una y media en el Plaza, tendrás que ir levantándote. —El tono de José era extraño.

—¿Pasa algo? ¿Algún problema con las reuniones? —dijo ella, deseando que la preocupación fuera por ese motivo y no por ella.

—No, nada... Tengo buenas noticias —le contestó mientras se acercaba a la cama con una nota en la mano, que le entregó.

Querido José:

Creo que esta nota os llegará cuando ya estéis en el Waldorf. Según he podido saber por la familia de María Luisa, habéis ido a la fiesta de inauguración. Quería avisaros de que llego el día 2 de octubre. Unos asuntos de negocios me obligan a desplazarme a Nueva York en estas fechas y ha sido una gran alegría saber que coincidiremos allí. Estaré en la habitación 514. Por supuesto no quiero interrumpir vuestra luna de miel, pero sería un placer compartir con vosotros una cena. Cuando llegue al hotel os lo haré saber, supongo que también estáis alojados allí.

Envía un cariñoso saludo a María Luisa y otro para ti.

FERNANDO AGUIRRE, *conde de Montemar*

María Luisa hizo como que tardaba más de la cuenta en leer la nota. Notaba que se había ruborizado y no sabía cómo disimular su nerviosismo. Tragó saliva. Miró a José y vio a un hombre derrotado.

—Vaya, qué casualidad. Pero, bueno, Fernando es un hombre discreto, no nos va a molestar. Estamos en nuestro viaje de novios y la vida social no entra dentro de nuestros planes, ¿no crees, cariño? Cenamos un día con él y ya está —contestó resuelta, intentando ser lo más natural posible.

—Sí, claro, no pasa nada. Sí, es un hombre muy prudente —replicó José sin poder evitar un cierto tono de sarcasmo—. Bueno, prepárate, que no querría hacer esperar a Xavier y Carmen.

Mientras se bañaba, María Luisa intentaba controlar sus nervios. Estaba temblando y era incapaz de pensar con claridad. La idea de ver a Fernando era lo que más deseaba en el mundo, pero sabía que eso la desestabilizaría y no le parecía justo para José. El hecho de que no le hubiera montado una escena, de que aceptara que se encontraran con su antiguo amor, le parecía un gesto de generosidad admirable. Oficialmente él no sabía nada de su romance, pero estaba claro que alguien se lo había contado. José no daba un paso sin saber todos los detalles a los que se enfrentaba. Así había visto que se comportaba en los negocios y en la vida no iba a ser distinto. Por un instante pensó en proponerle a José una escapada a los Hamptons, coincidiendo con los días que Fernando estuviera en Nueva York. Pero no se sintió capaz. Inmediatamente,

empezó a repasar la ropa que había traído y a imaginar cómo sería el encuentro.

Al salir del baño, José la estaba esperando con el abrigo puesto.

—El taxi nos está aguardando abajo, llegamos tarde —dijo seco.

Durante la comida en el restaurante del Plaza, María Luisa intentó parecer lo más tranquila y encantadora que pudo, y José fingir una felicidad que era imposible de imitar. Hablaron de banalidades, de cotilleos de la fiesta, de España, de las novedades profesionales de Cugat y Carmen, de tiendas que María Luisa debería visitar... El momento crítico llegó cuando les preguntaron qué planes tenían para esos días.

—Pues mañana viene Fernando Aguirre, un amigo de María Luisa, cenaremos con él. ¿Tenéis algún compromiso? —preguntó José ante el horror de María Luisa. Disimular delante de Carmen, que ya parecía tener cierta animadversión hacia ella, iba a ser complicado.

—Ah, qué bueno, un amigo español, ¿habíais quedado con él aquí? —preguntó con perspicacia Carmen.

—No, no sabíamos que íbamos a coincidir, hemos recibido una nota suya esta mañana —dijo María Luisa en un susurro.

—Vaya, es estupendo. ¿Y sois amigos desde hace mucho tiempo? —interrogó Carmen.

—Sí, desde la infancia, como hermanos —dijo José.

—Pues ¿qué queréis que os diga? Los hermanos no deberían tener el atrevimiento de interrumpir a dos tortolitos como vosotros en su luna de miel. Debéis saber que nosotros, a partir de ahora, desapareceremos. En una pareja, tres son multitud y cuatro no digamos —bromeó con muy mala idea Carmen.

—Bueno, sólo se queda dos días, después se tiene que ir a Detroit —dijo María Luisa.

José la miró con una ira mal disimulada y María Luisa se dio cuenta de que acababa de meter la pata hasta el fondo. En la nota no decía nada de Detroit ni del tiempo que estaría, eso se lo había contado en la carta.

—Espero que al menos a la cena vengáis. Voy a reservar en el Algonquin, creo que os gustará a Fernando y a ti —respondió José en un tono casi suplicante. Necesitaba que sus amigos le acompañaran a aquella cita.

—Claro, encantados de encontrarnos con ese amigo de infancia de María Luisa —dijo Xavier, que conocía bien a José e intuía que algo raro pasaba.

Aquella tarde María Luisa se dedicó a visitar los mejores grandes almacenes y un par de tiendas que Carmen le había recomendado. Tenía que encontrar el vestido perfecto. El que no fuera demasiado insinuante, ni excesivamente elegante (no quería que Fernando, y menos aún José, pensaran que se había vestido excesivamente para la cena), pero que le favoreciera más que nunca. Se probó casi un centenar de trajes en Macy's y Bloomingdale's pero uno le parecía demasiado elegante; otro, excesivamente escotado; aquel, muy recatado. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, encontró uno perfecto. En ese turquesa que José decía que tan bien le sentaba y con una caída al bias perfecta para realzar su altura. Volvió a la tienda de Elizabeth Arden, esta vez con más tiempo. Aunque era joven, sabía que debía cuidar su finísima piel, así que se llevó tres tarros de todo tipo de cremas faciales y corporales. No sabía cuándo volvería a esa ciudad, así que lo mejor era acumular varios por si tardaba en regresar.

Llegó al hotel agotada, pero feliz. En la habitación no estaba José. Habían quedado a las cinco y eran las cuatro y media, así que no tardaría en llegar. En ese momento llamaron a la

puerta. Era un botones que traía una carta para ella. Le arrancó prácticamente el sobre de las manos y cerró abruptamente, temiendo que José pudiera aparecer. Miró el remite y volvió a respirar: era de su madre, no de Fernando. Mientras se llenaba la bañera, se tumbó en la *chaise longue* del aseo y abrió el sobre. La carta contenía apenas dos líneas y recordó, con una sonrisa, una frase que Radis solía repetir. «Las cosas importantes se dicen con cinco palabras.» Empezó a leer y le entró nostalgia. Era como si tuviera al sargento de su madre delante.

Mi querida hija:

Tu hermano me ha dicho que Fernando va a coincidir con vosotros en la luna de miel de Nueva York. Te escribo para decirte lo siguiente: no hagas ninguna tontería. El está casado, tú también. Aquí la única que saldría perdiendo eres tú.

Te mando todo mi cariño y, más aún, sensatez. Piensa con la cabeza.

Te quiere,

RADIS

María Luisa rompió a reír a carcajadas. Era la primera carta que recibía de su madre desde que se había ido de España y así era, práctica, tajante, para dar una orden. Aquellas pocas palabras le habían hecho reaccionar. Estaba claro, ¿en qué estaba pensando? ¿En que se convirtieran en amantes? Y si no, ¿en que él dejara a su mujer y ella a José? Eso no tenía sentido. Tras ese instante de lucidez, después de romper la misiva, mojarla y tirarla al retrete, María Luisa se embadurnó de mascarillas y se relajó en el baño. Oyó que José llegaba, le saludó desde la bañera pero no debió de oírla. Cuando salió, después de haberse perfumado e hidratado de arriba abajo, se lo encontró tumbado en la cama, mirando al techo.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó retóricamente María Luisa.

—Sí, un poco cansado.

—Si quieres, hoy cenamos aquí en alguno de los restaurantes del hotel. ¿Qué tal las reuniones?

—Al final sólo he tenido algunas, otras las he cancelado, me apetecía pasear por la ciudad, como cuando vine las primeras veces.

—Bueno, pues nos vestimos y boyamos a cenar, nos acostamos pronto y mañana estarás más relajado, ya verás.

Al día siguiente, efectivamente, María Luisa, en contra de su costumbre, se levantó a la misma hora que su marido. Las seis y media. No podía dormir, estaba como un niño en la noche de Reyes, pero además tenía miles de cosas que hacer. Un tratamiento especial de belleza que le habían recomendado en Elizabeth Arden, cita con la peluquera que le había proporcionado el hotel (no quería llamar a Carmen para eso, porque en teoría era una cena informal) y toda la tarde de relajo para tener buena cara en la cena. Hasta que llamaron a la puerta, ésas eran sus prioridades, pero el botones traía un sobre a nombre de José Rodríguez. Ella lo cogió y no necesitó ver el remite, era uno de los de Fernando, con el anagrama del condado de Montemar. José estaba en el baño y tampoco quiso interrumpirle para demostrar su impaciencia. Así que se sentó en la cama, con el sobre al lado, esperando a que saliera. De repente se dio cuenta de que, claro, Fernando ya estaba allí, así que podía encontrárselo en cualquier momento. Se cambió de vestido por uno malva que sabía que a él le encantaba y estuvo a punto de decirle a José que le

esperaba en el *hall*, pero no le pareció correcto. Cuando José salió del baño, desnudo como siempre, ella le dio el sobre.

—Han traído esto para ti.

José miró el remite, con el anagrama y dijo «¿de quién será?» muy serio. María Luisa calló. José leyó la nota.

—Es Fernando, que acepta encantado nuestra invitación a la cena en el Algonquin, que le apetece mucho conocer el sitio de reunión de Dorothy Parker.

—Estupendo, entonces. ¿A qué hora hemos quedado con él?

—A las siete y media en el *hall* y así vamos juntos. Nos reuniremos allí con Carmen y Xavier.

Cuando llegó la hora, María Luisa, por supuesto, se hizo la remolona para bajar. Como mínimo debía hacer esperar a Fernando diez minutos. Ante la insistencia de José, por fin cedió y terminó de maquillarse. Se miró en el espejo y vio que estaba fantástica. Ese día se había ocupado de que su marido también estuviera a tono. Había elegido un traje de la mejor alpaca, con una camisa de seda y una corbata de Turnbull & Asser que había comprado en Macy's. Llegaron al *hall* y María Luisa no necesitó mirar para saber que allí estaba él. El olor a Varón Dandy impregnaba la estancia. Instintivamente dirigió la mirada hacia donde provenía el aroma, el *cocktail bar* del hotel. Allí estaba él. Con su traje de paño inglés de *cashmere*, su metro ochenta y pico de altura y esa media sonrisa de seguridad, de confianza en sí mismo, que volvía loca a María Luisa. Agarró el brazo de su marido y le saludó a lo lejos.

Cuando llegaron donde estaba, ella le tendió la mano para que se la besara, ya era una mujer casada. Fernando sonrió con el juego y lo hizo con la gracia que le caracterizaba. A José le dio un abrazo del que él quiso zafarse, pero no pudo. Fernando era una especie de fuerza de la naturaleza diseñada para las relaciones sociales, al que era difícil resistirse. Se sentaron un rato antes de ir al restaurante y hablaron de su hijo recién nacido, de cómo había sentido Marta no acompañarle al viaje, del tipo de negocios que estaba emprendiendo que tenían que ver con General Motors...

Cuando estaban a punto de empezar a hablar de su estancia en Cuba, el botones los avisó de que su taxi estaba en la puerta. Se sentaron los tres detrás, María Luisa en medio de ambos, y el roce aparentemente fortuito de la mano de Fernando sobre la suya la estremecía. Al llegar al restaurante, tanto Fernando como José se quedaron sujetando sus respectivas puertas, a la espera de que ella saliera. Estaba más cerca de la de Fernando, pero decidió salir por la que sujetaba su esposo.

Cuando llegaron al restaurante, Carmen y Xavier los estaban esperando. La cara de ella era como un grito que decía: «Lo que me temía, un hombre así no ha podido ser sólo el amigo de infancia de María Luisa.» En cuanto se sentaron, Fernando rompió el hielo.

—¡Qué estupendo que me hayáis traído aquí, al sitio favorito de Dorothy Parker! Me encantaría haber estado en alguna de sus tertulias. ¿No la conoceréis, por casualidad?

—Hemos coincidido en alguna fiesta con ella y la verdad es que siempre nos ha tratado de maravilla en sus crónicas del *New Yorker*, pero no podemos decir que seamos íntimos —respondió Carmen—. Bueno, Fernando, cuéntanos, ya sabemos que María Luisa y tú sois amigos de la infancia, ¡qué maravilla tener una relación de amistad de tanto tiempo y qué difícil es entre un hombre y una mujer!

—Bueno, José y tú la tenéis, tú eres uno de sus mejores amigos —salió María Luisa al quite.

—Querrás decir amigas —dijo José.

—No, no, entiendo lo que quiere decir. Supongo que se refiere a que está en los primeros puestos de su lista de amigos, que imagino que, como a la mayoría de los hombres nos pasa, serán del sexo masculino. A mí con Mor..., con María Luisa me pasa igual —dijo Fernando en un tono paciente, casi didáctico; estaba claro que todos habían entendido el asunto, excepto José, que estaba hecho un manojo de nervios y en ese momento era incapaz de entender una ironía.

—Bueno, bueno, no tan rápido, eso es porque estoy casada con Xavier, que si no, no se sabe qué hubiera ocurrido. La tensión sexual es difícil de evitar entre un hombre y una mujer que se entienden bien —respondió Carmen con la misma sutileza viperina que había tenido María Luisa.

—Pero bueno, ¿esto qué es? ¿Me voy a tener que poner celoso? —bromeó Xavier para romper la tensión.

—Pues sí, deberías, porque no es fácil encontrar a un hombre como José —contestó Carmen.

El resto de la cena consistió en un despliegue de habilidades sociales por parte de Fernando. Alabó la música de Cugat, el trabajo de Carmen, se interesó por los negocios de José, habló de sus nuevos proyectos de trabajo... Xavier y José no abrieron prácticamente la boca. A Cugat le aburría la verborrea de Fernando, él sabía cómo ser así y se daba cuenta de que todo esto lo hacía, por supuesto, para agradar en general, porque era algo innato en él, pero especialmente para que María Luisa viera cómo él era un hombre de mundo y su marido... pues no precisamente. José estaba intimidado, pensaba exactamente igual que su amigo, y después de un par de comentarios bastante desafortunados, se dio cuenta de que lo mejor era no decir nada. Carmen, en cambio, se debatía entre el poder de seducción del conde y la lealtad a José. Era lista y sabía por dónde iban los tiros, pero no podía evitar dejarse arrastrar por ese torrente. María Luisa padecía algo similar. Por una parte, aunque conocía a su antiguo novio en acción, era incapaz de abstraerse, de escapar de la admiración que le producía su brillantez, pero por otra se debatía entre la ira y la pena por José. Le daba rabia que quedara tan claro que su marido era incapaz de competir con Fernando, y por otro lado, sentía lástima por él, porque sabía lo mal que debía de estar pasándolo. En un momento del casi monólogo de Fernando, le interrumpió con una pregunta que le atormentaba y que no venía a cuento.

—Lo que sí sentirás es haber dejado a tu mujer y a tu niño recién nacido en Madrid, ¿no? ¿Qué tal están? ¿No podías atrasar un poco el viaje? —dijo, como movida por un resorte.

—¿Acabas de ser padre? Pero bueno, Fernando Aguirre, es usted un descastado, no nos ha hablado de su familia y ya estamos casi en los postres. —Carmen le regañaba con coquetería.

—No lo sabes bien —contestó María Luisa siguiendo esa corriente de decir en voz alta lo que se le pasaba por la cabeza.

Todos, incluido Fernando, la miraron sorprendidos. Ella intentó arreglarlo con un «Fernando es el pequeño de su familia, y siempre ha sido muy desapegado». Todos pasaron ambos comentarios por alto y Fernando sonrió.

—Ay, ten amigos para esto. No es bueno tener cerca a alguien que le conoce a uno tan bien —bromeó—. No quería aburriros con esos asuntos familiares. Sí, siento mucho haberme ido ahora precisamente, pero mi viaje era urgente. Ellos están bien, Marta está rodeada de su familia y cuando nace un hijo, el padre casi estorba —dijo riéndose.

—Cómo eres..., estoy segura de que les echas mucho de menos, pero eres incapaz de quitarte esa coraza de hombre fuerte —dijo Carmen.

—Sí, les echo de menos —contestó Fernando mirando fijamente a María Luisa, que se ruborizó, fue a tomar un sorbo de agua y tiró la copa.

Al acabar la cena, Fernando propuso que fueran al Roseland Ballroom y Carmen estuvo de acuerdo al minuto, pero María Luisa dijo que estaba muy cansada y que prefería irse al hotel. Xavier también comentó que tenía ensayos a primera hora y que era ya muy tarde.

—Venga, Xavier, vamos, que tampoco es tan tarde y tengo ganas de bailar un rato —dijo Carmen, dándole un beso a su marido.

—Bueno, entonces, ¿me das permiso para llevar a tu mujer? Prometo cuidarla como si fuera mi hermana —contestó Fernando, medio en broma medio en serio.

A María Luisa le dio un arrebató de ira, de celos. ¿Cómo era posible que, delante de ella, hiciera una propuesta así?

—No, no, muchas gracias, Fernando, pero yo también estoy cansada; vas a estar tiempo por aquí, así que la próxima vez que visites Nueva York —dijo Carmen, recobrando la sensatez y después, por supuesto, de ver la cara que había puesto su esposo.

—Por descontado, será un placer llamaros y volver a vernos. Yo sí me voy a acercar, tengo ganas de conocer algo de la vida nocturna de esta ciudad y mañana me voy a Detroit, donde me temo que tendré que vivir como un monje.

—¿Cuándo vuelves, entonces? —preguntó Carmen, ante la mirada furibunda de Cugat y María Luisa, que no podía disimular.

—No lo sé aún, creo que dentro de un mes. Estaré por aquí una semana más o menos, ten por seguro que os llamaré —contestó.

Xavier y José se despidieron con frialdad de Fernando; él le besó la mano con mucha ceremonia a Carmen, diciendo que había sido un honor conocerla, y María Luisa le extendió la suya, pero él replicó: «Dame un abrazo, los hermanos no se despiden así, que sabe Dios cuándo volveremos a vernos.» María Luisa se acercó lanzada por un resorte y él la agarró con una firmeza y un amor que a ella le hizo olvidarse de lo que tenía alrededor. Fue un instante, Fernando fue prudente, pero María Luisa tenía el corazón desbocado y un nudo en la garganta. No pudo pronunciar palabra porque sabía que si decía algo, rompería a llorar.

En el taxi de vuelta, José y ella estuvieron un buen rato sin hablar. María Luisa sabía que lo lógico, lo que debería haber hecho si no estuviera muriéndose por dentro, era darle normalidad al asunto y preguntarle qué tal lo había pasado, si Fernando le había caído bien o incluso criticar alguno de sus comentarios que podían haber resultado petulantes. Pero no podía. Cuando llegaron a la habitación, José cerró la puerta, la agarró por los hombros, la besó en la boca y le dijo: «Prométeme que no vas a volver a verle más.» No era una orden, más bien un ruego. A María Luisa se le ocurrió intentar quitar hierro al asunto diciendo que era su amigo, que no podía pedirle eso..., pero no, era absurdo. Le abrazó y le dijo: «Te lo prometo.»

Aquella noche durmieron abrazados, sin más. José era incapaz de separarse de ella. Cuando estuvo segura de que se había dormido, María Luisa dio rienda suelta a un llanto silencioso que duró hasta el amanecer y que interrumpió una llamada en la puerta. José se despertó, se puso la bata y abrió. Era el *valet*, que traía un telegrama. José empezó a leerlo y palideció. Miró a María Luisa nervioso y le explicó que se había quemado media plantación y que el fuego había estado a

punto de llegar a la casa.

—Tenemos que cancelar el viaje, debemos irnos hoy mismo —dijo desencajado.

María Luisa sintió un cierto alivio. La idea de seguir en Nueva York pasando la luna de miel la horrorizaba y regresar a la vida cotidiana, en la que José iba a estar ocupado, le parecía lo mejor en ese momento. Por un instante volvió a la realidad y se dio cuenta de la magnitud del asunto.

—¿Ha habido algún herido, está todo el mundo bien?

—Mario y Reinaldo están en el hospital, con quemaduras graves, pero parece que se mantienen fuera de peligro. Gladys, al parecer, se empeñó en ayudar a sofocar el fuego y ella sí está realmente grave. Tengo que salir a la cabina a hacer algunas llamadas. ¿Te importa bajar a recepción y pedir que nos cambien los billetes? Si podemos salir hoy mismo, cómpralos para el primer barco que zarpe.

María Luisa se vistió a toda prisa, se acicaló un poco y estuvo a punto de pintarse, pero no le parecía apropiado; José estaba realmente angustiado y debía actuar con rapidez.

En la recepción vio de lejos a Fernando, que estaba en el mostrador pagando la cuenta. Pensó en darse la vuelta, pero se dejó de tonterías. Se dirigió al otro extremo del mostrador, con la esperanza de que no la viera, pero en cuanto oyó su voz, Fernando volvió la vista hacia donde ella estaba y se acercó inmediatamente. En cuanto la vio de aquella guisa y con esa expresión, se alarmó.

—Mori, ¿qué ha pasado? —preguntó.

Ella le contó la historia y él se ofreció a hacer las gestiones. Conocía a uno de los directivos de la naviera y con dos llamadas solucionó el problema de los billetes.

—Bueno, ya está, no te preocupes, desde lejos se ven más graves las cosas; la plantación no es el medio de vida de José, así que el desastre no es tan grande —intentó tranquilizarla.

—Ya, pero es su vida, su ilusión. Y Gladys para él es como una madre. —María Luisa se echó a llorar. Lo del incendio la había afectado, pero ver de nuevo a Fernando era demasiado para ella.

—Venga, vamos a tomarnos un té y te tranquilizas —le dijo él cogiéndola por los hombros.

A ella la recorrió un escalofrío. Se hubiera abrazado a él como una niña, necesitaba su protección, su amor, su olor.

—No, tengo que subir de nuevo —dijo sin mucho convencimiento.

—Haz lo que creas que debes hacer, pero no quiero irme sin decirte que te adoro, que haría lo que fuera por estar contigo —dijo Fernando en un tono que jamás había oído María Luisa.

Ella salió corriendo, intentando reprimir las lágrimas. Mientras el ascensor se cerraba vio a Fernando, en mitad del *hall*, mirándola, como un niño desamparado. Se dio la vuelta y se vio en el espejo mientras se cerraban las puertas. Era la imagen de la desesperación. Acertó a duras penas a decirle al ascensorista el piso al que iba y rompió a llorar desconsoladamente.

XV

La llegada a Pinar del Río fue desoladora. El camino que iba a la casa estaba carbonizado y las plantaciones eran un mar negro donde aún olía a quemado. Timoteo conducía con José a su lado y María Luisa descansaba recostada en la parte de atrás del coche, apoyada en el hombro de Augusta, que había ido a recogerlos con Timoteo. El viaje la había mareado y tampoco había ayudado a que se recuperara que nada más desembarcar se fueran directamente al hospital a visitar a los trabajadores heridos y a Gladys. Afortunadamente, iban a darles a todos el alta excepto a Gladys, que estaba fuera de peligro pero tenía media cara quemada y los médicos se temían que quedara desfigurada, por mucho que intentaran que las secuelas fueran mínimas.

Los cuatro iban callados. Cuando bajaron del coche los estaban esperando los empleados de la plantación, además de Eisa y Caridad. Eran conscientes de que José tendría que despedir a algunos y para él era un trance muy doloroso. Casi todos se habían criado en esas tierras pero mantenerlos, desde el punto de vista meramente económico, era una locura; realmente no necesitaba tanta mano de obra. José era un hombre fuerte, duro en los negocios, al que no le temblaba el pulso a la hora de negociar o de perjudicar a algún contrincante. Pero la plantación —aunque producía unos considerables beneficios— era su *hobby* y también su familia. Los trabajadores le recibieron cariñosos. En sus rostros se notaba dolor y preocupación, pero se les veía sinceramente consternados por don José. Ellos sabían lo importante que era aquella tierra para él. Los abrazó uno a uno mientras Augusta acompañaba a María Luisa a la habitación; estaba a punto de desvanecerse. Le puso una toalla fría en la frente y le subió un zumo de guayaba.

Un rato después, María Luisa estaba mejor. Bajó al salón y se encontró a José mirando por la ventana hacia el campo negro y tomando un vaso de ron.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó María Luisa, cariñosa, acariciándole el pelo.

—No lo sé. No puedo dejar a esa gente en la calle. Tienen sus casas aquí, algunos han nacido en ellas, y no pueden ganarse la vida de otra forma, esto es lo único que saben hacer —Su voz reflejaba la angustia que sentía.

—Bueno, pero pueden trabajar en otra plantación.

—No, no es tan fácil. Todas tienen a sus trabajadores y es complicado que vayan a contratar a alguien.

—Pero no puedes asumir ese gasto, las casas se las puedes dejar, pero si no tienes trabajo para ellos...

—He estado pensando y sí podría asumirlo; tampoco es tanto y en un par de años podríamos volver a plantar y entonces sí los necesitaría. No a todos, pero sí a alguno de ellos.

—Bueno, tú sabrás mejor que nadie, son tus trabajadores. Eres responsable de ellos, pero hasta cierto punto. Es una especie de obra de caridad, si te lo quieres tomar así.

—No sé, tengo que pensarlo, pero creo que sí, que voy a hacerlo. Soy incapaz de decirles que se marchen.

Aquella noche, María Luisa se acostó pronto, pero no pudo pegar ojo; analizaba palabra por palabra la fi ase con la que Fernando se había despedido. Cuando empezó a amanecer, José entró en el cuarto.

—¿Dónde estabas? ¿No has dormido? —dijo María Luisa como si acabara de despertar.

—No, no podía. Voy a hablar con ellos y les voy a decir que se queden, que seguiré pagándoles como si estuvieran trabajando. A lo mejor puedo encontrarles alguna ocupación en la finca mientras tanto, creo que es lo que debo hacer.

—Entonces, hazlo, si te sientes mejor.

A María Luisa aquello le parecía una decisión descabellada. Venía de un mundo en el que los trabajadores eran eso, trabajadores, pero en el fondo lo entendía. Después de su convivencia con José sabía que la lealtad era un valor que regía su vida.

Aquella mañana, María Luisa fue al hospital a visitar a Gladys. Los médicos le dijeron que el caso era peor de lo que pensaban, que no estaba cicatrizando bien y que iba a quedar totalmente desfigurada. Salió de la clínica y fue a visitar a los Artiles, pensando que quizá Arturo tuviera alguna solución.

Cuando llegó a su casa, Gloria la recibió con un abrazo cálido. Por supuesto, estaba al tanto del asunto del incendio, pero María Luisa le contó los últimos detalles y especialmente lo relacionado con Gladys. Arturo estaba pasando consulta, pero Gloria la invitó a tomar un café en el jardín. Le encantaban esos cafés tan cargados que tomaban en Cuba y que siempre acompañaban con un vaso de agua bien fría. Gloria le preguntó por su viaje a Nueva York y María Luisa intentó mostrar el mayor entusiasmo posible durante su narración. Le explicó lo del baile con Fred Astaire, el cotilleo sobre la homosexualidad de Cole Porter (que Gloria, por supuesto, conocía) y su relación con los Cugat.

—¿Qué te pareció Carmen? —preguntó Gloria.

María Luisa la miró fijamente para adivinar si podía ser sincera o no, y por la expresión divertida de Gloria se dio cuenta de que no le caía demasiado bien.

—Bueno, parece una mujer con mucho carácter —dijo diplomática.

—Te habrá examinado con lupa, ¿no?

—Sí, la verdad es que parecía muy preocupada por saber cómo era la mujer de su mejor amigo.

—¿Y?

—En fin, no estoy segura de haber pasado la prueba.

—No te preocupes, cualquier mujer que pueda hacerle sombra no pasa nunca la prueba de nada. Si hubieras sido bajita y gorda, seguro que le habrías caído de maravilla —rió Gloria.

—Sí, es posible, pero yo creo que no fue sólo eso, tengo la impresión de que piensa que no estoy tan enamorada de José como él de mí.

Gloria la miró seria y guardó silencio.

—Bueno, querida, eso es algo que pasa en todas las parejas.

En ese momento llegó Arturo.

—Me ha avisado la enfermera de que estabas aquí. ¿Cómo estáis? Ha debido de ser un choque terrible. Me decía que querías hacerme una consulta profesional, ¿qué te pasa?, ¿quieres subir a la consulta?

—No, no es para mí. —María Luisa le explicó los detalles del caso de Gladys y le enseñó el informe médico.

—Esta misma tarde iré a visitarla, pero tiene mala pinta.

—¿No conoces a algún médico que pueda hacer algo más?

—Um... Hay un médico muy bueno, que estudió conmigo en Georgetown, que está especializado en este tipo de asuntos. Déjame que la vea y te digo algo. Quédate a comer con nosotros y luego vamos al hospital, ¿o tienes algo que hacer?

—No, pensaba pasarme un momento por el despacho de José, pero si os parece le digo que venga también.

—Claro, le vendrá bien.

Timoteo llevó a María Luisa a recoger a su marido. Por el camino, él, que no solía dirigirse nunca a ella, le dijo: «Señora, quiero darle las gracias por lo que han hecho por nuestros hombres, son ustedes unas buenas personas.»

—Pero, Timoteo, eso no ha sido cosa mía, ha sido una decisión de mi esposo, yo no he tenido nada que ver. Te lo agradezco, pero fue él el que pensó que era lo correcto.

—Sí, señora, pero si usted le hubiera dicho que no estaba de acuerdo, él no lo habría hecho.

—Parece mentira que después de tanto tiempo no conozcas a José, él es hombre de principios rígidos, lo que yo dijera no hubiera cambiado las cosas.

—No, con todos mis respetos, lo digo por eso, porque conozco bien al señor.

En el trayecto de vuelta a casa de los Artilles, José le pidió a su mujer que por favor no dijera nada del asunto de los trabajadores, no quería que nadie se enterara. Ella le respondió que ya lo imaginaba y que no había comentado el asunto con ellos. José, que iba en el asiento de delante, miró a Timoteo.

—No, señor, ni yo ni los muchachos vamos a decir nada sobre esto.

A la salida de la visita al hospital, José, María Luisa y Arturo permanecieron casi todo el camino en silencio. El médico estaba pensativo y rompió el hielo.

—De momento, creo que lo más prudente es esperar a ver cómo evoluciona, a veces estos casos de repente tienen una mejoría. Deberíamos aguardar unas tres o cuatro semanas y entonces tomar una decisión.

—Bueno, pero deberías hablar con ese amigo tuyo médico de Nueva York, si hay que mandarla allí, lo haremos —dijo José.

—Sí, por supuesto. También hay que saber hasta qué punto puede ayudarla, pero aún es precipitado, hay que ver mejor cómo evoluciona y, con datos concretos, explicarle el caso.

XVI

Poco a poco, la vida en Pinar del Río fue recobrando la normalidad. María Luisa se olvidó de intentar decorar la casa de Miramar, porque sabía que durante algún tiempo tendrían que seguir en el campo.

Su amistad con Gloria cada vez era más estrecha y ella fue introduciéndola en la sociedad de La Habana. José estaba casi todo el día ocupado entre sus negocios y la reconstrucción de la plantación, así que ella pasaba buena parte del día en la capital, de compras, asistiendo a comidas con el grupo de amigas de Gloria, a meriendas benéficas y clases de inglés que le servían para ocupar el tiempo y también para desenvolverse mejor en el ambiente de Nueva York, una ciudad que tenía intención (como todas las damas habaneras hacían) de visitar con cierta frecuencia.

Al principio no conseguía integrarse en ese ambiente femenino. Era incapaz de hablar con la misma libertad sobre algunos temas. Pero, poco a poco, fue liberándose de sus prejuicios y entendiendo la idiosincrasia de esas amigas de Gloria que habían crecido sin los prejuicios morales y sociales que a ella le habían inculcado en su familia y en su colegio. Algunas hablaban con una naturalidad pasmosa de sus coqueteos e incluso de sus infidelidades ocasionales. En España estaba claro que eso también existía, pero ninguna señora se hubiera atrevido a comentarlo con sus amigas.

Las reuniones tenían un halo de libertad, de diversión pura, que ella jamás había sentido. Como en todos los ambientes de la alta sociedad de cualquier ciudad del mundo, había un cierto cuidado con las apariencias. Aunque mencionaban a menudo a sus ancestros de origen español y ninguna comentaba nada referente a sus antepasados criollos o negros, la forma de entender la vida era totalmente distinta. El placer, la diversión, el hedonismo estaban por encima de todo y ellas, que tenían la vida solucionada gracias a sus matrimonios con hombres poderosos, anteponían aquello a cualquier tipo de pudor o de ocultamiento.

En las reuniones de las damas madrileñas, las conversaciones giraban en torno al cuidado de los hijos, a las dificultades de encontrar un personal de servicio adecuado, a los trajes que iban a ponerse para el gran acto social de la semana o a los planes sobre las vacaciones. En las de La Habana esos temas salían, pero todas sabían que era mucho más divertido contar su último encuentro con ese joven que las pretendía o con el amante de turno.

Un día, María Luisa, que notaba que cuando estaba ella delante Gloria no se soltaba como el resto, le comentó su sorpresa inicial y su admiración paulatina por esa forma de comportarse.

—El Caribe es así. Es una sociedad tan o más machista que la española, pero hay mucha

laxitud sobre algunos asuntos. Normalmente se trata de juegos de seducción que no van a más y que practican tanto los hombres como las mujeres, como habrás visto en las fiestas, pero a veces la cosa se va de las manos y una termina enamorándose de otro. —Gloria guardó silencio y se quedó ensimismada unos segundos.

María Luisa no quería ser indiscreta, pero empezaba a contagiarse de esa naturalidad caribeña y se atrevió a hacerle a su amiga una pregunta que jamás hubiera pronunciado en España.

—¿A ti te ha pasado? Bueno, a lo mejor es un atrevimiento, perdona la pregunta.

Gloria no pudo reprimir una lágrima.

—Sí, hace unos años me enamoré de alguien de la embajada de España. Yo lo hubiera dejado todo por él, pero no salió bien. El era incapaz de hacer lo mismo por estar conmigo.

—¿Aún te acuerdas de él?

—Sí, creo que fue el amor de mi vida, pero no pudo ser. Los hombres son mucho más cobardes que nosotras; para que uno lo deje todo por ti tiene que estar profundamente enamorado y éste no debía de estarlo. En cambio, Arturo sí. Yo sé que tiene sus asuntos de vez en cuando, pero me adora y en el fondo quizá fue mejor así. Eso sí, yo luché por ese amor hasta el final; cuando una está convencida de algo no hay que dejarlo pasar —contestó entre sollozos.

María Luisa abrazó a su amiga y estuvo a punto de contarle la historia con Fernando, pero se abstuvo, aún no era lo suficientemente caribeña. Gloria no podía hacerse idea de lo bien que la entendía. Ella, desde que se despertaba hasta que se acostaba tenía en mente a Fernando y, por mucho que lo intentara, que se esforzara al máximo para enamorarse de José, para estar feliz a su lado, era incapaz. Intentaba aparentar alegría, hacía como que se divertía, pero tenía la sensación de estar viviendo una vida que no era la suya.

Tres días después de haber mantenido aquella conversación y de sentirse aún más unida a Gloria, Augusta entró en su cuarto mientras se arreglaba para ir a comer al centro con José. Cerró la puerta sigilosamente y sacó una carta de su bolsillo. María Luisa la miró extrañada, estaba pálida y nerviosa.

—¿Ha pasado algo, algún problema en tu casa, Augusta? —preguntó preocupada.

—No, señora. He recibido una carta, pero no es para mí. —Augusta no sabía cómo explicarse.

A María Luisa le dio un vuelco el corazón y le arrancó la carta de las manos.

—Gracias, Augusta, eres muy amable. Por favor, baja a decirle a Timoteo que saldré un poco más tarde, que no prepare aún el coche.

Cuando la doncella cerró la puerta, leyó la nota que traía el sobre ya abierto. Decía: «Estimada Augusta, por favor, entrega esta carta a tu señora. Es un asunto personal importante, dásela cuando esté sola. Un amigo de la familia.»

María Luisa abrió el sobre cerrado y empezó a leer. Las lágrimas iban corriendo la tinta de la pluma que ella le había regalado a Fernando.

Mi amada Mori:

Es inútil seguir fingiendo que nuestra relación va a convertirse en una amistad. Los lazos que nos unen son demasiado fuertes y creo que los dos sentimos lo mismo. He estado meditando mucho sobre esta carta, pero creo que si no la escribo vamos a perder una oportunidad que nos

brinda el destino. Yo lo he intentado con todas mis fuerzas, he querido olvidarte, volcarme en mi nueva vida, pero soy incapaz. Creo que nos debemos una segunda oportunidad, otro encuentro que nos haga aclarar nuestros corazones.

Te pido una cosa que sé que es demasiado, pero me atrevo a hacerlo porque creo que tu corazón siente lo mismo que el mío. Dentro de una semana vuelvo a Nueva York, te ruego que nos demos la ocasión de volver a encontrarnos y de hablar de todo lo que no hemos hablado en este tiempo o probablemente a lo largo de toda nuestra relación. Yo estaré en el Waldorf Astoria a partir del 1 de noviembre. Te estaré esperando; si no vienes, te seguiré amando igual, eternamente. Pero espero que tengas la caridad de darme esta oportunidad y de que pueda demostrarte todo lo que he callado este tiempo.

Con todo mi amor, incondicional,

FERNANDO

María Luisa no lo dudó un segundo. Ésa sí era la carta que esperaba. Se acordó de la conversación con Gloria y pensó que tenía que intentarlo. No podía vivir más con ese dolor y esa pantomima.

Se enjugó las lágrimas, rompió la carta y la tiró al retrete, y dijo a Augusta que avisara a Timoteo. Le pidió que la llevara a casa de los Artiles. Sabía que Gloria no estaba, se había ido unos días a la casa de sus padres en Camagüey, pero necesitaba hablar con Arturo. En cuanto bajó, fue al grano.

—Querido, vengo porque la situación de Gladys me preocupa, creo que deberíamos hacer algo ya. Están a punto de pasar cuatro semanas, ¿no crees que deberías hablar ya con tu amigo y, si es necesario, llevarla a Nueva York?

—Bueno, yo había pensado esperar un poco más, pero... ¿Ha pasado algo? Te noto nerviosa.

—No, no, acabo de recibir una carta de mi amiga María Teresa, que dentro de diez días va a estar allí y creo que sería un buen momento para acompañar a Gladys y así no estar sola. María Teresa es un gran apoyo para mí.

—¿Y José, no puede ir con vosotras?

—Ni se lo he comentado, quería hablar antes contigo, pero él anda muy liado y no puede ausentarse tanto tiempo.

—Bueno, si quieres, a lo mejor te podemos acompañar Gloria y yo.

—No, de verdad, no querría que hicierais ese esfuerzo, vosotros tenéis vuestras obligaciones aquí. Voy a comentárselo a José, pero por favor habla con tu amigo e intenta que nos reciba el 2 o el 3 de noviembre.

—Por supuesto, es un gesto muy noble por tu parte. La verdad es que él es único que podría hacer algo por Gladys.

—No, no es nada, es lo lógico. Lo hago por José, que sé cómo la quiere, y yo también le he cogido mucho cariño.

XVII

Al principio, José no estaba muy de acuerdo con que María Luisa y Gladys fueran solas a Nueva York, pero era cierto que él no podía ausentarse en ese momento, y Arturo y Gloria habían ayudado a convencerle de que no pasaba nada. Allí estaban los Cugat, iba su amiga María Teresa y, como bien apuntó María Luisa, en el Waldorf había una planta reservada para mujeres solas. María Luisa se sentía profundamente culpable. Un año atrás no habría actuado algo así, pero en ese tiempo en La Habana había empezado a cambiar algunos de sus valores.

Nada más llegar al puerto de Nueva York, el chófer del doctor Bolaño las estaba esperando. Las llevó directamente al hospital Mount Sinai, donde el médico chileno las recibió calurosamente.

—Gracias por recibarnos, doctor, sabemos que tiene una agenda muy apretada, no sabe cómo se lo agradecemos.

Gladys, que estaba todavía bajo los efectos del *shock* de haber cogido un barco, viajar en primera y llegar a esa ciudad que le parecía una especie de selva de cemento, empezó a llorar. Bolaño se acercó a ella, la abrazó, le quitó la venda que le cubría parte del rostro y la acercó a la camilla. Estuvo varios minutos examinando las quemaduras con cara de preocupación. Después de un rato prudencial, María Luisa le preguntó: «Doctor, ¿cómo lo ve? ¿Cree que podemos hacer algo?» Bolaño hizo un gesto con la mano para pedirle que esperara y siguió con su examen. Se levantó y dijo:

—Tengo que hacer algunas pruebas más, pero creo que podemos ayudarte, Gladys. Obviamente, algo de cicatriz te va a quedar, pero esto tiene solución, no debes preocuparte. Te prometo que vas a quedar casi como antes, pero eso sí, no como antes. Las heridas son profundas, pero con nuestro tratamiento vas a mejorar mucho. Aún estamos a tiempo, si hubierais tardado más en venir, hubiera sido más complicado.

Gladys empezó a sollozar y se abrazó a María Luisa.

—Es usted un ángel, señora, un ángel. Yo se lo había pedido a la Virgen de la Caridad del Cobre y a Yemanyá, pero el milagro lo ha hecho usted.

—Gladys, por favor, no es nada. Usted es como una madre para mi esposo y es lo mínimo que podíamos hacer —respondió cariñosa, pero un poco incómoda por aquel gesto de efusión.

—La ingresaremos inmediatamente y en un par de días sabremos exactamente el tratamiento mejor para ella. Va a ser doloroso, Gladys, se lo advierto, pero merecerá la pena.

—¿Cuánto tiempo cree que puede tardar? —preguntó María Luisa.

—Aquí, aproximadamente una semana. Si no supiera que después va a estar en manos de Artiles le diría que más, pero una vez hecho lo más relevante, puede continuar las curas en su casa.

María Luisa la acompañó hasta la habitación y la dejó instalada. El chófer de Bolaño la llevó al Waldorf Astoria. Por el camino se retocó el maquillaje; cabía la posibilidad de que se encontrara con Fernando en el *hall*. Le sudaban las manos a medida que avanzaban por Park Avenue, su corazón latía más deprisa y su estómago se encogía; le dio una arcada.

El chófer, que estaba acostumbrado a llevar a gente enferma en el coche, se alarmó y redujo la velocidad.

—Está usted bien, señora, ¿quiere que paremos?

—No, no, han debido de ser el viaje y los nervios. Estoy bien, gracias.

Al entrar en el *hall* del hotel, María Luisa lo hizo como si desfilara en un pase de modelos. Despacio, altiva, como si no estuviera a punto de desmayarse por los nervios. Se registró y preguntó si el señor Aguirre había llegado.

—¿Don Fernando Aguirre? Sí, llegó ayer. Tengo una nota de él para usted. —El recepcionista se la entregó.

María Luisa la guardó parsimoniosamente, como si no tuviera una urgencia terrible por leerla.

El *valet* la acompañó a su habitación, le empezó a dar las instrucciones sobre cómo funcionaban la luz, la bañera... María Luisa le interrumpió con cierta brusquedad, mientras le daba un sobre con una generosa propina, como solía hacer su padre cuando se alojaba en algún hotel. Sabía que de esa forma, dando a la llegada el total y un poco más de las dádivas que tendría que entregar a lo largo de su estancia, tenía un buen servicio asegurado.

—Gracias, pero ya conozco el hotel. Es usted muy amable —le dijo mientras le acompañaba a la puerta.

Abrió la nota y, con las prisas, rompió un trozo de papel.

Mi amada Mori:

Si lees esta nota significa que has podido venir. Te doy las gracias por ser así de generosa con migo. No sé qué día llegarás, así que todas las noches estaré esperándote a las ocho y media en el hall del Plaza.

Deseando verte, con todo mi amor,

FERNANDO

María Luisa miró el reloj y vio que eran las seis y media. No tenía prácticamente tiempo para cambiarse. Preparó el baño, llamó a la peluquera del hotel y al *valet* para que le plancharan el vestido que ya tenía elegido, se perfumó, se maquilló y a las ocho ya estaba lista. Decidió que tenía que llegar, al menos, un cuarto de hora tarde, así que, después de mirarse unas diez veces en el espejo, se sentó e intentó leer *Egloga, elegía y oda*, de Cernuda, uno de sus libros preferidos, pero era incapaz de concentrarse. Se retocó el maquillaje por enésima vez, cogió las tenacillas para ajustar una onda que se le había descolocado y ya eran las ocho y veinte; bajó a la recepción y comprobó que había conseguido el efecto que buscaba. Todo el *hall* se volvió a mirarla mientras lo atravesaba en dirección a la puerta, donde el portero avisó un taxi para ella.

Llegó al Plaza a las nueve menos diez e hizo una de esas entradas que ella tan bien dominaba. El problema era que esa actitud altiva, como de estar fuera de este mundo, le impedía otear si Fernando estaba por allí. En un primer vistazo no lo vio y una ansiedad terrible la atenazó. Notó una mirada a su espalda y el olor a Varón Dandy le produjo una oleada de paz y felicidad. No se dio la vuelta, siguió andando, y después de cinco segundos empezó a preocuparse; quizá había allí otro español que llevaba la misma colonia... No miró hacia atrás y continuó caminando, esta vez moviendo las caderas de una forma elegante pero sexy, como había visto que hacían las habaneras, intuyendo que se trataba de uno de los juegos de Fernando, que siempre quería retardar el placer. Estaba claro: o se trataba de un psicópata que la perseguía o ese hombre que andaba a cierta distancia desprendiendo ese olor que le era tan familiar era Fernando. Se dirigió hacia el restaurante y, cuando estaba a punto de entrar, notó una caricia en su nuca, se volvió y allí estaba él, con esa media sonrisa picara que tantas veces había visto cuando estaba a punto de besarla, y resplandeciente, más guapo que nunca. Se abrazaron durante un rato larguísimo, eran incapaces de separarse. Fernando intentó besarla en la boca, pero ella la retiró y fue entonces cuando quitó las manos de su cuello.

—Pensaba que no ibas a venir —susurró Fernando, pensando lo contrario.

—¿Por qué? —preguntó ella, coqueta.

—Porque no me lo merezco.

—En eso tienes toda la razón.

Fernando había reservado una mesa apartada, en la que había un *bouquet* de gardenias, la flor favorita de María Luisa.

Estuvieron un buen rato sin hablar, mirándose a los ojos. María Luisa rompió el hielo.

—¿Para qué querías exactamente que nos viéramos?

—preguntó directa. La atracción por Fernando era irresistible, pero no podía olvidar el daño que le había hecho.

—Para esto —dijo Fernando entregándole un paquete de Tiffany.

María Luisa lo abrió con cierta indiferencia. Era un anillo con un brillante, rodeado de rubíes, en forma de flor. Lo guardó y lo metió en el bolso, sin decir nada.

—¿No vas a ponértelo? —preguntó Fernando, desconcertado.

—Ya veré si tengo que ponérmelo o no. Pero esto no responde a mi pregunta —dijo María Luisa, tajante.

En ese momento llegó el *mâitre* para traerles la carta.

María Luisa miró fijamente a su antiguo novio, esperando una respuesta.

—Porque te amo con todo mi corazón —respondió Fernando.

—¿Y?

—¿No te parece suficiente?

—Obviamente, no. Dos semanas después de oír por última vez esa frase me enteré por los periódicos de que ibas a casarte con Marta Gómez de Gaspar, así que no, no es suficiente —respondió María Luisa.

Fernando no estaba asombrado. Su relación siempre había sido así. María Luisa jugaba a hacerse la cortante, como una manera de echarle en cara que no fuera capaz de hacer oficial su relación. El se lo había explicado mil veces, le decía que no era el momento, que ninguna de las dos familias aprobaría su noviazgo y que tenían que esperar. Pero al final, Fernando siempre

conseguía ablandarla con palabras de amor. Ahora parecía que ya no era igual. La frialdad de María Luisa empezaba a alarmarle, notaba que en ese tiempo que habían estado separados ella había madurado, tenía un aire distinto que la hacía aún más irresistible.

—No sabes cómo me arrepiento de eso, me he arrepentido desde el primer día.

María Luisa siguió en silencio.

—He estado pensando en todo esto y creo que deberíamos intentarlo de nuevo, olvidar todo lo que ha pasado.

—Supongo que no me has hecho venir hasta aquí para proponerme que seamos amantes —dijo María Luisa lanzándole una mirada incendiaria.

—¿Cómo puede ocurrírsete algo así? Jamás te pediría algo parecido, me ofende que lo hayas pensado.

—¿Entonces?

—No sé, estoy confuso. Quería estar seguro de que tu amor por mí sigue siendo el mismo porque yo sí sé que te quiero; que te quiero no como siempre, sino aún más, no puedo vivir sin ti.

—Y en el caso de que mi amor por ti siguiera siendo el mismo, ¿cuál es el siguiente paso?

Fernando calló. No estaba preparado para ese interrogatorio. El había pensado en una cena romántica, un paseo en calesa por Central Park, ir a bailar a algún club de moda y volver dos años atrás, cuando el amor de María Luisa era incondicional.

—Pues no lo sé... Sería capaz de dejar todo por ti.

—Pero no estás seguro.

—Claro que estoy seguro, lo que no sé es si tú estarías dispuesta, por eso quería que nos viéramos. Por favor, Mori, dame esta oportunidad. Vamos a estar juntos estos días, como si no hubiera pasado nada, vamos a divertirnos como antes, a ser nosotros mismos. Yo, desde que nos separamos, no he vuelto a ser yo, tú eres la única persona que me permite ser todos los Fernandos que soy, sin tapujos, sin juicios... Te necesito.

María Luisa calló un instante, pero empezaba a ablandarse. Fernando le llenó de nuevo la copa de agua, mientras murmuraba «maldita ley seca». Ella levantó la copa en son de paz y decidió relajarse. Lo que le había dicho se acercaba a lo que quería escuchar. Se acordó de Gloria y decidió que tenía que dejarse llevar, aunque no del todo, pero no había ido hasta Nueva York, no había dejado a José solo, no sentía esa culpabilidad para poner barreras; amaba con toda su alma a ese hombre y tenía que darse esa oportunidad.

A partir de ahí la cena fue perfecta. Hablaron de los últimos ecos de sociedad de Madrid, de sus amistades comunes, de la vida en La Habana... En el segundo plato ya se sentían como si se hubieran encontrado el día anterior, como si el tiempo no hubiera pasado.

Después, el chófer que había contratado Fernando los llevó a Central Park. El había traído una manta de *cashmere*, porque en aquella época, y a pesar del abrigo de martas cibelinas de María Luisa, hacía frío. El inmenso parque no tenía nada que ver con lo que ella había visto antes. Era como un bosque perfectamente diseñado para pasear de noche. Estar en plena naturaleza rodeada de aquellos rascacielos le parecía imposible. Era el escenario perfecto. No podía ser más feliz.

El plan siguió tal y como lo había diseñado Fernando. Fueron al Cotton Club. Pidieron una botella de champán (camuflada en un recipiente de agua mineral con gas; allí había algunos trucos para evadir la ley seca). El resto de la noche la pasaron bailando y riendo. María Luisa

estaba feliz. La complicidad entre ambos estaba intacta y le encantaba esa sensación de ser la pareja perfecta, tan altos, tan apuestos, tan elegantes. Eran como los protagonistas de un cuento de príncipes y princesas. Se quedaron hasta que cerraron el local y cuando fueron a subir al coche, a pesar del alcohol y del amor que le había hecho olvidarse de casi todo, María Luisa tuvo una ráfaga de sensatez.

—Fernando, no podemos llegar juntos al hotel. Es tardísimo y el gerente del Waldorf es amigo de José. Ya es bastante escándalo que llegue yo a estas horas, pero creo que deberías coger un taxi.

—Por supuesto, Mori, no te preocupes. ¿En qué habitación estás?

—Te perdono porque sé que has bebido demasiado, pero no te voy a invitar a entrar en mi habitación.

—No pienses mal, lo decía para seguir charlando. La noche se me ha hecho muy corta.

—Bueno, ya charlaremos mañana.

—¿Quedamos a primera hora, en el *hall*?

—No, por la mañana voy a ir a ver a Gladys, ya te he dicho que está en una situación crítica. Podemos quedar para comer, si quieres.

—Perfecto, ¿a la una y media en el Oyster Bar de Grand Central Station? Está a dos pasos del hotel. Las mejores ostras de la ciudad, es perfecto para ti.

Aquella noche María Luisa fue incapaz de dormir. Tenía ganas de bailar, de saltar de felicidad, aunque una tristeza, un sentimiento de culpa imposible de tapar ensombrecía la que podía haber sido una de las mejores noches de su vida. No podía olvidarse de fosé, del dolor que podría producirle que se cumpliera todo aquello con lo que había soñado: que Fernando volviera con ella, que iniciaran una nueva vida. Decidió no adelantarse a los acontecimientos y, como siempre recomendaba Gloria, vivir el minuto. Aquel minuto era de satisfacción plena.

Al día siguiente, se levantó casi a las once y fue a visitar a Gladys. Pidió que el taxista la dejara unas manzanas antes de su destino para pasear un rato. Pasó por un edificio en el que se agolpaban centenares de hombres. Algunos elegantemente vestidos y otros con aspecto de trabajadores. No entendía a qué esperaban. Miró disimuladamente para adivinar de qué podía tratarse pero cuando comprobó la perturbación que había causado su presencia entre aquella muchedumbre aceleró el paso. Unos metros después, se le acercó un joven bien vestido que le dijo algo en inglés. María Luisa pensó que le estaba preguntando la hora y respondió con un «*sorry, I don't speak english*». El chico le contestó en español, con acento americano.

—Perdone, ¿habla usted español?

—Sí, disculpe pero no le he entendido.

—Le decía si podría darme un dime, perdone que la moleste.

—¿Un dime? —preguntó María Luisa un poco nerviosa. No solía hablar con desconocidos, pero aquel muchacho le había causado buena impresión.

—Sí, diez centavos, o lo que usted pueda, disculpe que la haya molestado.

María Luisa hurgó en su bolso y le dio la calderilla que tenía. Iba a marcharse pero su curiosidad pudo más. Le extrañaba que alguien con un traje caro como ése estuviera pidiendo limosna. Estuvo a punto de preguntar pero el joven se adelantó.

—Supongo que le extraña que alguien como yo tenga que pedir por la calle —dijo con una sonrisa triste—. Supongo que lleva poco tiempo en Nueva York, no será la primera vez que le

pase. El crack ha dejado a miles de personas sin trabajo. Bueno, no tiene más que ver esa cola..., están buscando trabajo. Yo no he tenido tanta suerte.

María Luisa le miró entre sorprendida y desolada. No supo qué decir. Farfulló un «no sabe cómo lo siento, le deseo suerte». Volvió a mirar hacia la enorme cola y pensó que el Nueva York en el que ella vivía no tenía nada que ver con la realidad.

Cuando entró en el cuarto de Gladys, ésta estaba sonriente, canturreando una canción que ella ya conocía porque no paraba de tararearla mientras hacía las labores de la casa.

—Señora, el doctor me ha dicho que, según las pruebas, esta misma tarde pueden empezar a hacerme las cosas que tienen que hacer —dijo contenta.

En ese momento entró en la habitación el doctor Bolaño.

—Me han avisado de que estaba usted aquí. Efectivamente, podemos empezar el tratamiento hoy mismo y creo que en unos cuatro días, siguiendo al pie de la letra mis instrucciones, podremos darle el alta. Será un proceso lento, pero no es necesario que lo siga aquí, supongo que prefieres estar en casa, ¿no, Gladys?

—Sí, claro. Doctor, con todos mis respetos, ustedes necesitan aquí una cocinera como yo.

María Luisa y Bolaño se rieron de la ocurrencia de Gladys y el doctor se disculpó, alegando que tenía una mañana muy ocupada. María Luisa se quedó un rato charlando con Gladys, que le contó que era huérfana, que no tenía familia, que llevaba trabajando para el señor casi toda su vida y que en Pinar del Río se sentía como en su casa.

—Al principio estaba un poco asustada pensando en la esposa que nos traería el señor. Pero usted ha sido una bendición. No puede ser más buena y nunca en la vida he visto tan feliz a don José, usted le ha cambiado la vida.

—¿Asustada, por qué? —dijo amable María Luisa, obviando la segunda parte.

—Pues por si nos echaba o no le gustaba cómo hacíamos las cosas. Cuando Timoteo nos dijo que el señor le había escrito y le había contado que usted vendría con su doncella, pensamos que todo iba a cambiar.

—Mujer, tú conoces la casa mejor que nadie, hubiera sido tonta si hubiera prescindido de ti. Y me habría perdido tus picadillos y tu ropa vieja. Desde que estoy allí, he engordado casi tres kilos, tendré que cuidarme —bromeó.

Antes de ir a la cita con Fernando, María Luisa pasó por el hotel para enviar un telegrama a José contándole las buenas noticias. No pudo evitar una sensación extraña, esa división entre la que ya era su vida familiar, cotidiana, y ese sueño, probablemente irreal, que vivía con Fernando.

Cuando llegó al restaurante, Fernando la estaba esperando. La comida fue deliciosa, ella adoraba las ostras. De primero pidieron una sopa de cangrejo, especialidad de la casa, con un sabor totalmente distinto a cualquier cosa que hubiera tomado hasta entonces. Fernando, como hacía siempre, le preparaba las ostras y se las daba a comer en la boca. Aquel gesto le empezó a hacer perder el pudor al contacto físico, no podía resistirse, así que cuando, entre ostra y ostra, él se acercó para besarla, se dejó llevar.

Después de comer, Fernando la llevó al MET a ver una exposición de Matisse. Ambos adoraban su obra y visitaron la muestra despacio, cogidos de la mano. María Luisa sabía que eso hubiera sido impensable hacerlo con José y se sintió muy cruel e injusta al pensar que probablemente su marido no sabía siquiera quién era Matisse.

A la salida, Fernando le propuso que fueran a ver la Estatua de la Libertad. Durante todo el

paseo en barco no pararon de besarse. María Luisa sentía exactamente las mismas mariposas en el estómago que la primera vez que lo habían hecho en la playa de Aguilar detrás de unas rocas, mientras toda la familia los buscaba, pensando que se habían ahogado. Sentía una mezcla entre éxtasis y culpabilidad.

Volvieron al hotel para cambiarse. Hasta entonces, María Luisa no le había querido decir a Fernando la sorpresa que le tenía reservada. Por la mañana había llamado a Alfredo García, el anticuario argentino que había conocido en la inauguración del Waldorf. No quería irse de Nueva York sin comprar algunas alfombras persas y había aprovechado el ofrecimiento de aquel caballero para orientarla sobre los mejores sitios donde encontrarlas. García se había mostrado encantador y le había propuesto que se uniera a la cena que daba aquella noche en su casa. María Luisa al principio dudó, quería estar a solas con Fernando, pero ante su inicial reticencia, Alfredo le dijo que estaría «todo Nueva York»: su amiga Dorothy, Cole...

—¿Se refiere a Dorothy Parker y Cole Porter? —preguntó entusiasmada María Luisa.

—Sí, claro, ¿quién si no? —respondió García con una naturalidad impostada.

—Y... ¿También estarán los Cugat? —interrogó prudente.

—No tenemos una relación muy estrecha y, con tan poco tiempo, no sé si estarán libres, pero si quiere, puedo invitarlos.

—No, no, por favor, no es necesario, de hecho voy a quedar con ellos uno de estos días. Estaré encantada de aceptar su invitación, ¿podría ir acompañada? Está aquí un viejo amigo de la infancia y creo que le encantará venir.

—Por supuesto, será un placer. A las siete y media en la Quinta Avenida con la West 30, tercer piso número 2.

María Luisa sabía que a Fernando le iba a encantar el plan, especialmente conocer a la Parker.

—Esta noche tengo una sorpresa para ti —dijo María Luisa, excitada.

—¿Sí, cuál? ¿Me vas a invitar a subir a tu habitación? —preguntó Fernando medio en broma medio en serio.

—Ay, qué payaso eres... No, estamos invitados a una cena del anticuario del que te hablé, en la que estarán Dorothy Parker y Cole Porter.

—Bueno, eso es estupendo. La verdad es que había pensado en una cena íntima, pero no todos los días se conoce a Dorothy Parker y a Cole Porter.

—Tú tienes ventaja porque hablas inglés, pero bueno, ya me apañaré.

—No te preocupes, mi amor, que yo te lo traduzco todo.

La casa de Alfredo García era espectacular. Tenía un aire oriental que contrastaba con la arquitectura moderna del edificio. Las alfombras, los tapices, los *suznnis* y cuadros orientalistas de artistas como Jean-Léon Gérôme, Edwin L. Weeks o Ernst Koerner, componían un estilo que a María Luisa le apasionaba, pero que nunca se hubiera atrevido a usar para la decoración completa de una casa. Le vino a la cabeza un pensamiento. ¿Qué iba a ser de su futuro? ¿Merecía la pena comprar muebles para sus casas de Cuba? La razón se impuso y se dijo que no inventara tonterías. Ella volvería a La Habana, Fernando a España y esto sería un cuento de hadas que se acababa allí.

Alfredo les presentó a todos los invitados, eran unos cuarenta; aquello no era cena, sino una fiesta. El bufé, servido por camareros y doncellas armenios, mezclaba cocina marroquí e hindú.

Era como estar en *Las mil y una noches*. Aquel ambiente sofisticado apasionaba a María Luisa. Alfredo les presentó a todos los invitados, muy especialmente a Dorothy Parker. María Luisa se dio cuenta de que sus clases de inglés intensivas le habían servido de bastante y, aunque no conseguía hablar demasiado, entendía más de lo que había pensado.

Dorothy fue encantadora con ellos. Al momento de conocerlos y después de decirle a María Luisa que adoraba su vestido de Fortuny, les preguntó si estaban casados. María Luisa se apresuró a decir que no, que eran amigos de la infancia (algo así como *child friends*) pero ella lo entendió de inmediato y empezó a coquetear con Fernando, que era, sin duda, el hombre más guapo de la fiesta. Fernando era un seductor nato. María Luisa estaba acostumbrada a esos juegos infantiles. Y lo cierto es que no le importaban, sabía que Fernando necesitaba gustar. Alfredo se acercó a ellos, del brazo de un hombre enjuto, con gafas, que parecía un empleado de banca.

—María Luisa, quiero presentarle a Arthur Arwine, es uno de los grandes coleccionistas de arte oriental de la ciudad. Habla algo de español, así que entre su cada vez mejor inglés y su dominio del castellano, se van a poder entender. Tendrán mucho de qué hablar, porque a él le encanta iniciar a los aficionados a este estilo y también, claro, a las mujeres bellísimas como usted.

Arwine y María Luisa se apartaron un poco de Dorothy y Fernando. Él le contó que lo oriental se estaba imponiendo en la ciudad, que el dueño de Tiffany estaba inspirándose en las lámparas del Medio Oriente y que no debía dejar de visitar la casa de los Vanderbilt, que tenían una sala de fumadores que era una delicia. Ella le preguntó por las mejores tiendas para comprar ese tipo de objetos y él se ofreció a acompañarla cuando quisiera.

—Hay varios lugares recónditos de los que sólo conocemos unos pocos; la mayoría de ellos están regentados por inmigrantes armenios, pero para muchos de nosotros esto es algo más que un mero capricho de coleccionista, tiene que ver con el amor a Oriente. ¿Ha estado usted alguna vez en Estambul o la India?

—No, la verdad es que no. Empecé a interesarme por el tema hace años, en España, gracias a un amigo turco. He leído mucho pero no puede decirse que sea una experta. Precisamente, uno de los libros que escogí hace poco para practicar mi inglés fue uno de Edith Wharton..., no recuerdo el nombre.

—¿The Decoration of Houses?

—Sí, me encantó lo poco que pude entender. Me pareció interesantísimo lo que contaba sobre este estilo —rió María Luisa—, al menos lo comprendí.

—El que no debe perderse es *Oriental Rugs and Carpets*, de mi amigo Arthur Dilley.

—He oído hablar de él. Según me explicó mi amigo Ecvet, Dilley es uno de los maestros en el tema. De hecho, me recomendó encarecidamente que fuera a su tienda, está en el 101 de Park Avenue, ¿no? —dijo María Luisa entusiasmada, mientras sacaba la libreta en la que tenía apuntadas las direcciones de interés que le habían recomendado—. No sabía que era amigo suyo, me encantaría conocerle.

—Los que nos dedicamos a esta extraña afición o negocio, según se mire, no somos tantos, así que estamos en contacto, somos una gran hermandad. De hecho, estamos pensando en crear un club para reunimos, ya tenemos el nombre, Hajji Baba. La sede probablemente será mi casa, de momento. Tengo un cuarto que imita una tienda de los nómadas turcomanos que sería el lugar

perfecto. Si sigue usted profundizando en el tema, la avisaré.

—Pero supongo que será un club masculino, ya me contó Ecvet lo que Dilley opina sobre las mujeres y el arte oriental... —dijo María Luisa con malicia.

—¿Se refiere a esa declaración que hizo diciendo que «las mujeres no tienen la actitud correcta hacia las alfombras orientales» —rió Arwine.

—Por supuesto —respondió María Luisa haciéndose la ofendida.

—Bueno, no debe tomárselo en cuenta. Dilley es un poco brusco y sí es cierto que la mayoría de las mujeres se fijan más en las alfombras como algo decorativo, y para él es un arte casi sagrado. Pero sé que no es su caso.

—En fin, tanto como un arte sagrado no, pero sé apreciar el arte. Yo no soy de las que compran cuadros porque combinan con el color del sofá —respondió ella, divertida, acordándose de la anécdota de María Teresa y Balenciaga.

—Bueno, cuando la conozca seguro que cambia de opinión. Eso sí, le recomiendo que se lea antes su libro. Estaré encantado de regalárselo, mañana se lo dejo en la recepción del Waldorf. Si tiene cualquier pregunta, por favor, no dude en consultarme.

—Se lo agradezco. Me gustaría ir bien preparada para el encuentro y aún más romper esa mala opinión que tiene Dilley sobre la sensibilidad artística de las mujeres.

—Lo haré, se lo aseguro. En cualquier caso, respecto a lo que le comentaba del club, creo que podremos hacer excepciones como bien se sabe, en Oriente un no nunca es no.

—Y las reglas están para romperlas —rió María Luisa, que empezaba a achisparse con el Veuve Clicquot que corría por la fiesta. En casa de Alfredo García la ley seca no existía.

En ese momento se acercaron Fernando y Dorothy Parker, que le agarraba del brazo con excesiva coquetería.

—Mori, Dorothy nos ha invitado a una de sus tertulias. Qué lástima que me tenga que ir mañana, pero le he dicho que quizá a ti te apetezca ir —dijo Fernando, un poco incómodo con el gesto de la Parker, para sorpresa de María Luisa.

Dorothy dijo algo en inglés dirigiéndose a María Luisa, que tuvo que responder con un *sorry*. Entre que la escritora estaba bastante borracha y que hablaba muy deprisa, no había entendido una palabra. Por la cara de Arwine pensó que habría dicho alguna barbaridad. Miró a Fernando y éste le tradujo: «Dice que siente mucho que tengamos una relación, pero que sabe perder y que hacemos una pareja perfecta.»

—¿Se lo has contado? —dijo María Luisa, horrorizada.

—Bueno, la situación empezaba a ser un poco incómoda.

—Pero ¿tú estás loco? Mañana lo publicará en el *New Yorker*, ¿no podías haberle dicho que estabas casado, sin más? —dijo María Luisa entre dientes, poniendo su mejor sonrisa para disimular. Afortunadamente, Arwine se había retirado prudentemente excusándose para ir a coger una copa cuando vio el tono que tomaba la conversación.

—Yo no me siento casado..., bueno, me siento casado, pero contigo —dijo Fernando—. Y le he pedido que por favor sea discreta, que no se le ocurra publicar nada.

—Ya, y va a hacerte caso. Esto es una bomba para ella, como lo lean los Cugat estamos listos. Eres un inconsciente —dijo María Luisa mucho más dulcemente; aquella frase le había llegado al alma.

A partir de ese momento; Fernando y ella no se separaron. La fiesta era magnífica: la gente,

interesante; Alfredo, un anfitrión sin igual, y la música en vivo de un grupo armenio, una delicia. Pero después de un par de horas, Fernando la agarró por la cintura y le susurró: «¿Nos vamos? Quiero estar contigo esta última noche antes de irme, pero solo contigo.»

María Luisa no lo dudó un momento.

Cuando se montaron en el coche, Fernando la besó y así estuvieron abrazados y besándose durante un largo rato, como si siempre hubieran sido uno. Fernando se separó un instante y la miró fijamente a los ojos.

—No sé si vas a estar de acuerdo y, por favor, no te ofendas por esto, pero he reservado una suite en el Plaza. No porque quiera intentar lo que imaginas, hay dos habitaciones, pero quiero que estemos tranquilos y creo que es más prudente ir a ese hotel.

Maina Luisa asintió con la cabeza y siguió besándole. Cuando llegaron, ella tuvo un arranque de sentido práctico.

—Tendremos que pedirle al chófer que vaya a mi hotel a recoger ropa de día. No puedo salir así mañana por la mañana.

—No te preocupes, no sabía si ibas a aceptar, pero por si acaso, te he comprado un conjunto que creo que va a gustarte. También tienes zapatos y una combinación de piel de ángel... Bueno, y algo más.

El algo más era una estola de visón magnífica. Fernando tenía un gusto exquisito, ella no habría podido elegir un modelo mejor.

Aquella noche la pasaron abrazándose, acariciándose y besándose. Como cuando de adolescentes se encerraban en el hórreo de Villa Radis, por la tarde, mientras todos estaban en la siesta. Las únicas frases que pronunciaron fueron relativas a su amor. María Luisa, por primera vez en su vida con Fernando, abrió su corazón y le dijo todo lo que sentía por él. Fernando siempre había sido más zalamero, más aficionado a decirle que no podía vivir sin ella y todas esas frases como de tango desgarrado, pero ella siempre había dudado de que realmente sintiera lo que decía. Le parecía que era parte de su método de conquista, pero esa noche no, sintió realmente que Fernando la quería.

A la mañana siguiente se despidieron entre lágrimas. Cuando Fernando estaba a punto de salir por la puerta, volvió a besarla y ella susurró: «¿Y ahora qué?» Fernando la miró y respondió: «Ahora todo.» Volvió a besarla y se fue.

María Luisa se metió en la cama y pasó toda la mañana llorando desesperadamente. Tuvo una arcada y vomitó. Un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo, no podía estar embarazada, no, aquello debía de ser cosa de los nervios, pensó.

XVIII

La llegada de María Luisa y Gladys a La Habana fue un acontecimiento. Las esperaban José, Elsa, Caridad, Timoteo, Augusta, el resto de los hombres de la plantación con sus mujeres y sus hijos y los Artiles. Gladys no paraba de abrazarse a unos y otros, y de llorar, y María Luisa no podía reprimir tampoco las lágrimas, pero cada una sollozaba por motivos diferentes. María Luisa se abrazó a José como si estuviera en su lecho de muerte. Él la rodeó con la misma fuerza y le dijo: «Te he echado tanto de menos, me iba a volver loco sin ti.»

Gladys seguía con la mitad de la cara vendada, pero antes de abandonar el hospital, el doctor Bolaño le había dejado mirarse en el espejo, advirtiéndole que aquello era el principio, que mejoraría mucho más. Ella había contestado: «Doctor, con que me quede así me conformo, a mis cuarenta y tres años ya no tenía pensado encontrar marido.»

Fueron directamente a casa de los Artiles y Arturo ratificó que aquello había sido un éxito. Tendría que ser muy rigurosa con las curas y evitar las infecciones, pero lo peor había pasado.

De vuelta a Pinar del Río, José no paraba de acariciar a María Luisa y de besarla en la cara, el cuello, con un amor infinito. Ella no paraba de llorar. José lo atribuía a la emoción del reencuentro, así que se atrevió a tener un signo de debilidad.

—¿Tú también me has echado de menos?

María Luisa se quedó gélida, no se esperaba esa pregunta.

—Por supuesto, cariño, muchísimo. —Y empezó a llorar aún más intensamente.

Cuando llegaron a la casa, ella se disculpó diciendo que estaba mareada y muy cansada por el viaje, y que necesitaba echarse un rato. Lo cierto es que, efectivamente, estaba mareada y no paraba de tener náuseas. Se metió en la cama y dejó de llorar, hasta que una arcada le hizo levantarse de la cama para ir al baño, pero no llegó, vomitó en el pasillo. El ruido del vómito alarmó a José, que estaba en el salón al que daba la escalera. Subió, abrazó a María Luisa y avisó a Elsa para que lo limpiara y trajera magnesita y unas toallas húmedas. La acompañó a la cama y se sentó a su lado.

—¿Estás mejor, mi amor?

—Sí, he debido de tomar algo que no me ha sentado bien...

José se la quedó mirando sonriente y la abrazó.

—¿No será que estás embarazada, cariño mío? Nada podría hacerme más feliz.

María Luisa pegó un respingo y estuvo a punto de gritar: «No, no es posible», pero mantuvo la cabeza fría.

—No creo, yo pienso que es algo que he tomado en el barco... Qué cosas tienes.

—¡No sería tan raro! —dijo José, feliz—. Mañana vamos a casa de Artiles y que te mire..., y que te haga la prueba del embarazo, lo mismo puede usar una de esas ranas toro que tanto te gustan —bromeó.

Aquella noche, al irse a dormir, José la abrazó por detrás con fuerza. María Luisa notaba cómo poco a poco iba creciendo su miembro. Se separó un poco y se hizo la dormida.

—Cariño, hace tanto tiempo que no te veo, tenía tantas ganas de estar así contigo —murmuró José, con el pene a punto de estallar.

—Ay, perdona, mi amor, pero es que estoy muerta y sigo revuelta, a ver si mañana cuando nos despertemos estoy mejor —contestó ella dándose la vuelta tras un beso en los labios.

Al día siguiente María Luisa fue a regañadientes, empujada por José, a casa de los Artiles. El mayordomo les dijo que los señores habían tenido que ausentarse unos días porque la madre de Gloria estaba enferma, pero que le habían pedido que les dijera que su ayudante tenía todas las instrucciones para las curas de Gladys y que esa misma tarde iría a visitarla.

—No, no es por Gladys, aunque me tranquiliza saber que Arturo lo ha dejado todo atado con Pedro. Bueno, pues si no está el señor, nos gustaría que nos recibiera él.

María Luisa le agarró la mano con fuerza.

—No, no, muchas gracias, pero no, prefiero esperar a que venga el señor Artiles. ¿No van a tardar mucho, no?

—No creo, cuatro o cinco días, como mucho —dijo el mayordomo.

—Pero, querida, ¿por qué no quieres que te vea Pedro? —insistió José.

—Mejor no. Muchas gracias, y por favor, cuando vengan los señores, dígales que nos avisen —dijo ella cortante y dándose la vuelta.

Una vez en la calle, José la agarró del brazo.

—Pero ¿qué te pasa? Pedro es un buen médico.

—Ya, pero no me fío, si voy a hacerme la prueba del embarazo quiero que sea con Arturo. Tampoco estoy tan mal.

—Mujeres, qué caprichos. Pero eso te hace deliciosa, mi amor.

María Luisa estaba horrorizada ante la idea de que la prueba pudiera dar positiva. Quería retardar ese momento lo máximo posible, así que la noticia de que Artiles no estuviera le parecía un regalo del cielo.

Durante aquellos días sin su amiga Gloria en la ciudad, se dedicó de lleno a decorar la casa en lo esencial, porque para las alfombras, los *suzanis* y todos los textiles tenía pensado volver a Nueva York y comprarlos allí. Cada vez estaba más entusiasmada con el asunto y el libro de Arthur Dilley, donde contaba cómo distinguir una alfombra turca de una persa o un *suzani* de Bujará de uno de Samarcanda, la tenía totalmente absorbida. La mayor parte del tiempo lo invertía en estudiar el volumen y en aprender inglés. Cuando se volcaba en algo, María Luisa era obsesiva.

Se alegró en el fondo de no haber comprado nada aún en Estados Unidos y aprender más para elegir las mejores piezas. El día y medio que se había quedado sin Fernando en Nueva York no tuvo fuerzas para ir de compras. A José le sorprendió que no viniera, como habían convenido, con un contenedor lleno de muebles, ropa, alfombras, cuadros... Pero ella le puso la disculpa de que había estado demasiado ocupada atendiendo a Gladys y que el resto del tiempo lo había

dedicado a hacer turismo con María Teresa.

En su cabeza se mezclaban sentimientos contradictorios. Por una parte, pensaba que si abandonaba a José, al menos le habría dejado un hogar puesto, aunque todo aquello iba a recordarle aún más a ella. Al instante siguiente, opinaba que todo eso eran tonterías. Que su vida iba a estar en Cuba y que tenía que actuar como si fuera a ser así. Las últimas palabras de Fernando habían sido muy ambiguas. ¿«Ahora todo»? ¿Qué quería decir? Ella hubiera querido oír: «Ahora voy a Madrid, le digo a mi mujer que la dejo y nos venimos a vivir a Nueva York.»

Pero ese «ahora todo» no era nada.

Una tarde en la que estaba encaramada a una escalera, colgando las cortinas del salón, Timoteo entró en la sala.

—Señora, hay una carta para usted.

María Luisa estuvo a punto de caerse, menos mal que Augusta tenía bien sujetos los escalones. Bajó, cogió el sobre y vio que era de María Teresa. Dio gracias al cielo porque José no estaba allí, era imposible que en tan poco tiempo le hubiera llegado una misiva de su amiga, con la que presuntamente había estado en Nueva York. Tuvo la esperanza de que contuviera una nota de Fernando, pero no, no había dado tiempo de que llegara y la escribiera. Así que la abrió allí mismo.

Queridísima amiga:

Supongo que cuando hayas recibido esta carta ya estarás de vuelta de tu viaje. De ese que hemos pasado «juntas». Espero que el haberte servido de coartada haya tenido algún fruto. Si te soy sincera, lo que desearía es que ese encuentro furtivo con Fernando haya sido nefasto y que te haya servido para abrir los ojos y darte algo de sensatez, pero conociéndoos (especialmente a él y su habilidad como encantador de serpientes, y perdona el símil) me temo que habrá sido todo lo contrario.

En la carta donde me avisabas de que me ibas a poner como disculpa, me decías que debías intentarlo, que tenías que darte la oportunidad de ser feliz. Veo que el ambiente habanero y su hedonismo a ultranza te han contagiado y no lo juzgo, puede estar bien. Pero te escribo como tu mejor amiga, una de las personas que más te quiere y creo que más te entiende, para decirte que sea lo que sea lo que ha pasado, pienses bien tus pasos antes de hacer una locura. Cuba, ya te lo dije, transforma a la gente y, como creo que puede servirte de algo, te haré una confidencia que nunca antes he contado a nadie. Cuando estuvimos allí pasó algo que cambió mi vida para siempre. Tú conoces a Álvaro. Un hombre serio, recto, intachable, mucho más religioso, conservador y rígido que yo. Pues bien, don Álvaro Duarte, el adalid de los valores familiares, ese que hizo la promesa de no hacer el amor con su esposa hasta que hubiera pasado el duelo de su padre, es decir hasta tres meses después de que nos casáramos, sucumbió al encantamiento caribeño. Se enamoró, encaprichó o como quieras llamarlo de una mestiza (por mucho que ella se empeñara en ocultar a su bisabuela negra) y estuvo a punto de dejarlo todo por ella. Ya que te cuento la historia, te diré que es alguien que quizá ya hayas conocido, porque forma parte de la sociedad habanera. Se trataba de la mujer del doctor Artiles.

Nuestra vuelta precipitada a España (no sé si lo recuerdas, tú eras muy joven) tuvo que ver con ello. Nada de cambios de destino, de ganas de ocupar un puesto en su país. Yo le propuse el reto de volver a España porque Cuba, sí, te parecerá una locura, tiene algo de encantamiento.

Su sincretismo, esos ritos ancestrales, tienen más poder del que una cree. Le dije que si después de tres meses seguía pensando que prefería dejarlo todo por esa mujer, que yo le permitiría ir, sin escándalos, sin reproches. A los tres meses se había olvidado de ella y me hizo leer la carta de despedida que le había escrito.

Te cuento todo esto porque sé del poder de Cuba y también sé del poder de Fernando. Me contabas que en la carta donde te pedía una cita clandestina sí te decía lo que querías oír. Mantén la cabeza fría, y te repito: aunque deje a su mujer (cosa que veo poco probable porque, entre otras cosas, su suegro le ha conseguido el puesto que ahora tiene en General Motors), tú tienes todo que perder. Piensa en José, forma una familia con él y olvídate de tu cuento de hadas, que puede convertirse en una pesadilla.

Tu amiga, que te quiere, hagas lo que hagas,

MARÍA TERESA

María Luisa se quedó de piedra. El hombre del que le había hablado Gloria era Álvaro, Álvaro Duarte. Sentía el cariño con el que María Teresa le había escrito aquella carta, pero en el fondo pensaba que estaba trasladando a su situación lo que a ella le había pasado. Salió al jardín y aprovechó la hoguera de matojos que los obreros habían quitado del jardín y echó allí la carta. María Teresa no sabía lo que ella había sentido con Fernando y de toda la carta se había quedado básicamente con un dato, con el del poder de los encantamientos de origen africano que seguían tan vigentes entre la comunidad negra de la isla. Cuando volvía hacia la casa, vio a Gladys sentada en una mecedora, en el porche. Le habían recomendado reposo y, aunque le costaba no andar dando instrucciones por aquí y por allá, se lo había tomado bastante en serio. Se sentó con ella y empezó a hablar del tiempo. De cómo empezaban a ser más agradables las noches, del frío que habían pasado en Nueva York..., hasta que fue al grano.

—Me llamó mucho la atención aquello que me dijiste de que te habías encomendado a Yemanyá para curarte.

—Sí, señora, a Yemanyá y a la Virgen de la Caridad del Cobre —respondió Gladys, que sabía que eso de que mezclaran unos santos con otros no les gustaba mucho a algunos gallegos.

—Sí, sí, bueno, da igual, a mí me parece bien lo de Yemanyá, es vuestra cultura. Pero cuéntame, he oído hablar de algunos ritos que se hacen para, no sé, atraer el amor, el dinero... Supongo que eso es algo que vosotros aprendéis desde pequeños.

—Bueno, no todos, yo no hago esas cosas. —Gladys estaba bastante asustada y hablaba de manera muy poco convincente.

—La verdad es que me produce curiosidad. Por ejemplo, para hacer eso que vosotros llamáis «amarre», que alguien esté contigo para siempre, aunque pueda haber alguna dificultad, ¿qué hacéis?

—No sé, señora. Yo de eso no sé.

—Venga, Gladys, seguro que sí.

—Bueno, yo de jovencita una vez hice uno para un hombre con el que estuve, pero a veces esos hechizos se vuelven contra una. Me pegaba, una vez casi me mata, y no conseguía que se fuera de mi vida.

María Luisa se quedó callada un momento. Lo que le acababa de contar Gladys era estremecedor, pero no cejó en su empeño.

—Gladys, debió de ser horrible, no sabes cómo lo siento. ¿Y qué fue lo que hiciste?

En ese momento llegó Caridad y Gladys no dijo nada, pero María Luisa, con toda naturalidad, le contó de lo que estaban hablando.

—Ah, yo lo he hecho con mi novio y me ha funcionado. Es muy fácil. Cada cierto tiempo lo repito, por si acaso.

—¿Y qué es lo que haces?

—Muy sencillo. Hay que tener un pañuelo, un anillo o algo que haya tocado él, se pone en un tronco de la majagua, con su nombre escrito en cruz y ya está.

—¿Eso es todo? —preguntó María Luisa sorprendida, pensando que habría que sacrificar gallos o beber sangre de rana.

—Sí, luego hay maleficios, más complicados, pero en eso yo no me meto. A mí éste me funcionó. Estaba con otra, lo hice y a los tres días vino a por mí.

Gladys permanecía en silencio y se limitó a abrir la boca para decir: «Caridad, ten cuidado, una no siempre debe conseguir lo que cree que desea.»

—¿Y dónde lo haces, aquí en El Fondón hay árboles de éstos? —preguntó María Luisa.

—Sí, señora, los que están detrás del estanque, pequeñitos, con el tronco gordo —dijo Caridad—. Ah, señora, se me olvidaba: ha venido el chófer del doctor Artiles para comunicar que la madre de la señora Gloria está empeorando y que van a quedarse unos días más allí.

Aquella misma tarde, cuando todo el mundo estaba dentro de la casa por el calor, María Luisa cogió el anillo que Fernando le había regalado, una navaja que José guardaba en su escritorio y se fue a la parte de atrás del estanque. Hizo un agujero en el tronco del árbol, metió el anillo, grabó el nombre de Fernando Aguirre en cruz y le ofreció el hechizo a Oshún, que había leído que era la divinidad del amor.

Aquella tarde, José llegó contento a la casa. Había cerrado un negocio entre uno de los propietarios de plantación más importantes de Cuba y un banquero español detrás del que llevaba varios meses.

—Mi amor, ponte guapa, que hoy te llevo a cenar al Nacional y después nos vamos al Floridita, a tomar uno de esos daiquiris que tanto te gustan —dijo José, pletórico, besando a su mujer.

Lo único que quería María Luisa era acostarse y llorar, pero la culpabilidad podía con ella. En circunstancias normales le hubiera puesto una disculpa a su esposo pero después de haber hecho ese rito a Oshún se sentía fatal. Se puso un vestido Delfos de Fortuny, que había comprado en Milán y que tenía reservado para las grandes ocasiones, pidió a Augusta que la peinara y ordenó que le subieran un ron con hielo, necesitaba animarse. Por un momento pensó que si estaba embarazada aquello no le convenía, pero no le importaba demasiado.

Cuando bajó la escalera, José la miró con los ojos de admiración que le producía su mujer cada vez que se vestía de fiesta. A su belleza del día a día empezaba a acostumbrarse, pero cuando se arreglaba especialmente era como si acabara de conocerla.

—Pareces una diosa griega.

María Luisa estuvo a punto de corregirle y decirle que el traje estaba inspirado en las túnicas romanas, pero se abstuvo.

La cena en el Nacional, donde aún no había estado, fue agradable. José se esforzó por ser lo más divertido posible, por hacer caso a su amiga Carmen y pensar que estaba con cualquiera de

las mujeres que había conquistado hasta entonces y que invariablemente caían rendidas a sus pies. En otras circunstancias, María Luisa lo habría pasado realmente bien. José empezaba a coger confianza en su amor y en sí mismo, y no era el hombre nervioso y prudente del principio de la relación. Pero ella tenía la cabeza en otra parte. Contaba los días que una carta desde España podía tardar en llegar y, si sus cálculos no fallaban, si Fernando le había escrito en el barco y había echado la misiva nada más llegar, debería llegarle al cabo de dos días. Durante la cena empezaron con un mulata y pidieron un borgoña, el vino más caro de la carta. Charlaron, hablaron de su infancia en Asturias, María Luisa estuvo a punto de contarle algunos detalles de la gente tan interesante que había conocido en Nueva York, pero se contuvo a tiempo porque en teoría ella no había salido del hotel, de los museos, el hospital y los monumentos. Y en los postres, José sacó una cajita de su bolsillo y se la entregó. Era una medalla de plata de la Virgen de Covadonga.

—Esta medalla era de mi madre, llevaba tiempo queriendo dártela, pero pensaba que tú, acostumbrada a las grandes joyas, quizá no la apreciarías. Ahora sé que lo harás. Es algo muy especial para mí, ya que hasta ahora era de la mujer que más he querido, pero quiero que la lleve la mujer que ahora adoro por encima de todo.

María Luisa empezó a sollozar. Aquel detalle le rompía el corazón. No podía soportar esa entrega.

—Ay, mi amor, qué sensible eres —dijo José, enternecido.

María Luisa se quitó el collar de diamantes talla princesa que su padre le había regalado por la boda y se puso la cadenita de plata. José le cogió la mano y también se le saltaron unas lágrimas.

De allí se fueron al Floridita, donde José era como de la familia. Constante, el dueño, había emigrado a Cuba casi al mismo tiempo que él y se habían hecho íntimos. María Luisa ya lo conocía porque habían coincidido en la fiesta de los Artilles, pero había que reconocer que, en su salsa, era el perfecto barman. Les preparó dos daiquiris especiales, como le gustaban a José, con un punto de marrasquino, y poco a poco fueron animándose, entre la conversación, los daiquiris que Constante les iba rellenando sin que ellos se dieran cuenta y la presencia de Marlene Dietrich, que estaba pasando unos días en la isla y que estaba absolutamente obnubilada con María Luisa. Ella la había visto en Nueva York junto a Gary Cooper, en *Marruecos*, y no podía creerse que esa dama se le estuviera abalanzando directamente, ante la mirada jocosa de su marido y de Constante. María Luisa intentaba ser cortés y sonreía ante las frases que la Dietrich le decía en alemán, pero sospechaba que si la hubiera entendido se habría levantado dejándola con la palabra en la boca. En cualquier caso, la anécdota les hizo pasar una noche especialmente divertida y cuando cerraron el bar y Constante y la actriz insistieron en seguir en el *ballroom* del Nacional, donde se alojaba la Dietrich, María Luisa estuvo a punto de aceptar, pero su marido insistía en que volvieran a casa.

Aquella noche María Luisa se entregó totalmente. Hicieron el amor como nunca hasta el momento. José se dejó de miramientos y exploró hasta el último rincón de su cuerpo. La poseyó como lo hacía con las mujeres con las que había estado hasta entonces, algo que nunca antes había hecho con ella, y María Luisa supo apreciar la habilidad y la diferencia.

Al día siguiente se levantaron tarde y estuvieron un rato retozando en la cama. Poco, porque después de dormir, María Luisa había recuperado la locura, más que la cordura, y a pesar de la

increíble noche de sexo que acababa de pasar, era incapaz de quitarse del corazón y menos aún de la cabeza a Fernando. Llamaron a la puerta, María Luisa dio permiso para que entraran, pensando que traían el desayuno, pero no, era Augusta, que en cuanto vio que el señor estaba también puso cara de susto, empezó a temblar, miró a María Luisa, que le hizo un gesto de que se fuera porque se imaginaba lo que traía, y salió corriendo. Afortunadamente, José estaba medio dormido y ronroneó un «¿qué quería?», a lo que María Luisa respondió: «Nada, supongo que preguntarme alguna tontería, pero al verte a ti aquí, no ha querido molestar.»

Que José siguiera en la casa a las diez de la mañana era algo extraordinario, todos los días se levantaba a las seis, hacía su hora de gimnasia y se iba a trabajar.

María Luisa fue a levantarse, no podía esperar ni un minuto más a leer la carta de Fernando. José la cogió cariñoso de la mano, acercándola hacia él.

—No te levantes todavía, mi amor.

—Cariño, tengo cosas que hacer. Van a traer los muebles nuevos de la cocina y debo ver si está todo bien —dijo María Luisa mientras intentaba reprimir una arcada, pero no, no pudo, tuvo que correr hacia el baño. Afortunadamente, José estaba adormilado y no se enteró.

María Luisa se vistió en un santiamén y bajó a la cocina. Augusta no estaba allí, preguntó por ella y Elsa le dijo que había ido a recoger unos aguacates al huerto. Se dirigió hacia allí.

—Augusta, antes me traías una carta, ¿no? —María Luisa no se anduvo con rodeos.

—Sí, señora, pero en la nota decían que se la diera cuando estuviera sola —respondió Augusta pensando que le iba a echar una bronca.

—No, no, perfecto, si recibes alguna carta de este familiar mío, dámela cuando no haya nadie, el señor se preocuparía.

—Claro, señora, lo que usted diga.

—¿La tienes aquí?

—Sí, señora, aquí está.

María Luisa se sentó debajo de un árbol —aquel sol mataba a cualquiera— y empezó a leer.

Mi amor, mi vida, mi Mori:

Acabo de tomar la decisión más difícil y a la vez más fácil de mi vida. Durante todo el viaje de vuelta estuve pensando en nosotros, en nuestra felicidad, en mis errores, en los que te he hecho cometer y creo que debo retomar las riendas de todo esto, hacerme responsable del desastre que he organizado y actuar.

Nada más llegar a España he hablado con Marta. Le he dicho la verdad, que he intentado con todas mis fuerzas hacerla feliz, estar enamorado de ella, pero que no puedo, que soy incapaz de seguir engañándola y engañándome a mí mismo. De momento no le he contado nada sobre nuestro encuentro ni sobre ti. Además de pensar que sería un daño añadido, no sé qué decisión vas a tomar tú y no querría perjudicarte, por supuesto.

No quiero que esta carta te haga responsable de mí. Por supuesto que la razón esencial de esta ruptura eres tú, o más bien mi amor incondicional, por encima de cualquier otra cosa, por ti, pero soy consciente de que para una mujer es más complicado dar un paso como éste y aunque no dudo de tu amor, no querría que el hecho de que yo haya dejado a mi mujer te haga sentir culpable y te impulse a tomar una decisión equivocada. Creo que esos días en Nueva York sentimos lo mismo. Nuestro amor de siempre, pero renovado, más profundo, más intenso, más

maduro, probablemente por el dolor y por esta terrible, infernal, separación.

Cuando nos despedimos me preguntaste: «¿Ahora qué?» Y yo creo que no fui lo suficientemente claro. Mi respuesta es: ahora, por mi parte, estar contigo el resto de mis días. Eres mi amor, parte de mí, y eso sería lo que me daría la felicidad más grande del mundo. Creo que el sitio perfecto es Nueva York. En España sería todo mucho más difícil, especialmente para ti. Ya sabes lo que te espera si te decides a fugarte conmigo. Seremos el gran escándalo. Pero en el fondo todos nos envidiarán.

Actualmente estoy viviendo en el Ritz, algo que puede parecer una locura, teniendo en cuenta que mi suegro ha hecho que me despidan de mi puesto en General Motors, pero he puesto a la venta la villa de Biarritz y con mis ahorros podemos sobrevivir por lo menos un año. Me parece de cierto mal gusto hablar de estos temas en una carta donde sólo desearía decirte cómo te quiero, pero creo que es importante que también sepas de mi situación económica. Te aseguro que voy a cuidar de ti como mereces y que nunca te faltará nada. Respecto al divorcio, parece claro que en unos meses se va a aprobar la ley aquí, en España. Si prefieres que no nos encontremos hasta entonces y que sólo estemos juntos una vez casados lo entenderé perfectamente. Pero creo que también podemos vivir en apartamentos separados y mantener nuestro noviazgo hasta que pudiéramos divorciarnos, si eso es lo que tú finalmente decides. Yo acataré cualquier decisión que tomes, mi amor.

Si eres capaz de perdonarme por todo el daño que te he hecho, de dejarte guiar por el destino y darnos esta oportunidad, por favor, mándame un telegrama al hotel. Pon una hora, un lugar y un día, y allí estaré, en Nueva York o donde quieras.

Te adoro, amor mío.

FERNANDO

María Luisa no podía reaccionar. Estaba sentada debajo de aquel árbol, con un calor asfixiante pero no sentía nada. Oía a lo lejos a Augusta que preguntaba algo, pero ella estaba paralizada. La siguiente imagen que tuvo fue la de Augusta abanicándola y ella tumbada en la tierra, con los pies sobre una banqueta de madera. Cuando se despertó, lo primero que dijo fue: «La carta, ¿y la carta?»

—No se preocupe, señora, la tengo yo guardada a buen recaudo. —Augusta señaló su pecho, la había guardado en el sujetador.

—Señora, usted no está bien, debería ir hoy mismo al médico.

—No, ha sido el calor, es que a quién se le ocurre salir a las doce de la mañana. No te preocupes y no digas nada de esto a nadie. Ah, y dame la carta. Gracias, Augusta, sin ti todo hubiera sido mucho más difícil aquí.

De repente María Luisa se descubrió hablando en pasado... Augusta tenía razón, debía ir al médico ya. El destino le diría lo que tenía que hacer. Si estaba embarazada, estaba claro, escribiría a Fernando un telegrama en el que le diría simplemente «no», algo que en el fondo le causaba cierta satisfacción insana, devolverle la pelota del sufrimiento de esa forma. Y si no lo estaba, si no lo estaba..., en el fondo de su corazón sabía que terminaría yéndose con él, aunque aún no estaba preparada para asimilarlo.

Guardó la carta en el mismo sitio que lo había hecho Augusta y se dirigió hacia la casa. José estaba en el porche con Timoteo. Cuando la vio aparecer, notó que le pasaba algo.

—Mi amor, ¿estás bien? Parece que has visto un fantasma, estás tan pálida...

—No me encuentro muy bien. Creo que tienes razón, debería ir al médico, aunque Artiles no esté.

—Claro, vamos ahora mismo. Me tienes muy preocupado. Si estás embarazada es maravilloso, pero a ver si va a ser otra cosa y lo estamos dejando.

María Luisa entró temblando a la consulta de Artiles que ya conocía. Pedro, un chico joven, amable y muy espabilado, que Arturo había adoptado casi como a su hijo, le hizo un reconocimiento muy completo.

—Aparentemente no hay nada físico que indique que está usted enferma. No hay ningún órgano inflamado, no parece que sea nada del hígado. Creo que lo más sensato es empezar por la prueba de embarazo que, por los síntomas, parece lo más probable, y después, en el caso de que no esté encinta, haríamos otras pruebas —dijo el doctor engolando la voz. Su juventud le hacía hablar con un tono que a él le inducía a pensar que la gente le haría más caso.

—Bueno, pues entonces hagamos la prueba. —José quería saber algo cuanto antes.

—No, debe hacerse con la primera orina de la mañana. Tome este bote, lo llena, no hace falta que sea hasta arriba, y mañana me lo traen o mandan a alguien con él —dijo el doctor Perales.

—¿Y cuánto se tarda en saber el resultado? —preguntó María Luisa, angustiada, si bien por el motivo contrario al que pensaban ambos caballeros.

—Unas veinticuatro horas. Para pasado mañana lo tendrán. Si quieren les doy cita para las diez de la mañana o, si lo sé antes, mando al chófer para que les dé el resultado —dijo Perales—. Antes de irse, señora Rodríguez, ¿ha tenido usted alguna preocupación últimamente, un fallecimiento, nervios?

María Luisa estuvo a punto de decir que acababa de pasar por la época de más agitación emocional de su vida, pero no era plan de ponerse a contar aquel folletín en el que estaba metida.

—No, qué va, lleva una vida muy tranquila. Está decorando la casa, pero, bueno, estamos recién casados, no tiene motivos de preocupación. Lo de la plantación sí ha sido un golpe, pero, bueno, nada demasiado grave —dijo José.

El doctor miró a María Luisa, que no había abierto la boca.

—Es cierto, no tengo ningún motivo de preocupación, estoy recién casada, ilusionada con la casa —dijo ella en un tono que al doctor Perales no le convenció.

—Bueno, pues estupendo. En la cita de pasado mañana, si no les importa, preferiría que viniera doña María Luisa sola. No voy a tener que explorarla y, en los casos de posible embarazo, prefiero que venga sólo la esposa, si no tiene inconveniente, don José.

—Esperaré fuera, pero quiero saber el resultado cuanto antes —dijo José, que no entendía a esos intelectuales que hacían cosas muy raras.

Aquellos dos días fueron un infierno para María Luisa. Cada vez tenía más náuseas, notaba que su pecho estaba inflamado y que la cintura no era la de antes.

Después de salir del médico le dijo a José que no quería comer, que sólo le apetecía acostarse, estaba agotada. Algo había de verdad, pero lo que ansiaba era estar sola, pensar en la carta de Fernando y sobre su futuro, que ya no era sólo el suyo sino también el de José. Había algo en su interior que le decía que no estaba embarazada y decidió que no podía perder tiempo y tenía que tomar una decisión rápida. ¿Qué sentía realmente? ¿Qué consecuencias tendría que se hiciera realidad ese sueño en el que llevaba empeñada tanto tiempo?

Mientras tanto, José vivía en un mundo paralelo, aunque era ella, claramente, la que estaba en esa otra dimensión. Por la noche llegó con un enorme ramo de flores, como si hubiera comprado toda la floristería. Parecía que él daba por hecho que estaba encinta y aquello la enojaba, aunque intentaba que pareciera que la enternecía.

La mañana siguiente al día en el que María Luisa había enviado al doctor su prueba de orina, cuando se preparaba para la cita hecha un manojo de nervios, Augusta la avisó de que la señora Gloria estaba abajo. María Luisa dio un respingo, estaba claro que el resultado había sido positivo y que su amiga Gloria, que debía haber vuelto de improviso, venía a decírselo en persona. De repente sintió un enorme alivio. No tenía que pensar más, que dudar, la vida le había dado el camino. Pero también un profundo dolor. En ese instante, cuando estaba convencida de que ya no podría estar más con Fernando, todas sus dudas sobre destrozar la vida de José, convertirse en una divorciada y lanzarse a la aventura con un hombre del que no acababa de fiarse, se esfumaron. Tuvo la sensación de que acababa de caerse su castillo de naipes, sus ilusiones se enterraban en ese momento. Intentó sonreír y bajó la escalera demostrando el mismo entusiasmo que siempre mostraba Gloria al verla. Ella estaba un poco más seria de lo habitual, pero María Luisa lo atribuyó a la enfermedad de su madre. Le preguntó por ella.

—Parece que ha remontado. Era una neumonía bastante grave, pero está mucho mejor. Pero yo no venía por eso, mi amor —le dijo mientras la abrazaba—. Tenéis ya los resultados de las pruebas —dijo mientras José entraba en el *hall*.

Él la miró ansioso y María Luisa, asustada.

—Ha dado negativo, pero sois muy jóvenes y lleváis poco tiempo casados, así que no hay que preocuparse —dijo Gloria abrazando a María Luisa e imaginando su decepción porque ella no podía tener descendencia.

María Luisa se echó a llorar y José la abrazó.

—No pasa nada, cariño. Ya vendrán. Sólo tenemos que ponernos a ello. —José intentaba quitarle hierro al asunto y guiñó un ojo a Gloria, que sonrió—. Entonces ahora hay que ver qué es lo que tienes y ya está. Será algún virus —concluyó.

—He traído instrumental para sacarte sangre, Arturo me ha dicho que hay que hacerte un análisis. No me mires así, mujer, que soy enfermera. Arturo y yo nos conocimos en Georgetown. No practico, pero esto no se olvida —rió Gloria.

María Luisa hubiera querido desaparecer, sin más, en ese momento. Pensaba que iba a volverse loca; cuando había creído que era imposible estar con Fernando porque supuestamente estaba embarazada, le había dado un ataque de pasión por estar con él, y ahora que parecía que tenía la posibilidad clara, real, de estar con él, veía más nítidamente que nunca los contras. Esencialmente el de hacer daño. Bueno, más bien destrozar sentimentalmente a su marido, al que, a su manera, había empezado a querer, a entender y, en algunos aspectos, a admirar.

Toda aquella tarde la pasó vomitando y llorando. José se alarmó y la llevó a casa de Artiles. Aún no tenían los resultados de los análisis, pero le pidió que pasara a la consulta y le dio algo para parar los vómitos. Pidió a José que se quedara fuera. El se quejó con un «¿tú también? Vaya costumbres más raras tenéis los médicos».

Artiles se rió y cerró la puerta.

—María Luisa, en los análisis veremos si tienes algo, pero por lo que me ha contado Pedro y por lo que intuyo, tengo la sensación de que lo tuyo no es físico, es más bien mental. —Artiles

calló un buen rato para ver si la paciente decía algo, pero no abrió la boca.

»A ver. El vómito muchas veces tiene que ver con estados de nerviosismo, de preocupación, por algún *shock*. ¿Estás muy afectada por lo de la plantación? —preguntó Artiles, sabiendo de antemano la respuesta.

—Hombre, ha sido un disgusto, pero tampoco me ha afectado demasiado.

Artiles se quedó mirando fijamente a María Luisa y ésta desvió la vista.

—Esto no le lo pregunto como amigo, sino como médico, para poder ayudarte. Recuerda que somos como sacerdotes, lo que se dice en esta consulta no sale de aquí. ¿Eres feliz con José? —Artiles hizo la pregunta con absoluta frialdad, como el que se interesa por si el dolor abdominal es punzante o constante.

María Luisa se puso a llorar calladamente, sin histerias, con una pena profunda que conmovió a Artiles. La dejó desahogarse. María Luisa, susurró: «No, y es horrible. No consigo estar enamorada de él.»

—A ver, querida, yo ya te considero mi amiga y ahora no puedo abstraerme de la información que tengo sobre tu relación con José y lo que sé de vosotros. José tomó un riesgo cuando se casó contigo. Sabía que lo hacías obligada, pero él se hizo ilusiones, pensó, como un hombre que ha conseguido todo lo que se ha propuesto en la vida, que acabaría enamórandote de él. Y parece que no ha sido así. Pero hay algo más, ahora te hablo como psiquiatra, que es mi especialidad, aunque no la ejerzo; aquí nadie lo necesita, el sentimiento de culpa no está muy extendido.

María Luisa le miró y sonrió, le gustaba esa ironía de Arturo.

—Así que creo que tu pena no es sólo por eso. No estarías así, hay algo más y me gustaría que me lo contaras, quizá pueda ayudarte. Te repito que esto es un confesionario. Jamás saldrá de aquí. Y, si te sirve de algo, debo decirte que José conocía tu pasado con Fernando antes de que os casarais, se lo contó Sabino, el médico de Muros.

María Luisa levantó la vista sorprendida, pero no dijo nada. Ambos guardaron silencio durante varios minutos. Hasta que ella rompió el hielo. Le contó toda la historia de Fernando. Confiaba en Arturo y además sabía que nadie como él, que conocía tan bien a José, podía aconsejarle, aunque quizá no de una manera del todo objetiva. Imaginaba que le iba a decir que debía esperar, intentar adaptarse a su nueva situación.

—Bueno, ya está todo planteado, ahora quedan dos preguntas: ¿quieres apostar por el amor y una vida que, por lo que me cuentas, no va a darte la seguridad que tienes ahora, o te merece la pena estar con un hombre que te adora, te protege en todos los sentidos y te va a hacer la vida fácil? ¿Prefieres el vértigo o la calma? —Artiles sonreía mientras le hacía la gran pregunta. Quería que María Luisa notara que no la estaba juzgando.

Ella se quedó pensativa un buen rato. Tal y como Artiles lo planteaba estaba claro cuál sería la respuesta de una persona sensata. Pero el amor era un estado de enajenación transitoria.

—El amor —respondió rotunda.

—¿El vértigo del amor?

—Sí, lo siento, me muero, pero sí.

Artiles se quedó callado un rato, meditabundo.

—Bueno, parece que lo tienes decidido. Ahora, ¿puedo darte un consejo de amigo?

—Sí, por favor, lo necesito.

—¿Te ves capaz de decirle cara a cara a José que le abandonas?

María Luisa empezó a llorar, pero esta vez de una forma desgarradora.

—No, pero debo hacerlo.

—No, debes hacer lo que creas que va a haceros menos daño a los dos y, si te soy sincero, creo que puedes ahorrarte ese dolor.

María Luisa le miró sorprendida.

—¿Irme sin más?

—No, mujer, Freud tiene teorías extrañas, pero no llega a ese punto. José es un hombre orgulloso, muy orgulloso. Y sentimental. Ya lo sabes, vas a romperle el corazón, como hizo Fernando contigo. Pero creo que si se lo dices cara a cara ese final va a ser más doloroso también para él. En estos casos uno tiende a humillarse, a rogar, a llorar y, al final, cuando pasa el duelo, lo que queda es la rabia de no haber actuado con dignidad. —Se quedó un momento pensando y retomó el discurso—. Creo que lo mejor es que le dejes una carta, ya hablaréis cuando pase algo de tiempo. Cuando salgamos voy a decir que después de esto, necesitas un tiempo para estar sola, que has tenido mucha presión y que lo mejor es que hagas un viaje. Si te parece bien, tú o yo podemos contarle todo a Gloria; ella te va entender, te lo digo por experiencia. —Calló un momento y una sombra de tristeza cruzó su rostro—. Puedes irte con ella a Nueva York y ver cómo transcurren los acontecimientos. Yo guardaré la carta y cuando quieras que se la dé a José, me mandas un telegrama y se la entrego. No quiero que te precipites. Encuéntrate con Fernando, asegúrate de que quieres emprender una vida con él y si es así, da el paso.

—¿Me harías ese favor? Esto me alivia un poco —dijo María Luisa, agradecida.

—No te estoy haciendo sólo un favor a ti, también a mi mejor amigo. El amor, en la distancia, a veces confunde, y no quiero que des un paso en falso, por ti y por él.

XIX

Al principio, José no estaba muy convencido. Pero confiaba plenamente en el criterio de Arturo y si él decía que su mujer necesitaba airearse, recuperarse de la presión de lo de la plantación, de su cambio drástico de vida, sería así.

Las dos semanas que transcurrieron hasta que Gloria, Augusta y ella zarparon fueron un torbellino de emociones. Por una parte, la felicidad por conseguir lo que llevaba desde casi la infancia deseando. Sí, no era exactamente como ella lo había pensado. Su cuento incluía una boda por todo lo alto en los Jerónimos y un banquete en el Ritz. Pero toda esa sensación de plenitud se veía empañada por el día a día. No soportaba ver la felicidad, los detalles, el amor que José le profesaba, y tampoco tenía claro cómo actuar, si siendo dulce, cariñosa, accediendo a su deber marital o siendo más arisca para que se fuera desenamorando. Cada vez que daba un paso hacia su marcha definitiva, se sentía más culpable y más feliz. Envío el telegrama a Fernando: «El día 15 de diciembre, a las 17.30, en el *hall* del Plaza. Confirma, a nombre de Gloria Artiles en la Quinta Avenida, número 205, Miramar, La Habana.» Dos días después, Gloria le había traído el telegrama de Fernando. «Allí estaré, me postro a tus pies. Agradecido.»

También escribió a María Teresa contándole todo el asunto y diciéndole que se alojaría en el Waldorf y que, por favor, le escribiera allí.

Llegaron a Estados Unidos un día antes de la cita. Gloria estaba casi más emocionada que ella. Le parecía que estaba viviendo lo que le hubiera gustado que fuera su final o su comienzo con Álvaro Duarte. María Luisa, por supuesto, no le había dicho que lo conocía y que era el esposo de su mejor amiga, pero su alegría era contagiosa y a medida que se habían ido alejando de La Habana, su cabeza estaba con Fernando, en Nueva York. Le parecía que hacía siglos que había salido de Cuba. Augusta no estaba al tanto del motivo del viaje, pensaba que iba acompañar a su señora a pasar un par de semanas de compras en la ciudad. Nada más llegar, María Luisa, un poco culpable y prudente, le preguntó si le gustaba. Augusta contestó con un «sí, es muy grande».

—¿Te gustaría vivir aquí? —preguntó María Luisa, sonriente.

Augusta la miró con expresión de terror.

—¿Aquí? No, por la Virgen de Covadonga, por nada del mundo.

—Pero ¿no lo prefieres a La Habana? —interrogó un poco preocupada; al fin y al cabo, la había llevado allí engañada, dando por supuesto que le encantaría.

—Ay, señora, yo ya me he acostumbrado a La Habana, al principio pensaba que no me iba a

gustar nunca, pero estoy muy a gusto allí.

—Bueno, uno tarda en adaptarse a los sitios.

—No sé, señora.

Aquella tarde Gloria y María Luisa la dedicaron a realizar todo tipo de tratamientos de belleza. Fueron al Instituto de Elizabeth Arden, donde le recomendaron la mejor peluquera de la ciudad que, ya en el hotel, cumplió el deseo de María Luisa de hacerse un corte radical con ondas al agua, se dieron un masaje, y a eso de las siete bajaron al *cocktail bar* a tomar un aperitivo. Mientras charlaban como adolescentes que están a punto de tener su primera cita, aparecieron Alfredo García y Arthur Arwine.

—María Luisa, ¡qué sorpresa! ¿Desde cuándo está usted aquí? Que sepa que estoy terriblemente ofendido, ¿cómo no me ha llamado?

Después de hacer las pertinentes presentaciones, María Luisa se disculpó.

—Alfredo, acabamos de llegar hoy, pero le aseguro que iba a telefonearle de inmediato. Y a usted, Arthur, también. Quería que mi amiga Gloria los conociera y uno de los propósitos de nuestro viaje es profundizar en el arte oriental. He estado leyendo mucho sobre el tema este tiempo, Arthur; me estoy convirtiendo en una experta. ¿Quieren sentarse con nosotras?

—Nada podría apetecernos más, pero tenemos una reunión a la que creo que llegamos tarde ya. Por favor, no duden en llamarme, será un honor acompañarlas en sus compras —dijo Arwine.

—No, de hecho, la llamaré yo, no me fío de la palabra de una mujer —bromeó Alfredo.

—Hace usted bien —dijo Gloria, coqueta.

—Por favor, cuando quiera. Será un placer encontrarnos con ustedes, pero estos primeros días estaremos muy ocupadas, tenemos algunas citas importantes.

—Entonces, reserven el fin de semana. Los Vanderbilt hacen una fiesta en su casa y estaremos encantados de que nos acompañen si no tienen inconveniente.

—Me encantaría conocer el salón de fumadores de aire marroquí del que me habló Arthur. Será un placer.

Aquella noche cenaron en el hotel, María Luisa no quería trasnochar. Al día siguiente le esperaba una jornada de compras, que ambas aprovecharon bien.

Estuvieron en Macy's y en algunas *boutiques* de la Quinta Avenida en las que recibieron a Gloria como si fuera una celebridad. Comieron algo ligero y María Luisa se preparó para su cita. No tardó mucho porque lo tenía todo planeado desde hacía días. Le pidió a Augusta que le retocara el peinado, se maquilló y terminó a las cinco, no se hizo la remolona, en esa ocasión decidió ser puntual.

Cuando el taxi se acercaba al Plaza vio a lo lejos a Fernando, esperándola con su abrigo de *cashmere* con el cuello de astracán. El nerviosismo era menor que ante encuentros previos. En ese momento sentía paz, seguridad. Era la primera vez en muchos años que tenía esa sensación.

Se le veía inquieto, mirando a un lado y otro. Esa inseguridad que jamás había demostrado enterneció a María Luisa. Cuando bajó del taxi, Fernando sonrió con alivio.

—Te he echado tanto de menos —dijo, besándola.

—Y yo a ti, mi amor —contestó ella, separando los labios, estaban en un lugar público.

—¿Quieres subir a la suite? He conseguido una botella de champán. Allí vamos a estar más tranquilos.

María Luisa dudó un momento, pero aceptó el brazode Fernando y subieron a la misma

habitación donde habían estado la última vez.

—¿Qué tal estás? Ha debido de ser todo muy duro —dijo María Luisa, tanteando el terreno.

—Sí, ha sido muy desagradable, soy consciente de que dejo a Marta en una situación muy delicada y lo que más me duele es mi hijo; dice que no voy a volver a verlo, pero es una mujer razonable, creo que cambiará de opinión. Lo peor ha sido su familia. Ellos sí que no me perdonarán nunca. Pero ahora estoy aquí contigo y...

—¿Y tus hermanas? —le interrumpió María Luisa.

—Me han retirado la palabra, por supuesto.

—Pero ¿has dicho que volvías conmigo o de eso no has comentado nada?

—No, no me parecía prudente, quería hablar antes contigo, no sé qué quieres que digamos.

María Luisa quiso mantener la cabeza fría y recordó las palabras de Artiles.

—De momento no digamos nada, creo que es lo mejor para todos.

Fernando se acercó y la besó con pasión. María Luisa había ido con el propósito de dejar algunas cosas claras antes de dejarse llevar, pero no pudo resistirse. Se abrazaron, siguieron besándose en el sofá y cuando vio que el arrebato iba a más, se separó.

—Fernando, tú sabes que te adoro, pero hay algunas cosas que creo que debo tener en cuenta. Esta situación es muy complicada para ti, pero para una mujer, más. No debemos ir más allá en este aspecto hasta que no hayamos pedido el divorcio. Si te soy sincera, siempre me he sentido como tu amante y no quiero que siga siendo así. Hasta que no oficialicemos nuestra relación, quiero decir, hasta que no nos casemos, preferiría que no hiciéramos vida de casados.

—Por supuesto, Mori, lo entiendo perfectamente. Y te pido disculpas por mi cobardía. Dentro de unos meses por fin podremos ser marido y mujer, yo también estoy harto de disimulos, de ocultamientos, todo por mi falta de agallas. Pero lo siento, no puedo resistirme cuando estás cerca de mí.

Fernando se levantó y sirvió dos copas de champán. Bebieron un par de sorbos, se miraron a los ojos y volvieron a besarse. Así estuvieron hasta que anocheció, recuperando el aliento con el champán y besándose y acariciándose. Los iluminaba el *skyline* de Nueva York. María Luisa pensó que era el momento más feliz de su vida. Fernando empezó a acariciarle la nuca, a besarle los lóbulos de la orejas, a recorrer lentamente la espalda que su traje de cóctel dejaba al descubierto. Se abrazó a ella y María Luisa notó su erección, no era la primera vez que ocurría y ése solía ser el momento en el que ella, hasta entonces, durante todos aquellos años de amor escondido, se apartaba y no le dejaba avanzar, pero decidió seguir su máxima de los últimos tiempos y se dejó llevar. Fernando lo notó y siguió avanzando, bajó una de las hombreras del vestido y empezó a acariciarle el pecho, después a lamérselo, y fue bajando con su boca más y más abajo. Aquello era imparable. María Luisa sentía algo que nunca antes había experimentado. El sexo con José era algo físico, irresistible a veces, pero el amor, la comunión total que sentía en el instante en el que Fernando estaba dentro de ella no podía compararse a nada más. Estuvieron haciendo el amor hasta que amaneció. Pidieron el desayuno al servicio de habitaciones y continuaron hasta el mediodía. María Luisa se acordó de que había quedado con Gloria para comer, tenía que cancelar la cita. Avisaron al chófer y le dio una nota para su amiga diciéndole que no la esperara y otra para Augusta explicando que estaba en casa de unos amigos y que si necesitaba algo se lo dijera a Gloria. A media tarde, María Luisa le dijo que debía acercarse a su hotel, a recoger algunas cosas.

—Tengo que cambiarme... y allí tengo toda mi *toilet*, mi maquillaje.

—Bueno, mi amor, pero quedamos en un par de horas, para cenar. ¿Reservo en el Algonquin?

—Sí, perfecto.

—¿Allí a las ocho y media?

Se besaron y María Luisa tardó un buen rato en poder marcharse.

Para la cena en el Algonquin había elegido un vestido de Poiret. Fernando la estaba esperando en una de las mejores mesas del restaurante. Cuando la vio, se levantó, se besaron, el camarero le recogió el abrigo de visón y, cuando se dio la vuelta para recoger el tique del guardarropa, vio aparecer a Dorothy Parker con un grupo de amigos. A María Luisa no le hizo mucha gracia, quería a Fernando para ella sola, pero sabía que la pasión por la vida social de su futuro esposo podría con ello. Entre los que podía reconocer estaban Gary Cooper, Cole Porter, su amigo Ray Kelly y Peggy Guggenheim, a la que también había visto en la inauguración del Waldorf. Dorothy se acercó de inmediato a su mesa y los saludó como a viejos amigos.

—¡Qué maravilla! Pero ¿no se habían ido de la ciudad? No me digan, por favor, que van a quedarse a vivir aquí... Sería maravilloso, necesitamos gente nueva e interesante, como ustedes, esto, al final, es como un pueblo y siempre se ven las mismas caras. —Se les quedó mirando de arriba abajo un instante—. Nunca me cansaré de decirlo: son ustedes la mejor pareja que he visto jamás.

Hizo un gesto a su grupo de amigos para que se acercaran y se los presentó. Las dos personas que no conocía María Luisa eran Linda Thomas —le sonaba ese nombre, y todo se aclaró cuando la anunció como la esposa del señor Porter— y Cornelius Vanderbilt III.

—Es un placer volver a encontrarnos, hemos llegado hace un par de días, pero, por supuesto, pensábamos llamarla —dijo Fernando, ante la mirada sorprendida de María Luisa, que había entendido sólo la mitad del discurso de la Parker; a Fernando sí conseguía comprenderle, por su marcado acento español.

—Pero entonces ¿se trasladan a la ciudad? —dijo Parker.

—Sí, estamos pensando en hacerlo, en estos días empezaremos a buscar apartamento, habíamos pensado en la Quinta Avenida, ¿nos la recomienda? —contestó Fernando.

—Sí, aunque eso es demasiado convencional. ¿Quieren sentarse con nosotros? Creo que debemos introducirlos en los secretos de Nueva York —respondió Dorothy.

María Luisa apretó la mano de Fernando.

—Um, no, muchas gracias, estamos celebrando algo, sería un placer, pero podemos encontrarnos otro día —respondió él entendiendo la señal de María Luisa.

—Después iremos al Connie's, ahí sí pueden acompañarnos, ¿verdad? —dijo la Parker dirigiéndose a María Luisa.

—Sí, claro, será un placer —respondió ella sin estar muy segura de haber entendido lo que decía, pero esa frase la sabía pronunciar con soltura.

Durante la cena, Fernando y María Luisa no pararon de hacerse carantoñas y de hacer planes para el futuro. Ella decía que prefería la zona de Park Avenue o los alrededores de Central Park, Fernando se inclinaba más por la señorial Quinta Avenida. Decidieron que lo mejor era ir al día siguiente a una agencia y buscar un piso, «con dos habitaciones», apuntó ella. Fernando se rió y asintió. «Por supuesto.» Salió el tema de Cole Porter y su esposa. María Luisa le explicó la

situación y Fernando respondió con un «adoro este país». Cuando estaban a punto de pedir los postres, Dorothy se acercó para decirles que se iban ya al Connie's y que los esperaban allí. Terminaron de cenar y mientras Fernando le ponía el abrigo, le susurró: «¿Te apetece ir al Connie's?» María Luisa se dio la vuelta.

—Bueno, supongo que tendremos muchos otros días para ir —respondió coqueta.

—Pues vamos al hotel —dijo Fernando besándola.

Nada más llegar a la habitación, empezaron a besarse y a desnudarse apasionadamente. La cierta timidez del primer día se había disipado y dieron rienda suelta a todo lo que llevaban años esperando. Aquella noche durmieron un rato, abrazados. De vez en cuando se despertaban, se besaban, y volvían a hacer el amor. Se levantaron tarde y Fernando le propuso que desayunaran y fueran a la correduría de fincas, pero María Luisa le dijo que debería ir al hotel y, al menos, pasar la mañana con Gloria que, al fin y al cabo, la había acompañado.

—Bueno, si tanto te preocupa tu amiga, si quieres, venid aquí a comer y luego vamos a ver pisos —respondió Fernando.

—De acuerdo. Tengo ganas de presentártela, es un encanto.

—Nos vemos luego entonces, mi amor. ¿A la una te parece bien o no habréis tenido tiempo de comprar todo Nueva York?

—Creo que nos dará tiempo —dijo María Luisa riendo e intentando zafarse de su abrazo.

—Vale, pues aviso al chófer para que os vaya a recoger a las doce y media.

Llamó al chófer para que le subiera la pequeña maleta que había llevado con svi conjunto de Chanel de día, se cambió y, después de otra sesión de arrumacos, se fue.

De vuelta al Waldorf se sentía flotar. Era la mujer más feliz del mundo. Entró en el *hall* sin darse cuenta de que iba sin maquillar, despeinada. Pidió las llaves de su habitación, aunque no se acordaba del número.

—Sí, la señora María Luisa Alvarez; es la 1006. Hay una carta para usted.

María Luisa cogió la carta y vio que era de María Teresa. Seguro que seguía en su empeño de que no hiciera locuras, pero en ese momento no quería romper el encanto. Cuando iba hacia el ascensor se encontró con Augusta.

—Señora, he recibido un telegrama, la llevo buscando toda la mañana.

—¿Un telegrama? ¿Del señor?

—No, creo que es de España.

María Luisa lo abrió, era de María Teresa.

Ignoro si recibiste mi carta. Si no, no quedes con F. Algo gravísimo debes saber. Con amor.

María Luisa palideció y abrió allí mismo la carta de su amiga.

Queridísima:

Te escribo esperando que esta carta te llegue a tiempo. Recibí tarde la tuya en la que me contabas la decisión que habías tomado. Estaba de viaje con Álvaro en Milán, pero te envió esto por medio de la embajada para que llegue lo antes posible. No sé cómo decírtelo, pero lo que te ha contado Fernando es mentira. No doy más rodeos: él no ha tomado la decisión de separarse, Marta le ha echado de casa. Gómez de Gaspar, su padre, que ya sabes que nunca estuvo de

acuerdo con la boda, sospechó algo cuando Fernando decidió ir tan repentinamente a Nueva York y a Detroit. Contrató un detective privado y os hizo fotos en las que se veía claramente que se había encontrado contigo, lo cual hubiera sido suficiente para que esto se desencadenara. Pero, al parecer, según me ha contado una íntima de Marta, aparecéis besándoos en un barco, con las manos entrelazadas en el Oyster Bar de Grand Central, entrando juntos en el Plaza...

Como imaginarás, esto ha sido un escándalo inmenso que, de momento, no ha salido del todo a la luz. Creo que tu familia no está al tanto. Los Gómez de Gaspar, que saben cómo dar las noticias, deben de estar pensando cómo hacerlo para que el honor de la familia quede intacto. Yo, que los conozco, sospecho que no van a hacer alusión a que la separación ha sido por ti, lo que, entre nosotras, te beneficia.

No tengo más que decirte. Creo que esto es suficiente. Mi consejo es que esperes a ver cómo se desarrollan los acontecimientos y si, efectivamente, esto queda en una separación sin más, sin que te impliquen, vuelvas con fosé y, por supuesto, no le cuentes jamás nada a nadie, incluida, sobra decirlo, tu familia.

Siento de corazón que todo haya acabado así y me gustaría estar allí contigo. No te preocupes, yo te iré contando cómo se desarrolla todo. Mándame un telegrama diciendo si estarás en el Waldorf o en Cuba y escíbeme. Según lo que decidas, iré a visitarte en cuanto pueda, lo antes posible. Sabes que pase lo que pase, siempre estaré contigo.

Un abrazo con todo el cariño del mundo,

TU AMIGA

María Luisa no soltó una lágrima. Dobló la carta cuidadosamente y pidió a Augusta que fuera a avisar a Gloria y que le dijera que la esperaba en su habitación, que era un asunto urgente.

Cuando llegó a su cuarto, se sentó en el sillón que había frente a la ventana, desde el que se veía una parte de Park Avenue. Respiró hondo y, sin entender en absoluto por qué, experimentó una sensación de liberación, de alivio. En ese momento llamaron a la puerta, era Gloria.

—¿Qué ha pasado? Augusta me ha asustado —dijo la cubana.

María Luisa le entregó la carta de María Teresa y se volvió a sentar a mirar el paisaje mientras su amiga la leía exclamando cada dos por tres «¡Dios mío!», «Virgen de la Caridad del Cobre», «qué sinvergüenza».

Cuando terminó le devolvió la carta con lágrimas en los ojos y la abrazó, meciéndola.

—Mi amor, ¿cómo estás? —preguntó Gloria, que lloraba como una Magdalena.

—Pues no sé. La verdad es que es raro, pero siento como si me hubiera quitado un peso de encima. —María Luisa parecía tranquila y realmente extrañada.

—Ay, pobre... Estás bajo los efectos del *shock*.

—Quizá, pero ahora mismo siento una paz que no había tenido desde que conocí a Fernando.

Gloria la miró sorprendida. Cuando ella recibió la carta de Álvaro diciendo que todo acababa estuvo a punto de morir de pena. No podía entender esa reacción de su amiga. Lo atribuyó a la frialdad europea. Y pensó que eso no era sano, había que soltar el dolor. Patalear, llorar, gritar, como ella había hecho cuando Álvaro le envió aquella misiva tan cruel.

—Querida, creo que no debes reprimir tus sentimientos, llorar desahoga. Pero ese tipo es un hijo de mala madre. ¿Cómo ha podido hacer algo así? Ha estado a punto de destrozarte tu vida.

—No, Gloria, no nos engañemos. Lleva destrozándome la vida desde los doce años. Jugando

conmigo, haciéndome sentir insegura de su amor, casándose con otra. He llorado ya tanto por él que esto sólo puede darme serenidad. Ya está, ya ha hecho lo que en el fondo yo sabía que iba a pasar. En el fondo estaba segura de que en algún momento me la jugaría.

—Ay, mami, me tienes perpleja, es como si, de repente, te hubiera llegado una iluminación. Qué claridad en un momento como éste. Bueno, menos mal que no habías mandado el telegrama a Arturo.

María Luisa la miró muy seria y calló un instante.

—Era precisamente lo que iba a hacer ahora mismo.

—¿Cómo? —preguntó Gloria sin dar crédito a lo que oía.

—Por supuesto. Esto no es un cambio de uno por otro. Yo no estoy enamorada de José y no me voy a enamorar jamás de él. Esto al principio se puede sostener, pero cuando pase un tiempo él va a sufrir, yo también y esto es ridículo. Todo estuvo mal desde el principio, pero yo no podía pensar con claridad, el despecho me hizo equivocarme. Claro que voy a romper con él. Al menos, le debo eso.

—Pero, mi amor, cariño, ¿de qué vas a vivir?

—Pues no sé. Desde luego, mi familia no va a ayudarme. Probablemente me deshereden. Trabajaré en algún sitio. Sé francés, empiezo a saber inglés y español. No sé.

—¿Vas a volver a España?

—No, eso no. Me quedo aquí. Creo que si hablo con Alfredo García no le importará que me aloje unos días en su casa y a partir de ahí veré qué hago. Tengo algo de dinero que me dio mi padre cuando me casé, pero, eso sí, mañana mismo me voy del Waldorf.

—No, no, eso no, yo corro con los gastos y además te dejaré dinero. Cuando te hagas millonaria nos lo devuelves. Una dama no puede estar sin dinero. Arturo y yo estamos en disposición de dejarte lo que necesites, pero, de momento, yo no me pondría a trabajar. Me dedicaría a salir, conocer hombres..., una mujer como tú no tiene que trabajar.

María Luisa se rió.

—Ay, cómo eres, Gloria. ¿Te refieres a que mi trabajo ahora es el de buscar un esposo que me mantenga?

—No, un hombre que te quiera, por supuesto, acaudalado y que haga la vida fácil. En dos días, con tu belleza, tu inteligencia y tu carisma, tienes al que quieras.

—No, para eso ya tengo a José.

—Bueno, tú no te cierres al amor, que a lo mejor llega uno del que te enamoras. ¡Cómo sois las españolas!

—No, las españolas, en su mayoría, en ese aspecto, son como casi todas las cubanas.

—Bueno, pues cómo eres tú —dijo Gloria riéndose—. ¿Nos vamos de compras? Yo después de llorar y desgarrarme tras la ruptura, al día siguiente me vine a Nueva York y me gasté una fortuna. Me vino de maravilla.

María Luisa soltó una carcajada y abrazó a su amiga. Le encantaba ese carácter antillano que incluía el drama más absoluto y una frivolidad sanísima para curarlo. Se dio cuenta de que, en el fondo, ella siempre había tenido algo de eso, pero que la educación que había recibido se lo había reprimido.

—Pues claro que sí... Bueno, recuerda que ahora soy pobre.

—Tonterías, invito yo. Eso sí, me tienes que hacer caso y comprar los vestidos más escotados

y más *sexys* que encontremos. Por mucho que te empeñes, tienes que encontrar un hombre, uno que te quiera y te dé felicidad, en lo que está incluido que tenga dinero para ir de compras, por supuesto.

—Qué tozuda eres.

—No lo sabes tú bien. Pienso alargar mi estancia aquí para estar segura de que haces la vida social que esta empresa merece —dijo Gloria abrazando a su amiga y dándole un beso en la frente.

XX

Cuando Arturo recibió el telegrama le dio un vuelco el corazón. En el fondo de su ser pensaba que el encuentro entre Fernando y María Luisa iba a ser un desastre. Ella era inteligente y estaba convencido de que llegaría el desencanto antes o después. Una cosa era una relación casi platónica y otra el día a día. Pero lo que no sospechaba era la reacción que había tenido su ya amiga.

Entrega la carta a J. Todo ha acabado con F. Te escribiré contándote. Gracias por todo.

El texto le dejó perplejo, pero en el fondo le pareció que era lo más honesto. Esa mujer tenía agallas. Afortunadamente, él le había recomendado que en su nota de despedida no mencionara en ningún momento a Fernando. Se le encogió el corazón pensando en que ahora tenía que entregarle aquella carta a José. Por supuesto, no debía hacerlo en persona. Él tenía que leerla solo, después ya iría a consolarle, a emborracharse juntos y a pasar el duelo al estilo cubano. Llamó a su chófer, le pidió que entregara en mano —insistió en que «en mano»— la misiva al señor Rodríguez y se sentó en la mecedora del porche, a pensar en cómo María Luisa y José podrían haber sido felices. Al fin y al cabo tenían los mismos valores y eso era esencial para que una pareja funcionara.

Cuando el chófer llegó a Pinar del Río, encontró a José con Timoteo, sentados en el porche.

—Señor, le traigo esta carta del señor Artiles.

—¿Del señor Artiles? ¿Ha pasado algo?

—No sé, don José, él me ha pedido que se la entregara en mano.

José y Timoteo se alarmaron. Lo lógico era que Artiles se hubiera acercado a decirle lo que fuera. En Pinar del Río no tenían teléfono, pero no entendía qué significaba esa carta.

La abrió y reconoció la letra de su mujer. Se levantó sin decir nada y se fue hacia el estanque, sin empezar a leer. Se tumbó en la hamaca y comenzó a ver qué decía. En el fondo, casi no necesitaba leerla, se temía su contenido.

Mi querido José:

No puedes hacerte idea del dolor que me produce escribirte esta carta.

José dejó de leer y estuvo a punto de tirar el papel al estanque, con eso tenía suficiente. Había sucedido lo que sabía que antes o después pasaría. Pero la curiosidad pudo con él.

De hecho, no he querido que te llegara hasta no estar absolutamente segura de que debía dar este paso. Se la dejé a Arturo al irme y quedé en mandarle un telegrama si pensaba que debía entregártela.

Creo que no hace falta que te diga mucho más. Tú eres un hombre inteligente y sensible, y siempre, por mucho que yo me empeñara en hacer como que éramos un matrimonio real, has sabido que eso no era así. Para mí hubiera sido muy fácil mantener esta situación. Tú eres un hombre maravilloso que me ha cuidado, me ha protegido, me ha amado con toda su alma y me ha permitido cosas que pocos hombres, sólo los de verdad como tú, podrían aceptar. Con el tiempo, con tu actitud en todo en la vida y a medida que he ido conociéndote más, he aprendido a quererte, a admirarte y a tomarme en serio, con tu ejemplo, valores que antes pasaba por alto y que ahora considero esenciales: la lealtad, la honestidad, la generosidad.

Como imaginarás he estado pensando mucho tiempo en todo esto. Pero un revulsivo que creo que ha hecho acelerar todo ha sido la posibilidad de que estuviera embarazada. Eso, por mi parte, hubiera hecho que ya no hubiera marcha atrás y que tuviéramos que vivir a medias, tú sabiendo que yo no estaba entregada como debería y yo sufriendo por ser incapaz de darte lo que necesitas.

Durante esos días en los que mi cuerpo estaba enfermo del dolor que me producía no poder sentir lo que querría, pensé que tú, en mi lugar, harías exactamente lo mismo. Serías incapaz de mantener un matrimonio que no sientes de verdad como tal y de agarrarte a la seguridad, la vida cómoda y la certeza de que el otro te ama incondicionalmente. Yo sé que tú has sufrido, yo también (aunque, no nos engañemos, obviamente menos que tú), aunque tu dolor me hacía desgarrarme por dentro.

No voy a caer en el tópico de decir que creo que esto es lo mejor para los dos. Desde luego sé que para mí sí. No puedo vivir en un engaño ni engañándote, haciendo de perfecta esposa cuando no siento lo mismo que tú. Pero, sinceramente, creo que no te mereces estar con alguien que no tiene los mismos sentimientos por ti y que te roba la oportunidad de estar con una mujer (y sé que no te faltarán) que se vuelva loca por todo lo que puedes darle.

Quizá es un acto de cobardía (de tu valor aún no he aprendido lo suficiente) decirte esto por carta, pero me sentía incapaz de hacerlo en persona. Sé que cuando pase un tiempo podremos vernos y hablar, si tú consigues perdonarme.

También quiero decirte que, por supuesto, nos divorciaremos legalmente (si la ley se acaba aprobando). No quiero nada material de ti. Nada me pertenece. Me conoces y creo que sabes que no iba a reclamarte nada, pero quería decírtelo para que no haya ninguna duda.

Te quiero, tú lo sabes, pero no como tú mereces.

Con todo mi dolor y mi amor,

MARÍA LUISA

José dobló la carta cuidadosamente y el llanto sordo que había brotado mientras leía esas palabras se convirtió en uno convulso. En ese momento comprendió exactamente lo que significaba que a uno se le partiera el corazón. Tenía un dolor físico en esa parte de su cuerpo, como si se lo estuvieran desgarrando. Le invadió una sensación de desolación, de soledad, de desamparo que jamás había experimentado. Timoteo se acercó hacia el estanque, pero vio cómo estaba José y se alejó cautelosamente. No hacía falta que nadie le explicara el contenido de la

carta, estaba claro y sintió haber sabido siempre que esto acabaría ocurriendo, aunque pensaba que sería más tarde.

José se quedó en el estanque hasta que anocheció. El llanto era incontrolable. Gladys estuvo a punto de ir a avisarle para la cena, pero Timoteo la paró. Le dijo que el señor había tenido un problema y que le dejara solo. José durmió aquella noche en la hamaca. En el fondo sabía que, efectivamente, desde un punto de vista racional, aquello era lo mejor. Pero no podía evitar sentirse como cuando, de pequeño, su madre le dejaba en casa para irse a trabajar y él, por un extraño resorte, pensaba que nunca más volvería a por él. El dolor de ese instante era un eco de ese sentimiento que había olvidado. Y la idea de no volver a ver a María Luisa le parecía imposible.

A la mañana siguiente, después de no haber dormido prácticamente, subió a su habitación. Cuando vio todas las cosas de su esposa colocadas cuidadosamente en el tocador, le asaltó otro brote de llanto. En ese momento llamaron a la puerta. Era Gladys.

—Señor, ¿puedo entrar? El señor Artiles le espera abajo.

—No, no entres, Gladys. Dile que suba, por favor.

—¿Le va a recibir en la habitación? —preguntó extrañada.

—Sí, dile que suba.

Arturo abrió la puerta y abrazó a su amigo como un padre que consuela a su hijo. José empezó a sollozar y entonces Arturo entendió que realmente estaba destrozado, el José Rodríguez que él conocía jamás le habría recibido en esas condiciones, le hubiera dicho a Gladys que le pidiera que se fuera. Pero estaba claro, necesitaba consuelo.

—¿Tú crees que es un arrebato, que se ha asustado por la responsabilidad del embarazo y que va a volver? —dijo José, consciente de que, aunque lógicamente su amigo no habría abierto la carta, María Luisa le había contado el contenido antes de irse.

—No, José, eso pensé yo cuando me contó lo que estaba pensando, por eso le recomendé que se fuera unos días y, en soledad, meditara, para estar segura de que no era un arrebato. Pero acepta que las cosas son así.

—¿Cómo puede hacerme esto?

—José, tú eras consciente de cuál era la situación. Y mejor que haya sido ahora que después de haber tenido hijos, por ejemplo.

—No, si hubiéramos tenido hijos, esto no hubiera pasado.

—¿Y preferirías estar con una mujer que sabes que no te quiere realmente?

—Sí.

—Eso lo dices ahora. Deja pasar el tiempo y verás como todo se diluye. Estos días te vas a venir conmigo a casa y mientras, voy a dar orden de que recojan todas las cosas de ella. ¿Te decía si vuelve a España o se queda en Nueva York?

—No, no decía nada.

—Bueno, yo me ocupo de eso. Tú ahora tienes que estar tranquilo, de momento, lejos de esta casa.

A más de dos mil kilómetros de allí, María Luisa intentaba estar alegre y olvidarse de todo

con las bromas de su amiga. El día anterior, durante esa terapia de mañana de compras, se probó los vestidos más provocativos que encontraron en Sacks. Gloria, incluso, consiguió que aceptara que le regalara uno de ellos. De satén, con un escote en pico que le llegaba hasta el esternón, los brazos al aire y la espalda desnuda, con un drapeado que llegaba prácticamente al coxis. Pero María Luisa no estaba allí. Sonreía al director de la tienda, con el que Gloria coqueteaba descaradamente, pero no paraba de pensar en José, en cómo iba a sentirse cuando recibiera la carta. Una punzada de dolor la acompañaba persistentemente. El director del establecimiento las invitó a comer, pero María Luisa dijo que estaba cansada, que se iba al hotel, aunque insistió en que Gloria se quedara. En un aparte, su amiga le dijo que no, que ella no iba a dejarla sola.

—No, de verdad, Gloria, me apetece estar sola, echarme un rato, pensar tranquilamente.

—¿Estás segura? Hombre, la verdad es que es clavadito a Clark Gable... He visto que no lleva anillo, está soltero y pensé en ti. Pero no, no es suficientemente millonario. Para un *affaire* está bien, pero no para lo que nosotras queremos para ti.

—Lo que tú quieres para mí —rió María Luisa—. Diviértete.

María Luisa, efectivamente, quería estar sola, pero también llegar a tiempo para darle una nota al chófer de Fernando, que tenía que ir a recogerlas para llevarla a ella y a Gloria al Plaza. Cuando llegó al hotel se encontró con el conductor esperando en la puerta. Le pidió que esperara un momento, pidió papel en la recepción, sacó su pluma Parker del bolso y escribió una nota.

Me he enterado de todo. No quiero volver a saber nada de ti en toda mi vida. Que tengas suerte, la vas a necesitar.

MARÍA LUISA ÁLVAREZ ALONSO

P. D.: Sé que, ignorando mis sentimientos, intentarás disculparte, convencerme y ponerte en contacto conmigo. Si alguna vez me has querido algo, no lo hagas. Es lo único que a lo largo de más de diez años te he pedido.

Se la entregó al chófer, que se quedó desconcertado.

—¿No la llevo al Plaza, señora?

—No, pensándolo mejor lléveme a la Quinta Avenida, a esta dirección —le dijo entregándole la tarjeta de Alfredo García.

XXI

La semana que transcurrió desde que María Luisa había mandado el telegrama hasta que Gloria se marchó fue una mezcla de emoción de novedad adolescente (con Gloria era imposible parar, cuando no había una fiesta, tenían un cóctel, o si no una presentación), de tristeza por el dolor de José y también, una vez calmada la ira, por la pérdida y la traición de Fernando, de una sensación de libertad que nunca había experimentado. Por primera vez en su vida podía hacer lo que quisiera, tomar el rumbo que prefiriera, y eso la mantenía en un agradable estado de excitación.

Durante todo ese tiempo, María Luisa recibió ramos de flores, una pulsera de topacios, enormes cajas de *marrons glacés*, todo ello acompañado por notas de Fernando que ella devolvía sistemáticamente. Llegó un momento en el que dio orden en recepción de que cualquier cosa que le llegara de don Fernando Aguirre la devolvieran a su destinatario, sin notificarle a ella siquiera que la habían recibido.

En ese tiempo había tenido algunos momentos difíciles, como el de escribir la carta a sus padres diciendo que se había separado, pero que no se preocuparan, que se quedaba a vivir en Nueva York. Por María Teresa, que le había mandado un telegrama notificándoselo, sabía que la noticia oficial sobre la separación de Fernando y Marta no la mencionaba. Pero ella quiso hacer hincapié a su familia sobre el asunto de que Fernando no tenía nada que ver en ello, aunque, después de separarse había intentado que volvieran a ser novios. No les contó más detalles, pero no quería que su imaginación volara. Los cabos eran fáciles de atar.

Una vez arreglado ese asunto, quedaba el problema de Augusta. Decidió que lo mejor era mandarla a España para que volviera a trabajar en Villa Radis. No tenía claro cómo iba a mantenerse, así que tener una doncella le parecía una frivolidad.

Cuando despidió a su fiel Augusta en el muelle tuvo la certeza de que ya era dueña de su vida. El pasado zarpaba rumbo a España. Durante aquellos días, María Luisa estaba cada vez más conectada en la sociedad neoyorquina. Alfredo García, al que había contado con detalle todo lo ocurrido, se ofreció a alojarla en su casa todo el tiempo que quisiera y, por supuesto, se encargó de que todo el mundo, especialmente Dorothy Parker, que era la mejor manera de hacer que una noticia corriera, supiera el tipo de hombre que era Fernando Aguirre.

De la mano de García y de Arwine se introdujo en el ambiente de los anticuarios de arte oriental. Ella insistió en retrasar un poco el encuentro con el mítico Arthur Dilley; quería poner en práctica sus conocimientos teóricos, que cada vez eran mayores gracias a las lecciones de sus

amigos, así que visitaron las tiendas más famosas de la ciudad, como las de Dikran Kelekian, Hagop Kevorkian, S. Kent Costikyan o H. Michaelyan. Arwine insistía en que el tacto era esencial para saber si una alfombra era antigua o no. En la tienda de Kelekian, una de las primeras que visitaron, Arwine hizo de maestro.

—La mayoría de la gente piensa que es una cuestión de si tienen más o menos nudos, pero no. El tacto es lo que importa. La buena lana es casi como terciopelo y los nudos sólo sirven para saber su procedencia. Si son asimétricos, como éstos, se trata de una alfombra persa; si los tiene simétricos, es turca. Cierra los ojos y toca ésta —le dijo mientras acercaba la mano de María Luisa hacia una de ellas—. Y ahora toca ésta. ¿Cuál es la buena?

—La segunda —respondió ella, como si estuviera en clase.

—Estupendo. Eres una buena alumna.

Durante esos días fueron a algunas subastas. El crack había hecho que muchos de los pequeños coleccionistas que habían comprado ese tipo de textiles por moda vendieran sus colecciones a precios de ganga. Era uno de los mejores momentos para adquirir buenas piezas que las familias que habían conservado su fortuna comprarían sin problema.

María Luisa estaba deseosa de ir a la fiesta de los Vanderbilt de la que Alfredo le había hablado unas semanas atrás. Era uno de los grandes acontecimientos sociales del año y además no quería perderse la colección de piezas orientales de las que tanto había oído hablar. Mientras tomaban champán de estraperlo tirados en los cojines del salón de fumadores, Arwine preguntó a María Luisa si no se había planteado entrar en el negocio de los textiles.

—Disculpe la indiscreción, pero Alfredo me ha contado su situación y yo, si usted me lo permite, y no quiero que se ofenda, pues realmente lo hago como un negocio, le ofrezco hacerle un préstamo para que pueda iniciarse. Estoy seguro de que con su olfato, sus conocimientos de arte y su buen gusto, me lo va a poder devolver en pocos meses.

María Luisa se quedó callada pensando en el asunto. Lo cierto es que el tema le apasionaba y, sí, había demostrado que entendía bastante.

—Le propongo un trato. Acepto encantada su ofrecimiento y se lo agradezco de corazón, realmente estoy en una situación difícil. Pero le pongo una condición, se lo devolveré en el plazo máximo de seis meses y usted tendrá un diez por ciento de comisión.

—¿Ocho meses y un cinco por ciento? —negoció Arwine, que estaba acostumbrado a regatear con los vendedores del alfombras, pero al contrario.

—Siete meses y un siete por ciento. ¿Cerramos el trato? —María Luisa le ofreció su mano para sellarlo como caballeros—. Eso sí, de vez en cuando tendré que molestarle para que me asesore.

—Por supuesto, será un placer y una forma de asegurar mi inversión, claro —bromeó—, pero me temo que en poco tiempo tendremos que estar negociando en serio, tiene usted una intuición muy especial para captar lo bueno.

—Y también lo malo —bromeó María Luisa con malicia, al ver que se acercaba por enésima vez Cornelius Vanderbilt III, que estaba absolutamente prendado de ella, pero que a María Luisa, como ya había comentado confidencialmente con Arwine y García, le parecía un tonto petulante.

—Sí, pero millonario —apuntó Alfredo—. De acuerdo, de acuerdo, eres una mujer con principios. Ay, qué tontas sois algunas. Iba a estar yo trabajando si encontrara a un millonario que bebiera los vientos por mí.

Después de aquella conversación con Arwine, que los había tenido un poco apartados del resto de la fiesta, Alfredo la cogió del brazo y le susurró «vamos a hacer un poco de vida social, que tú ahora la necesitas». Se acercaron al grupo en el que estaba Dorothy Parker, rodeada de un par de parejas que María Luisa no conocía, y Alfredo hizo las presentaciones pertinentes. A María Luisa le extrañó que la Parker no la saludara con la efusividad que hasta entonces había demostrado hacia ella. Y tampoco le pareció normal la frialdad con la que la recibieron sus cuatro acompañantes. Pero pensó que era una impresión suya.

—Bueno, Dorothy, ¿qué estabais tramando? —preguntó Alfredo.

Todos callaron un instante y ella respondió titubeante.

—Oh, nada importante...

—Estábamos organizando un fin de semana en los Hamptons, en nuestra casa —respondió uno de los hombres presentes, ante la mirada asesina de su mujer.

—¿Para cuándo? Podríamos apuntarnos, ¿no, María Luisa? —dijo Alfredo con toda naturalidad.

—Bueno, no sé si habrá sitio —respondió Dorothy, bastante seca.

Alfredo la miró fijamente y también al resto de los presentes. No hacía falta ser muy intuitivo para adivinar que los estaban evitando.

—Bueno, veo que será un fin de semana multitudinario, teniendo en cuenta que la mansión de John y Cindy consta de veinte habitaciones. Perdonadnos, veo ahí a Cole y a Linda, vamos a ir a saludarlos —dijo Alfredo sin intentar ocultar su enfado.

Cuando se alejaron, María Luisa le preguntó qué pasaba. La conversación era en inglés y, aunque lo dominaba bastante mejor, no había entendido exactamente de qué hablaban, pero sí tenía claro que algo raro ocurría.

—Nada, tampoco me sorprende. Te has convertido en un peligro. Una mujer espectacularmente guapa y sin pareja —dijo Alfredo intentando ser delicado.

—No sigas: arruinada y que, para colmo, no pertenece a una de las grandes familias de la ciudad. Pensarán que estoy buscando marido o amante. En fin, creo que mi vida social se va a limitar bastante, me parece que no me van a invitar a muchas fiestas —dijo ella con ironía.

—Qué lista eres.

—En Madrid ocurriría lo mismo, pero pensaba que aquí la gente era más abierta.

—No, *darling*, en todas partes pasa lo mismo. Si fueras millonaria no habría problema, pero una mujer guapa, soltera y sin un patrimonio se convierte inmediatamente en una supuesta cazafortunas y eso pone en alerta a las mujeres casadas y a las solteras más. Bueno, no, creo que las que tienen marido están más a la defensiva, no quieren que les quiten su puesto de trabajo —bromeó Alfredo.

Ambos soltaron una carhada.

—Pero no te preocupes, al final, el círculo donde te van a recibir con los brazos abiertos es el más divertido. Vamos a charlar con Cole y Linda, ellos no tienen ese tipo de problemas. Creo que en el ambiente donde vas a tener que moverte no vas a encontrar marido, los gustos de los hombres van por otro lado, aunque te vas a divertir más que con la rancia sociedad neoyorquina. De todas formas no te preocupes, en cuanto hagas una fortuna con tus negocios, dejarás de ser una amenaza. Es una cuestión de dólares, nada más —dijo Alfredo divertido, mientras se acercaban a saludar a Cole y Linda que, efectivamente, los recibieron con la misma calidez de

otras veces.

XXII

La mañana en que Gloria volvía a La Habana, bajaron ambas a recepción a pagar la cuenta. El chófer de Alfredo García las estaba esperando para llevar a Gloria al puerto y a María Luisa a casa de García. Cuando el recepcionista la vio, le dio un telegrama. Ella estuvo a punto de devolvérselo, pensaba que era de Fernando. Pero vio que venía de Cuba. Lo abrió, era de José.

He abierto una cuenta a tu nombre en el National City Bank, sólo tienes que ir a firmar para formalizarla. Te envío doscientos cincuenta mil dólares, además de tres mil dólares anuales, durante el tiempo que estimes necesario; es la renta aproximada de un piso grande en Central Park. No me lo agradezcas. Es lo justo.

JOSÉ RODRÍGUEZ

María Luisa le dio el telegrama a Gloria mientras las lágrimas le empapaban la cara.

—Este hombre no puede ser más bueno —murmuró Gloria, acariciando la cabeza a su amiga.

—Sí, es maravilloso, pero no puedo aceptarlo —dijo María Luisa, entre hipidos.

—¿Cómo que no? —contestó Gloria, indignada—. Tú necesitas ese dinero, mi niña. Una mujer sola, separada, no es nada sin dinero y tú necesitas estar en la mejor posición posible dentro de la sociedad neoyorquina. Tener una buena casa, poder invertir en arte oriental o el que te dé la gana, gastar dinero en ropa. El dinero atrae al dinero. Si quieres, dile que se lo vas a devolver. Si te quedas más tranquila. Yo sé que en poco tiempo vas a tener aún más. Así que escríbele una nota diciéndoselo y yo se la llevo. Pero vete al banco ya.

—Tienes razón. Intentaré gastar lo menos posible y yo creo que las inversiones me irán bien. Tampoco me sentía muy a gusto con que Arwine me prestara nada. Sí, es un buen consejo, pero se lo devolveré.

—Conociéndote, estoy segura de ello, y con intereses —bromeó Gloria.

Cuando María Luisa llegó a casa de Alfredo García, él y Arwine la estaban esperando con un enorme ramo de gardenias y una botella de champán. Alfredo le enseñó sus aposentos: un dormitorio con salón y baño privado. Y se acomodaron en la sala turca, que era la favorita de Alfredo. María Luisa les contó los últimos acontecimientos, sin poder reprimir las lágrimas.

—Eres muy afortunada, pero es normal. Eres una mujer extraordinaria y él lo sabe. Pero de devolverle el dinero nada, eso sería una ofensa para José —dijo Alfredo.

—Disiento, me parece muy noble por parte de María Luisa que no quiera estar en deuda con él y, por lo poco que la conozco, sé que va a sentirse mejor. ¿Me permite un consejo? —preguntó

Arwine.

—Por supuesto, ya sabes que confío plenamente en tu criterio. Vamos a tutearnos, por favor, que ahora seremos compañeros de negocios.

—Encantado. Bien, pues yo invertiría el dinero del alquiler de la casa en viajar. Lo interesante de este negocio y donde realmente se hace dinero es comprando las piezas directamente en los países donde se producen.

—Pero ¿estás loco?, ¿cómo va a ir a esos sitios una dama sola? Y menos una mujer como María Luisa —le interrumpió Alfredo, escandalizado.

—Bueno, yo creo que ella tiene agallas para eso, pero en algunos viajes yo me ofrezco a acompañarla, especialmente al principio. Como colegas de negocios, por supuesto, no me entiendas mal —dijo Arwine queriendo dejar las cosas claras.

—Arwine, eres un genio. Me parece una idea magnífica. Efectivamente, por mucho que me asesores, si pudieras acompañarme sería perfecto.

—Claro, tampoco hace falta ir a los sitios más peligrosos. Marruecos, Estambul, Persia son lugares seguros y donde podemos encontrar piezas magníficas casi regaladas. Te lo aseguro, puedes hacer una fortuna.

Con sus nuevos proyectos en mente, María Luisa se sentía más segura. Pidió a sus amigos que fueran esa misma tarde a la tienda de Dilley. Arwine, por supuesto, le había hablado de esa dama española que sentía la misma pasión que ellos por los textiles exóticos. Pero, como buen caballero, no había hecho ninguna referencia a su increíble belleza. María Luisa se puso uno de sus mejores conjuntos de tarde, de Chanel y se acicaló para la ocasión. No quería dar la impresión de que se había arreglado demasiado. Se maquilló discretamente y optó por unos zapatos de tacón mediano. Pero daba igual, el efecto era igual de impactante.

Cuando entraron en el local de Park Avenue, Dilley los estaba esperando. Se quedó boquiabierto ante la presencia de María Luisa e instintivamente miró a su amigo como reprochándole que no le hubiera advertido del atractivo de esa española que él, sin saber por qué, había imaginado bajita, rellena, morena y sin encanto. Su cierta misoginia le impedía imaginar que una beldad como ésa se pudiera interesar por algo que no fuera la cosmética y las joyas.

Se acercó ceremonioso a sus invitados y besó la mano de María Luisa con delicadeza.

—Encantado de conocerla, Arthur me había hablado mucho de usted, pero, sinceramente, la imaginaba de otra manera —dijo Dilley espontáneamente.

—¿De otra manera? ¿Cómo? —preguntó Alfredo, malicioso.

Dilley se sonrojó un instante, pero mantuvo la compostura.

—Morena, por supuesto. Aquí todos pensamos que las españolas son morenas de ojos negros —bromeó Dilley.

Arturo fue a traducirle a María Luisa la conversación, pero ella hizo un gesto con la mano; lo había entendido. Sonrió a Dilley y en un inglés rudimentario le dio las gracias por recibirlos y le dijo que había aprendido muchísimo gracias a su libro.

Después de mantener una charla informal de cortesía, en la que Dilley contó algunas de sus aventuras en su reciente viaje a Samarcanda, María Luisa le pidió que le enseñara sus piezas.

—María Luisa está interesada en empezar una colección y en introducirse en este negocio. En unas semanas viajaremos a Marruecos y a Turquía, así que ten cuidado, que estás ante una seria competidora —dijo Arwine.

—Eso es estupendo, no podría tener usted mejor maestro. Dentro de tres semanas tengo previsto ir a Estambul, pero, bueno, quizá... —las palabras de Dilley sonaban confusas; pensaba que había metido la pata. Lógicamente, si iban a ir juntos quería decir que había algo entre ellos, era evidente que preferían estar solos.

—No, no es lo que piensas. Van como socios —se apresuró a aclarar Alfredo, divertido.

María Luisa le pidió que le tradujera la conversación, no acababa de entenderla. Alfredo, prudente, le dijo que se lo explicaría después.

—Bueno, pues empecemos a ver piezas, ¿o mejor debería decir que comencemos el examen? —comentó Alfredo jocosamente.

—Sí, por favor. Efectivamente, me gustaría comprobar si de verdad he aprendido lo suficiente. ¿Puedes pedirle al señor Dilley que me muestre distintas piezas, unas antiguas y otras no, para poder distinguirlas? —pidió María Luisa, que estaba ansiosa por empezar.

Dilley rebuscó entre el material de la tienda. Comenzó sacando un par de *suzanis*.

—¿Cuál es de Bujará y cuál de Samarcanda, querida? —preguntó Dilley con dulzura. No conseguía tomar con naturalidad la presencia de María Luisa.

Ella los miró detenidamente, se fijó en los diseños y rápidamente contestó.

—Los dos son de Samarcanda.

Los tres se miraron, rieron y Alfredo la besó en la frente.

—Te adoro, *darling*. Y tú, Arthur, eres pérfido —se rió—. Pero no sabes con qué mujer estás hablando.

—Me gustaría ver algunas alfombras, no sé si tengo claro si puedo distinguir entre alguna anterior al XVIII y otra que esté tratada con tintes de anilinas —rogó María Luisa, orgullosa de haber pasado la prueba.

—Déjame que las elija yo, por favor —pidió Arwine.

Le mostró cuatro alfombras y María Luisa las tocó, les dio la vuelta y fue seleccionándolas.

—Esta no es antigua —dijo segura.

—¿Podría decirme por qué lo ha notado? —preguntó Dilley.

—Por los tintes. Ese rosa y ese rojo brillante sólo pueden conseguirse con anilinas. En cambio, el granate de ésta y de aquélla es típico de los tintes naturales, seguramente será uno de cochinilla —contestó María Luisa como una alumna aventajada—. Las dos antiguas, por los nudos, son persas, y ésta creo que es turca, pero no estoy del todo segura.

Arwine le tradujo todo a Dilley y se apresuró a contestar a su pupila.

—Magnífico, te puedo decir que sabes más que muchos de los que se llaman coleccionistas. Ésta no es turca, es persa, pero tiene un tipo de nudo distinto, pero eso ya es de grandes expertos. In situ podrás verlo mejor. —Arwine hablaba satisfecho, mirando a Dilley, que no entendía nada pero imaginaba lo que estaban diciendo.

Estuvieron toda la tarde en la tienda, tomando café turco y charlando. María Luisa aprovechó para plantear todas las dudas que la teoría le había suscitado y Dilley se lo explicó con detalle.

Cuando empezaba a anochecer y, después de casi cinco horas de conversación, Dilley los emplazó para una comida en su casa dos días después. Al despedirse, cogió entre sus manos las de María Luisa y le dijo: «Debo rectificar esa declaración que me dio tantos problemas: las mujeres sí tienen sensibilidad para apreciar las alfombras. En la próxima entrevista que me hagan lo diré públicamente y, desde luego, voy a citarla, si me lo permite.»

Ella sonrió y respondió con un «*It's my pleasure*», que no estaba segura de si era adecuado como respuesta, pero era una frase que le encantaba y que suponía que resultaba suficientemente explicativa.

Los tres salieron de la tienda pletóricos. María Luisa no se había sentido tan feliz y tan orgullosa de sí misma en su vida. Tenía la sensación de que se abría una etapa nueva que se salía totalmente de los planes que se había trazado en su vida, pero que era su verdadero destino.

Durante los días siguientes, Alfredo lanzó una ofensiva de relaciones públicas perfecta. Se encargó de que todo Nueva York se enterara de que María Luisa había recibido una fortuna. No contó la verdad, sino que explicó que había sido por una herencia, y también quiso que todo el mundo supiera que iba a dedicarse al negocio de los textiles orientales. Por una parte para ayudarla a la hora de venderlos, pero también para que quedara claro que no necesitaba un hombre que la mantuviera. Que ya no era una amenaza.

A los pocos días, Dorothy Parker la llamó para invitarla a uno de los grandes acontecimientos de la temporada: el estreno en el Mayfair Theater del *Frankenstein* de James Whale, protagonizado por Boris Karloff. A Alfredo, en un principio, no le sentó muy bien.

—A mí no me ha invitado, parece que me has ganado en popularidad —dijo medio en broma, medio en serio—. Pero estaré encantado de acompañarte, por supuesto, creo que ya me he convertido oficialmente en tu *chevalier servant*.

En el cóctel previo a la proyección, María Luisa tuvo un recibimiento de estrella. Dorothy Parker no se separó un momento de su lado y Alfredo no paró de soltar indirectas sobre cómo se alegraba de que ella y su amiga hubieran recuperado su «gran amistad».

—La última vez que nos vimos, en la cena de los Vanderbilt, te noté un poco fría, querida —le dijo a la Parker con retintín.

—Oh, mi amor, eres tan susceptible. Tenía un terrible dolor de cabeza, pero tú sabes que os adoro a mi amiga española y a ti —contestó abrazándolos.

—Nunca lo he dudado —el tono de Alfredo dejaba claro que pensaba exactamente lo contrario.

Después del estreno, la mayoría de los invitados se fueron al Plaza a tomar una copa. Allí estaba Dilley acompañado por dos amigos a los que se veía deseosos de ser presentados.

—Ya sabía que la encontraría aquí, me lo había dicho Whale, que, por cierto, no sé si ha hablado con usted, pero creo que la había visto hace tiempo en la fiesta de inauguración del Waldorf y se había quedado prendado con su belleza. Creo que quiere ofrecerle un papel —dijo Dilley mientras le sujetaba la mano más tiempo de lo normal.

—No, no me lo han presentado, pero me voy en unos días de viaje. Y ser estrella de Hollywood no está entre mis planes —respondió ella, retirando delicadamente el brazo.

—Permita que le presente a dos amigos, también son coleccionistas de arte oriental. Como usted, leyeron mi libro y vinieron a visitarme. Creo que van a congeniar. Arthur Gale y el antiguo coronel, ¿o debería decir coronel?, Roy Winton.

—Encantado, es un honor. Su fama se ha extendido por todo Nueva York, estaba ansioso por conocer a la misteriosa dama española experta en nuestra pasión. Y, permítame decirle, que si usted quisiera, podría convertirse en una gran estrella de cine. Tiene el físico y, según he oído, la inteligencia para hacer una gran carrera —dijo Winton ceremoniosamente.

—Roy sabe del asunto, le advierto. Es el director de la Amateur Cinema League, un grupo

que produce el cine más interesante que se hace actualmente —apuntó Dilley.

—Bueno, es cine de vanguardia, muy minoritario, no tiene que ver con el de Hollywood, pero nos encantaría que viniera a alguna de nuestras reuniones.

—Por supuesto, será un placer. El cine es una de mis aficiones favoritas y, como bien sabe el señor Dilley, me apasiona conocer cosas nuevas —respondió María Luisa, realmente interesada.

Pasó el resto de la fiesta hablando con Dilley, Winton y Gale. Dorothy se acercó un par de veces para que la acompañara porque quería presentarle a algún Rockefeller o porque Peggy Guggenheim quería hacerle una consulta sobre una alfombra que acababa de adquirir. María Luisa, por no ser descortés, se acercaba un momento, pero al instante volvía con el grupo de coleccionistas. Alfredo la cogió un instante del brazo y la apartó del grupo cuando la fiesta estaba ya decayendo.

—Disculpen, voy a robarles un segundo a esta dama, debo hacerle una confidencia —dijo sonriente.

—Querida. Ésta es tu fiesta. ¿Qué haces hablando con esos tres vejestorios? Tienes que lucirte, socializar. Es tu gran momento —le dijo Alfredo, casi enfadado.

—De verdad, no tengo ningún interés y además, tú lo sabes, cuanto menos caso haces a la gente, más quieren estar contigo. No te preocupes. No me interesan esas conversaciones, Winton es un personaje interesantísimo y me lo estoy pasando de maravilla —respondió ella acariciándole la cara con cariño.

—Eres un caso perdido. En fin, qué le vamos a hacer, sigue con tus nuevos amigos, pero te advierto que todos los hombres de esta fiesta están locos por conocerte y algunos de los solteros más cotizados, por los que yo daría la vida, te pedirían matrimonio hoy mismo. Qué injusta es la vida —se lamentó Alfredo.

María Luisa se rió, se dio la vuelta y volvió con su grupo. Alfredo se acercó, alterado, y les dijo: «Que sepan que están ustedes destrozando la vida social de esta jovencita. Lo dejo bajo su responsabilidad.»

Los tres se quedaron atónitos, miraron a María Luisa y Dilley se apresuró a contestar.

—Lo siento, es verdad. Estamos acaparándola con nuestras tonterías. Por favor, no se sienta obligada a quedarse aquí, por supuesto, disfrute de la fiesta. Su amabilidad nos abruma.

—Por favor, no hagan caso a Alfredo, que me sobreprotege. Estoy disfrutando muchísimo de su conversación —contestó María Luisa—. Y Alfredo, querido, estoy trabajando, me están recomendando algunas de las tiendas más interesantes del bazar de Estambul. Ahora mismo, el viaje es mi prioridad. Eres un amor, pero diviértete y no te preocupes por mí.

—De acuerdo, pero recuerda que yo soy tu acompañante —dijo Alfredo tirando la toalla y haciéndose el ofendido, mientras se alejaba para saludar a un joven apuestísimo al que llevaba un rato sin quitar ojo.

XXIII

Un año después de aquella conversación en la sala turca de Alfredo García, María Luisa recibía a María Teresa en su piso de Central Park. Las dos amigas se abrazaron y María Teresa empezó a reírse, después de ver por encima del hombro de su amiga la decoración del *hall*.

—Querida, parece que te has tomado en serio el asunto, Dios mío, parece que estamos en Estambul.

María Luisa soltó una carcajada, cogió a su amiga de la mano y la llevó por el pasillo, que estaba lleno de textiles colgados de las paredes, lámparas orientales y alfombras persas.

—Bueno, tú ya sabes que si me meto en algo, me meto a fondo.

Cuando llegaron al salón, María Teresa se echó las manos a la cabeza.

—Pero esto es una maravilla, querida, pienso imitar punto por punto esta decoración. Ya me habían dicho que era lo último aquí, pero es que el resultado es perfecto.

—Bueno, no sé qué opinará Álvaro al respecto.

—Álvaro hace lo que yo diga. Es la ventaja de la culpabilidad —sonrió amargamente María Teresa.

Se quedó mirando a María Luisa fijamente, de arriba abajo, y le dijo: «Estoy tan orgullosa de ti. Yo no hubiera sido capaz de ser así de valiente.»

—Bueno, las circunstancias me han llevado a esto y he tenido suerte.

—¿Suerte? Te lo has ganado a pulso. No se consigue estar en los círculos más influyentes y hacer que los hombres de negocios te hablen de tú a tú sólo con suerte. Y además, tengo que decírtelo, porque lo he pensado muchas veces, en tu caso, tu belleza ha sido un elemento en contra. Yo lo hubiera tenido más fácil, los hombres no me ven como una presa, no me tratan como a una diosa sin cabeza, pero en tu caso, te ha debido de costar el triple.

María Luisa rió. María Teresa, que la conocía bien y era tan inteligente, tenía toda la razón. Le había resultado muy difícil que la tomaran en serio los tratantes, los grandes hombres de negocios que podían gastarse miles de dólares en una pieza de las que ella había traído y especialmente algunos miembros del Club Hajji Baba, en el que había conseguido entrar extraoficialmente porque Dilley seguía empeñado en que, excepto ella, las mujeres eran incapaces de tomarse en serio el coleccionismo textil. Pero al final lo había conseguido.

—Sí, ha sido complicado y más, ya sabes, sin un hombre a tu lado, siendo separada.

—Pero ¿no os habéis divorciado aún?

—No, no lo hemos visto necesario.

—¡Al final, le debes todo esto a Fernando! —bromeó María Teresa.

—Sí, por cierto, ¿qué es de su vida? Mira que me has contado todos los ecos de sociedad en esas cartas tan deliciosas que recibía en los países por donde viajaba, pero nunca mencionabas a Fernando.

—No me parecía lo más apropiado. Por supuesto, no pudo volver a Madrid. Según él, tú te encargaste de que le echaran de Nueva York y al parecer está a punto de casarse con una riquísima heredera que conoció en París y va a instalarse allí.

—Bien, al final ha conseguido su propósito.

—Y de José ¿sabes algo? —preguntó María Teresa con cierta cautela.

—Hemos estado mucho tiempo sin tener contacto. Pero hace un par de meses, cuando volví de los viajes y empecé a vender lo que había traído, le escribí agradeciéndole su generosidad y devolviéndole todo lo que me había dado. Me contestó con una carta seca, pero amable, diciéndome que no tenía por qué y que, si no quería tocar ese dinero, que no lo hiciera, pero que él no iba a recuperarlo.

—Un caballero.

—Sí. A veces, es curioso, le echo de menos. A Fernando no, nada, no le guardo rencor, pero tampoco me acuerdo de él.

—Pues deberías decírselo.

—¿A quién, a Fernando? «Querido Fernando: no me acuerdo nada de ti» —bromeó María Luisa.

—No, a José. Según me han contado amigas de la embajada, pasó una época terrible pero ahora está algo mejor, aunque sigue tocado. Yo se lo diría.

—María Teresa, sería una crueldad darle falsas esperanzas.

—¿Falsas? En todo este año has sido incapaz de tener un *affaire*, nada de nada con nadie. A lo mejor no son falsas esperanzas. Tú no podías querer a José porque tu corazón estaba ocupado; ahora ya no, eres libre. Yo creo que sigues sintiendo algo por él.

A María Luisa le chocaron las palabras de su amiga. Pero sí, era cierto, echaba de menos a José. Pasaron toda la tarde juntas, sin sacar más el tema, pero María Luisa no paraba de darle vueltas. Cuando, después de cenar, María Teresa se retiró a su cuarto, ella se quedó en el salón, mirando a Central Park. Cogió un papel de su escritorio y empezó a escribir una larga carta a José. No sabía si la enviaría o no. Pero empezaba con un «mi querido José».

No sabes el dolor que me ha producido no escribirte esta carta antes. Te echo tanto de menos...

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es un proyecto que lleva fraguándose desde hace once años. Cuando decidí dejar un trabajo seguro para dedicarme de lleno a la literatura, ésta era la novela que yo sabía que debía escribir. Mi abuela, María Luisa Álvarez, a la que con el tiempo me voy pareciendo más — en carácter, no físicamente, por desgracia— era una persona arrobadora, llena de carisma, valiente y modernísima para su época e incluso para nuestro tiempo. Mi abuela siempre fue un mito para toda la familia. Para mi padre, mi tío José Miguel y para mí, por supuesto. Su belleza extraordinaria, sus excentricidades, su vida absolutamente fuera de convencionalismos, su inteligencia y esa existencia llena de glamour, hacía que las anécdotas sobre sus aventuras fueran algo común en las conversaciones familiares. Afortunadamente, tuve mucho tiempo para estar con ella y una de las costumbres que más me gustaban en mi infancia era, cuando me quedaba con ella, irme a su cama y que me contara historias de su apasionante vida.

Han tenido que pasar dos novelas y la muerte tanto de ella como de mi padre para que me atreviera a emprender esta empresa. En un principio, la idea era contar su biografía fielmente, pero la literatura tiene sus códigos y a medida que iba escribiendo me daba cuenta de que algo me empujaba a cambiar partes de la historia, a reconstruirla con materiales reales, con cosas que realmente habían formado parte de su existencia, un relato en el que los personajes iban cambiando. Puede sonar extraño, esotérico, pero creo que los que se dedican a escribir lo pueden entender. Cuando definitivamente entré en ese estado de enamoramiento, de pasión desenfrenada por la novela —un fenómeno que suele llegar cuando uno escribe las primeras cien páginas más o menos—, había una voz que me iba contando la historia de otra forma o más bien dos: yo diría que la de mi padre y la de ella. Con la distancia tengo la impresión de que se me estaban descubriendo secretos que jamás se habían desvelado en la familia y que estaba reconstruyendo esa realidad, encaminándola hacia lo que «debía» haber sido. Cuando escribo intento ponerme en la piel del protagonista y en este caso no era tan difícil. Cambié mi perfume por el de mi abuela y recuperé muchos de sus bolsos de piel de cocodrilo y sus abrigos de pieles que jamás me había puesto. Un acto casi fetichista que me ayudó a «ser» ella.

A lo largo del relato, los nombres (excepto el de mi abuela y mi abuelo) están cambiados. Algunos de ellos pertenecen a familias conocidas de la sociedad española y no quería levantar viejas ampollas. Los escenarios, las anécdotas, las fiestas..., sí son reales, son parte de la vida de una mujer que rompió muchos prejuicios de la época, que vivió exactamente como quiso, a pesar de que cometiera errores de los que siempre, aunque no lo reconociera, se arrepintió, pero que

tuvo eso que se llama una vida de novela.

Por último, quisiera decir que esta misión tan complicada por sus implicaciones emocionales la emprendí unos meses antes de que mi vida diera un giro radical. Y escribir no fue fácil. Pero también debo reconocer que esta novela me ha salvado de alguna forma y me ha hecho entender mucho en ese proceso de cambio doloroso.

AGRADECIMIENTOS

La lista de agradecimientos es larga: si no fuera por todos ellos, esta novela no hubiera salido a la luz.

A mi madre, que siempre me ha apoyado con amor y sin reservas y cuidó de María Luisa. A Javier Colis, por su ayuda en la documentación, pero especialmente por darme tranquilidad, amor e inspiración antes, durante y después del proceso. A mi tío José Miguel, por su amor hacia su madre y por mantener mucho de esa actitud vital tan valiente. A mi «hermano» Juanjo Rodríguez de Pablo, por acogerme, cuidarme, hacerme reír y salvarme el alma siempre, y más durante el trayecto de este libro. A Carlota Rodríguez, por su cariño y porque sé que algún día ella también escribirá libros. A Palmira Márquez por su amistad, su coraje y su fe. A Raquel Gisbert, por confiar en mí desde el principio, quererme y empujarme a escribir este libro desde que me editó la primera novela, hace once años. A Luis Gaspar, por su talento, sus cuidados y su consuelo. A Fernando Sánchez Dragó y Naoko, por su apoyo tan generoso, sus consejos, su amor y dejarme el nido para que se desarrollara este libro. A Manuel Martín Cuenca, por su cariño silencioso, su sensibilidad y sabiduría. A Alfredo Taján, por ser, de verdad, el que me dio la primera oportunidad y seguir creyendo en mí. A Raúl del Palacio, por entenderme y quererme desde hace veinticinco años. A Pedro Pineda, por sacarme del pozo, embellecerme y alimentarme. A Lucho Prosper, por descubrirme el Heimlich. A Miguel Munárriz, por su cariño, su amistad y porque con él empezó esto. A Óscar Aibar, por su paciencia y por hacerme sentir en casa siempre. A la Atalaya de Castilfrío, por inspirarme y darme casi todo lo que podía dar. A Pilar Queralt, por implicarse hasta la médula en su ayuda en el proceso de documentación. A los Colis-Aguirre, por haberme hecho sentir siempre en familia. A Ana, Betania y Lorena, por su sabiduría femenina. Y a Ana y Amalia, por su profesionalidad certera y su cariño de amigas.